



Fondo Intergubernamental para la
Descentralización (FIDES)

César Rengifo
Obras

César Rengifo

Obras

Teatro

TOMO I



Fondo Intergubernamental para la
Descentralización (FIDES)

Primera edición, 1989:
Obras, Dirección de Cultura y Extensión
de la Universidad de los Andes
y Asociación Amigos de César Rengifo

Compilación y selección:
Tomas I-IV (Teatro): Orlando Rodríguez B.
Tomo V (Poesía): Caupolicán Ovalles y Luis Camilo Guevara
Tomo VI (Artículos y Ensayos): Maribel Espinoza

© Ángela Carrillo de Rengifo
Todos los derechos reservados

*Fondo Intergubernamental
para la Descentralización (Fides)*
Caracas, 2003

CÉSAR RENGIFO, *Obras*
Tomas I - III: Teatro
Tomo IV: Ensayística y Poesía

Hecho Depósito de Ley
lf80020038002214

Producción general: Eleonora Silva
Fotografía de murales de César Rengifo (portadas): José Carlos Gómez
Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela

Tomo I

TEATRO

<i>Presentación</i>	11
POR ELÍAS JAUA, PRESIDENTE DEL FIDES	
Oscéneba	13
Curayú o el vencedor	83
Apacuana y Cuaricurián	129
Soga de niebla	173
Joaquina Sánchez	213
Manuelote	271
María Rosario Nava	293
Esa espiga sembrada en Carabobo	309
¿Quién se robó esa batalla?	339
Un tal Ezequiel Zamora	373
Lo que dejó la tempestad	449
<i>Índice general de la obra</i>	493

Presentación

LA HISTORIA de nuestro pueblo heroico está reflejada en la obra de César Rengifo. No exageramos en aseverarlo. Tampoco lo hacemos cuando decimos que en ella no sólo se refleja con magistral hermosura el legado épico de los venezolanos comunes, sino de las luchas que las grandes mayorías del mundo han desenvainado contra las atrocidades e injusticias que las han vejado. La obra de Rengifo es el grito desesperado de los desterrados de este y otros tiempos. Rengifo es su grito.

César Rengifo no debe pasar inadvertido en un momento en el que más que nunca se necesita la orientación comprometida de quienes han sembrado semillas libertarias y, si se quiere, justicieras. El sentido pedagógico de toda la obra de César Rengifo (peculiar por su falta de arrogancia y academicismos) le da un valor inestimable a su legado y hace imperdonable el olvido en que se le ha intentado sumir.

A pesar de los cambios que la sociedad venezolana y el mundo han experimentado su obra mantiene una sorprendente vigencia; ella no se da únicamente por la perpetuación de las injusticias sociales, sino también por la vitalidad y el ímpetu con que su obra aborda los procesos de cambio. Eso dicen las caras grises pero luminosas de sus cuadros; eso dicen las historias químéricas pero esperanzadoras de su dramaturgia; eso dicen las denuncias pugnaces pero recreadoras de sus ensayos.

Si bien Rengifo no nos lega una obra optimista, sí que lo hace de una que resalta el empuje y valor de los oprimidos y la esperanza revitalizadora de los pueblos. Y esa carta hoy vale mucho, en tiempos en que los venezolanos

hemos logrado cristalizar pasos definitivos para nuestra propia dignificación. Por eso invitamos a todos a encontrarnos con esta obra clave. Clave artística, clave intelectual, clave social. Clave para la rebeldía prometedora y creadora del hombre que hoy y todos los días nace.



No podríamos dejar de expresar lo inmensamente agradecidos que estamos con doña Ángela Carrillo de Rengifo, por habernos entusiasmado con la publicación de estas *Obras* y por habernos honrado al permitir divulgarla.

ELÍAS JAU
Presidente del Fides

Oscéneba

Drama en tres actos y seis cuadros

*Ignoraban que lo bello del hombre
es más grande que el hombre.*

P. ELUARD

El pueblo caribe ha sido enjuiciado principalmente por quienes en acción conquistadora lo combatieron implacablemente para despojarlo de sus tierras y de su libertad. La actitud gallarda que asumió en la lucha le costó su casi total exterminio bajo las armas invasoras; y también que sobre su memoria se alzara el anatema y la leyenda vilipendiosa de adelantados, clérigos y encomenderos para mostrarlo por doquier, en tiempo y espacio, como pueblo arquetipo de barbarie y ferocidad. De esos anatemas y leyendas sombrías se ha hecho eco la casi totalidad de los historiadores de las cosas de nuestra América, ocultando tras calificativos deformadores la humanidad de los caribes, sus virtudes, aun aquella probada mil veces de amar fervorosamente la tierra donde habían nacido. Amor de íntegra fidelidad y por el cual no vacilaron en soportar múltiples padecimientos y morir –cuando esa lucha se transformaba en muerte– con altiva dignidad.

Un impulso de emotiva solidaridad hacia ellos y esa virtud que tan insobornablemente sustentaron, ha movido el deseo y la realidad de estas páginas.

Personajes

LORENZO DE SALDUENDO: Maese de campo. 50 años

PEDRO DE LIMPIAS: Capitán de municiones.
45 años.

FRAILE: Olegario de Ávila, cura de
Nueva Cádiz. 50 años.

CUCIÚ: Una joven caribe. 20 años.

ALONZO NIÑO: Oidor Real. 50 años.

FRANCISCO DE CASTELLANOS: Gobernador de Nueva
Cádiz.

QUENEPA: Una anciana caribe.

PIESCÓ: Piache caribe, anciano.

YOROSCO: Joven caribe.

TIGÜIRE: Caribe, mudo.
Edad indefinida.

Acción

En Nueva Cádiz y en sus extramuros, en la isla de Cubagua, una noche del año 1543.

ACTO PRIMERO CUADRO UNO

Escenario

Un mesón tras los muros de piedra y cal de Nueva Cádiz, en la Isla de Cubagua. Estancia amplia, piso de ladrillo, gruesas vigas sostienen el techo. Hay al fondo una puerta grande y fuerte que da salida al exterior, cerca de ella una ventana con una sola hoja también maciza, fuerte. En el lateral izquierdo un pasadizo con escalones comunica con otra dependencia del mesón. Hay barriles, botijuelas, botas de vino, grandes rollos de cordeles, remos, un viejo timón, varios bancos y una mesa larga y sólida, sobre ella algunos vasos de estaño y un candelabro con una vela de sebo encendida. Desde lo alto otro candil colgante contribuye a iluminar la escena.



Al correrse el telón, sentado junto a la mesa está el maese de campo Lorenzo de Salduendo. Bebe vino en un tarro de estaño mientras aguarda. Entra el capitán de municiones Pedro de Limpias. Ambos visten al uso de los conquistadores españoles de la época.

SALDUENDO: Bien que sois cumplido señor Capitán. Creí que mi espera sería larga y decidí acompañarme bien.
(Le muestra el tarro de vino.)

LIMPias: (Mientras deja su capa y su sombrero en uno de los bancos y toma asiento cerca de la mesa) No soy de esos que se retardan cuando le hacen una invitación importante. Y mire que la suya lo es, Maese.

SALDUENDO: Ya lo sabía. Bastante he oído decir que los dados os atraen tanto como las damas hermosas y el guerrear contra turcos, indios y moros...

LIMPIAS: ¿Qué más para un capitán de Castilla? Jugarse la bolsa es tanto como jugarse la vida o el corazón. ¡Vaya! ¡Pero también traigo mi garganta seca! Aun cuando hay mucho viento, la noche es sofocante. (*Da unas palmadas fuertes a tiempo que grita*) ¡Vamos! ¡¡¿Quién atiende aquí?!!

SALDUENDO: ¡Ah! Me dispensará usted, cuando lo invitó a venir aquí olvidé informarle que el mesón está solo...

LIMPIAS: ¿Solo? ¡Por belcebú! ¿Y el viejo posadero Francisco? ¿Qué se hizo con sus grandes mostachos y sus calzones de estameña?

SALDUENDO: Enfermo de fiebres malignas, pero con la bolsa bien llena de relucientes perlas, abandonó a Cubagua. Hacia La Española embarcó hace días en una pequeña chalupa... Desesperaba por irse.

LIMPIAS: Si lleva en el cuerpo esas fiebres pútridas de nada le valdrán las perlas, como no sean para pagar las misas y rogativas por el descanso de su alma pecadora... Y vaya que cargó pecados encima el tal Francisco...

SALDUENDO: Pecados muy negros, señor Capitán, así es... Como su último huésped ahora únicamente yo habito este mesón, el cual ya apesta de sucio...

LIMPIAS: Tenéis valor de habitar en él... ¿Y quién os sirve?

SALDUENDO: Ya lo vais a ver...

(Golpea fuerte la mesa con un cántaro; segundos después entra Tigüire por el pasadizo. Camina semiencorvado, su pelo está cortado a la manera india. En la frente lleva una cicatriz en forma de C. Viste pantalón raído a media pierna, su torso está desnudo y sus pies descalzos.)

LIMPIAS: ¡Ah, es Tigüire, el caribe mudo! ¡Qué horrible facha tiene ahora!

SALDUENDO: (*A Tigüire con voz alta*) ¡Bebida! ¡El caballero quiere beber...!

(Tigüire hace un gesto con la cabeza indicando que ha comprendido y regresa adentro.)

LIMPIAS: No me gustaría tenerlo a mi lado y menos de noche...

SALDUENDO: Es un animal horrible. Parece un fantasma de barco... Pero me sirve. Así como está ningún otro trabajo podría hacer...

LIMPIAS: Como buzo de cabeza no hubo otro. Lo conocí cuando se descubrió aquel placer de perlas en la punta roja... Fue de los primeros caribes esclavos que trajimos...

SALDUENDO: Eso me han dicho...

LIMPIAS: Llegaba a una profundidad de cinco brazas, y hasta cincuenta zambullidas resistía.

(Entra Tigüire con una garrafa de vino y llena el jarro de Limpias.)

SALDUENDO: Dejó buenos doblones a sus otros dueños.

LIMPIAS: Hartos produjo, hasta el día que se malogró. Muchas cosas se le reventaron por dentro. *(Tigüire acerca el vaso de Salduendo, éste lo llena.)* Oídos, garganta... Qué se yo... No pronunció de nuevo ni una palabra, sólo chillidos... Nadie quería comprarlo... Ahora parece que se está secando...

SALDUENDO: Eso pienso a veces...

LIMPIAS: He visto a muchos de estos salvajes ponerse así como arenques, debe ser la sal de las profundidades... O las tripas de ostras que comen...

SALDUENDO: No duran mucho. *(Tigüire sale, a lo lejos comienzan a aullar y ladrar unos perros.)* De todos modos, lo compré barato.

LIMPIAS: Cómo aúllan los perros del fuerte, diríase que están viendo demonios.

SALDUENDO: Y vaya si los verán. Cubagua está llena de fantasmas y demonios. Crea vuesa merced que en una noche como esta no sería raro que anden sueltos por todas las callejas de esta Nueva Cádiz.

(Los perros aúllan y ladran con más fuerza.)

LIMPIAS: Nunca han alborotado tanto. Con permiso de vuesa merced, señor Maese de Campo, trataré de ver qué novedad ocurre. (*Se pone de pie, va a la ventana, la abre y mira curioso hacia afuera*) A lo lejos, hacia la muralla y el mar han encendido fogatas. Ya sé lo que es, pues veo brillar armas y pasar recuas de indios atados por los cuellos... ¡Caribes!

SALDUENDO: ¿De los traídos en las últimas naves?

LIMPIAS: Sí. Los van a herrar...

SALDUENDO: La marca con fuego de la C en la frente parece que los domina un poco, les quita la ferocidad...

LIMPIAS: A fe de que me llamo el capitán Pedro de Limpias y más de veinte años llevo guerreando por estas tierras de Indias, juro a vuesa merced que no los hay más crueles y dañinos. Engullen carne de cristianos como el más apetitoso capón.

SALDUENDO: ¡Demonios!

(Entra de nuevo Tigüire con la garrafa y echa vino en los jarros de Salduendo y Limpias, luego va adentro.)

LIMPIAS: Cuando miro a este garabato pienso: cuántos como él no habrá comido...

SALDUENDO: ¡Puah! Pero, ¿sabe el señor Capitán lo dicho por el Santo Padre de Roma?

(Nuevamente aúllan y ladran los perros y se oyen gritos.)

LIMPIAS: ¿Eso de que los caribes tienen alma? (*Salduendo asienta con la cabeza.*) Es voz que corre por todas las Indias... Y ya hay hasta quienes dicen que son gente. Pero, oiga usted cómo los codician los perros... Bestias para bestias...

SALDUENDO: Bestias son, aun cuando anden de pie...

LIMPIAS: Si el Santo Padre supiera cuánto hacen y cómo son de salvajes, diría otra cosa. Y esto lo afirmo guardando todo el respeto que merece su gloriosa Santidad.

SALDUENDO: Vuesa merced puede hablar con propiedad. ¿Quién otro los ha guerreado tanto como vos? ¿Quién puede vanagloriarse de haber capturado más para el cristianamiento y este negocio de perlas?

LIMPIAS: Así es Maese. Pero también cargo con malas calumnias. Se me acusa de crueldad con los indios mansos. Pero vos sois testigo. Sólo traigo a Nueva Cádiz caribes de los más levantiscos y feroces...

SALDUENDO: Voto a tal que soy testigo de eso. Además, ¿dónde estarían las perlas de Cubagua si vos y tantos como vos caballero no capturaran salvajes capaces de bucearlas? A más que el someter infieles es de beneficiario para nuestra santa religión...

LIMPIAS: Eso digo siempre, pero vayan disgustos y malos ratos que engendra para los capitanes este negocio de las Indias y Eldorado... Vaya por Dios, pese a mí. (*Bebe con avidez.*)

SALDUENDO: Olvide el señor Capitán a las lenguas difamadoras que por doquiera las hay...

LIMPIAS: Eso hago cuando escancio algún vinillo...

SALDUENDO: Y no lleve cuentas de salvajes y caníbales, que todo es para el engrandecimiento de estas Indias y de los caudales del Emperador que Dios guarde...

LIMPIAS: Y vaya que van tesoros a ellos de estos mares de Cubagua.

SALDUENDO: Enhорabuena, caballero, dejemos eso y vamos a lo nuestro.

LIMPIAS: Con gusto Maese. (*Saca unos dados y los tira sobre la mesa*) En eso de jugar a los dados nadie me reta dos veces. Ahí están cuadrados y brillantes, hechos con el mejor marfil africano. Puede usted revisarlos.

SALDUENDO: ¡Voto a bríos! ¿Para qué revisiones? No hay tal entre caballeros. (*Saca una pequeña bolsa*) Le advierto a vuesa merced que en mi bolsa no hay mostacillas ni barroques, ni piezas mal formadas o de opa-

co color, sino las más bellas perlas que se han extraído de este mar de Cubagua.

LIMPIAS: ¡Voto a tal caballero! (*Extrae igualmente una bolsa*) Las que lleva encima don Pedro de Limpias no gozan de menor fama, dos hay aquí, de tan limpio oriente, que bien estarían en la corona de una emperatriz... (*Extrae de la bolsa una perla y la muestra a Salduendo.*)

SALDUENDO: (*Mira la perla y se asombra*) ¡Vaya! ¡Vaya! Por vida mía caballero que es de las más grandes y azules que han visto mis ojos. Y sepa que ellos no se maravillan fácilmente de mirar perlas.

LIMPIAS: Sus cien doblones vale, a más de que perdí en su pesca a tres buenos buceadores...

SALDUENDO: ¿Ahogados?

LIMPIAS: ¡Qué sé yo! Quizás sirvieron para engordar tiburones o fueron apresados por esas mantas feroces que tanto abundan en estos misteriosos mares. Pero no haga sentimientos su merced, eran caribes. ¿Jugamos?

SALDUENDO: Bien sabéis que ahora ni el mismo Lucifer me detiene. ¡Voto a bríos! El oriente de esa perla me ha cautivado...

LIMPIAS: Ya lo suponía.

SALDUENDO: Sólo ambiciono tenerla en mi bolsa.

LIMPIAS: Y la tendréis si la suerte os acompaña. Aunque os anuncio que en los dados siempre se me entrega como fácil cortesana.

SALDUENDO: ¡Vaya! ¡Vaya! Conmigo tampoco es casquívana... ¡Vamos, jugaremos a partidas de Ases... !

LIMPIAS: A ellos me acojo. ¡Ni un maravedí he perdido a los Ases!

SALDUENDO: (*Recoge los dados y comienza a agitarlos*) ¡Vamos al paro entonces, caballero...!

LIMPIAS: Antes una proposición, Maese...

SALDUENDO: Veamos cuál, señor Capitán.

LIMPIAS: Poseéis una buena cuadrilla de esclavos caribes...

SALDUENDO: Así es, caballero.

LIMPIAS: He descubierto un placer de ostrales que vale más que Eldorado... y... necesito más buceadores...

SALDUENDO: Me asombráis, es fama que nadie en Cubagua tiene tantos como vos...

LIMPIAS: Habladurías, últimamente se han huido algunos y los otros mueren como moscas. El agua y la sal los debilita. Pocos pueden estar más de doce horas en el agua...

SALDUENDO: Así es...

LIMPIAS: Y cada día se hace más difícil cazarlos como libres en el continente...

SALDUENDO: Hanme dicho que desiertas de indios están Paria y Araya y toda la tierra de Maracapana.

LIMPIAS: Por eso le juego mi perla azul, esa que os ha asombrado, contra varios de los caribes que poseéis...

SALDUENDO: Es de mucho riesgo la proposición... Pero, ivaya que el oriente de esa perla me ha turbado...!

LIMPIAS: ¿Diez indios contra ella?

SALDUENDO: Pese a mí, caballero, es alta la tasa, pero acepto. Tengo ofrecida una perla como esa a la Virgen de la Soledad, allá en Sevilla...

(Tocan fuerte al portón.)

LIMPIAS: (*Mostrándole la bolsa*) Y sepa, Maese, que tiene gemelas...

(Vuelven a tocar y una voz grita desde afuera:)

Voz: (*Mientras golpean la puerta*) ¡Abrid a Fray Olegario de Ávila!

SALDUENDO: Fray Olegario a estas horas y tocando a esta puerta. ¡Novedades debe traer! (*Se incorpora y abre, entra Fray Olegario, trae un farol y un pliego de papel.*) Pase el santo padre...

LIMPIAS: ¿Qué lo ha movido Reverendo para andar a estas horas por las peligrosas calles de Nueva Cádiz?

FRAILE: ¡Novedades hay, señores, y creo que muy malas para esta isla y sus habitantes...!

SALDUENDO: ¡Vaya que me alarma usted, Padre!

FRAILE: Busco de urgencia al señor Oidor para que me conduzca a la presencia de su señoría el Gobernador...

LIMPIAS: ¿No estaba en el fuerte?

FRAILE: No. Y noticias me han llegado en horas recientes que le traerán desvelos.

LIMPIAS: ¿Puede su merced adelantarnos algunas?

FRAILE: Antes quisiera la presencia del señor Oidor...

SALDUENDO: Parece que no ha puesto los pies para acá esta noche.

FRAILE: Miren los caballeros que he recorrido buena parte de la Nueva Cádiz en su busca. Aquí en este pliego vienen escritas cosas terribles que es necesario las conozca pronto el señor Gobernador.

LIMPIAS: Háblenos usted y lo acompañaremos en solicitarlo. Son pasadas las nueve, pero si es tan grave lo que el Reverendo dice valdrá la pena molestar el reposo de Su Señoría.

FRAILE: ¡Por Dios y la Santa Madre Iglesia que es grave! Trájome la noticia un lego del convento de Nueva Toledo, allá en tierra cumanagota. Remó todo el día y lo que va de noche para abordar esta isla...

SALDUENDO: ¡Voto a bríos, Padre! Y perdone su reverencia que jure, pero ya estoy inquieto por conocer todo el ovillo.

LIMPIAS: Yo diré lo mismo al Reverendo. Ansioso estoy por conocer sus malas nuevas.

FRAILE: Escríbeme el Prior que toda la indiada de tierra firme se ha alzado en armas. Las misiones han sido destruidas, los frailes muertos. Nueva Toledo, en estos momentos, arde por sus cuatro costados, cadáve-

res de españoles sacrificados flotan por su río ...el mismo Prior... (*Se santigua.*)

SALDUENDO: ¡Válgame Dios que tiene razón el Reverendo! ¡E hizo bien con echarse a la calle a estas horas, noticias como esas conmoverán a todas las Indias y a la misma España!

LIMPIAS: ¿La cercana costa de tierra firme está entonces en poder de los indios? Paso a no creerlo.

FRAILE: Pero así es señor Capitán, y los dirigen los caribes.

SALDUENDO: ¡Voto a bríos! Habrá que guerrearlos con cañones y perros para que cobren escarmiento...

FRAILE: Y mucho más habremos de rezar para que Dios ofrezca descanso a esos mártires cristianos.

SALDUENDO: Así ha de ser, Reverendo.

FRAILE: (*Tomando de nuevo el farol*) Es menester buscar con premura al señor Oidor, pues también debo dar confesión a un viejo soldado que muere de fiebres cerca de aquí...

LIMPIAS: Quizás venga el Oidor. Aguarde el señor fraile un poco más y tome aun cuando sea dos dedos de este vinillo para reponer sus fuerzas.

FRAILE: (*Diciendo que no con la cabeza*) Guardo ayunos. Además, temo que las piraguas cargadas de salvajes puedan navegar ya de tierra firme hacia acá...

SALDUENDO: ¡Vaya que el ayuno acrecienta los temores! Y esto lo digo con sanas intenciones. ¡Cálmese su reverencia, que son fuertes los muros de esta joven ciudad!

LIMPIAS: Y bien dispuestos con cañones y bombardas. Además, soldados y capitanes no faltan. Y válgame mi madre que saben manejar con bríos arcabuces y mosquetes. De pólvora y municiones le diré que hay en demasía. ¡Créalo así su merced, señor fraile, como que cumplo el cargo de capitán de armamentos!

SALDUENDO: Si ya Nueva Cádiz rechazó a los piratas y filibusteros que osaron atacarla, ¿qué no hará con un puñado de salvajes navegantes de frágiles naos?

FRAILE: Temo que la disipación en que frecuentemente vive haya debilitado los ánimos de la gente de Nueva Cádiz.

SALDUENDO: Con perdón del Reverendo, no es ésta una Sodoma...

FRAILE: Cerca está de serlo; por doquier se quebranta la honestidad y se encienden escándalos...

LIMPIAS: ¡Vaya! ¡Vaya! No pierde ocasión el señor fraile para sermonear contra las diversiones que se hacen. Pero, después de trabajar no es pecado el holgar...

SALDUENDO: No todo puede ser faenas y desvelos entre guerras, ostras o indios. Además las fiestas y justas que se han efectuado tienen sus motivos.

LIMPIAS: Bien valía hacerlos por los veinte años de la ciudad...

FRAILE: Hanme dicho que ya no hay vino en las bodegas; y vaya que trajo tantísimas pipas el galeón que arribó en marzo... También es fama que están abundando las mujeres públicas y los gritos... Ahora mismo veo dados sobre la mesa...

SALDUENDO: (*Recogiendo los dados*) Jugábamos honestamente. Sépalos así el Reverendo. También rezamos y confesamos cuando la Santa Iglesia manda.

(Afuera se oye a alguien que corre, una voz de hombre grita. De pronto la puerta del fondo se abre y penetra en la estancia Cuciú. Viste larga túnica de patio burdo, sus cabellos están sueltos, lleva los pies desnudos. Carga una pequeña cesta a manera de macuto o marusa. Cuciú se oculta tras el Fraile como buscando amparo. Persiguiéndola entra el Oidor Real Alonzo Niño, éste al ver al Fraile se turba y detiene.)

FRAILE: ¡Tate, tate!, que es el señor Oidor Real don Alonzo Niño en cuya busca estoy, y miren sus mercedes en lo que anda...

ALONZO: ¡Fray Olegario!

FRAILE: Persiguiendo mujerzuelas indias en busca del pecado...

ALONZO: (*Está algo bebido y trata de disimularlo*) No pien-
se mal el Reverendo. La encontré pegada a la puerta de
este mesón. Vea que sólo la perseguí por curiosidad...

FRAILE: De curiosos así está lleno el infierno.

ALONZO: ¡Sálveme mi ángel guardián de ir a él, señor fraile.
Apenas quería saber lo que buscaba la india rondan-
do por las callejas a estas horas!

CUCIÚ: Pretendió asir mi cuerpo y manosearlo.

ALONZO: India caníbal de lengua mentirosa. ¡Válgame
Dios! ¡Cómo difama la hereje!

LIMPIAS: Es Cuciú, la conozco. (*Dice algo calladamente al
oído de Salduendo.*)

SALDUENDO: ¡Ah! (*Retrocede unos pasos*) ¡Es para temerla!

(*Va y murmura a su vez en el oído de Alonzo. Éste se
santigua y también retrocede de asombro y miedo.*)

ALONZO: ¡Gran temeridad la mía! ¡Válgame Dios ahora y
siempre!

FRAILE: (*Curioso*) ¿Quién es ella? Antes no la había visto...

LIMPIAS: La llaman Cuciú, que quiere decir luciérnaga. Es
una caribe de las que fullaban ostras. Cuida a una
bruja leprosa, caribe también, que yace en un rancho
de los extramuros...

CUCIÚ: Salgo sólo de noche...

LIMPIAS: ¡Como ave de mal agüero! A estas horas suele
solicitar alimentos para la enferma...

FRAILE: Debe estar contagiada...

ALONZO: ¡Mi patrona Santa Ana me asista!

FRAILE: (*A Cuciú*) ¡Sal de aquí con tu carne y tu ropa
inficionada!

(*Cuciú sale.*)

LIMPIAS: Ya ni el dueño que la compró la usa para trabajar.
Dicen que lazaria debe estar la caribe...

FRAILE: (Airado a Alonzo) ¡Por buscar el pecado se te corrromperá la carne!

ALONZO: ¡Juro a su merced, señor fraile, que apenas la toqué! (Se limpia la boca y el bigote con el borde de la manga.)

FRAILE: ¡Castíguete tu pecado!

ALONZO: ¡Ignoraba su mal!

FRAILE: ¡Habrás de saber que ese terrible mal ataca principalmente a los malditos de Dios!

ALONZO: (Cayendo de rodillas frente al Fraile) ¡Ave María Purísima! ¡Pido a su reverencia la bendición! ¡Me lavaré con agua bendita! ¡Rezaré preces y penaré entre los flagelantes!

FRAILE: (Terrible) ¡En esta hora muchas vidas peligran, mientras vos señor Oidor andáis tras el demonio de la lujuria!

ALONZO: ¡Válgame la virgen, no os entiendo!

FRAILE: ¡Piraguas veloces con caribes armados pueden caer pronto sobre Nueva Cádiz...!

ALONZO: (Incorporándose) ¡¿Qué decís?!

FRAILE: ¿No habéis entendido? (Muestra el pliego) ¡Todos los salvajes de tierra firme se han alzado en armas! ¡¡De Nueva Toledo no quedan más que cadáveres y tizones!!

ALONZO: (Santiguándose) ¡Por los propios infiernos!

FRAILE: Allí iréis vos de no tomarse prontas providencias.

ALONZO: No turbe más mi ánimo su reverencia que ya lo está en demasía con el aliento de esa leprosa y la noticia que me dais.

FRAILE: Al no encontrar al señor Gobernador a quien debo enterar de la nueva, os busqué a vos. Ambos lo solicitaremos.

SALDUENDO: (A Alonzo) ¿Dónde pernocta su señoría el Gobernador?

ALONZO: (Turbado) Pues... sabréis...

FRAILE: Hay rumores de que suele sentar noche donde una barragana que su señoría tiene aposentada en sitio apartado...

ALONZO: Sólo visita a una moza.

FRAILE: Has de llevarme allá.

ALONZO: ¡Guárdeme bien de hacerlo!

FRAILE: ¡Señor Oidor! ¿Os negáis?

LIMPIAS: ¡Vaya que es extraña esa actitud, caballero!

ALONZO: ¡También hay secretos de amor, Maese, que como los de Estado deben guardarse. Tengo comprometida mi palabra de no decir dónde pernocta el señor Gobernador y no será ese pliego el que me lleve a violarla.

FRAILE: Tras este pliego hay cosas terribles que anuncian hartos riesgos para nuestras vidas...

SALDUENDO: Comprendo los escrúpulos del señor Oidor, pero considerando lo grave del asunto que trae el Reverendo...

ALONZO: Podría ir solo a informar a su señoría. (*Al Fraile*) Entrégüeme su reverencia el pliego.

FRAILE: No haré tal, señor Oidor, pues recibí órdenes del Prior que lo escribió (superior a mí en jerarquía eclesiástica), de entregarlo en las propias manos de su señoría. Y como en el caso de vuestra merced, nada ni nadie me hará violar esa orden. A más que puede ser la orden de un difunto. (*Se santigua.*)

ALONZO: (*Persignándose*) ¡De un difunto!

FRAILE: ¡Sólo el lego que trajo este pliego logró huir de la destruida Nueva Toledo! ¡A Dios hago solemnes votos de que me relató cosas de temor y espanto!

ALONZO: (*Humilde*) Perdone su reverencia. ¡Es terrible! Pero mi palabra de caballero está comprometida...

FRAILE: Señor Oidor, Nueva Cádiz, la isla rica, perla entre las perlas del emperador Carlos, peligra...

LIMPIAS: (A Alonzo) ¡Por Dios, caballero! ¡España y el Emperador os lo demandarán!

ALONZO: ¡Calmaos! ¡Calmaos! Buscaré a su señoría el Gobernador y lo traeré aquí, de esa manera el reverendo podrá poner en sus propias manos el pliego.

FRAILE: Únicamente yo y el pliego deben informarle...

ALONZO: Pierda cuidado, diré a su señoría que un grave caso denunciado al señor Fraile reclama que le hable a estas horas...

FRAILE: Gracias, hijo...

ALONZO: El trecho por andar es largo, no se impaciente usted. (*Se tercia la capa.*)

SALDUENDO: (Acompañándolo hasta la puerta) No descuide su merced la espada. A estas horas las callejuelas de Nueva Cádiz paren forajidos y puñaladas.

ALONZO: (Tocándose una cicatriz del rostro) ¡Pierda cuidado! Si lo sabré yo, Maese...

FRAILE: Mientras usted vuelve aquí, señor Oidor, con su señoría, yo iré cerca a dar la confesión a un penitente que se halla en peligro de muerte...

(*El Fraile toma el farol. Alonzo sale, el fraile también lo hace con lentitud. La luz de la escena se va disolviendo hasta la obscuridad.*)

ACTO PRIMERO CUADRO DOS

Segundos después se ilumina débilmente la escena mostrando el interior penumbroso de un pequeño rancho de bahareque y palma el cual tiene más aspecto de cueva que de vivienda. Hay en un rincón algunas piedras ennegrecidas por el fuego y el humo. Una atarraya tendida sobre unos palos, una nasa y unos remos. En el piso a manera de lecho una estera de palma tejida. En el lateral izquierdo una pequeña puerta también confeccionada con palma tejida da salida al exterior. Un candil débil da una luz difusa. Sobre la estera yace Quenepa. Viste túnica de lien-

zo, muy raída y sucia. Otro lienzo la cubre hasta medio cuerpo a manera de sábana. El rostro de Quenepa, surcado de arrugas, muestra una dureza fría, lejana. A lo lejos aúllan y ladran perros.



QUENEPÁ: (*Semiincorporándose sobre la estera donde yace*)

No cesan de aullar. Quienes los oigan deben sentir miedo. Esos perros están venteando la muerte.

(*La puerta se abre y entra Piescó.*)

PIESCÓ: (*Muy anciano y encorvado. Viste la misma indumentaria que Tigüire. Trae terciada una pequeña cesta. Se apoya en un bastón.*) Oigo que aún hay vida en esta cueva.

QUENEPÁ: ¿Eres tú, Piescó? Viejo piache, ¡cuánto has tardado!

PIESCÓ: (*Mirando a su alrededor*) ¿Hablabas sola la abuela Quenepa?

QUENEPÁ: Murmuraba de esos perros. Varias noches llevan aullando a esta misma hora, pero hoy lo hacen como si vieran al mismo miedo. ¿La noche es turbia afuera?

PIESCÓ: Ni los ojos del jaguar podrían penetrarla. Pocas he mirado así en esta isla de pedregales y cardones.

QUENEPÁ: Y de sufrimientos para los caribes...

PIESCÓ: ¡Así es!

QUENEPÁ: ¿Tuviste trabajos en venir?

PIESCÓ: Poco. La edad me hace caminar como las arañas y vine por las arenas de la playa, el mar ruge con una inquietud extraña. Quenepa, hay signos temibles en las cosas.

QUENEPÁ: ¿Qué han visto tus ojos, acostumbrados a interpretar misterios?

PIESCÓ: Cuando el sol caía vi a los tigüitigües en vuelo raudo al sur como si huyeran de todo esto; y desde

un yaque espinoso chilló gimiendo un guanaguanare; hallé también peces muertos en la arena, peces que nunca he visto.

QUENEPA: Por eso creo que algo miran los perros. Yo sentí, hace un rato, cuando caían las sombras, algo, no sé...

PIESCÓ: Diga la abuela para ver si es lo mismo que advertí al andar sobre los peñascales...

QUENEPA: Pon cuidado... cuando la luz se iba oí bajo la estera un ruido extraño. Como si bramara el fondo de la tierra... Mi corazón latió temeroso.

PIESCÓ: Quenepa, créeme, también yo percibí ese extraño bramido, y estaba lejos de aquí. No sé si tuve miedo o que los años me doblegan, pero las rocas o mis pies se estremecieron.

QUENEPA: Y ahora esos animales aullando. Si pudiéramos mirar lo que ellos miran...

PIESCÓ: (*Grave*) Nadie puede hacerlo...

QUENEPA: ¿Viste algo más?

PIESCÓ: Sí, y se entristeció otra vez mi corazón. En las empalizadas, junto al fuerte hay fogatas y perros que aúllan... y muchos hermanos caribes amarrados con dogales por los cuellos...

QUENEPA: ¡Ah, otra vez se divierten con sus hierros candentes los extranjeros invasores...!

PIESCÓ: Sí, sobre la frente de muchos hermanos nuestros, el hierro enrojecido está marcando el estigma que nos confunde con sus bestias y ganados... (*Se toca su frente marcada.*)

QUENEPA: (*Como un eco, lejana, turbia, mientras se toca también la marca de su frente*) La C de fuego, la C sangrienta, la C que arde más en el espíritu del pueblo caribe que en su carne. ¡Para los hombres blancos significa caribe, caníbal, esclavo!

PIESCÓ: ¡Y para nosotros padecimientos, lágrimas de rabia, infamia, muerte, más que muerte!

QUENEPA: Es cierto, Piescó. Más que muerte, ¿quién así marcado osa alzar su frente? ¿Acaso no es ya peor que una bestia?

PIESCÓ: Así es. Quenepa, yo he visto con cuánto amor cuidan nuestros enemigos a sus caballos y perros de presa. ¡En cambio a los caribes!

QUENEPA: Ya ni siquiera sufro pensando en eso. Desde hace tiempo no quiero tener imágenes ni recuerdos.

PIESCÓ: Hemos agotado el sufrimiento.

QUENEPA: Por eso estaba impaciente porque vinieras. ¿Pudiste conseguir mi encargo?

PIESCÓ: Aquí lo traigo. (*Saca de la pequeña cesta una olla de tierra cocida diminuta*) Viene de muy lejos, del Orinoco, mucho costó que llegara hasta acá. Es rojo y violento... (*Da a Quenepa la ollita.*)

QUENEPA: Me agrada que tu rostro esté sereno al ofrecér-melo.

PIESCÓ: También yo haré uso de él.

QUENEPA: ¿Están advertidos todos? (*Esconde bajo la cama la ollita.*)

PIESCÓ: Sí. Desde aquella ocasión cuando la luna alzábase roja, hacia el norte y acompañado por el anciano Arecú y la más anciana todavía Aicuna, nos reunimos contigo en este lugar y acordamos lo que se debía hacer, la voz ha ido veloz entre los muertos.

QUENEPA: ¿Habrá penetrado a todos los sitios?

PIESCÓ: A todos. A las naves donde los caribes, con cadenas a los cuellos son lanzados a las obscuras profundidades a bucear las ostras; a los depósitos donde yacen los ciegos, heridos y llagados; a las cuevas y calabozos en las cuales se mata con cepos y tortoles a los que han intentado rebelarse; a las caballerizas, a los almacenes, a los cerros de ostras que se forman día a día en la playa y junto a los cuales nuestras mujeres amarradas y desnudas como animales, rompen las conchas y sacan las perlas tan cruelmente apetecidas

por nuestros cautivadores. Esas perlas que para nosotros sólo eran redondas florecillas del mar...

QUENEPA: Para mí que ahora son lágrimas de él.

PIESCÓ: Rodando en esas lágrimas todos los nuestros han escuchado el tremendo mandato. Ni un solo caribe de los que padecen aquí lo ignora. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos han sabido que viene de nuestros antepasados.

QUENEPA: ¿Y conocen cómo enviaron el mandato?

PIESCÓ: Sí. Por todas partes se supo la muerte del viejo cacique Chatayma, el que allá en Araya, antes de ser cautivado, vivía feliz y era bueno y alegre como un pájaro.

QUENEPA: Y amaba tanto el mar Chatayma, que devolvía a él las conchas que sus hijos sacaban.

PIESCÓ: Recuerdo muy bien eso... Y también que solía cantar a la luna con su flauta de carrizo; y en el mes de las siembras animaba el baile de las mozas.

QUENEPA: Lo vi cautivo bajo cadenas y látigos...

PIESCÓ: Nunca habló para quejarse...

QUENEPA: Con la frente sangrante y una cadena al cuello, era obligado por nuestros enemigos a zambullirse en ese mar que tanto había querido. A zambullirse una y otra vez bajo el palo y las lanzas, y arrancar conchas y conchas... Se pudrieron sus ojos y su carne...

PIESCÓ: Por eso, todos saben ahora, Quenepa, que desde su débil lengua moribunda hablaron los espíritus de nuestros antepasados para mandar que todo caribe, en esta isla cautivo, debe extinguirse por la muerte...

QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!

PIESCÓ: Y que ningún caribe varón busque a la hembra ni ésta a él para que el amor no dé frutos y no vengan más niños a ser también esclavos de nuestros enemigos...

QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!

PIESCÓ: Eso dijo Chatayma cuando moría sobre la playa

obscura, mientras lloraban detrás de los ojos purulentos sus hermanos cautivos. Eso dijo y eso se ha grabado en el pensamiento de los caribes que llevamos este signo terrible sobre las frentes...

QUENEPA: Y gracias a ti lo han sabido quienes allí no estaban.

PIESCÓ: Y gracias también a que nuestros cautivadores desprecian mi vejez y mi cuerpo encorvado, y puedo vagar como una carroña entre pedregales y cardones. Nadie imagina que sobre mi cuerpo encorvado viaja, colérica, la voz de Chatayma, que es la voz de los antepasados...

QUENEPA: (*Sonriendo vengativa*) Razón tenías al decir que en tus viejos huesos se esconde la venganza...

PIESCÓ: ¡Así es, Quenepa! ¡Y alegre estaría si al morir con ellos pudieran hacer nuestros jóvenes guerreros puntas de flechas para herir alguna vez a nuestros enemigos...!

QUENEPA: También quisiera que hicieran eso con los míos. ¡Te aseguro Piescó que llevarían un veneno más violento que el curare, tal es la rabia que me consume!

PIESCÓ: ¡El mandato nos liberará! ¡Son sabios los dioses y los antepasados!

QUENEPA: Gozo al pensar que pasadas las mismas lunas que dedos tenemos en las manos, ningún caribe ha de quedar con alientos sobre esta isla maldita.

PIESCÓ: ¡Aviva tu júbilo, pues ha de ser así!

QUENEPA: Sin esclavos que arranquen las ostras de las rocas obscuras y profundas; sin brazos y lomos caribes que traigan el agua desde el continente. Sin manos esclavas para picar piedras y construir murallas. Sin indios a quienes tratar como animales y alimentarlos con cazabe y tripas de ostras, ¿qué podrán hacer los hombres extranjeros en esta desolada isla?

PIESCÓ: ¡Se irán de Cubagua! ¡Dejarán tranquilo el mar!

QUENEPA: Esta isla volverá a ser un terrón solitario en medio de las aguas; sin hombres blancos, sin látigos, sin perros feroces...

PIESCÓ: Y sin el sufrimiento de los caribes...

QUENEPA: En lo más profundo de nuestra vengativa muerte, Piescó, podremos volver a gritar: ¡¡Ana Karicñá Roté!!

PIESCÓ: Así ha de ser Quenepa, desde la región de los misterios volveremos a decir: ¡Nosotros los caribes solamente somos!

(Los perros aúllan con más fuerza, oyéndose gritos e imprecaciones confusas. Piescó va a la puerta y se asoma afuera.)

QUENEPA: No verás nada, Piescó, la inquietud está en las sombras...

PIESCÓ: La gritería y los aullidos vienen del mar y todo hacia allá luce negro...

QUENEPA: Ojalá no tarde más la muchacha.

PIESCÓ: ¿Quién? ¿Cuciú?

QUENEPA: Sí, anda en Nueva Cádiz.

PIESCÓ: ¿No duerme en las barracas?

QUENEPA: No, al saber que me cuidaba le tomaron asco, creen que estoy leprosa y que Cuciú también puede estarlo. ¡Ni para fullar ostras la quieren!

PIESCÓ: ¿Y Yorosco?

QUENEPA: Logró fugarse y se esconde en un islote. Viene algunas noches a buscar comida, Cuciú trae para los tres...

PIESCÓ: ¿Siguen siendo el uno para el otro como lo eran cuando los unimos?

QUENEPA: Sí, pero he creído ver que les duele el mandato que prohíbe ayuntarse y procrear...

PIESCÓ: Es duro para ellos, pero deben cumplirlo.

QUENEPA: Ni vida ni amor. ¡Sólo muerte debemos sembrar!

(Los lejanos gritos crecen con más fuerza.)

PIESCÓ: (*Asomándose de nuevo a la puerta*) Algo ha ocurrido en el mar, oigo gritos de hermanos nuestros.

QUENEPA: ¿Más martirios?

PIESCÓ: Iré a indagar. (*Sale.*)

QUENEPA: (*Gritándole*) ¡Di a todos Piescó que cumpliendo el mandato dejaremos de sufrir! (*Aúllan los perros lugubriamente.*) ¡Ah, ellos ven en el aire y las sombras y olfatean el olor de la muerte! ¡Yo la deseo, la deseo!
(*Entra Cuciú.*)

QUENEPA: Tarde llegas y estaba inquieta.

CUCIÚ: Tomé el sendero de los cardones; por las peñas grandes olas rugen y ponen espanto.

QUENEPA: ¿Qué gritos son esos?

CUCIÚ: No sé, vienen del sur, hacia allá vi marchando la sombra del viejo Piescó.

QUENEPA: ¿Hay embarcaciones en el mar y caribes buscando?

CUCIÚ: Sí, abuela, parece que muchas, con bastantes de los nuestros.

QUENEPA: Deben aprovechar la obscura noche para quedar en el fondo de las aguas.

CUCIÚ: ¡Es terrible!

QUENEPA: ¡Hay un mandato que cumplir!

CUCIÚ: Esta tarde cuando las sombras caían tres buceadores no subieron más a la superficie, entre ellos estaba Kurak el muchacho de los ojos dulces...

QUENEPA: ¡Valiente Kurak, ha obedecido! (*Ríe nerviosamente*) ¡Ya está libre!

CUCIÚ: ¿Se alegra?

QUENEPA: Sí, dolíame saberlo convertido en un solo sufrimiento. Llagado, con los ojos purulentos, las carnes agrietadas. Había nacido para cazar por los bosques, para reír y dar goce al corazón de los viejos... ¡No temió quedarse en el fondo de las aguas!

CUCIÚ: ¡Morir! ¡Morir!

QUENEPA: ¿Temes a la muerte Cuciú?

CUCIÚ: No la temo, abuela, pero...

QUENEPA: ¿Qué?

CUCIÚ: No he vivido, ¡Kurak tampoco había vivido!

QUENEPA: Ningún esclavo puede decir que vive, Cuciú.
Por eso es justo el mandato de extinguirnos.

CUCIÚ: Abuela, debo decirle, muchos jóvenes caribes, aun los que mueren entre cepos y grillos con sus carnes raídas por la sal y las llagas, no piensan así...

QUENEPA: (Airada) ¿Qué dices? ¿Dudan acaso de los espíritus que yacen en las sombras?

CUCIÚ: No dudan, pero hablan de otra cosa...

QUENEPA: ¿De qué pueden hablar?

CUCIÚ: Dicen que debemos luchar.

QUENEPA: ¿Envilecidos y encadenados?

CUCIÚ: Aun así.

QUENEPA: ¿Y Yorosco y los otros fugitivos, qué dicen?

CUCIÚ: Lo mismo.

QUENEPA: ¡Ira de nuestros muertos! ¡Ya veo por qué hay signos extraños esta noche! ¿Has hablado con algunos?

CUCIÚ: Con Guayké y Katuro. Yorosco me dijo la otra noche cuando vino, que les hablaría. También espió y escuchó al enemigo, en sus casas, en su fuerte, en sus posadas...

QUENEPA: ¿Qué pretenden ustedes?

CUCIÚ: Yorosco lo sabrá.

QUENEPA: ¡Está perturbado!

CUCIÚ: No lo está. Hace poco en Nueva Cádiz, husmeando en los desperdicios, junto a la puerta del mesón, vi entrar presuroso al fraile barbudo, pegué mi oreja a

la ventana y oí algo que trajo alegría y susto a mi corazón.

QUENEPA: Nada pueden oír los caribes en esta isla de desgracias que alegre sus corazones. Sólo la muerte ha de hacerlos sonreír. (*Grave*) ¡Cuando la muerte sea nuestra venganza!

CUCIÚ: Habla la abuela como si ya estuviera en el fondo de la tierra.

QUENEPA: Desde que me tendí aquí con las piernas partidas, lo hice con la intención de no levantarme nunca más.

(*Entra en escena Yorosco, aparenta sufrir un gran cansancio.*)

CUCIÚ: ¡Yorosco! ¡Anhelaba que vinieras!

YOROSCO: Tengo hambre y cansancio.

QUENEPA: (A Yorosco) Quiero decirte algo.

YOROSCO: Hágalo la anciana Quenepa.

QUENEPA: ¿Por qué hablas a los jóvenes para que duden del mandato de nuestros antepasados? ¿Por qué pretendes evitar que se haga lo único que se debe hacer?

YOROSCO: (Mirando a Cuciú) No entiendo a la abuela... ¿Acaso?...

CUCIÚ: (A Yorosco) He dicho a la anciana Quenepa lo que muchos pensamos... ¡Que se debe luchar!

YOROSCO: (A Quenepa) Así es...

QUENEPA: (Airada) ¿Te atreves a contrariar la voluntad de los más viejos? ¿Cuándo entre los caribes ha cundido la desobediencia?

YOROSCO: No hemos pensado en desobedecer. Día a día, bajo ese terrible dictado muchos caribes se dejan morir. Ni un niño anuncia su venida en el vientre de las mujeres...

QUENEPA: ¡Así debe ser!

YOROSCO: Sin embargo, algunos pensamos que si hay que buscar la muerte no debe ser pasivamente... (A Cuciú)

¡Dame cazabe...! (*Cuciú busca en la marusa y da cazabe a Yorosco, mientras éste come le acaricia el pelo y el cuello.*)

QUENEPA: No entiendo eso. ¡Quisiera, Yorosco, que de ser posible nos extinguiéramos mañana mismo, sin esperar nada más, sin buscar ninguna otra cosa! (*Viendo cómo Cuciú acaricia a Yorosco*) ¡Ah, Cuciú! ¿Por qué tocas así a Yorosco? ¿Acaso lo pretendes?

CUCIÚ: Tiene derecho a que mis manos alivien su cansancio. Es mi hombre, ustedes los ancianos me lo dieron por tal.

YOROSCO: (*Rechazando suavemente a Cuciú*) Debes seguir olvidando que soy tu hombre y eres mi mujer. ¡Existe el mandato!

CUCIÚ: (*Retirándose de Yorosco*) ¡Lo sé!

QUENEPA: Estoy por creer que el enemigo ha corrompido la voluntad de los caribes.

CUCIÚ: (*A Quenepa*) Yorosco sabe que no hemos violado el mandato, pero abuela, el amor está en nosotros, en su pecho, en el mío.

QUENEPA: Tu voluntad, Cuciú, está enferma.

CUCIÚ: No pienses eso abuela. Solamente no he dejado de ser mujer... ¡Amo y deseo a Yorosco! ¡Sus palabras, sus caricias!

YOROSCO: ¡Cuciú!

QUENEPA: ¡Has enloquecido, Cuciú! ¡Tienes turbada tu razón y tus sentimientos!

CUCIÚ: Soy la misma Cuciú. ¡Una mujer caribe! ¡Cumpliré lo que han ordenado los ancianos, pero sin fingimientos...!

YOROSCO: (*Suave*) ¿Por qué has de decir eso?

CUCIÚ: ¿Por qué no decirlo? Di tú también a la anciana, Yorosco, que cumplirás con lo mandado por nuestros antepasados, pero que deseas luchar, que deseas morir con la sangre ardiendo...

YOROSCO: Eso siento.

QUENEPA: Creo entender algo. Sí, temen la muerte por sí mismos, la que llega sabiendo uno que llega. ¡Por eso reniegan!

YOROSCO: ¡No es así!

QUENEPA: ¡Nunca creí que los caribes aquí reducidos llegarían a tanta cobardía! Pero los viejos sabremos defender el valor y la voluntad de nuestro pueblo. ¡Quieran los dioses que pronto despunte el sol... entonces yo reiré!

CUCIÚ: (*Recordando*) Ah, con el sol podrán venir grandes cosas... (*A Yorosco*) Oí noticias que pueden ser verdaderas...

YOROSCO: ¿Qué alcanzaste a oír?

QUENEPA: Otra vez el cuento de lo que oyó. (*A Yorosco*) ¡Anda turbada!

CUCIÚ: (*A Yorosco*) Dijo el Fraile en el mesón a dos capitanes que allí estaban, que allá en tierra firme, por Paria y Araya, todos los nuestros se habían alzado en armas. ¡Hay rebelión!

YOROSCO: (*Asombrado*) ¡Oíste eso! ¿No te engañaron tus oídos, Cuciú?

CUCIÚ: No me engañaron.

QUENEPA: (*Sarcástica*) ¡Cree en lo que pueden dejar oír los enemigos! Son trampas, muchas veces han hecho eso para descubrir intenciones de rebeldía y aplastarlas en los cepos... ¡No la oigas Yorosco!

CUCIÚ: (*A Yorosco*) ¡Esta noticia es verdadera! El Fraile temeroso... dijo que los nuestros mataban a los blancos y quemaban su ciudad, allá en la tierra cumana-gota.

YOROSCO: (*Electrizado*) ¡Si eso es verdad, Cuciú, esta es la noche de la vida!

QUENEPA: (*Asombrada*) ¿De la vida?

YOROSCO: Sí. ¡Nuestros hermanos vendrán hasta Cubagua

con las flechas de la venganza! ¡Oiremos sus guaruras anunciando desde el mar la muerte y el fuego para el enemigo! (*Grita*) ¡Nosotros los caribes solamente somos!

CUCIÚ: (*Contagiada de entusiasmo*) ¡Solamente somos!

YOROSCO: (*A Cuciú*) ¡Iremos ahora mismo a la rebelión!

QUENEPA: ¿A qué rebelión?

YOROSCO: Abuela, yo y otros daremos frente a la muerte pero peleando. Ningún enemigo de esta isla irá a atacar a nuestros hermanos en armas... ¡Ninguno!

QUENEPA: Violarán lo que han dispuesto nuestros dioses.

YOROSCO: No será así.

QUENEPA: Les falta valor para darse la muerte o dejarse morir y buscan que los mate el enemigo. ¡Le darán ese gusto, cobardes! ¡En ustedes dejó de existir la sangre caribe!

YOROSCO: ¡Ya la alzaremos como ardiente fuego!

QUENEPA: Me burlo de ti.

YOROSCO: El plan que hemos ido preparando con lentitud de gusanos se apresurará esta noche...

QUENEPA: ¿Plan? ¡El sol de esta isla quemó tu razón, Yorosco!

YOROSCO: (*A Cuciú*) Oye Cuciú, oye, que Yorosco está retornando a la alegría con eso que has oído, y su corazón renace ardiente como la flor del Pichigüey... Oye, cuando el alba llegue, sombras, muchas sombras de ciegos, de macilentos, de todos los que tienen las frentes llagadas, se pondrán de pie para herir por doquier con desesperación, como sólo hieren los que van a morir... para que otros vivan...

CUCIÚ: ¿Qué puedo hacer yo?

YOROSCO: Los caballos y los perros serán envenenados; los depósitos de agua se vaciarán hasta la última gota. Hay huesos afilados y cuchillos hechos con las conchas de ostras, que ya tienen escogidas las gargantas

que han de herir... Cuciú. (*La abraza*) Desde esta noche no habrá en la frente de los caribes más signos de esclavitud...

CUCIÚ: ¿He de permanecer aquí?

YOROSCO: No, Cuciú, toma un cuchillo y vuelve a Nueva Cádiz, piérdete en las sombras de su muelle y atracaderos...

CUCIÚ: ¿Qué haré allí?

YOROSCO: El mar está enfurecido y amenaza tormenta, cortarás las amarras de todas las embarcaciones y dirás al ciego Víyupa, ese que muere de hambre bajo los maderos del muelle, que perfore las pipas de agua; también debe ser derramada hasta la última gota la que tienen en las casas... ¡La sed! ¡La sed sobre Cuba-gua también será nuestra amiga!

CUCIÚ: ¡Me estoy sintiendo feliz, aunque tiemblo!

QUENEPA: ¡Han enloquecido, todos han enloquecido! ¡Es el enemigo quien los ha enloquecido!

YOROSCO: (*Asomándose afuera*) Sigue tan obscura como antes la noche. Daré aviso a otros. Sabrán lo que hacen nuestros hermanos en la tierra de Araya. Dentro de sus pechos los corazones volverán a cantar. (*A Cuciú*) Después que hagas eso vuelves aquí, pienso... Sí... Quizás tengas que cumplir algo muy importante. (*Sale rápido.*)

CUCIÚ: ¡Haré todo con rapidez y volveré! (*Va junto al fogón y toma un pequeño cuchillo, se tercia el mapire y sale.*)

QUENEPA: (*Gritando a Cuciú*) ¡Vete! ¡Vete tras él, Cuciú! ¡La desobediencia hará que los dioses y los espíritus de nuestros antepasados les den la espalda y sean más duras para ustedes las cadenas de la esclavitud! ¡Vete! ¡Vete tras tus mentiras!

(*Obscuridad lenta.*)

**ACTO SEGUNDO
CUADRO TRES**

Al descorrerse el telón la luz se enciende en la escena del mesón. Junto a la mesa Limpias bebe mientras Salduendo recoge los dados y los guarda. Tigüire entra y sirve a ambos más vino, luego cambia la vela de sebo del candelabro.

SALDUENDO: Verdad es que en eso de los dados nadie gana al señor Capitán ni un maravedí.

LIMPIAS: Vos mismo dijisteis, Maese, que la suerte es mujer casquivana.

SALDUENDO: No lo es tanto, pues os ha guardado fidelidad.

LIMPIAS: Es cierto, caballero. Hay cortesanas que saben querer.

SALDUENDO: Pese a mí que ese amor me cuesta veinte caribes ya marcados y listos para bucear. Doblones en oro de vellón pagué por ellos.

LIMPIAS: (*Sonriente*) Calmaos, bien haré yo que los devuelvan con creces buscando millares de ostras.

SALDUENDO: Pero las perlas irán a vuestra bolsa y no a la mía...

LIMPIAS: No se lamente tanto su merced, que si es cierta la noticia llegada al Fraile, guerras en puerta tenemos contra los caribes de Maracapana y volverán a ponerse baratos los cautivos.

(Tigüire arregla algunas pipas y botas.)

SALDUENDO: Cierto puede ser. Ah, pero vaya que se ha dilatado el señor Oidor en traer a Su Señoría...

LIMPIAS: Paso a creer que es fuera de los muros de la ciudad donde el señor Gobernador aposenta a la moza de sus amores.

SALDUENDO: Bien atado lo lleva esa pasión.

(Afuera canta un pájaro).

LIMPIAS: Dicen que la moza es sabroso bocado...

SALDUENDO: Algo raro de encontrar por estas remotas Indias...

(Chilla de nuevo un pájaro. Tigüire abre la ventana y mira hacia afuera.)

LIMPIAS: Parece que los vientos del mar tienen inquietos a los pájaros.

SALDUENDO: Más parecen murciélagos los que chillan.

(Óyese otro chillido y un leve ruido como de una piedra que cayera cerca.)

LIMPIAS: Y vuelan bajo. Oiga cómo derriban objetos por las calles...

(Tigüire abre la puerta, se asoma y sale.)

SALDUENDO: *(Señalando a Tigüire)* Quizás ha creído que cayó un murciélago. Dicen que muchos caribes acostumbran comerlos.

LIMPIAS: *(Haciendo un gesto de asco)* ¡Puhaaa! Son capaces.

SALDUENDO: Le diré, para mí los murciélagos tienen algo de pequeños demonios.

(Tigüire regresa. Mira semisonriente a Limpias y Salduendo. Toma la garrafa que había dejado sobre un banco y va al interior.)

LIMPIAS: El animal debe haber huido y a Tigüire se le escapó el manjar.

(Afuera se oyen pasos como de gente descalza que corriera. La voz del fraile Olegario grita:)

FRAILE: *(Desde afuera)* ¡A mí, caballeros, a mí!

SALDUENDO: *(Tomando rápido su espada y su capa)* ¡Es la voz del Fraile!

(Cuando va a salir, entra Fray Olegario, llega turbado.)

FRAILE: ¡He visto sombras extrañas moviéndose por la calleja! ¡Vaya que vengo alarmado!

LIMPIAS: *(Persignándose)* ¡Fantasmas habrán sido!

SALDUENDO: Tan obscura es la noche que no es raro anden en ella los difuntos recogiendo sus pasos.

FRAILE: Para mí tengo, señores, que eran indios y no fantasmas de pecadores.

LIMPIAS: ¡Indios? ¡Vaya! ¡Vaya! A estas horas todos están bien encerrados en los fosos y barracas y hasta algunos fuertemente amarrados y con cepos.

SALDUENDO: Así es señor fraile. Sólo pocos indios inútiles como el mudo que me sirve en esta posada, no son encerrados, ¿quién se fía de caníbales?

FRAILE: No sufrí engaño de la vista. Las sombras que vi iban semidesnudas y desaparecieron como ocultándose.

LIMPIAS: El reverendo sigue impresionado por las noticias recibidas de la tierra cumanagota, eso es...

SALDUENDO: (*Ofreciéndole asiento*) Repose el reverendo y cálmese, las jornadas que ha hecho esta noche lo han debilitado.

LIMPIAS: Quizás la confesión que hizo al soldado fiebroso turbó también su ánimo...

SALDUENDO: ¡Quién sabe cómo tendría de pecados ese señor soldado!

LIMPIAS: Si es de los que guerrearón en África su buena carga habría de tener...

FRAILE: ¡Reponeos, señores, reponeos, que murmuráis de un difunto!

SALDUENDO: ¡Válgame Dios! (*Santiguase*) ¡Ignoraba que ya no era de esta tierra!

LIMPIAS: ¡Su alma quede en paz!

FRAILE: Por muy pecador que fuera ya tuvo la absolución. ¡Sea el Señor con él!

LIMPIAS: ¡Así sea!

(Tigüire se asoma por el corredor. El fraile lo mira.)

FRAILE: (*Mostrando a Tigüire*) ¿Podría ese mudo traerme un sorbo de agua?

SALDUENDO: Y comida también si el reverendo apetece algo...

FRAILE: Sólo agua para mi sed... Puedo estar afiebrado...

SALDUENDO: La providencia ampare al reverendo... (*A Tigüire con voz alta*) ¡Trae agua muy limpia para el señor fraile...! ¡Anda!

(*Tigüire emite un leve sonido, afirma con la cabeza que ha comprendido y va al interior.*)

FRAILE: Muy poca beberé, ando de penitencias...

LIMPIAS: (*Al Fraile*) Ya hace su reverencia buena penitencia bebiendo sólo agua de esas pipas podridas...

SALDUENDO: Sabe a rancia. Dicen que toma ese sabor en el paso del mar, al traerla desde tierra firme a esta isla...

LIMPIAS: ¡Así debe ser, además no es agua de manantial!

FRAILE: Ah, me han recordado ustedes. (*Se incorpora*) Otra cosa que también me turbó fue ver a alguien rondando cerca de las grandes pipas donde ella se guarda.

LIMPIAS: ¿Las que se amontonan por el atracadero?

FRAILE: Las mismas.

LIMPIAS: Su cuidador ha de ser a quien vio el señor Fraile...

FRAILE: Lo conozco, y no era él. Si no yerro parecía la sombra de esa mujer...

SALDUENDO: ¿Cuál mujer?

FRAILE: Esa a quien perseguía hace poco el señor Oidor Real don Alonzo Niño...

LIMPIAS: ¿La leprosa? ¡¿Esa carroña cerca de las pipas de agua?!

SALDUENDO: ¡Vaya que es pavoroso peligro eso!

FRAILE: Gran temor me asaltó. Con sólo esa lazrina meter sus manos en los toneles o pegar su sucia boca a las espitas...

LIMPIAS: Calle su reverencia que me espanta.

SALDUENDO: De esa agua se bebe y con ella cocínase en toda Nueva Cádiz... Y harto trabajo cuesta traerla desde tierra firme...

LIMPIAS: ¿Y vio el Reverendo si tocaba los toneles?

FRAILE: Movíase con premura y al sentirme desapareció hacia el muelle abajo...

SALDUENDO: Quizás convenga aislar a esa caribe...

LIMPIAS: Medida mejor será sacarla de Cubagua junto con la otra leprosa a quien cuida. Dejarlas en un islote de esos que tanto abundan en estos mares y quedarnos tranquilos.

SALDUENDO: Quizás pretendan infacionarnos a todos con su lepra...

FRAILE: Eso me temo. En varios libros he leído de lázarus vengativos que hacen por extender su mal...

LIMPIAS: ¡El cristo de la salud nos ampare! ¡Mire que son caribes y herejes!

SALDUENDO: ¡Temo más a ese mal que a cien heridas!

LIMPIAS: Quizás sea bueno que eche una ojeada por los atracaderos y averigüe qué hace por allí esa mujer-zuela.

(Afuera, lejos, oyense gritos confusos.)

FRAILE: ¡Esta es noche de perturbaciones y escándalos en Nueva Cádiz!

(Se escucha un disparo de mosquete.)

SALDUENDO: Un tiro de mosquete, malos lances han de ocurrir donde gritan.

LIMPIAS: *(Tomando capa y sombrero y ciñiéndose la espada)* Antes de ojear por los atracaderos veré qué novedades son esas. Ya es bueno que se sepa quiénes son los que todas las noches mandan almas al cielo.

FRAILE: Al infierno diréis mejor, señor Capitán, pues por mí marchan sin confesión.

(Limpias sale. Por el pasadizo llega Tigüire, trae un pequeño barril y un cántaro vacío. Da a entender por señas que no hay una gota de agua que ofrecer al Fraile, indicando que la va a buscar.)

SALDUENDO: *(A Tigüire)* ¿No hay una sola gota de agua? ¿Y ahora es cuando viene a decirlo con sus gestos de mono este indio roñoso? ¡Merece que le dé de palos! ¡Fíjese su reverencia con la cara de idiota que mira! *(Se pone de pie y da un empujón a Tigüire.)* ¡Anda! ¡Sal y busca el agua en los depósitos! ¡Simio! ¡Carroña!

(Tigüire sale con suma lentitud mirando fijamente a Salduendo y con un gesto de sorna en la boca.)

SALDUENDO: *(Al Fraile)* No me explico esa escasez de agua, apenas anteayer hice traer suficiente como para llenar la pipa grande que tengo en el patio.

FRAILE: Es raro en verdad.

SALDUENDO: Me intriga, iré a ver...

FRAILE: Vaya usted, Maese.

(Salduendo va adentro, afuera canta de nuevo un pájaro, otro le responde. El Fraile toma el farol y algo intrigado se asoma a la ventana como tratando de penetrar la obscuridad que reina afuera. Regresa Salduendo.)

SALDUENDO: ¡Ah, esa carroña! ¡Le daré duro con la espada, no debe ir lejos! *(Toma con rapidez y enojo su espada.)*

FRAILE: ¡Repóngase, Maese! ¿Qué le ocurre?

SALDUENDO: ¡Derramó el agua a propósito, hasta la última gota! ¡Dejó abierta la llave de la pipa y como si fuera poco le sacó el tapón!

FRAILE: ¿Y por qué haría tal cosa ese indio?

SALDUENDO: Por maldad, pero ya lo traeré aquí y junto a la pipa le daré su merecido... *(Sale rápido.)*

FRAILE: No se enoje de esa manera su merced, mire que el indio es un idiota... *(Toma el farol y se asoma nuevamente)*

mente a la ventana, gritando hacia afuera) Tenga cuidado Maese, vea que la rabia con que va puede hacerlo caer... Ah, cruzó la calle, vaya que tiene ánimo levantisco el maese Lorenzo de Salduendo. (*Vuelve a la mesa y se sienta. Toma un tarro de vino y lo huele dejándolo en su lugar con gesto de renuncia.*) No huele mal el vino. (*Afuera oyese un ruido. El Fraile se asoma a la ventana nuevamente*) Vaya que le ha echado mano...

(*Entra Salduendo, trae Tigüire agarrado y arrastrándolo con violencia.*)

SALDUENDO: Logré echarle mano cuando soltaba el barril para huir... (*A Tigüire*) ¡Marajo! Ahora pagarás por la herejía que has hecho! ¡Te daré de palos! ¡Te pondré a podrirte en un cepo! ¡Botar el agua que en Cubagua vale tanto como el oro! ¡Más que el oro!

FRAILE: ¡Sosiéguese usted, Maese, recuerde que ese caribe es igual a un animalejo!

SALDUENDO: (*A Tigüire. Sacudiéndolo*) ¡Qué quisiste hacer dejándome sin agua? ¡Una burla? ¡Garabato del demonio! ¡Caníbal! (*Tigüire logra zafarse y avanzar hasta el pasadizo dando el frente a Salduendo. Éste va a golpearlo con la espada pero el Fraile lo agarra por el brazo.*) ¡Carroña!

FRAILE: Gasta usted enojo y palabras inútilmente.

(*Tigüire mira fijamente a Salduendo y luego comienza a reír alto y con sorna, a reír extrañamente como si fuese presa de violenta locura. Salduendo desenvaina la espada.*)

SALDUENDO: ¡Mire usted, padre, cómo se comporta! ¡Mire que se burla de mí! (*Va a avanzar pero el Fraile se interpone.*)

FRAILE: Está loco. ¡Conténgase usted, que ese caníbal se ha vuelto loco! ¡Por los cielos que ha enloquecido!

(*Salduendo se turba y mira con asombro a Tigüire, éste riendo siempre, retrocede y desaparece al interior.*)

SALDUENDO: ¡Vaya que es capaz de haber enloquecido!

Ah, pero no, ¡más parécmeme que se burla! ¡Ya verá usted padre cómo con dos buenos planazos esa locura le sale por su horrible boca! (*Va en persecución de Tigüire.*)

FRAILE: ¡Contenga sus iras Maese Salduendo, que es como gastar pólvoras en fantasmas!

(*Se oye adentro la risa de Tigüire y el ruido de los planazos que le da Salduendo. Éste regresa.*)

SALDUENDO: Mañana, apenas toquen diana lo echaré en un cepo, para mí que se burlaba.

FRAILE: Todavía creo que su razón se ha turbado.

(*Adentro se oye nuevamente la risa de Tigüire, ruidosa, burlona. Salduendo iracundo y asombrado mira al Fraile. La risa cesa, luego siéntese un ruido como de un cuerpo que se desploma. Salduendo va al interior, rápido.*)

SALDUENDO: (Desde adentro) ¡Se ha desplomado! ¡Ah, busque usted el farol señor fraile, que para mí esta carroña se ha muerto! ¡Sí, está muerto! (*El fraile se santigua y toma el farol presa de cierta turbación.*) ¡Tiene sangre en los brazos!

FRAILE: (Asomándose hacia adentro) Lo mató el demonio de la locura que se introdujo en él. No toque usted su cuerpo.

(*Salduendo regresa turbado.*)

SALDUENDO: Ah, pero mire su Reverencia lo que he encontrado. (*Sale.*) Acerque el farol para ver qué es esto. (*Muestra una pequeña ollita de barro como la que dio Piescó a Quenepa y una larga espina de pescado.*) Una ollita y una espina... Veamos qué es...

FRAILE: (Mirando) ¡Cuídese usted, Maese, mire que es curare!

SALDUENDO: ¡Curare! ¡Válgame Dios! ¡Y en manos de ese indio! ¡El peligro que he corrido!

FRAILE: ¡Su santo patrono lo ha salvado, Maese! ¡Con solo

el caníbal haberlo tocado con esa espina su alma estaría rindiendo cuentas allá arriba! (*Se santigua.*)

SALDUENDO: Créame su Reverencia que le pondré un cirio a mi santo patrón.

FRAILE: Y récele usted varios Padre Nuestro. Ah, Maese, pero antes guarde usted esas cosas diabólicas en sitio seguro.

SALDUENDO: (*Poniendo los objetos sobre una repisa*) Extraña locura la de ese caribe. Tuvo usted razón, algún demonio lo poseyó.

(*Entra Limpias, se muestra alarmado.*)

LIMPIAS: ¡Un caribe iracundo, de los que están en los cepos intentó escapar! ¡Nadie sabe cómo logró zafarse!

SALDUENDO: ¿Traspuso los muros?

LIMPIAS: Sí, fue capturado de nuevo cuando se hurtaba una curiara y la empujaba hacia el mar, con intención de huir de Cubagua.

FRAILE: ¡Malas están las cosas señores!

LIMPIAS: ¡Y por si fuera poco lo del fugado, les diré que aparecieron más de veinticinco indios muertos en los fosos del fortín mayor...!

SALDUENDO: ¡Santo Cristo de Jerusalén! ¡Peste negra podrá ser!

LIMPIAS: Dios quiera que no.

FRAILE: No me agrada nada la noticia señor Capitán. Todos los santos hagan porque amanezca pronto.

SALDUENDO: (*A Limpias*) Aquí también ha habido muerto.

LIMPIAS: ¿Aquí? ¿Acaso habla usted en juego?

SALDUENDO: Nada de eso.

FRAILE: El viejo mudo acaba de morirse.

LIMPIAS: (*A Salduendo*) ¿Tigüire? ¿El que ya parecía un fantasma de mono?

SALDUENDO: Sufrió un ataque de locura. Se hirió con una

espina untada de curare. Adentro, junto a las pipas
está el cuerpo...

LIMPIAS: (*Curioso va adentro*) ¡Curare, válgame Dios!

FRAILE: (*Gritando a Limpias*) ¡Tenga cuidado el señor
Capitán de no tocar el cuerpo!

SALDUENDO: Es fulminante ese veneno...

(*Regresa Limpias.*)

LIMPIAS: (*A Salduendo*) ¿Está seguro que usó curare?

SALDUENDO: (*Mostrándole la ollita y la espina*) Sí, allí está.

LIMPIAS: (*Al Fraile*) ¡Vaya! ¡Vaya! Ahora sí es para alar-
marse. ¿Qué piensa de todo el Reverendo?

FRAILE: Me pierdo en conjeturas. (*A Salduendo*) ¿Cómo
podría conseguir el caribe esa ollita con el veneno?

SALDUENDO: Antes de ahora no se la había visto.

FRAILE: (*A Limpias*) ¿Sabe el señor capitán si tenían algu-
na ollita como esa los indios que murieron en el for-
tíñ mayor?

LIMPIAS: No sé qué habrán encontrado con los cuerpos.
Oí las voces y me enteré del suceso sin detalles.

FRAILE: Quizás no haya sido peste... (*Queda pensativo.*)

SALDUENDO: ¿En qué piensa el Reverendo?

FRAILE: Recordaba la horrible risa del mudo... Acaso...
Pero no, quién va a entender a esos caníbales.

(*Vuelve a oírse afuera el chillido de un pájaro. Otro
chilla más lejos.*)

LIMPIAS: Confieso que entiendo mejor a mis perros...

SALDUENDO: ¿Y de la leprosa? ¿Alcanzó a ver qué hacía
rondando las pipas en el atracadero?

LIMPIAS: Sólo un fuerte viento de tempestad gemía por
aquellas obscuridades.

FRAILE: Sus mercedes me perdonen, pero vuelvo a mi pre-
ocupación. Todo cuanto ha ocurrido con esos caribes

esta noche, unido a las noticias que tengo sabidas, me turba sobremanera...

LIMPIAS: Todo es un poco extraño, no hay duda, pero ¿qué debemos temer?

SALDUENDO: Pienso como vos, señor Capitán. No es la primera noche que mueren caribes en Nueva Cádiz, ni la única en que hay escándalos, perros aullando y sombras merodeadoras...

LIMPIAS: Ni tampoco será la última.

SALDUENDO: Sin embargo, debo decir como el reverendo, que la risa fúnebre de Tigüire me impresionó.

FRAILE: Además de haberme impresionado sufro otro temor.

SALDUENDO: ¿Cuál?

FRAILE: ¿Se han dado cuenta de lo que puede significar el curare en manos de otros indios? ¿Cómo lo consiguió el mudo ese?

SALDUENDO: Ah, ¡no había pensado detenidamente eso!

LIMPIAS: Ni yo... ¡Tiene razón el Reverendo!

SALDUENDO: Creo que es urgente tomar medidas. ¡Es un tósigo fulminante!

FRAILE: ¡Hasta con las uñas podrían asesinar cristianos!

LIMPIAS: ¡Sálvenos el Padre Eterno!

(Óyense pasos afuera.)

ALONZO: (Entrando) ¡Aquí llega Su Señoría! (Hacia la puerta) Pase, pase, su merced...

(Entra el Gobernador Francisco de Castellanos.)

CASTELLANOS: (Saludando) ¡Salud, señores...!

ALONZO: (Coreado por Limpias y el Fraile) Téngala muy buena Su Señoría...

CASTELLANOS: (Al Fraile) Hanme dicho señor fraile que tenéis cosas importantes que comunicarme... Veamos, veamos... (Se sienta.)

FRAILE: Así es señor.

CASTELLANOS: (A Alonzo) Señor Alonzo, prevenid en el fortín mayor que iré a dormir allá, luego de despachar esto, aquí me buscaréis.

ALONZO: Así lo haré, pierda cuidado Su Señoría... (*Sale.*)

CASTELLANOS: (Al Fraile) Bueno, diga el reverendo.

FRAILE: Mucha alarma hay señor en Nueva Cádiz, pero antes leed esto...

(*Saca el pliego y lo tiende al Gobernador, éste lo toma y comienza a leerlo. La luz se va apagando hasta la obscuridad.*)

**ACTO SEGUNDO
CUADRO CUATRO**

Lentamente la luz se va encendiendo en la escena del rancho, afuera, muy cerca, ladran perros mientras algunas voces los azuzan a rastrear.



Quenepa se medio incorpora en la estera, con cierta inquietud. Los ladridos y las voces se alejan. Entra Cuciú sigilosamente y mirando hacia afuera como temerosa de que la hayan visto. Trae la marusa y un pequeño bojote en las manos.

CUCIÚ: Buscan uno de los nuestros que escapó del fortín, los perros huelen la tierra y se orientan hacia la playa.

QUENEPA: Cómo me remueven recuerdos sombríos esas fieras ladrando en persecución de un caribe...

(Obscuridad, sobre la cabeza de Quenepa una débil luz azul.)

Allá vienen, Wooli, los enemigos... azuzan sus caballos y sus perros de presa... Disparan sus armas, blanden sus espadas... Apenas hay hombres caribes cerca de los ranchos, todos han sucumbido defendiendo el paso del cerro... Los perros hicieron presas en muchas gargantas... Mira cómo traen sus bocas sanguinolentas y terribles... Wooli, hija mía, huye con los

niños, llévalos de aquí pronto, a la selva, a los riscos, lo más lejos posible, donde no los encuentren estos raros invasores... Detrás de los ranchos subía hacia las nubes, negro, doloroso, el humo del maíz. Piyú lo había quemado, y había quemado las yucas y las matas de algodón... Que todo lo destruya el fuego, dijo, antes de que caiga en manos de los enemigos... ¡Cuántos de los nuestros muertos! ¡Cuántos heridos cautivos! ¡Hubiera sido preferible morir! ¡Después entre las lágrimas de impotencia vimos quedarse atrás, sola bajo las cenizas, nuestra tierra... Y como un río desbordado vino el sufrimiento...!

(La luz se va encendiendo lentamente.)

¡Esos perros buscando con sus fauces abiertas! (*Se toca el pecho*) ¡Aquí siento sus mordidas, Cuciú, aquí las siento!

Cuciú: Sólo deseo que el fugitivo encuentre una curiara...
Podrá ganar el mar...

Quenepa: Pronto no tendrán en Cubagua a quien rastrear con sus fieras. (*Con una sonrisa fría*) ¡Se persigue inútilmente a los muertos!

Cuciú: (*Sordamente*) ¡La muerte! ¡Ese que huye desea vivir!

Quenepa: ¿Por qué insistes en hablar de vivir? (*Sin disimular su resentimiento*) No has debido volver aquí, Cuciú, ¿por qué no te quedaste con Yorosco en la roca donde habita? Has debido hacerlo.

Cuciú: Usted sabe que no fui con Yorosco. Anduve por los atracaderos haciendo lo que él me mandó. He vuelto porque necesito preparar esto que he traído. (*Se sienta en el ture de espaldas a Quenepa, saca algo de la marusa y del bojote y comienza a manipular.*)

Quenepa: (*Suave*) Debes comprender, Cuciú, eres una muchacha despierta, todo cuanto hagan no servirá sino para apretar más las cadenas y dogales en los cuellos de los caribes; volverán los empalamientos, los miembros cortados, el garrote...

CUCIÚ: Puede engañarse la abuela...

QUENEPANA: (*Airada*) ¿Engañarme? ¡Hablas sin ningún respeto a mi vejez! ¡Hasta eso lo has perdido, Cuciú!

CUCIÚ: Decirle que puede sufrir engaño no es faltarle el respeto.

QUENEPANA: Sí lo es... Y no solamente me lo faltas a mí sino a nuestros antepasados. Sus espíritus se irritarán, Cuciú, y tu castigo será terrible... Maldita serás Cuciú y hasta la vida se te vaya, vieja, más vieja que yo, has de ser esclava, sin amores, sin ilusiones, y querrán ellos que nuestra tierra, esa que tanto amamos los caribes y por la que tanto hemos sufrido al querer defenderla de los extranjeros, niegue su cobijo a tus huesos y anden siempre en picos y dientes de aves de rapiña y fieras.

CUCIÚ: Hiérame cuanto quiera con sus palabras. Pero desde hace unos momentos sentí en mí, con mayor fuerza, que Yorosco tiene razón. He visto que nuestros enemigos pueden sentir miedo.

QUENEPANA: Miedo tienes tú, Yorosco, los otros...

CUCIÚ: ¡No! Lo tienen los enemigos extranjeros. Esas voces que he sentido por aquí azuzando a los perros; esa búsqueda presurosa del fugitivo ¿qué son sino miedo? Miedo a nuestra ira, a nuestra venganza... Si podemos atemorizarlos también podremos destruirlos... Además...

QUENEPANA: ¿Además qué?

CUCIÚ: Estamos sobre el fuego de la desesperación... Y nos ayudarán la astucia, el odio...

QUENEPANA: (*Sarcástica*) Ya veo a los extranjeros riéndose de ustedes...

CUCIÚ: Esta noche no se reirán...

QUENEPANA: Pero me río yo. (*Ríe con frialdad burlona*) ¿Crees que puede vencer una liebre luchando con un jaguar?

CUCIÚ: Ahora es usted la que no habla como una caribe.

QUENEPA: (*Iracunda*) ¡Cuciú! ¡Recuerda quién soy!

CUCIÚ: (*Dejando lo que hace y acercándose a Quenepa*)
¿Sabe lo que hago ahora?

QUENEPA: (*Despectivamente*) Preparas comida para Yorosco y quién sabe si para los otros... Me huele a pescado.

CUCIÚ: Sí, preparo pescado, pero no es para Yorosco. Lo preparo para echarlo a los perros. ¿Y sabe lo que le pongo? Zumo venenoso de ñongué. Es parte de lo que debo hacer. Otros, como yo, como usted, como Yorosco, preparan distintas sorpresas para el enemigo.

QUENEPA: ¿Y qué ganarán con eso? Pueden traer más perros.

CUCIÚ: También, abuela, si nos dejamos morir pueden traer más esclavos, pero Yorosco me lo ha dicho, si luchamos, aun cuando nos maten, los caribes que traigan para esclavizarlos aquí también lucharán, y podrán morir del mismo modo, pero si traen otros también lucharán y algún día esa lucha dará frutos!

QUENEPA: Parloteos de loro.

CUCIÚ: Recuerde lo que oí antes... En Maracapana están alzadas las flechas de la venganza. ¡No estamos solos!

QUENEPA: No me engañarán Cuciú. Todo cuanto hacen es para eludir el mandato. ¡Quieres más la vida que la libertad!

(Entra Piescó, gravemente animado.)

PIESCÓ: ¡Quenepa, el mandato se está cumpliendo, ya se han dado muerte otros!

QUENEPA: ¿Quiénes lo hicieron ahora?

PIESCÓ: Todos los sacadores de ostras que encierran por las noches en los fosos del fortín mayor. Los enemigos echan pestes y vociferan sin entender lo que ha pasado...

QUENEPA: Ya veo a los espíritus de los abuelos sonreír entre las sombras.

PIESCÓ: Satisfechos han de estar por lo que hacemos.

QUENEPA: Esos muertos fueron caribes y supieron cumplir. ¡Pero hay otros que prefieren renegar del mandato y vivir...!

PIESCÓ: ¡No creo! ¡No creo!

QUENEPA: Debes creerlo. Sé de algunos que prefieren la esclavitud, y con el pretexto de luchar alguna vez no piensan darse la muerte.

PIESCÓ: ¿Quién puede preferir la esclavitud?

QUENEPA: Muchos que tienen miedo. ¡Ya hay cobardes entre los caribes, Piescó!

PIESCÓ: ¿Cobardes? ¿Has dicho cobardes?

QUENEPA: ¡Sí!

PIESCÓ: Nombra a esos que no quieren obedecer el mandato. Nómbralos para maldecirlos ahora y cuando ya no esté andando en la vida... ¡Nómbralos, Quenepa!

QUENEPA: Cuciú es una...

PIESCÓ: ¿Cuciú? (*Va hasta donde está Cuciú*) ¿Tú? ¿Tú?
Dile con altivez a la abuela Quenepa que miente...
Díselo, pequeña luciérnaga... Arrójáselo a la cara...
Quita de ti esa ofensa...

CUCIÚ: No temo morir Piache Piescó, ahora mismo estoy dispuesta a hacerlo...

PIESCÓ: ¡Has quitado el pesar y la ira de mi pecho!

CUCIÚ: Pero no creo que debamos extinguirnos pasivamente como mueren esos árboles tristes.

PIESCÓ: (*Sin comprender claramente lo que dice Cuciú*) ¿No has entendido? Dejándonos morir nos vengaremos... Además Cuciú, la muerte será la libertad...

CUCIÚ: (*Negando con la cabeza*) ¿Quién la verá? Piache Piescó, yo creo más en la lucha y para luchar conviene vivir...

QUENEPA: (*A Piescó*) ¿Ves claro lo que hay en el corazón de Cuciú? Rehuye el mandato...

PIESCÓ: (*Retrocediendo asombrado como si Cuciú emanara algo espantoso*) Ha dicho la verdad la abuela Quenepa, no crees en los ancianos ni en los dioses y burlas el dictado de los antepasados.

CUCIÚ: Desde que el enemigo apareció en nuestras tierras los caribes hemos luchado. ¿Por qué no seguir? ¿Por qué extinguirnos?

PIESCÓ: (*Airado y fuera de sí*) Los espíritus enemigos de nuestros pueblos están dentro de ti...

QUENEPA: También Yorosco burla lo que se ha dispuesto.

PIESCÓ: ¿Él?

QUENEPA: Propaga al oído de muchos caribes ideas contrarias al cumplimiento del mandato... (*Señalando a Cuciú*) Ella lo ha escuchado.

PIESCÓ: ¿Cuándo los jóvenes caribes se habían puesto frente a sus mayores? ¿Cuándo el dictado de los muertos ha sido desobedecido?

QUENEPA: Ya hay varios que piensan como él. ¡El aire de esta isla los ha corrompido!

PIESCÓ: ¡Yorosco! ¡Yorosco! Antes de ser herido y capturado combatió como un jaguar airado. Era obediente a los más viejos y a los espíritus... ¿Qué le puede haber pasado?

QUENEPA: La esclavitud ha turbado su pensamiento y lo ha vuelto cobarde... Eso debe ser.

PIESCÓ: ¡Ah! Yorosco entonces propaga la cobardía. Ella nunca ha existido entre nosotros. ¡Yorosco, Yorosco, te buscaré, pues antes de que mi cuerpo copie la imagen de la muerte he de arrojarte a la cara mi saliva obscura! (*Sale presa de ira.*)

QUENEPA: Eso es, arrójale a su cara tu saliva, también lo haría yo si pudiera. (*A Cuciú*) Temblarán hasta los huesos de ustedes Cuciú cuando les llegue el castigo.

(Cerca vuelven a ladear los perros.)

CUCIÚ: (*Inquieta*) Regresan con sus perros de la persecu-

ción. (*Se asoma a la puerta*) Allá pasan con hachones encendidos. Parece que no han encontrado a nadie. Van presurosos. ¡Ah, mi corazón oye que tienen miedo! (*Yendo hacia la abuela*) Y lo tendrán más cuando vean llegar a los nuestros de Maracapana con las flechas y macanas movidas por la furia de la venganza. ¡Algún día los destruiremos abuela, sabemos ya que son vulnerables!

QUENEPA: ¡Estás engañada! (*Serena*) ¿Por qué no oyes Cuciú la voz de nuestros antepasados?

CUCIÚ: (*No quiere escuchar*) Haré lo que debo hacer... (*Recoge una parte del pescado que ha preparado, lo envuelve y se dispone a salir, entra Yorosco, trae algunas conchas, palos cortos, piedras y un rollo de cuero, también algunas flechas.*)

YOROSCO: (*Señalando hacia afuera*) Hacia los peñascales van con los perros. Me oculté detrás de los cardones cuando pasaron.

(*Quenepa llena de desprecio da la espalda cuando habla Yorosco.*)

QUENEPA: ¡Renegado!

YOROSCO: (*Mira a Quenepa y alza los hombros. Luego habla a Cuciú*) ¿Preparaste el pescado? Aquí traigo también un pedazo de conejo, su carne la apetecen mucho los perros. (*Pone en el suelo lo que trae.*)

CUCIÚ: El pescado está listo, sólo habrá que arrojarlo en los sitios donde encierran a esas fieras.

YOROSCO: Ya están prestas las manos que lo harán, aprovechando las últimas sombras de esta noche.

CUCIÚ: (*Señalando las piedras, los palos y lo demás que ha traído Yorosco*) ¿Para qué son esas conchas, piedras, palos y guarales?

YOROSCO: Para que hagas macanas y cuchillos. En otros lugares también hacen diversas armas.

CUCIÚ: Trabajaré ahora mismo.

YOROSCO: (*Revisando el pescado que ha preparado Cuciú*)
Sólo deseo que el veneno surta efecto.

CUCIÚ: Puse bastante. El ñongué no es muy fuerte, pero en Cubagua no hay donde conseguir otro más efectivo.

YOROSCO: Supimos que en el fortín, hace poco, junto a muchos nuestros que murieron encontraron curare. Una ollita muy pequeña.

CUCIÚ: ¡Curare! ¿En el fortín?

YOROSCO: Sí.

CUCIÚ: ¿Por eso buscarán tanto?

YOROSCO: Por eso debe ser.

CUCIÚ: Y tienen miedo.

YOROSCO: Saben lo que puede significar. Ah, si lo tuviéramos nosotros...

CUCIÚ: ¿Quién pudo traerlo a Cubagua? Queda muy lejos donde lo hacen.

YOROSCO: Me gustaría saberlo.

CUCIÚ: Ah, (*señalando a Quenepa*) ¿no lo sabrá ella?

YOROSCO: ¿La abuela? ¿Ahí, con sus piernas partidas?

CUCIÚ: Puede ser.

YOROSCO: (*A Quenepa*) Abuela, en Cubagua hay curare...

QUENEPA: ¡Renegado!

YOROSCO: (*Sereno*) El enemigo lo ha encontrado...

QUENEPA: No tienes que hablarme. Sólo los verdaderos caribes pueden hacerlo.

YOROSCO: Vamos a luchar contra el enemigo, somos bastantes...

QUENEPA: Los has engañado...

YOROSCO: Antes de salir el sol atacaremos...

QUENEPA: Nuestros dioses no estarán con ustedes...

YOROSCO: (*Impasible*) Si tuviéramos curare todo sería más fácil.

CUCIÚ: (*Suave pero firme*) Diga abuela, ¿sabe quién lo trajo?

QUENEGA: (*Indiferente*) Nada tengo que hacer con eso.

YOROSCO: ¡Cada herida sería un enemigo menos! ¡Dígame abuela! ¡Untadas con curare nuestras armas serán terribles!

CUCIÚ: (*A Quenega*) ¿Hay más en poder de algunos de los nuestros?

QUENEGA: ¿Y si lo hay? ¿Qué? No será para usarlo en lo que ustedes pretenden hacer...

YOROSCO: (*A Cuciú*) Si hay más en Cubagua, averiguaré quién lo tiene.

QUENEGA: ¡Nada te detiene en tu afán Yorosco, seguramente que un mal demonio de nuestros enemigos te guía...!

YOROSCO: (*A Cuciú*) Me llevaré el pescado, pronto estará en las manos que han de arrojarlo a los perros.

CUCIÚ: Deseo que lo coman los más fieros.

YOROSCO: Son los que siempre tienen hambre, lo comerán pronto. Haz los cuchillos con las conchas más afiladas, volveré por ellos. Muchas cosas debo hacer antes de que el sol despuente. (*A Quenega*) Abuela, con curare o sin él las armas se alzarán iracundas en las manos de los caribes aquí cautivos.

QUENEGA: ¡Ay de tí, Yorosco!

CUCIÚ: (*A Quenega*) Diga, abuela, en vez de eso, ¡ay de nuestros enemigos! ¡Debe decirlo, porque usted los odia! ¡Sé que los odia!

QUENEGA: (*Terca*) ¡Ay de quienes violan el mandato!

YOROSCO: (*A Quenega*) La muerte vendrá, ¡pero luchando!

QUENEGA: (*Reticente*) ¡Ay de ti Yorosco!

YOROSCO: Una guarura nuestra desde lo alto de la roca roja, gritará al aire el comienzo del ataque...

(*Yorosco sale, la escena va oscureciendo lentamente.*)

ACTO TERCERO
CUADRO CINCO

Al correrse el telón la luz se va encendiendo lentamente en la vivienda de Salduendo.

(*El gobernador Castellanos deja el pliego sobre la mesa. Se incorpora y comienza a caminar nervioso.*)

CASTELLANOS: Señores, ya están enterados de las malas nuevas que trajo el pliego.

LIMPIAS: En verdad que no anduvo corto el señor Prior en relatar cuanto ocurrió.

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Hizo bien en darme aviso esta misma noche, creo que no debemos perder tiempo.

SALDUENDO: Razón tiene Su Señoría, cada hora que pase puede agrandar los males de quienes aún queden con vida en Nueva Toledo y Maracapana.

FRAILE: Si es que aún quedan cristianos vivos.

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) No pierda el Reverendo las esperanzas.

FRAILE: Recuerde Su Señoría que el venerable Prior habla de grandes estragos y matanzas.

CASTELLANOS: Asistiremos a los que aún resistan.

SALDUENDO: Y cobraremos a los caribes ciento por uno.

LIMPIAS: Haremos un escarmiento terrible.

CASTELLANOS: Así ha de ser. Y navíos vendrán de España misma si fuere necesario para ayudarnos en el castigo.

SALDUENDO: (*Asomándose a la ventana*) Enhoramala, el mar sigue como si hubiera tempestad.

CASTELLANOS: No es bueno el tiempo para salir esta mis-

ma noche. Sin embargo, tomaremos medidas para hacerlo al amanecer.

LIMPIAS: Bueno será para caer sobre la indiada por sorpresa.

CASTELLANOS: (*A Salduendo*) Maese Salduendo id en busca del maestre Antonio de Fonseca y decidle que apreste el navío grande, pues apenas haya viento favorable a las primeras luces levaremos anclas. Ah, y de paso dad aviso a la marinería de las goletas y demás gente de mar.

SALDUENDO: Obedezco a Su Señoría. (*Sale.*)

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Quizás sea conveniente tocar las campanas para poner sobrealerta a la gente de Nueva Cádiz...

FRAILE: ¿Lo ordena usted?

CASTELLANOS: (*Reflexivo*) Pensándolo bien, mejor será esperar...

FRAILE: Estoy tan temeroso de que esos salvajes puedan atacar a esta isla que en el campanario dejé al sacristán vigilando...

CASTELLANOS: Dicen que es dormilón.

FRAILE: Pues, iay de él si osa cerrar los ojos! Le ordené que al sólo mirar alguna luz extraña sobre el mar eche las campanas a vuelo...

CASTELLANOS: Es buena medida señor Fraile.

LIMPIAS: Sin embargo, la obscuridad de esta noche es tal, que difícilmente podrán penetrarla los ojos del señor sacristán el cual me temo que a más de dormilón es miope...

FRAILE: Sí que lo es, pero le tiene pavor a los caníbales...

CASTELLANOS: Entonces no despabilará siquiera. (*A Limpias*) Capitán, vaya usted hasta la Casa Fuerte y avise al alférez mayor que tenga lista gente de tropa y servicio... Ah, y que revise las goletas, que queden bien aprovisionadas de pólvora y municiones.

LIMPIAS: ¿Llevará perros la expedición?

CASTELLANOS: Por supuesto, caballero. Pase su merced por el sitio de la brea y haga que los acondicionen en traíllas.

(A lo lejos se oyen gritos y voces.)

LIMPIAS: Pierda cuidado, haré que escojan a los más fieros. ¡Vaya que harán buena cacería! (*Sale.*)

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) Debería el Reverendo dormir aun cuando fuere un par de horas, así estaría repuesto para las penurias de la expedición, deseo que vaya en ella...

FRAILE: Se lo iba a pedir. Pero antes ordenaré rezos y penitencia por los difuntos.

CASTELLANOS: Y haga rogar también porque salgamos bien de la empresa...

(Vuelven a oírse gritos y voces lejanas. Entra Alonzo presa de alarma.)

ALONZO: Gran alarma hay en el fortín, señor, pues otros caribes se han fugado. Mire que nadie se explica cómo lo hicieron, pues bien atados estaban por cuellos y tobillos.

FRAILE: ¿Ya han salido en su persecución?

ALONZO: Sí. ¡Y muy agitada anda la gente!

CASTELLANOS: ¡Pero señor Oidor, no es para espantarse tanto! ¿Acaso ocurre la primera vez? ¡Ya serán fácilmente cazados!

ALONZO: Sepa Su Señoría que hay otras noticias peores...

CASTELLANOS: Vamos que es noche de alarmas ésta. ¡Dígalas pronto, señor Oidor!

ALONZO: ¡Ni una pinta de agua queda en Nueva Cádiz!

CASTELLANOS: ¡Cómo!

ALONZO: ¡Así es! Todos los grandes barriles del atracadero se han vaciado hasta la última gota...

CASTELLANOS: ¡Por las ánimas benditas! ¿Cómo pudo ocurrir eso?

ALONZO: Nadie sabe, pero casi todos estaban agujereados por varios sitios...

CASTELLANOS: ¿Y el vigilante de ellos?, ¿acaso se emborrachó? ¡Habrá que ahorcarlo si tal hizo!

ALONZO: En las rocas de la playa blanca fue hallado sin sentido, y crea que borracho no estaba...

CASTELLANOS: ¿Entonces?

ALONZO: Tenía un fuerte golpe en la cabeza.

FRAILE: ¡Malas andan las cosas!

CASTELLANOS: ¡Vaya calamidad! ¡Quizás riñó con alguien!

ALONZO: Lo más extraño son los toneles agujereados.

CASTELLANOS: ¡Cierto! ¡cierto! ¡Créanme sus mercedes que haré dar garrote a quienes resulten culpables!

FRAILE: Esta isla sin agua es un infierno.

CASTELLANOS: Mañana mismo habrá necesidad de ella...

ALONZO: Tendremos que poner premura en traerla.

CASTELLANOS: ¿Y habrá agua en las goletas y en el navío grande? ¡Señor Oidor, bueno será averiguarlo!

ALONZO: No había pensado en ello, mire que será necesaria mucha para la expedición... ahora mismo haré que se averigüe.

(Cuando Alonzo va a salir entra Limpias muy agitado.)

LIMPIAS: Vea Su Señoría que algo grave ha ocurrido, las amarras de todas las pequeñas embarcaciones que estaban surtas en el atracadero fueron cortadas...

CASTELLANOS: ¡Cortadas las amarras!

LIMPIAS: Al garete andan sobre el mar todas las curiaras y goletas.

ALONZO: ¡Por la santísima virgen!

LIMPIAS: Sólo las embarcaciones que estaban ancladas afuera no corrieron esa suerte...

FRAILE: Bueno será dar señales de alarma...

LIMPIAS: Soldados del fortín encienden fogatas en la playa para advertir a los del navío grande, pues no hay una sola curiara con la cual llegar hasta ellos... Además el mar bate olas como montañas...

CASTELLANOS: ¡Enhoramala! Todo parece cosa de demonios...

ALONZO: Eso mismo pienso. ¡Vaya que es diabólico eso de cortar las amarras de las embarcaciones...!

LIMPIAS: ¡Pueden perderse las que andan a la deriva sobre ese mar proceloso...! ¡Aislada podrá quedar esta isla!

CASTELLANOS: ¡Por Lucifer! ¡Verdad es!

(A lo lejos aumentan los gritos y las voces de alarma.)

LIMPIAS: Deseaba órdenes suyas para disponer que tiren al mar varios indios de servicio, bien atados con cuerdas e intenten rescatar algunas curiaras... Hay que establecer contacto con el navío grande...

FRAILE: ¿Lo permitirá la fuerza del mar?

CASTELLANOS: *(A Limpias)* Podrán ahogarse, seguramente...

LIMPIAS: Pero hay que correr el riesgo...

CASTELLANOS: ¡Vaya usted entonces, señor capitán!

(Limpias sale.)

FRAILE: ¡Quedar aislados en Nueva Cádiz sería terrible!

CASTELLANOS: Eso no ocurrirá, tranquilícese usted, Reverendo.

(Vuelven a oírse gritos a lo lejos.)

FRAILE: Pienso en algo que acrecienta mis temores...

CASTELLANOS: Diga usted en qué...

FRAILE: Esas pipas horadadas, las amarras de las embarcaciones cortadas... No sé... Alguna intención tienen...

CASTELLANOS: Mi imaginación no ha ido tan lejos. He creído que sean jugarretas de borrachos o trasnochadores... Pero, cierto que los haré colgar y dejaré sus cuerpos al aire bien alto en la punta de palanqueta para que todos los miren y cobren escarmientos...

FRAILE: Pues mire Su Señoría que no creo que sea cosa de borrachos y trasnochadores...

CASTELLANOS: ¿Entonces?

FRAILE: Para mí que algo tiene que hacer todo cuanto ocurre con lo que dice el pliego...

ALONZO: Temores iguales guardo yo.

CASTELLANOS: ¡Qué barbaridad suponer tal cosa! ¿Acaso podrían desembarcar salvajes de esos que habla el prior de Nueva Toledo, en esta isla fortificada?

FRAILE: Pienso en los caníbales cautivos aquí...

CASTELLANOS: ¿Esos? ¡Vaya para mí que no tienen voluntad ni para mirar de frente!

ALONZO: Taimados son los más...

CASTELLANOS: A sus mercedes la calor les ha calentado la cabeza...

FRAILE: Créame Su Señoría que...

(Entra Salduendo a la carrera y agitado.)

SALDUENDO: ¡Alarmas traigo a Su Señoría! ¡Mire que han aparecido numerosos perros muertos por varios lugares! ¡La trailla que se guarda en la casa fuerte presenta síntomas de envenenamiento...! Hay caballos desjarretados... Además una ollita con curare fue encontrada en el fortín en el mismo sitio donde murieron hace poco los caribes... ¡Válganos la Virgen y el apóstol Santiago!

CASTELLANOS: ¡Caballeros, esto sí es para alarmarse!

(A lo lejos los gritos se hacen más fuertes y los rumores del mar crecen.)

FRAILE: Mire Su Señoría que no ando descaminado...

SALDUENDO: ¡Si hay curare en poder de los indios fugitivos pueden sobrevenirnos graves desgracias...!

FRAILE: ¡La muerte caerá sobre nosotros!

ALONZO: ¡Se imponen medidas violentas!

SALDUENDO: ¡Su Señoría dirá qué debe hacerse!

FRAILE: ¿Ordeno al sacristán que toque a rebato?

CASTELLANOS: ¡Quizás deba ir pronto a la Casa Fuerte! ¡Es menester armarse! ¡Organizar patrullas y encender fogatas por doquier!

(*Entra Limpias.*)

LIMPIAS: ¡Los indios de servicio que arrojamos al mar en busca de las piraguas han desaparecido! ¡Treinta eran y al parecer el mar se los tragó! ¡El oleaje crece y ha cubierto ya el rompeolas del atracadero! ¡Un muro de la caballeriza se ha derrumbado y mire Su Señoría que los caballos andan sueltos...! ¡¡Díjome el señor Alférez que han desaparecido lasbridas y los arneses!! ¡Casi creo que es cosa de diablos ciertamente!!

FRAILE: ¡Al cielo clamo por que nos defienda!

ALONZO: ¡Iré pronto por mi armadura!

SALDUENDO: (*A Limpias*) ¿No hay peligro de que el mar tal como está llegue hasta el sitio de la pólvora?

CASTELLANOS: (*Al Fraile*) ¡Vaya usted a la iglesia y prepárese para tocar a rebato al no más ordenárselo! (*A los otros*) ¡Señores hay que actuar enseguida... me temo que ya estemos...

(Se oye un ruido extraño, profundo, la luz casi se extingue y todo se estremece. A lo lejos se alza de pronto una gritería confusa de voces que claman y expresan espanto.)

LIMPIAS: (*Gritando espantado*) ¡¡Socorramos la providencia!!

SALDUENDO: (*Con alarma*) ¡¡El mar invade a Cubagua!!

(El ruido sordo vuelve a oírse como llegando del fon-

do de la tierra, seguido de otros como de grandes masas que se derrumban con estruendo.)

CASTELLANOS: ¡¡El apóstol Santiago venga con nosotros!!

(Todo se estremece de nuevo y a lo lejos la campana comienza a tocar como si alguien la agitara presa de pánico.)

FRAILE: ¡¡La campana, caballeros!! ¡¡La campana!!

CASTELLANOS: ¡Toca a rebato!!

ALONZO: ¡¡Nos invaden los caribes!!

(El ruido espantoso vuelve a oírse, cerca se derrumba estrepitosamente algo.)

CASTELLANOS: ¡¡Señores... Terremoto!! ¡¡Es un terremoto!! ¡¡Apiádase la Virgen!! ¡¡Corramos!! (*Va contra la puerta y trata de abrirla. La luz se extingue más.*)

SALDUENDO: *(Asomándose a la ventana)* ¡¡La puerta está tapiada!!, ¡¡todo se derrumba!! ¡¡Ave María purísima!! ¡¡La tierra se abre, veo llamas!!

(La campana suena a lo lejos con agitada estridencia.)

FRAILE: ¡¡Vienen también los caribes!! ¡¡Lo dice la campana!!

ALONZO: *(Yendo también a la ventana e intentando forzar los barrotes para salir)* ¡¡Huyamos señores, el mar se tragará la tierra!!

(Por sobre el ruido suena, aguda, una guarura.)

LIMPIAS: *(Cayendo de rodillas frente al Fraile)* ¡¡Déme usted la confesión!! ¡¡Démela usted Fray Olegario!!

CASTELLANOS: ¡¡Bendíganos en nombre de Dios!!

ALONZO: *(A gritos mientras mira hacia afuera)* ¡¡Sigue abriéndose la tierra!! ¡¡Moriremos todos!! ¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!

FRAILE: ¡¡Nueva Cádiz ha sido castigada!! ¡¡Ay de nosotros!! ¡¡Ay de esta ciudad de escándalos e impiedad!! ¡¡Fuego y cenizas caerá sobre ella!!

SALDUENDO: ¡¡Échenos el fraile su bendición!!

FRAILE: (*Bendiciendo al azar y entre la obscuridad*) ¡¡Todo se lo tragará el mar!! ¡¡Todo!!

LIMPIAS: ¡¡Quiero la confesión!! ¡¡Quiero la confesión!!

(*Obscuridad total. A lo lejos siguen oyéndose los ruidos y gritos y el repique violento y enloquecido de la campana. Los ruidos y el toque de la campana persistirán durante todo el tiempo que dure la luz apagada y luego seguirán pero más lejanos a medida que se enciende en el rancho.*)

**ACTO TERCERO
CUADRO SEIS**

QUENEPA: (*Gritando*) ¡Cuciú! ¡Cuciú!

CUCIÚ: (*Corriendo presa de angustia hacia la puerta*). ¡El mar se ha desbordado! ¡El mar invade a Cubagua! ¡El mar avanza hacia acá!

QUENEPA: ¡Cuciú! ¡Cuciú! ¡No es el mar! ¿Oyes el ruido que viene del fondo de la tierra? ¡Óyelo!

CUCIÚ: (*Asustada*) ¡Lo oigo, abuela! ¡Lo oigo!

QUENEPA: ¡La tierra se ha movido bajo mí, Cuciú! ¡¡Se ha movido!!

CUCIÚ: ¡¡Tiembla bajo mis pies!! ¡¡También lo siento!!

QUENEPA: ¡¡Cubagua se hunde Cuciú!! ¡¡El mar la cubrirá toda!! ¡¡Las nubes de los cielos deben estar desprendiéndose para caer sobre nosotros!! ¡¡Oye el ruido del mar tragándose todo!!

(*Cuciú se acerca a la abuela.*)

CUCIÚ: ¡¿Qué pasará?! ¡Tengo la sangre fría y mi corazón quiere salir del pecho! ¡El mar nos cubrirá abuela!

(*Los gritos exteriores persisten, confundiéndose con el ruido sordo del mar el rumor profundo que viene del fondo de la tierra. Muy lejano oyese el tañer de la campana enloquecida.*)

QUENEPA: ¡Cuciú! ¿No sabes qué sucede? ¡¡¿No lo sabes??!

CUCIÚ: ¡No abuela! ¡Pero tengo miedo!

QUENEPA: ¡¡Son nuestros antepasados que se vengan Cuciú!!

(Cuciú atemorizada y sin moverse mira por doquier tratando de explicarse inútilmente lo que ocurre a su alrededor.)

CUCIÚ: ¡¡Vuelve a moverse la tierra, abuela, ¿siente??!

QUENEPA: ¡Sí! ¡Ellos la están moviendo! ¡Y remueven el mar, y el viento! ¡Esta isla maldita se hundirá Cuciú bajo su ira terrible!

CUCIÚ: *(Como un eco)* ¡Todo se hundirá! ¡El mar se lo tragará todo!

QUENEPA: ¡Quedarán únicamente las aguas sombrías sobre los peñones solitarios!

CUCIÚ: ¡Gritan a lo lejos! ¡La campana de la iglesia parece que no se va a callar! *(Corre nuevamente hacia la puerta y mira afuera)* ¡Sigue avanzando el mar! ¡Sus olas se elevan hasta el cielo...! ¡Tiene razón abuela! ¡Todo se lotragará el mar!

QUENEPA: ¡Yo te lo decía Cuciú, que tú y Yorosco y todos los otros estaban colmando la paciencia de nuestros antepasados! ¡Han despertado sus iras y ellos se vengan!

CUCIÚ: ¡No diga usted eso! ¡No es por nosotros!

QUENEPA: ¡Yo sé que es así! ¡¡Se están vengando!! ¡Fíjate cómo sacuden y lanzan unas contra otras a las aguas y la tierra!

CUCIÚ: *(Temerosa)* ¡Son capaces de hacer eso! ¡Tienen poder!

QUENEPA: ¡Claro que sí! *(Riendo con frialdad)* Ja, ja, ja. No querían extinguirse, despreciaron cumplir el mandato y creyeron que nada pasaría... ¡Se burlaron!

CUCIÚ: ¡No hicimos eso!

QUENEPA: Pero no habrá más burlas... ¡Oye la tierra Cuciú

como resuella en sus profundidades! ¡Oye el mar alzándose terrible hacia los cielos! ¡Tiembla, tiembla, porque los espíritus de nuestros antepasados han alzado sus manos! (*Mirando hacia lo alto y siguiendo con los ojos algo que se ve pasar*) ¡Yo los miro en el aire! ¡Yo los veo pasar sonrientes y terribles por nuestras cabezas después de haber desatado sus obscuras violencias! ¡Míralos, Cuciú! ¡Míralos!

CUCIÚ: (Aterrorizada) ¡No! ¡No!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡La campana del templo de los extranjeros quiere calmarlos pero no puede! ¡Los espíritus vuelan y se ríen! ¡Yo los veo reír! ¡Yo los veo! (*Cuciú busca inútilmente por el aire y las sombras.*) ¡Tú no los puedes ver, Cuciú, porque tú renegaste! ¡Ya tú no eres una caribe! (*A lo alto*) ¡Pasen! ¡Vuelen! ¡Destruyan! ¡Que no quede ni una piedra, ni una concha, ni una perla! ¡Que se hundan en lo más negro de la tierra los blancos extranjeros con sus látigos, sus lanzas, sus cepos, sus hierros quemantes! ¡Que el mar se trague a los renegados! ¡Que Cubagua no sea nunca más lo que ha sido! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Pasen!

CUCIÚ: (Cubriendose el rostro con ambas manos) ¡No quiero verlos! ¡Ahora no quiero verlos!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, tienes miedo porque ya no eres una mujer caribe! (*A lo alto*) ¡Pasen, pasen y miren a Cuciú temblando como un polluelo! ¡Sigan en el aire revolviendo las sombras, hundiendo la tierra, desbordando las aguas! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Mira Cuciú, tú tienes miedo, en cambio mi corazón grita de alegría! ¡Por fin de las frentes de los caribes se borrará este signo! (*Se golpea con fuerza la frente*) ¡Ahora estoy tranquila! ¡Sí! ¡Véanme! ¡Véanme! ¡Pronto me iré con ustedes! (*Fuera los ruidos se hacen sordos, sombríos.*) ¡Agárdenme! ¡Sólo esperaba este momento el cual sabía que habría de llegar!

CUCIÚ: (Con terror) ¡Tiembla de nuevo bajo mis pies!

QUENEPA: (*A lo alto*) ¡Voy con ustedes! ¡Un instante más y seré otra sombra alargando mis uñas por el aire! (*Saca una ollita que tenía oculta, también una larga espina*

de pescado. Destapa la ollita y moja en ella la espina luego se hiere varias veces dándose cortes en el pecho y los brazos.)

CUCIÚ: *(Paralizada por el temor y el asombro)* ¡Abuela Quenepa!

QUENEPÀ: ¡Ja, ja, ja, pronto seré otro espíritu vengativo! ¡¡Tiembla, Cuciú, tiembla!!

(Entra corriendo Yorosco.)

YOROSCO: ¡El mar invade a Cubagua! ¡La isla se hunde! ¡Nueva Cádiz se está derrumbando! *(Mueve por los hombros a Cuciú quien está paralizada por el terror)* ¡Todas las pequeñas embarcaciones cuyas amarras cortaste andan a la deriva, el mar las hundirá para siempre!

QUENEPÀ: *(A Yorosco)* ¡Ah, Yorosco, arrepiéntete de haber renegado y vente conmigo! ¡Ayudemos a los espíritus de nuestros antepasados! ¡Míralos en el aire destruyendo esta isla donde tanto hemos sufrido! ¡Míralos sobre tu cabeza mostrando sus dientes y uñas!

(Yorosco temeroso mira a lo alto y busca.)

YOROSCO: ¡Nada miran mis ojos, abuela!

QUENEPÀ: ¡Lo mismo que Cuciú! ¡No puedes ver porque renegaste! ¡Pero vente conmigo! ¡Vente! ¡Si ayudas te perdonarán! ¡Anda, hiérete! ¡Hiérete! *(Le tiende la espina)* ¡Son ellos los que sacuden airados a la tierra y al mar! ¡Son ellos vengando todo cuanto han sufrido los caribes! ¡Hiérete, Yorosco! ¡Hiérete! *(Muere.)*

YOROSCO: *(Viendo con asombro y temor a Quenepa)* ¡Abuela! ¡Abuela! *(Se acerca a ella y cobra un poco de conciencia sobre lo que ha ocurrido. Mira perplejo a Cuciú.)*

CUCIÚ: ¡Tenía curare! ¡Untó en él la espina y luego se hirió! ¡Lo tenía oculto...!

YOROSCO: ¡Curare!

CUCIÚ: *(Los ruidos exteriores se acrecientan)* ¡Tengo miedo, Yorosco! ¡Tengo miedo! *(Yorosco la abraza.)* ¡Los

espíritus de nuestros antepasados andan por el aire!
¡Quenepa los vio!

YOROSCO: (*Temeroso*) ¡Sí, quizás son ellos los que mueven la tierra y enfurecen el mar! ¡Pasarán con los dientes apretados!

CUCIÚ: ¡Quenepa andará ya entre ellos mirándonos con sus ojos que espantan!

YOROSCO: ¡Sí, tal vez ande! (*Mira hacia lo alto con temor*) ¡Pueden ser los espíritus quienes blanden sus armas en las sombras y hacen bramar las olas y rugir el viento!

CICIÚ: ¡Oigo los rugidos! ¡Los oigo!

(*Entra Piescó sacudido por una mezcla de espanto y alegría.*)

PIESCÓ: (*Mirando a Yorosco directamente*) ¡Ah, por fin te encuentro Yorosco...! ¡Y en qué momento! ¿Oyes? ¿Te das cuenta? ¡Niega ahora que por boca del cacique Chatayma hablaron los espíritus de nuestros antepasados...! ¡Vuelve a negarlo!

YOROSCO: ¡No lo he negado!

PIESCÓ: ¡Sí negaste, la abuela Quenepa lo dijo a mis oídos! (*Mira a Quenepa y se asombra*) ¡Ah, la buena mujer! ¡La valiente y orgullosa ya se ha ido! ¡No tuvo miedo! ¡Yorosco! ¡Yorosco! ¡Hoy es la noche de la muerte! ¡No habrá más esclavitud para los caribes! ¡El mar se traga a Cubagua! ¡Oye sus rugidos! ¡Oye su furia! ¡En su fondo se agitan enfurecidos los huesos de nuestros hermanos sacrificados! ¡Óyelos sonar entre ostras y perlas! ¡Óyelos! ¡Óyelos!

CUCIÚ: ¡Saltarán a la tierra!

PIESCÓ: ¡No! ¡Quedarán en el mar, alzándolo oscuro y sombrío para hundir a Cubagua! ¡Para ocultar sus ostras, para matar sus peces! ¡Yorosco, te quisiste burlar, dijiste que los caribes no debían extinguirse en esta isla aborrecida, pero siempre morirás y tu espíritu no podrá llegar a donde moran los caribes... Ya no eres hijo de su pueblo...!

YOROSCO: Si ellos destruyen desde el aire nosotros destruiremos en la tierra...

PIESCÓ: ¿Aún te rebelas?

YOROSCO: ¡El mar y la tierra estremeciéndose ayudarán a nuestra lucha! ¡En el corazón del enemigo se acrecentará el miedo...!

PIESCÓ: Creí que lo que ves y oyes pondría espanto y obediencia en tu pecho. Pero sigues renegando y ellos desde las sombras te destruirán... (*Muestra a Queneapa*) ¡La abuela les dirá lo que eres, yo también lo haré...! (*Toma la espina que usó Queneapa, rápidamente la unta en el curare de la ollita y se hiere en el cuello varias veces.*) ¡Pero antes quiero escupirte, sí, escupirte, lo mereces! (*Escupe a Yorosco, éste retrocede haciendo un esfuerzo violento por dominarse.*)

CUCIÚ: ¡Abuelo Piescó!

(*Yorosco retrocede, mudo.*)

PIESCÓ: ¡Ahora me hundiré en el mar; en su fondo cerraré mis ojos y cuando los abra de nuevo seré un monstruo fuerte, inmenso, con grandes garras y terribles ojos, y cuyo soplo elevará ciclones y encrespará las olas...! ¡Velaré siempre para que nunca vuelvan a estas tierras navíos cargados de hombres blancos! ¡Envídame, Yorosco, envídame! (*Sale rápido y tambaleante.*)

YOROSCO: (A Cuciú) Tiemblas también. Como la tierra... Anda, recojamos las armas que has hecho... (*Recoge las conchas y los artefactos que ha hecho Cuciú.*)

CUCIÚ: (Sombría) ¡Fue verdad lo que dijo Chatayma...!

YOROSCO: (*Suavemente enérgico*) Si ellos hacen todo eso desde las sombras es por que luchan... nos ofrecen la ocasión para que acabemos con los enemigos... (*Los ruidos exteriores crecen y se hacen más turbulentos.*) ¡Oye cómo gritan llenos de espanto! ¡Óyelos...! (*Toma por un brazo a Cuciú y la acerca a la puerta*) ¡Sus viviendas y fuertes están destruidos...!

CUCIÚ: (Soltándose y yendo a Quenepa) ¿Cómo lo sabes?

YOROSCO: Vi cuando caían. Sus caballos y perros andan dispersos. Hombres y mujeres corren por doquier clamando a sus dioses. Desnudos, con los cabellos sueltos, lloran y gimen acobardados...

Cuciú: ¿Es verdad?

(Suena a lo lejos, fuerte, una guarura.)

YOROSCO: ¡Sí! ¿Oyes? Ya entre ellos los nuestros, los que aún respiran, han comenzado a herir, a matar. En estos momentos Katuro penetrará al lugar donde tienen la pólvora con una brasa en cada mano. Yacuma y Anague se arrastran hasta el lugar de las municiones... ¡Todo eso lo anuncia la guarura!

Cuciú: ¡Nada se ha detenido entonces? ¿Se hará todo lo urdido?

YOROSCO: ¡Nadie retrocederá! ¡Mira! ¡Mira! ¡Tiembla otra vez la tierra! ¡Los antepasados nos invitan a luchar! ¡Lucharemos! *(Afuera se oye un torbellino sordo. Yorosco se asoma a la puerta)* ¡Ah, los perros y caballos huyen entre ladridos y relinchos! ¡Ya algunos comienzan a caer! *(Rápido va y toma la ollita de curare que estaba cerca del cadáver de Quenepa)* Esto nos ayudará pronto...

(A lo lejos se oye una explosión.)

Cuciú: ¡Se hunde todo!

YOROSCO: ¡Es Katuro que ha cumplido! ¡Ha estallado la pólvora! ¡Yo también cumpliré y nada me importará el mar y sus olas...!

Cuciú: ¿Qué harás tú?

YOROSCO: Nadaré hasta su navío grande, en la boca llevaré un caracol y dentro de él una brasa muy roja. Llegaré a su fondo donde hay armas y pólvora. Oirás otro ruido espantoso Cuciú...

Cuciú: ¿Y después?

YOROSCO: No podrán embarcarse, no podrán salir de Cubagua. Nadie los ayudará... Aquí se los tragará la tierra y el mar, o los exterminarán nuestras armas...

CUCIÚ: ¿Nadie volverá a marcar con fuego la frente de los caribes?

YOROSCO: Nadie más Cuciú...

CUCIÚ: Pero ya no estaremos para verlo... Sólo el mar y las rocas quedarán en todo esto...

(Yorosco ha recogido todo.)

YOROSCO: Lo verán los hermanos que luchan en Maracapana y Araya... (*La campana cesa de sonar, los ruidos se apagan un poco.*) Su templo también ha caído... Debo entregar esto y luego ir hasta el navío...

CUCIÚ: ¿Y yo, qué haré?

YOROSCO: Irás donde los nuestros, allá en tierra firme...

CUCIÚ: ¿Irme? ¿Cuándo?

YOROSCO: Ahora mismo, hay una curiara oculta entre las guasábanas de la Punta de la Horca. Cuando el mar calme algo su furia embarcarás en ella...

CUCIÚ: ¿Por qué debo hacer eso?

YOROSCO: Es necesario. Remarás hacia Araya... Dirás a los nuestros lo que ha pasado aquí para que vengan pronto... Pronto... Con flechas, con macanas, con sus gritos de guerra...

CUCIÚ: ¿Iré yo sola?

YOROSCO: Sí, es la misión que se te ha asignado Cuciú... Eres buena remadora y conoces el mar...

CUCIÚ: ¿Y tú, y los otros que aquí quedan? ¿Lucharán solos? ¿Morirán?

YOROSCO: Piensa únicamente en que debes alcanzar la tierra de Maracapana...

CUCIÚ: Después que llegue y refiera todo cuanto ha ocurrido aquí, moriré de tristeza...

YOROSCO: ¿Por qué? Estarás libre, oirás nuestro idioma, pisarás la tierra donde todos nacimos, beberás agua de sus arroyos... podrás correr por nuestros bosques

y oír el canto de los pájaros... hasta el viento y la lluvia te parecerán nuevos...

CUCIÚ: ¡Pero estaré sola! No, Yorosco, tendré recuerdos...
Y esto... (*Se toca la frente con mano vacilante.*)

YOROSCO: ¿Qué importa eso? Mostrará a todos que has sufrido en Cubagua... solamente eso...

CUCIÚ: En mi soledad, dentro de todos los nuestros, hará sentirme más sola...

(*Afuera vuelven a crecer los ruidos, pasan cerca perros ladrando y voces gritando confusamente.*)

YOROSCO: ¡Cuciú, la tierra se estremece ahora con más fuerza!, ¿has sentido? (*Corre hacia la puerta y mira otra vez hacia afuera*) ¡La playa se agrieta, el mar avanza...!

CUCIÚ: (*Yendo junto a él*) Veo llamas hacia Nueva Cádiz.

YOROSCO: ¡Debemos partir! ¡Ve hacia la curiara! ¡Anda!

CUCIÚ: ¡Yorosco, tú vas a morir!, ¿y yo...?

YOROSCO: ¡Rema como nadie! ¡Que todos los nuestros sepan y vengan!

CUCIÚ: ¡Yorosco, Yorosco, la tarea que he de cumplir es más terrible que la de ustedes! ¡Yo voy a vivir!

YOROSCO: ¡Es muy bueno vivir, Cuciú... Y tú tendrás toda nuestra tierra!

CUCIÚ: Pero no solitaria y con amargos recuerdos bajo la frente... Todos los padecimientos que aquí hemos tenido nublarán mis ojos siempre, a cada instante que mire reír o gozar a los nuestros...

YOROSCO: ¡Debes irte, Cuciú, es por nuestro pueblo caribe!

CUCIÚ: ¿Qué llevaré de ti?, pobre hombre mío que tanto has padecido... Ni siquiera entre estas sombras veo bien tu rostro para poder recordarlo cuando vuelva la vista hacia donde queda Cubagua... Si es que queda...

YOROSCO: Piensa sólo en que Cuciú debe vivir...

CUCIÚ: ¡Seré un dolor estéril! El último dolor que quede de Cubagua...

YOROSCO: ¡No! No serás eso... Reirás y mirarás de frente a la alegría...

CUCIÚ: ¡No! ¡Nunca más podré volver a verla!

YOROSCO: ¡Sí! ¡Verás la alegría, Cuciú! ¡La verás!

CUCIÚ: ¡Mi mirada también estará sola...!

YOROSCO: (*Acariciándole la cara y el pelo*) Mi pequeña Cuciú, mi valiente luciérnaga... (*La deja y camina como turbado por un pensamiento nuevo, violento, que está cobrando forma en él.*)

CUCIÚ: ¿Qué te ocurre?

YOROSCO: Los que te dieron a mí por mujer han muerto. Ahora nos miran y saben que sufrimos en esta noche de destrucción y espanto.

CUCIÚ: ¡Una noche sin amanecer!

YOROSCO: No para ti Cuciú... irás a nuestra amada tierra... (*La toma por los hombros*) Pero no partirás sola...

CUCIÚ: (*Asombrada*) ¿no iré sola?

YOROSCO: No, Cuciú... ¿Oyes el mar? Ruge enfurecido y hiere a la playa con la violencia de sus olas. ¡Todas las sombras se estremecen! ¡La lucha se ha encendido en nuestros pechos caribes, aquí... en Maracapana... En Araya... cada quien cumplirá lo que debe cumplir...! ¡Tú llevarás más allá de esta isla la noticia de cuanto en ella está ocurriendo...!

CUCIÚ: ¡La llevaré aun sobre la tempestad!

YOROSCO: Cuando tomes la curiara para partir, no estarás sola Cuciú... ¡Ni viajarás sola!

CUCIÚ: ¿Quién me acompañará?

YOROSCO: (*Pausadamente*) ¡Mi semilla!

CUCIÚ: ¿Tu semilla? ¿Quéquieres decir?

YOROSCO: Cuciú, sobre esa playa obscura y abatida por el mar que hundirá a Cubagua, cubriré tu cuerpo con el

mío... buscaremos un hijo... tú lo llevarás Cuciú. A cada golpe de remos que des hacia la amada costa donde luchan los nuestros lo sentirás en ti y te dará fuerzas...

Cuciú: (*Abrazándose a él con ternura tranquila*) ¡Yorosco!
¡Yorosco!

YOROSCO: Nacerá junto a nuestras selvas y ríos y lo criaráis allí... Su frente será limpia y su corazón nunca temerá luchar... Querrá como nosotros nuestra tierra y por ella podrá volver a sufrir...

Cuciú: (*Temerosa*) ¿Podrá germinar en mí ese hijo como el maíz en el fondo de la tierra? ¿Podré tenerlo en mis manos algún día?

YOROSCO: (*Acariciándole la cabeza*) Sí, Cuciú, y en sus ojos verás siempre la valentía de los caribes...

Cuciú: (*Con incertidumbre*) Yorosco... ¿y los antepasados?, ¿qué dirán ellos?

YOROSCO: Los caribes han de seguir luchando Cuciú... Mientras un árbol muere otro debe nacer... ¡Ellos saben que ha de ser así!

Cuciú: ¡Tendré tu hijo, lo tendré! ¡Y sobre esas aguas obscuras y rugientes lo llevaré hasta nuestra tierra libre...!

YOROSCO: (*Grave*) Estoy seguro de que algún día él o los hijos de sus hijos mirarán este mar de Cubagua sin los ojos sombríos, sin las manos crispadas, sin odios... ¡sin rabia!

Cuciú: Cuando oigan su rumor quizás recuerden cuántas lágrimas nuestras cayeron sobre él...

(*A lo lejos vuelven a crecer los ruidos estrepitosos y confusos.*)

YOROSCO: ¡Todo es muerte y espanto... Y lucha...!

Cuciú: Hasta las piedras de esta isla morirán...

YOROSCO: (*Mirando hacia afuera y tomando a Cuciú por los hombros*) La playa se agrieta y a lo lejos hay re-

lámpagos... ¡Vamos Cuciú, antes de tú dejarme para siempre y llevar yo mi brasa ardida al fondo del navío enemigo, he de mirar ese hijo más allá de tus ojos!

CUCIÚ: (*Mirando por doquier y abrazándose con ternura a Yorosco*) ¡Yorosco, el miedo me rodea, debo vencerlo, pero me rodea...! ¿No sientes a la muerte pasando silenciosa? ¿No la oyes gimiendo por el aire? ¿No ves que hay sombras en las sombras?

YOROSCO: ¡Aleja tu temor, Cuciú! ¡Aléjalo!

(*Se oye un trueno sordo.*)

CUCIÚ: ¡Pero la muerte pasa!

YOROSCO: (*Mirando por doquier hacia las sombras con gesto de desafío*) ¡Ella puede pasar fría y obscura! ¡Puede pasar, arrastrarme, pero Cuciú, pequeña valiente, oyeme, de nosotros siempre quedará el amor... El amor...! (*Como un murmullo a lo alto*) ¡Oscéneba! ¡Oscéneba!

(*Arrastra hacia afuera a Cuciú. El mar ruge fuerte y los gritos y ruidos se reanudan. Sobre ese fondo confuso y sinfónico comienza a cantar dulcemente una guarura.*)

(*Obscuridad lenta.*)

FIN DE LA OBRA

Curayú o el vencedor

Drama lírico en un acto y tres cuadros

*Para Héctor Marcano Coello
y Héctor Anzola
Compañeros*

*Esos cadáveres de jóvenes,
esos mártires que oscilan en las horcas, esos corazones
atravesados por las balas,
por fríos e inmóviles que parezcan, reviven en otros seres,
con una vitalidad más fuerte que las cuerdas y las balas.*

*Reviven en otros jóvenes, ¡Oh reyes!
reviven en hermanos prestos de nuevo a desafiaros;
purificados por la muerte, instruidos, exaltados.*

*Ni una fosa de los que mueren asesinados por la tiranía
deja de fecundar una simiente para la libertad
la cual a su vez madurará millones de simientes
que los vientos espacen y siembran a lo lejos,
que las lluvias y las nieves fecundan.*

WALT WHITMAN

Personajes

PIACHE: Curayú. Anciano ciego.
GUERRERO: Paraiguto. Joven.
ANCIANA: Ubschba.
DONCELLA.

Época

Cuando la Conquista. Por el año de 1565.

Lugar

Cerca del Valle de las Catuchas,
donde hoy se levanta Caracas.

Ambiente

Heroico y dramático.

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece el interior de un rancho indígena que sirve de habitación del Piache. En la parte lateral derecha de la habitación se abre un pequeño palenque de donde se divisa un paisaje vasto, de verdes colinas y lejanos cerros de coloración azul violáceo. En el lateral izquierdo se ve una puerta, cubierta con una piel de tigre, que se presume da a otra habitación. La vivienda del Piache es amplia, en uno de sus rincones está situado un rústico fogón encendido, donde algo se cuece en amplia vasija de barro. Sobre pequeños taburetes se encuentran cacharros, hierbas, piedras labradas y otros útiles rituales indígenas. En el fondo, colgado de los horcones está un pequeño chinchorro.

PRIMER

En el centro de la escena se encuentra, de pie, el Piache. Está de frente al público con las manos en el oído derecho en gesto de escuchar. Su actitud es serena pero a pesar de ello deja traslucir una inquietud.

PIACHE: Todo ahora penetra en mi sangre por medio del rumor. Sólo él y las yemas de mis dedos me unen a las cosas. Qué tremenda isla circundada por sombras soy constantemente. Pronto seré yo mismo otra sombra en el remanso de las infinitas sombras. (*Se lleva las manos a los ojos*) Ah, sin embargo, cómo veo palpablemente la marcha de las cosas. ¡Cómo me hiere la claridad de este tiempo que sobre nuestra tierra viene transcurriendo! ¡Cuánto caer! Qué tambores de muerte. Hasta el aire en los árboles parece dejar sólo quejidos en vez de su acostumbrado rumor de fresca risa. (*Baja las manos*) Ayer oí el vuelo de pájaros oscuros, de esos que habitan rocas y cavernas y cuyo aletear diurno es signo de tristezas. Cuántas están viajando ahora por el pensamiento de nuestros hombres y mujeres.

(A lo lejos suenan batutos y tambores de guerra. El Piache vuelve a llevarse las manos a los oídos. Surge una pausa de silencio. De pronto se oye un ruido de pasos y penetra a la escena, por el palenque, la Anciana.)

ANCIANA: Saludo al antiguo hombre que sabe el secreto de las plantas y del tiempo...

PIACHE: También te saludo hermosa Ubschba y grata es tu presencia a mi corazón.

ANCIANA: ¡Hermosa! Cómo se advierte que hace muchos años los malignos dioses pusieron sus dedos en tus ojos llenándolos de sombras. ¡Hermosa! Qué lejos están las mañanas cuando yo era graciosa y fresca como una flor de urape. Ah, el agua de los arroyos hace tiempo que me muestra otra imagen; sólo mi corazón sigue joven y tibio.

PIACHE: Pero los dioses malignos, dulce Ubschba, al castigarme con las tinieblas, te dejaron en el fondo de mis ojos, inmóvil y limpia en tu juventud.

ANCIANA: Joven es tu cariñosa palabra.

PIACHE: Ubschba, dime, ¿A qué has vuelto a mi cubil? ¿No sabes que soy casi un desterrado? ¿No te basta enviar-me todos los días alimentos y fuego? ¿Qué te ha ocurrido, constante y fiel amiga?

ANCIANA: Los fotutos y tambores guerreros han vuelto a inquietar los ánimos. Cada día y cada noche se les oye resonar en todo el valle, en la penumbra de las selvas y en el cauce de los ríos. Ya en las chozas se vuelven a aprestar los arcos y las macanas. A cada hora los carcaj se llenan de flechas... Del sur y de la costa han llegado mensajeros, los informes y relatos que traen son tristes y sombríos para nuestro pueblo... ¡Ellos avanzan...!

PIACHE: He escuchado los fotutos y tambores, mucho los he escuchado en sueños y vigilias... ¡Y he sospechado lo que anuncian!

ANCIANA: ¿Te ha commovido el temor? ¿Qué has sentido?

PIACHE: Sólo he sufrido un inmenso dolor por no poder ser ya un fuerte y violento guerrero.

ANCIANA: Como a todos, ¿te duele entonces que se acerquen?

PIACHE: Mucho antes de que hubieras nacido sentí ese dolor. El recuerdo de cuando me llegó ha golpeado cada minuto de mi existencia. ¡Fue como un rudo flechazo!

ANCIANA: ¡Tienes muchos recuerdos!

PIACHE: ¡Ese solo me turba como una abierta herida!

ANCIANA: ¡Duro es ir herido por amargos recuerdos!

PIACHE: (*Como recordando*) Entonces yo era joven. Ya sabía muchos secretos, pero ignoraba que algún día negro los violentos dedos habrían de quitar la savia de mis ojos; y también que a ellos llegaría la felicidad de ocultar y esconder la luz de tu imagen. Todo en mí era entonces ágil y fuerte como en un joven jaguar. Ya los abuelos me iniciaban en los secretos de las plantas y los astros... Era feliz... ¡El mundo de la vida era mío! Ah, pero un día, como ahora, sonaron de pronto los

fotutos y guaruras, los sones iban erizados de sentimiento guerrero. Todo se agitó como los árboles bajo el rudo golpe de los grandes vientos. Hubo consejo de sabios y guerreros. Una grave noticia cayó luego desde los labios de un anciano cacique... Hombres extraños penetraban por numerosos puntos en nuestras tierras. Estaban aún muy lejos, allá en las islas de las grandes aguas. Salían de éstas rubios y terribles para esclavizar y matar. Todo perdía la libertad a su paso. Pueblos enteros habían sucumbido bajo sus armas... ¡Como un huracán cayó la angustia sobre todos los corazones!

ANCIANA: Mi madre me habló una vez de esa terrible anunciaciόn.

PIACHE: Sentimos en la sangre el fuego de la rabia, y también el sombrío silencio con que llega la muerte.

ANCIANA: ¿Qué hiciste?

PIACHE: Mirar los ojos de mi hermano mayor, aquel bravo guerrero de indomable corazón.

ANCIANA: ¿Qué viste en ellos?

PIACHE: ¡Mi propia inquietud!

ANCIANA: ¿Y qué ocurrió después? Muchos años han pasado hasta hoy...

PIACHE: El tiempo fluyó sobre el desasosiego. Luna a luna el clamor de las guaruras corría por el aire. Reuníanse consejos y consejos de ancianos y guerreros, y las noticias sobre los extranjeros iban creciendo como crecen los grandes ríos cuando llueve en sus cabeceras. Soles y lunas transcurrían. Muchos hasta llegaron a dudar de la existencia de los extranjeros y volvió la risa y la calma al fondo de las chozas.

¡Corrieron años! Un día fui iniciado definitivamente en los grandes secretos de los piaches. Y supe de la hierba que cura y de la que mata. Miré de cerca el secreto de las cosas y bajo la nube de la embriaguez encontré la fuerza que dirige a los espíritus y a los hombres. Otro día cuando muchas doncellas celebra-

ban su pubertad y eran los festejos siembras de amorosas pasiones en los pechos jóvenes, tu imagen, oh hermosa Ubschba, abrióse como dulce flor en mis pupilas vivas aún, luego vino una noche el gran incendio, el fuego terrible y los malignos seres dejaronme solo con una noche inmensa... Y tú, mi prometida Ubschba, sólo fuiste una clara voz para mi anhelo de mirarte. Llegaron entonces tiempos sombríos...

ANCIANA: (*Llevándose las manos a los ojos como para enjugarse lágrimas*) Supimos luego de las guerras cercanas. Las guaruras anunciaban por doquier la muerte, y hasta el canto de los pájaros se tornó melancólico.

PIACHE: Otra noche, icómo la recuerdo! Una gran lluvia bajaba con el aire enfurecido. Los agudos fotutos llamaron a una reunión urgente de consejo. Allí estuvimos todos. Otra vez las noticias inquietaron los ánimos que ya parecían sosegados, con el alba nuevos mensajeros llegaron, dos de ellos no traían manos y otro mostraba un signo de oprobio sobre la frente. Lo que relataron fue un río de fuegos y espinas. Cayó otra noche y vino otra alba y los hermanos de otras comarcas continuaban angustiando los pechos con los dardos de sus tristes historias. Y la ira creció desde los corazones y hacia lo alto se alzaron las flechas. ¡Ah, terribles recuerdos!

ANCIANA: ¿Fue entonces...? Fue entonces que...

PIACHE: (*Gravemente*) Sí... Sí... Las verdades que dije me hicieron desgraciado.

ANCIANA: Habla, graba ese relato en mí para sufrirlo contigo para siempre.

PIACHE: (*Transportado*) Ah, aquellos momentos viven en mí como si a cada instante los sufriera de nuevo... (*Evocando*) En el centro del consejo había un ardiente fuego. Sentía su crepitar más allá de mis lúgubres angustias. Uno a uno fueron hablando los viejos guerreros y los piaches. Allí alzó su palabra el bravo Arimay; y el sabio Arumta expresó su ira; el fornido Guaichua y el apacible Ayra sólo mostraron flechas en vez de palabras. Otros con graves razones azuza-

ron la valentía de los jóvenes guerreros y afirmaron la decisión de buscar el camino de lucha y la venganza cuanto antes. El inválido Tauya expresó su deseo de ir hacia la muerte antes de ver perdidas nuestras tierras y la libertad de nuestro pueblo. Todos juraron la guerra a los fieros invasores... Y tuve mi turno de palabra...

ANCIANA: Se dijo que vacilaste... Que dudaste de nuestra victoria...

PIACHE: No, no, ¿lo has creído? Mi sangre era todo fuego... Y como ahora, anhelaba ser guerrero para hablar sólo el lenguaje de las flechas y macanas... Únicamente ocurrió que, por sobre todo mi furor, por sobre el deseo del rápido combate y la victoria, veía claro que ella no llegaría a nuestras armas divididos como estábamos. Dispersas nuestras fuerzas guerreras, desunidas las tribus, disgustados nuestros pueblos era fácil para los extranjeros marchar hacia adelante y vencernos y ocupar nuestras tierras. Pero mi voz sonó como una blasfemia. Nadie se imaginaba siquiera que pie extraño hoyara estos verdes valles y aromadas colinas.

El dos veces anciano Guay-Yuto cuyo rostro era ya la imagen del olvido me increpó: «Ah Curayú, no tienes fe en la fuerza de nuestros guerreros, en el valor de nuestra tribu. No crees que no hay enemigo capaz de amedrentarla. Imaginas que nuestros dioses que han compartido con nosotros su fuego, su agua y su maíz alejarán de estas tierras la victoria y la libertad. Ah Curayú, parece que piensas que las mujeres de la tribu paren hijos cobardes...». (*Tapándose la cara*) «Ah –exclamé–, la muerte me das con tus palabras Guay-Yuto; creo en la fuerza de los guerreros de toda esta tierra nuestra. Sé que no temen a las heridas ni al viaje a la penumbra. He mamado leche de mujer de estos lugares y sé que ella trasmite el ardor y la bravura... Pero si esos extranjeros dominan rayos que matan de lejos, y andan sobre animales monstruosos y utilizan agudos heridores y están unidos, difícil nos será vencerlos con sólo el vigoroso rencor de nuestros brazos

desunidos, divididos... Todo podríamos vencerlo anciano Guay-Yuto, y abatirlo como abate el viento los débiles arbustos, si nuestras tribus fuesen una sola... Un solo brazo, un solo odio, un solo haz de flechas....».

ANCIANA: Dijeron que entonces estuviste colérico...

PIACHE: El cacique Amairibo de bravura terrible me increpó: «El piache Curayú sólo debe predecir si venceremos...». «Ah –le respondí–: en el tiempo está escrito». Como el fuego crepitante me quemó la ira de las voces. Ninguno quería considerar la unión... Eso retardaría el deseo ansioso de combate. Lanzaron todos agrias carcajadas al pensar en mi suposición de que a estas tierras pudiesen llegar los invasores... La guerra inmediata fue acordada... El consejo siguió reunido y yo, yo, fui proscrito hasta tanto no afirmase que nuestra tribu sola, sola con su extraordinario valor, habría de triunfar; proscrito hasta tanto no afirmase que seríamos los vencedores... ¡Ah, en el tiempo está escrito!

ANCIANA: Sabes la voz que llega de los astros...

PIACHE: Pero ella baja siempre hacia la tierra. Ellos querían que no dijera el lenguaje de la verdad y no pude ofrecerles mi respuesta.

ANCIANA: ¡Terquedad...!

PIACHE: Yo era el único que veía la tremenda realidad aun por sobre el odio al enemigo... Pero fui proscrito de la tribu, aislado. No volvieron a mí las mujeres preñadas en busca de las hierbas para que sus hijos nacieran saludables. Los jóvenes guerreros huyeron de mis bálsamos y consejos, y los ancianos dejaron de buscar en mis cocidos ayuda para sus padecimientos. Sólo tú, Ubschba, dulce palma de mi soledad, acudiste con tus mensajes al llamado de mi angustia. Corrió el tiempo y a mi rostro fueron llegando uno a uno los surcos; aún hay calma en este valle, su tierra no ha absorbido todavía sangre extranjera, ni las flechas han saltado al aire en busca de corazones enemigos. En otros lugares, sin embargo, la esclavitud y la muerte sacuden hasta las entrañas de las piedras. Cada tribu

ha combatidó sola, y el tiempo por venir sigue oculando desolación y sangre. Ah, Ubschba, fiel doncella, hoy con el alba han vuelto a sonar las guaruras y fotutos sembrando en el aire signos de combate. Nuevamente me ha tocado el pecho la tristeza... Pero tú has venido... Tú has venido y siento junto a mí la tibia fuerza de tu ternura.

ANCIANA: Hay otra vez graves noticias.

PIACHE: Desde que soy un proscrito sólo tus mensajeros, mudos siempre, visitan mi morada... Y los rumores me dan apenas el eco de las cosas...

ANCIANA: Ayer se reunieron los guerreros, los invasores avanzan por el sur. Las guaruras anuncian ahora que la salvación de nuestras tierras pide sacrificios y muerte. Cada quien busca ahora el camino de la lucha, de la fe, de la esperanza, de la sabiduría. A decirte eso me he llegado a tu morada y también a buscar el apoyo de tu vigoroso corazón que supo una vez anteporner la verdad al sentimiento ardoroso.

PIACHE: ¡Pero, Ubschba, soy un proscrito...!

ANCIANA: Ayer los guerreros y ancianos recordaron tus viejas palabras. Discutirán hoy la unión de todas las tribus; enviarán mensajeros.

PIACHE: Resolución tardía... ¿Escuchas?

(Se escuchan guaruras y fotutos.)

ANCIANA: Todo hace presentir que horas sombrías se acercan.

PIACHE: (Tomando un idolillo y sonándolo junto a su oído) Sordos estuvimos a la voz de la verdad.

ANCIANA: Tú hablaste su lenguaje. (*Crece el son de las guaruras y fotutos.*) Estoy segura que aún lo hablas. Eres ya el más anciano y sabio de la tribu; todos aguardan de ti el fuego que ilumine. ¿Por qué no envías tu mensaje a los guerreros? Ya no eres el proscrito, el tiempo te ha reivindicado.

PIACHE: ¿El tiempo? Pronto no estaré en él.

ANCIANA: ¿Qué pájaros de alas grises está mortificando el sosiego de tu espíritu? ¿Acaso la tarde cae ya para nuestro pueblo? ¿Qué has visto en el fondo de tus íntimas tinieblas?

(Vuelven a sonar con gravedad las guaruras y fotutos.)

PIACHE: Ya se reúnen los guerreros. (*A Ubschba*) ¿Qué color llega esta tarde en el crepúsculo? Acerca tus ojos al paisaje y tráelo en tu voz a mis oídos...

ANCIANA: (*Acercándose a la puerta que va al palenque*) El morado tibio que en mayo tiñe la flor del apamate cubre el celaje distante.

PIACHE: Percibo el aroma dulce de la tierra y toda la tristeza que baja por el tiempo...

ANCIANA: Ha llovido y muchas de nuestras doncellas han llorado...

(Vuelven a oírse los sones de guaruras y fotutos.)

PIACHE: Ya se inicia el consejo, que haya luz y certeza en sus decisiones.

ANCIANA: (*Asomándose a la puerta que da al palenque*) Desde aquí se divisa. Diminutos se ven los guerreros. Hay muchos arcos y macanas. Allá en la loma lucen solos y sombríos los ranchos de nuestro bravo cacique Guaicaipuro. Como jefe de más experiencia, él preside hoy la reunión...

PIACHE: Era un adolescente cuando el otro consejo me proscribió... Y tú me dices ahora que es un gran jefe... Mis arrugas también me han dicho que estoy llegando a los umbrales del olvido.

ANCIANA: Los más abuelos ya han muerto... Pero... (*Se lleva la mano derecha a un oído*) ¡Calla, alguien se acerca...!, ¿quién podrá ser?

(Resuenan con mayor vigor las guaruras y fotutos.)

PIACHE: ¡Horas de inquietudes y resoluciones!

ANCIANA: Se acerca... Se acerca... ¿Quién podrá ser?

(Mientras hace fondo musical una sola guarura, entra en escena el Guerrero.)

GUERRERO: *(Saludando con los brazos abiertos)* Saludo a la venerable Ubschba, amiga de las plantas y de los niños. Saludo al anciano Curayú, sabio entre los sabios... *(A Ubschba)* ¿La madura mujer vino acaso porque el anciano se halla enfermo o a rescatarlo de la soledad en esta hora de decisión?

ANCIANA: Todos saben que a él ha pertenecido mi corazón durante lluvias y veranos, por lunas y lunas; que a su lado siempre ha estado mi pensamiento. ¿Qué extraño tiene que ahora, precisamente ahora, esforzado guerrero Paraiguto, me encuentres junto a él? ¿Acaso he dudado yo, como los ya idos sabios y guerreros, de la verdad de su amor por nuestro pueblo? ¿Acaso no he tenido siempre, por amor, la certeza de que él ha poseído la verdad? ¿No he tenido siempre fe en su sabiduría para conducirnos a la victoria sobre el invasor?

GUERRERO: No hay que pensar ahora en todo cuanto se ha perdido por graves errores. Difícil es ver siempre la luz. Ya que la hemos advertido, tengamos fe de que con soles próximos vendrá la victoria. Puede la grave Ubschba quedarse en la morada del sabio Curayú... ¡Mi juventud se admira de su amor... !

ANCIANA: Si no entorpece a tu misión mi presencia...

GUERRERO: La mano de un mismo sentimiento nos ha conducido hasta aquí...

PIACHE: *(Cruzando los brazos sobre el pecho)* Bien, puede sentarse y hablar el joven guerrero que prolonga en su juventud a mi pueblo. ¿Qué voluntad lo ha guiado hasta mi morada solitaria?

GUERRERO: El consejo de piaches y ancianos se ha reunido nuevamente...

PIACHE: Lo sé, he oído las guaruras... Conozco el significado de sus sones.

GUERRERO: Chauta, el dos veces anciano como tú y quien

fueras tu rival en el consejo que te proscribió en aquel tiempo, cuando mi niñez aprendía a manejar la flecha, dejó oír ya su palabra... Pidió un castigo para su equivocación... «Fue Curayú –dijo– quien poseyó y ha poseído la razón»...

PIACHE: Todo mi espíritu te escucha...

GUERRERO: Los hombres extranjeros avanzan ya sobre nuestro territorio. A Tacarigua... Allá en la gran laguna, han llegado, pronto hasta los pájaros de estos contornos serán sus esclavos si no los abatimos con furia, valentía y sabia habilidad... Todos aquellos pueblos que no quisieron unirse transitan ahora los parajes de la niebla o carecen ya de libertad. Fuego y lamentos llegan por doquier en el desapacible viento. Por todos los caminos vienen hasta nosotros humillados fugitivos. Unas veces son ancianos cuyos cansados cuerpos buscan tierras aún libres para sembrarse. Otras tristes mujeres que han olvidado la dulzura de sus corazones y ansían beber la sangre de la venganza.

ANCIANA: ¿Y los niños? ¿Qué ha sido de ellos, nuestros pequeños pájaros y flores?

PIACHE: ¿Qué ha sido de ellos, espigas de nosotros para el tiempo?

GUERRERO: También luchan y mueren y sufren... Por todas partes, junto a sus maizales y arroyos... Orgullo y emoción siembra su conducta en nuestros pechos de guerreros...

PIACHE: Los niños como los animales entienden siempre mejor las situaciones...

GUERRERO: Cerca de nuestros campos y montañas se han visto ya algunos enemigos. Ah, Curayú, qué lejos están los tiempos cuando nuestros bravos combatientes se reían de la existencia de los rubios extranjeros y más aún de sólo pensar que pudiesen llegar a nuestras tierras. ¡Pero ahora están en las cercanías y las guaruras claman por la guerra y la muerte...!

PIACHE: Son fuertes nuestros mozos y decididos. Tu voz lo clama a mis oídos.

ANCIANA: Y bravos nuestros jefes... Bravos y recios...

GUERRERO: Pero, prosigo informándote, el consejo ha convocado a los caciques de todos los contornos. Vendrán el astuto Naiguatá y el noble Tiuna; y Tamanaco el osado y orgulloso; y el noble Terepaima, y Paramaconi cuyo corazón es maíz tierno y arroyo limpio pero cuyo odio sabe herir como la más aguda flecha. Asistirán Baruta y Curucutí, Chacao y Aramaipuro y el hábil Guaicamacuto... Tu gran idea Curayú está ya en marcha. Nuestro osado jefe Guaicaipuro, su bravo hijo Baruta y los otros ancianos y guerreros me han enviado a comunicártelo. También a que pida tus sabios consejos y tus invocaciones para los sacrificios que se avecinan...

ANCIANA: (*Al Piache*) Todos aguardan el mensaje, el mensaje de tu firmeza y tu verdad.

GUERRERO: Con ansiedad se aguardan las consignas que vengan de tu sabiduría.

PIACHE: (*Alzando los brazos y la cabeza hacia lo alto*) No hay sino una sola: ¡Combatir unidos! ¡Combatir hasta la muerte! (*Recoge de un rincón una vieja flecha y la tiende ceremoniosamente al Guerrero*) ¡Combatir hasta el triunfo y apartar del enemigo hasta el más leve grano de maíz y trozo de cazabe! ¡Que no halle a su paso sino devastación, odio y flechas!

GUERRERO: Conocerá el consejo tu mensaje. (*Resuenan a lo lejos las guaruras*) Mas, quisiera saber, ioh! dos veces sabio Curayú, si está cerca el día de nuestra victoria.

PIACHE: Es amargo el paso de la brisa. Mucha sangre habrá de caer por campos y colinas para que el tiempo diga su lenguaje.

GUERRERO: Pero, ¿y el vencedor?

PIACHE: Vendrá una hora cuando su nombre caerá como un violento toque de guarura al fondo de nuestros corazones. Mucho fuego y mucho llanto lo habrán formado sobre esta clara tierra.

GUERRERO: La noche cae. ¿Qué dice el rumor de sus astros a tu sabiduría?

PIACHE: ¡Que sólo la esperanza es el camino de la vida...!

GUERRERO: (*Saliendo lentamente*) Ya la tenemos en el pecho todos los guerreros. (*Abre los brazos despidiéndose*) Salud Curayú dos veces sabio entre los sabios. El duro canto de los fotutos y guaruras dirá muy pronto a tus oídos que ya nuestros arcos lanzan al enemigo un trágico caudal de flechas. (*Sale.*)

(*Hay una pausa de silencio. De pronto, a lo lejos, resuenan con violencia las guaruras. La Anciana se mueve con premura hacia el palenque, el Piache cruza los brazos sobre el pecho y mueve a lo alto la cabeza.*)

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón aparece el mismo escenario del cuadro primero pero con luz meridiana. El fogón ocupa ahora el centro de la habitación y junto a él el Piache está removiendo un bálsamo que se cuece en un envase de barro. A lo lejos hace fondo sonoro el son de las guaruras y algunos gritos ininteligibles. De vez en cuando percíbense las notas de un clarín.

¶¶¶

PIACHE: Que se apresure el fuego y rápidamente cocine el benéfico bálsamo. Que confundan pronto las curativas hierbas sus potentes virtudes y aromáticos jugos, pues todo el aire me dice que muchos de nuestros guerreros habrán de requerirlo. Que se apresure el fuego y que los dioses de la vida saludable colmen con su bondad el líquido bullente.

(*El fondo sonoro se hace cada vez más tenue dejándose de oír por completo el clarín. El Piache se detiene en su labor y lentamente, con inseguros pasos, se dirige hacia la puerta que da al palenque, colocándose las manos en los oídos en ansiosa actitud de escuchar.*)

PIACHE: (*Continuando*) Toda mi sangre es una angustia inquieta y prolongada. Tremenda amargura es tener

sólo el eco de las cosas cuando hay una espera en acecho.

(Baja los brazos, da la espalda a la puerta y lentamente regresa hacia el fogón, cuando va a llegar a éste, parece oír algún ruido, deteniéndose entonces en actitud inquieta. En esos momentos con presteza penetra en escena el Guerrero; éste llega armado con arco y macana, trae también los restos de una lanza hispana y una espada rota. Al ver al Piache de espalda el Guerrero se detiene.)

GUERRERO: Saludo al bravo anciano.

PIACHE: *(Sin volverse)* Infórmame pronto de los resultados del combate; calma con tus francas palabras las inquietudes que me agobian.

GUERRERO: Indecisa estuvo la batalla. Muchos bravos que hoy cantaron bajo el alba reposan ya sobre un aire de penumbras. También muchos extranjeros han dejado huesos y sangre sobre el campo. Nuevamente el brazo del recio Guaicaipuro detuvo el aliento de quienes pretenden robarnos la libertad. Sin embargo, considerable número de invasores permanece aún en nuestros valles respirando el mismo aire que nos ha visto nacer... ¡El combate ha de continuar...!

PIACHE: Sí, sí, que prosiga en el aire la rabia de las flechas, que el odio cumpla su tremendo destino. ¡Sí, valiente Paraiguto, continuará abierta en nuestro pueblo la vertiente de sangre y sacrificios!

GUERRERO: *(Arrojando en el suelo las armas enemigas)* Los jóvenes más bravos de la tribu ofrecen esos despojos al sabio Curayú y dan las gracias por la bondad del bálsamo que envió para nuestros heridos y que cierra las heridas y repone las fuerzas...

PIACHE: ¡Nada vale mi bálsamo comparado con la sangre y las vidas que ellos ofrecen cada día... Mis bálsamos son el cumplimiento de mi deber en esta hora de esfuerzos!

GUERRERO: ¡Son jugos de tu trabajo y de tu sangre!

PIACHE: Pero la sangre que ustedes ofrecen es la raíz de la victoria...

GUERRERO: Pertenece ella a nuestra tierra... Ella es la misma tierra...

PIACHE: (*Dando frente al Guerrero*) Dime Paraiguto, ¿cuántas veces tu pecho ha dado frente al enemigo?

GUERRERO: No sé, sabio anciano... ¡Muchas, muchas veces!

PIACHE: ¿Podrías decirme qué has sentido?

GUERRERO: ¡Sólo odio! ¡Odio! Él es una hierba que no deja crecer junto a sí la espiga de ningún otro sentimiento...!

PIACHE: (*Evocativo*) Te vi nacer... Y como a ti a otros muchos. También vi preparar la tierra de la colina cercana, para la buena siembra, comprobé muchos días y lunas su bonanza... Ustedes y ellas nutrían de alegrías y pan nuestros maduros años. Pero ayer mismo la brisa me trajo el humo y la ceniza del maizal calcinado... Las propias manos de la tribu lo incendiaron... Tú ahora, joven Paraiguto, me traes noticias de combates... ¡Todo mi pecho se inunda de alegría! ¡El enemigo no tendrá pan...! ¡El enemigo no tendrá reposo!

GUERRERO: El enemigo es fuerte pero no más valeroso que nosotros. Hemos sabido que ya en sus filas temen el solo nombre de nuestros bravos jefes.

PIACHE: ¿Se conoce su número?

GUERRERO: Sí, pero cada día aumenta... Más allá del Guayre, en el Tartagal han construido su reducto.

PIACHE: ¡Allá hay que destruirlos!

GUERRERO: Sí, los jefes discuten un gran plan. A ese lugar convergerán pronto nuestros más bravos combatientes.

(A lo lejos resuenan sordamente las guaruras.)

GUERRERO: (*Continuando*) Hay novedades... A cada momento llegan a la vivienda del Cacique importantes noticias. También desde ayer como un oscuro río

viene a nuestro lugar un gran número de fugitivos...
Has debido oír sus tristes pasos cruzar por el frente
de tu vivienda...

PIACHE: Sí, los he oído... Eran grises y tenues...

GUERRERO: (*Continuando*) Urquía, la valiente mujer del Cacique, envió a los suyos, allá en la tierra donde el sol nace, para que manden guerreros y vituallas... (*Sueñan otra vez las guaruras.*) Pero, debo irme... Requieran mi presencia... Te saludo y sabe, oh noble Curayú, qué alegres están mis ojos por haberte visto...

PIACHE: Saludo a ti a mis bravos jóvenes... ¡Que todo te proteja, pues tu vida es una mazorca de esperanza para nuestro pueblo...!

(*El Guerrero sale. El Piache vuelve con pasos insegu-ros hacia el fogón, en el trayecto tropieza con las ar-mas, despectivamente les da con un pie.*)

PIACHE: (*Dándole a las armas*) Nuestra sangre prevalecerá sobre vosotros, menguados instrumentos de rapiña...

(*Cuando el Piache llega junto al fogón vuelve a tomar la paleta y comienza a batir el líquido que se cuece en la vasija... Al cabo de unos segundos, vuelve la cabeza hacia el palenque por donde hace su aparición la Doncella. Su andar es lento, denota gran sufrimiento. Al llegar al dintel de la puerta de entrada se detiene volteando el rostro atrás como temerosa de que alguien la siga. Avanza luego hacia el Piache, deteniéndose jun-to a él algo turbada, pero se repone y habla.*)

DONCELLA: Que la presencia de Dajira no turbe el sosiego del bondadoso anciano.

PIACHE: (*Volviéndose hacia ella*) Joven es tu voz y extraña como tus pasos a mis oídos.

DONCELLA: Guaica soy y la desgracia de mi pueblo me ha traído a estas regiones donde aún hay libres combati-entes. Mi historia es amarga, hay muchos muertos en mis recuerdos y llevo conmigo el germen de mi ofensa... (*Se lleva las manos al rostro presa de angus-tia.*)

PIACHE: ¿Tú eres también, entonces, de esos cuyos grises pasos entrustecen día a día nuestros campos y caminos? Ah, tu desgracia y la de los tuyos colma de neblinas mi corazón. (*Con amargura*) Pero, aún tiene calor para dártelo si lo requieres... Cuéntame tus deseos...

DONCELLA: Ya no puedo mirar con alegría el reflejo de mi rostro en los arroyos... ¡Ah, ni puedo tampoco ostentar el nombre de doncella!

PIACHE: Habla sin tormentos...

DONCELLA: Con el fuego y la muerte, llegó también a nuestro pueblo el lujurioso deseo de los invasores... Ah, óyeme: aún gemían por el campo nuestros heridos, y el viento dispersaba lo que fueron chozas apacibles y claras sementeras, cuando todas las doncellas injuriadas buscaron la muerte en el jugo de hierbas ponzoñosas... Yo sola, Dajira, no les seguí en su desesperada renuncia...

PIACHE: ¿Le tuviste cobardía a la penumbra?

DONCELLA: No, aguarda, aguarda... En mis manos recogí las hierbas y mirándolas corrí con ellas hacia la soledad para ingerirlas, pero... ¡Oh terrible recuerdo! ¡Cómo pude soportarlo! En mi fuga abandonada cruzaronse por doquier los restos sangrantes de nuestros guerreros y entre ellos vi, sí, vi... El cuerpo yacente de Arahuta, el puro amante de mi corazón... ¿Cómo pude sufrirlo? ¿Dónde estaba ya la dulzura de sus palabras? ¿Qué se había hecho su risa que festejaba a mi corazón?

PIACHE: En el fondo de mi obscuridad estoy sufriendo lo que tu voz me clama...

DONCELLA: Compréndeme anciano: luego de esa visión, no era la muerte sino la acción lo que yo necesitaba; ¡sino la vida, la vida aún con un muerto corazón, sí, la vida, la vida desesperadamente...! De mis duras manos cayeron las ponzoñosas hierbas y ellas apretaron el deseo de venganza.

PIACHE: Ella conduce ahora todos nuestros gestos...

DONCELLA: (*Continuando*) Sí... Lo sé, con ella caminé lunas y lunas para alcanzar tierras donde se alzaran aún libres las frentes y más libres todavía el celaje de las flechas...

PIACHE: Tus jóvenes pies te han traído a esos lugares...

DONCELLA: (*Como turbada*) Siempre había querido ser madre...

PIACHE: ¡Qué puede ser una mujer sin ese deseo...!

DONCELLA: (*Continuando*) Sí, deseaba ser madre orgullosa de advertir en un hijo toda la agreste fragancia de esta tierra... Ah, noble anciano, si supieras con cuan-
to amor y femenina dulzura miraba en las tranquilas aguas donde nos bañábamos las mozas, el suave reflejo de mi vientre y la dulce arrogancia de mis senos. Jun-
to a ellos veía correr niños y pájaros y nubes. Enton-
ces con qué alegría y ternura cantaba mi garganta...

PIACHE: Es una tierra fresca el cuerpo de las mozas...

DONCELLA: (*Continuando*) Pero ahora ya no quiero dar frutos... No quiero nutrir más la simiente del violento y odiado enemigo. Quiero que pronto mi vientre quede puro, que no recuerde, segundo a segundo, la ofensa del invasor... ¡Oh anciano que tanto has com-
prendido...! Tú conoces las hierbas cuyo jugo devuel-
ve a las tinieblas los pequeños espíritus que yacen en los vientres... Ah, Dajira te pide ahora que ofrezcas a sus labios el líquido que la purifique.

PIACHE: ¡Tremendo es tu pedido pequeñuela doncella!
¡Tremendo! Y sólo lo justifica la angustia de tu pade-
cimiento...

DONCELLA: ¡Tremendo es, oh anciano, pero fluye a mi voz desde lo más ardiente de mi sangre!

PIACHE: Mi cariño y mi voluntad pertenecen todos a ti, infeliz peregrina. Presto estoy a darte mi servicio y a devolver el sosiego a tu corazón. Comprendo la an-
gustia que lacera el fondo de tu ser...

DONCELLA: (*Con ansiedad*) Tu bondad me rescata de la desesperación...

PIACHE: Que ella calme tus sueños y vigilias hasta que mis manos puedan ofrecerte el jugo enemigo de la maternidad...

DONCELLA: ¡Mis labios lo ansían ahora mismo!

PIACHE: Pero lejos de mis manos se encuentran las hierbas que lo dan...

DONCELLA: (*Con pena*) Entonces... ¿Acaso no las hay actualmente en tu morada?

PIACHE: Prohibido es su uso en nuestra tribu... Y la tierra de estos valles no es propicia para su nacimiento.

DONCELLA: (*Temerosa*) Entonces... Entonces...

PIACHE: No temas, no te inquietes... Sólo en el lejano sur, a la orilla de un abundante río crecen ellas altas y lozanas, allá las enviamos a buscar cuando su uso es requerido... No se inquiete la joven Dajira que hasta ese sur remoto irán mis mensajeros para traerla y cumplir así con su tremendo deseo... ¡Ah, amargo como las mismas hierbas es tu deseo...!

DONCELLA: (*Restregándose las manos con desesperación*) Triste suerte la mía... Hasta aquí mis fuerzas se nutrían de esa odiada esperanza... Pero ahora, ya ves...

PIACHE: Estás en el camino de ella y no debes abrumarte... En busca de las hierbas enviaré a varios hombres... Son mis mensajeros...

DONCELLA: ¿Mucho tardarán en ese viaje?

PIACHE: Es largo y difícil el recorrido pero mi palabra pondrá alas en sus piernas...

DONCELLA: Mira que las lunas suman cada día sus pasos en mi vientre... Y ya estoy cerca de la desesperación... Ah, alguien se acerca...

PIACHE: Hoy mismo irán por ellas...

(Suenan a lo lejos las guaruras. Por el palenque penetra en escena la Anciana.)

ANCIANA: (*Sorprendida por la presencia de la Doncella*) Sa-

ludo a la joven doncella que visita la morada del anciano Curayú.

PIACHE: Dulce presencia para mi corazón...

DONCELLA: (*Al mismo tiempo*) Agradable es la presencia de la anciana...

ANCIANA: (*A Curayú*) Sigan las palabras en el aire y que no incomode mi presencia. (*Pretende seguir hacia la otra habitación.*)

PIACHE: (*Deteniéndola con un gesto del brazo*) A tiempo llegas fiel Ubschba para acoger conmigo a esta hija infeliz que nos llega de la buena tierra de los Guaicas hoyada ya por la violencia extranjera...

ANCIANA: Lo que ame y acoja tu corazón hallará siempre cariño en el fondo del mío... (*A la Doncella*) ¿Fugitiva?

DONCELLA: Sí... Sí. (*Tapándose el rostro con las manos*) ...Y con la simiente del extranjero en mi vientre y en el recuerdo la imagen violenta de mis muertos...

ANCIANA: ¡Tu rostro es todo eso...!

PIACHE: En mi morada se quedará la joven Guaica... Ubschba, mi fiel amiga, sabrá cuidar su pena y atender su doliente fatiga...

ANCIANA: Dispuesta está Ubschba a que su amor sirva de lecho a sus pesares.

(La Doncella llora silenciosamente, la Anciana le pasa la mano por los cabellos con sobria ternura.)

PIACHE: Aquí habitará y tendrá su pan...

DONCELLA: (*Alzando con altivez la cabeza*) Y aquí me darán tus manos el jugo que purificará mi vientre y de aquí saldré orgullosa, con la fuerza de la venganza en mis brazos, para ayudar a los guerreros de esta tribu.

ANCIANA: (*Al Piache*) ¿Le darás la terrible hierba que devuelve al aire a las criaturas antes de las nueve lunas?

PIACHE: (*Mostrando a la Doncella*) Su desesperación la pide... Y mi espíritu la ha comprendido...

ANCIANA: Mi sangre de mujer también comprende todo

cuento de muerte contiene su desgracia... También yo, así ultrajada, las hubiere pedido... (*Preguntando*) ¿Cuándo se las ofrecerás?

PIACHE: Mis mensajeros irán pronto al sur para traerlas...

DONCELLA: Ah, que partan; ¡que partan! Y que una liebre se oculte entre sus pies.

ANCIANA: Pronto estarán aquí y serás limpia...

PIACHE: (*Señalando hacia la otra habitación*) Ubschba, la estancia que siempre te ha aguardado acogerá en su fresco regazo a la joven fugitiva...

DONCELLA: ¿Nunca has habitado en ella?

PIACHE: Aún es la virgen prometida a mi corazón...

ANCIANA: También, con lejanas influencias, el extranjero hizo que se marchitara mi doncellez.

DONCELLA: ¡Sufre mi juventud vuestro amor incompleto! (*A Ubschiba*) Distinto pero cuán igual ha sido nuestro destino...

(*Resuenan a lo lejos las guaruras y fotutos.*)

PIACHE: (*Removiendo nuevamente el cocimiento dentro de la tinaja*) Hacia Catia parten nuevamente los guerreros. Rápido, rápido, que mi bálsamo cobre el punto requerido, pues con el crepúsculo ha de ser llevado a la morada donde la fiebre aturde a los heridos...

ANCIANA: (*A la Doncella*) ¡Vamos a la estancia... Serás su dueña ahora!

PIACHE: (*A la Doncella*) Que sea leve su frescura a tu cansado cuerpo...

DONCELLA: Sólo me alienta pensar en la hora en que podré beber el jugo de la lejana hierba y ser purificada...

ANCIANA: ¡Pronto será... Pronto!

DONCELLA: (*Volviendo el rostro desde la puerta de la estancia hacia el Piache*) No sé, algo sin embargo preocupa a mi ánimo, aun con esa seguridad que me das...

PIACHE: ¡Dilo a quien sólo desea volverte a la vida sosegada...!

DONCELLA: No sé, ¿crees en la rapidez de tus mensajeros? ¿Nunca han tardado demasiado?

PIACHE: Cumplen siempre la misión que les indico... Es largo el trayecto pero sabrán volver a tiempo... Ah, mucho interés tendrán para regresar con prontitud...

DONCELLA: (*Apretando los puños contra el rostro.* ¿Y si algo los retarda?)

ANCIANA: Ese temor no debe preocuparte... Cuando Currayú confía...

PIACHE: ¡Nunca se han retardado!

DONCELLA: ¿Y si no llegan a tiempo? ¡Oh terrible pensamiento! ¿Y si algo les impide marchar como desean y sobre mi vientre bajan implacables las nueve blancas lunas?... ¡Oh tremenda amargura de la incertidumbre...!

ANCIANA: Deséchala para tu bien...

PIACHE: ¡Nunca, nunca, ¿oyes inquieta Dajira? Nunca ellos se han retardado...!

DONCELLA: ¿Y si ocurre ahora? ¿y si no llegan las hierbas y doy a esta tierra ese fruto que ahora me muerde y me lastima?

PIACHE: (*Bajando los brazos*) Ah, si eso ocurre, si eso llega a ocurrir, ¡será porque un destino tremendo lo ha querido!

(*La Doncella y la Anciana penetran en la otra habitación.*)

Telón rápido.

CUADRO TERCERO

Noche. Luz difusa. El mismo escenario anterior. Adviéntense ligeros cambios de objetos en él y una mayor cantidad de ciertos útiles. Haces de flechas ocupan los rincones. Hay muchas macanas y mazos de piedra. Igualmente abundan los cacharros de barro y los paquetes de raíces y

hierbas. Hay también una troja que sirve de lecho. El fogón luce encendido en el centro de la escena

PIACHE

Al elevarse el telón aparece el Piache sentado en rústico taburete y ocupado en clasificar semillas y raíces en una pequeña batea indígena; cuando realiza dicha operación la cortina de cuero de tigre que da a la otra habitación se alza y aparece la Anciana.

ANCIANA: Ya Dajira se ha sosegado un poco, sin embargo, su sueño no es tranquilo.

PIACHE: Como todas las noches, a su angustia no logra calmarla ni la tibia bebida que sume en profundos sueños, ni la voz esperanzada que a sus oídos envío hora a hora, momento a momento... ¡Pero la calma no llega a su corazón agobiado...!

ANCIANA: ¿Cómo podemos llevar la calma a su corazón si a los nuestros los abrasa la hoguera de la inquietud día a día, luna a luna? ¿Qué sosiego podremos ofrecerle si hasta el aire es un solo temor en acecho?

PIACHE: Natural es que haya inquietud y recelo entre los pechos... Si hasta las hierbas y la tierra deben erizar sus cardos y espinas en esta hora de cruenta fatalidad...

ANCIANA: No hay momento en el que las guaruras no sean el eco de algún suceso infeliz.

PIACHE: Pero, fiel Ubschba, aun cuando la angustia nos golpee segundo a segundo, como tempestuoso relámpago, hemos de templar músculos y nervios y hacer que de nosotros sólo fluya la calma dura y fría... Tenemos que ser así como esos grandes ríos cuya superficie mansa y clara no deja traslucir el potente caudal de su corriente... Ni la tragedia de su fondo pantanoso...

ANCIANA: Junto a tu corazón el mío duplica su valentía... Pero las mujeres tenemos mucho de hojas y como el viento a ellas, la desgracia nos hace leves y frágiles... Por ello sufro y comprendo el más íntimo desvelo de la infeliz doncella... Y por llevarme el mismo huracán que la flagela es que a veces no puedo sosegar su co-

razón con la esperanza... Inútiles son a veces las palabras... Y es el silencio lo único que fluye... ¡Es la herida por donde se va callada la sangre del sentimiento...!

PIACHE: ¿Por qué tu corazón da en esta hora savia de tristeza? ¿Acaso tu fuerza se doblega?

ANCIANA: Duéleme que me creas débil... ¡Pero a veces no sé por qué una gran pena se mueve entre mis huesos! También es que el aire corre húmedo y hay signos de tormenta... A lo lejos el fuego celeste alumbra las colinas...

PIACHE: Ya he percibido la humedad y lo oscuro de la noche... Pero no lloverá, el aire marcha de norte a sur y apacibles aún cantan los grillos...

(En la otra habitación se oye ruido. La Anciana camina hasta la puerta, levanta el cuero que la cubre, mira hacia adentro y vuelve cerca del Piache.)

ANCIANA: Su respiración es intranquila...

PIACHE: Tristes son las noches en las cuales ni los jóvenes hallan sueño sosegado...

ANCIANA: Desde que llegó, sus noches son días y sus días fiebres y espinas. Ya ni lágrimas ofrece la desdicha por sus ojos...

PIACHE: ¡Muchas lunas lleva ya junto a nosotros con su espera...!

ANCIANA: ¡Muchas!

PIACHE: ¡Y aún los mensajeros sin llegar!

ANCIANA: Y la doncella clama a cada instante por ellos...

PIACHE: Hace mucho tiempo que han debido regresar. Dos lunas llevan de retraso y ni una señal que anuncie la cercanía de su retorno... ¿Qué fatales sucesos pudieron cruzarse en su venida?

ANCIANA: Todo se ha conmovido al paso del extranjero. También por el sur remoto la guerra está encendida...

PIACHE: Mis mensajeros habían de traer muchas noticias de allá...

ANCIANA: ¡Pero llevan ya dos lunas de retraso...!

PIACHE: Sombríos están los tiempos y esa tardanza puede significar que se obsurecen más aún. ¿Fuiste de nuevo a la vivienda de Urpagua?

ANCIANA: Visité su vivienda esta mañana... Su mujer y sus hijos muestran inquietud. Nunca en sus viajes él se había retardado tanto. Famoso es como rápido caminante. También vi a la menuda abuela de Yaunto, se preocupa también por la tardanza de su nieto.

PIACHE: Nunca Urpagua ni Yaunto se habían retardado. Siempre han estado puntuales en las citas. Rápidos y exactos han sido constantemente... ¿qué pudo haberles ocurrido ahora cuando tanto urge su presencia?

ANCIANA: Es tiempo de lluvias y el sur está lejos...

PIACHE: Más al sur han ido en otras ocasiones en solicitud de hierbas y no por eso han dejado de regresar en el tiempo señalado... ¡Cuántas veces su rapidez y conocimientos de los lugares donde nacen las benignas hierbas han salvado de la frialdad infinita a infinidad de jóvenes cuyas heridas eran ya el cauce de la muerte...!

ANCIANA: Es verdad... Siempre recuerdo la hora, cuando luego de infatigable búsqueda, volvieron con las hierbas curativas a la choza de la triste Aupa, hija de Huatoto el mordido por la violenta mapanare. Aquella noche de gran obscuridad y lluvia ellos trajeron la alegría... ¡Las hierbas indicadas por ti devolvieron vencida a la terrible ponzoña...!

PIACHE: Pero ahora tardan... Tardan y las lunas agobian el vientre de la doncella y mi incertidumbre crece por no tener las importantes noticias que han de traer... ¿Qué signo fatal los ha estorbado?

ANCIANA: ¿Será el mismo quizás que turbó a nuestro gran Cacique y equivocó su inteligencia para impedir que asistiera a la gran batalla en la neblinosa Catia?

PIACHE: ¡Lugar funesto!

ANCIANA: ¡En él cayó el arrojado Tiuna... Y el bravo Paramaconi probó la hiel de la derrota...! Lágrimas

de fuego vertieron nuestros guerreros por no haber podido estar a tiempo en la tremenda cita... Un huracán batióse en el consejo al conocerse la derrota de nuestros hermanos...

PIACHE: ¡Se volverá a dar la batalla...!

ANCIANA: Muchos grandes jefes faltan ya para siempre...

PIACHE: La venganza de ellos dará más vigor al brazo de los guerreros... Pronto volverán los extranjeros a saber de nuestro odio... (*Se restrega las manos con placer*) ¡El temor invadirá sus corazones...!

ANCIANA: No podrá ser tan pronto, hay enfermedad en muchas chozas, cada día se recogen en sus chinchorros más y más guerreros... Niños, doncellas...

PIACHE: Signos malos nos persiguen, pero habremos de vencerlos...

ANCIANA: Hasta Urquía la valiente esposa del Cacique, delira bajo el tormento de la fiebre...

PIACHE: Sí, hasta ella, la infatigable, ha tenido que tomar reposo... Sé que muchas noches lleva sin dormir el Cacique y quienes la acompañan, pero he preparado ya el grato cocimiento que calmará los males de la valiente Urquía y de muchos otros enfermos. Pronto vendrán por él...

ANCIANA: (*Mirando hacia la puerta*) Obscura está la noche y frío el aire.

PIACHE: Tres noches faltan para que llegue por el oeste la curvada y nueva luna.

(*Afuera se escucha el chillido de un ave nocturna.*)

ANCIANA: ¿Oyes? Ha gritado un ave sorprendida...

PIACHE: Alguien llega a buscar el cocimiento curativo para Urquía.

ANCIANA: Que le sea propicio a su sangre...

(*En escena entra el Guerrero.*)

GUERRERO: Que mi presencia no turbe la íntima conversación de los ancianos.

PIACHE: Grato eres siempre noble Paraiguto a quienes soñaron un hijo como tú, fuerte y osado...

ANCIANA: Tu presencia nos entibia el corazón Paraiguto, bravo y bondadoso...

GUERRERO: También os amo como a mis viejos padres...

PIACHE: Puedes tomar asiento mientras pongo en tus manos la bebida que ha de calmar a Urquía de sus dolencias. (*Se incorpora*) Sé que a buscarla vienes.

ANCIANA: Dinos, ¿cómo marcha su mal que a todos nos inquieta?

GUERRERO: Silenciosa está por la violenta fiebre... Y también nuestro jefe está agobiado por el pesar y el sueño...

PIACHE: (*Tomando una vasija de barro y dándosela con cuidado al Guerrero*) Toma, Urquía podrá dormir apaciblemente y vencer su enojoso mal...

GUERRERO: Así será, sabio Curayú: que duerma. También a muchos nos hace falta el sueño, rendidos estamos por el cuidado de los enfermos.

ANCIANA: Luego de tu misión recógete a tu morada pues gran falta le hace la salud de sus jóvenes a nuestro pueblo...

GUERRERO: No podré obedecer tus consejos bondadosos, oh, anciana, pues mi deber me llevará pronto a otros lugares...

PIACHE: (*Tomando asiento a tiempo que el Guerrero se incorpora*) ¿Viajarás?

GUERRERO: Sí, después que entregue al Cacique tu obscura medicina continuaré mi trayecto hasta Ocumo, pues a ese lugar han llegado mensajeros que traen graves e importantes noticias...

ANCIANA: ¿Viajeros?

GUERRERO: Sí, son tres importantes jefes, vienen a tratar con Guaicaipuro todos los detalles para unir grandes

fuerzas guerreras y proseguir la lucha contra el invasor en numerosos lugares. Hasta aquí no han llegado hoy por temor a que el enemigo se aperciba... Pronto se entrevistarán con nuestro Cacique; yo los conduciré hasta él...

PIACHE: ¡Con especial cuidado debe organizarse el plan!

ANCIANA: (*Al Piache*) Quizás sepan noticias de tus mensajeros... (*Al Guerrero*) ¿Vienen del sur?

GUERRERO: (*Al Piache*) ¿Tiempo hace que los enviaste? (*A la Anciana*) Sí, del sur.

PIACHE: Dos lunas llevan ya de retardo...

ANCIANA: Dos lunas... Nunca había ocurrido...

GUERRERO: Preguntaré por ellos a los jefes que nos visitan. ¿Y la joven doncella a quien cuidáis?

PIACHE: Aún no ha recobrado la tranquilidad su espíritu ofendido...

ANCIANA: Todavía sus ojos se consumen en la angustia...

GUERRERO: ¡Algún día, cuando hayamos triunfado, bajará el sosiego a su pequeño rostro...! Pero, debo marcharme. ¿Tiene el sabio Curayú algún consejo que ofrecerme para el mejor cuidado de Urquía?

PIACHE: Sólo ha de tomar esa amarga infusión y dormir cubierta junto a la lumbre...

GUERRERO: (*A la Anciana*) ¿Tiene la anciana algo en que ocupar mi deseo de servirle?

ANCIANA: Sí, puedo encomendarte joven guerrero Paraguayo que si logras saber algo de los buscadores de hierbas del sabio Curayú, me lo envíes a decir tan pronto como puedas a la morada de Urpagua, sus hijos también sufren fiebres y allí estaré ayudándola en sus cuidados, pues varias noches lleva en su vigilia.

GUERRERO: Turbia está la noche para velar... (*Sale hacia el palenque.*)

PIACHE: Que la ventura guíe tu proyecto...

ANCIANA: Y que tu juventud te libre del cansancio...

GUERRERO: (*Saliendo de escena*) Quede con vosotros la tranquilidad...

(*El Piache busca tanteando en los rincones un cacharro de barro, mientras que la Anciana vuelve a la puerta de la otra habitación, levanta la piel de tigre, mira hacia adentro y regresa despacio y silenciosamente donde el Piache. Éste habla.*)

PIACHE: ¿Duerme?

ANCIANA: Su respiración parece sosegada... La infusión que le diste ya ejerció sus bondades...

PIACHE: Muy fuerte tuve que dársela hoy, pues sólo bajo su efecto ocúltanse sus penas...

ANCIANA: (*Descolgando un pequeño chinchorro y terciándoselo sobre la espalda*) Hora es ya de ir donde la madre Urpagua; ofrécmeme la infusión para sus hijos...

PIACHE: (*Tendiéndole dos pequeñas vasijas que ha tomado del suelo cerca del fogón*) Aquí está, haz que un fuego tranquilo las entibie...

ANCIANA: Duéleme dejarte solo en esta noche húmeda sin el calor de mis cuidados...

PIACHE: También cumples con tu deber... Pero, ¿crees que alguna vez tu imagen me ha dejado solitario?... Ve a calmar la pena de la madre Urpagua que todo tu calor se queda en mi morada...

ANCIANA: (*Luego de tomar las vasijas*) Ah, también debemos vencer la enfermedad que agobia a la tribu... Mi corazón desde allá velará tu sueño y cuando dé a los niños este jugo que has compuesto para calmar su fiebre comprenderé otra vez por qué amo tanto tus manos bondadosas...

PIACHE: En el amanecer echaré de menos tus ojos para guiarme al arroyuelo...

ANCIANA: (*Acariciándole la cabeza y el rostro con una mano*) Con el alba estaré de nuevo junto a ti... (*La Anciana sale de la escena.*)

PIACHE: Ve, hermosa Ubschba, que también yo velaré desde aquí porque lleguen pronto la venganza y la victoria...

(El Piache muévese con inseguridad por la habitación, se detiene en un rincón, toma algunos envases y los lleva junto al fogón. Allí trasiega líquidos de unos a otros.)

(Restregándose las manos y suspirando) Difícil es hallar un zumo ponzoñoso... Lunas y soles llevo mezclando jugos y más jugos de hojas y raíces (*Huele uno de los envases*) y todo se torna vano esfuerzo... El último menguante creí haber logrado mis designios, pero todo en vano... Vencido fui de nuevo y aún no puedo ocultar en el cocimiento la ponzoña que lleve en la punta de la violenta flecha la muerte al enemigo... Ah, sólo en el sur los sabios Otomacos poseen la violenta raíz del mavecure... Ah, ísi aquí la hubiéramos tenido! Pero han rendido sus cuerpos al cansancio mis buscadores de hierbas y plantas y no han conseguido por esos valles sino muchas benignas o que únicamente den la muerte en el bebedizo... Ninguna de esta tierra es capaz como el curare de llevar en silencio la muerte a las heridas... Pero si no he encontrado alguna que le iguale él mismo ha de llegar pronto traído por mis fieles mensajeros... ¡Se han retardado dos lunas pero tienen que llegar! En el mismo atado donde traigan la amarga hierba para calmar la angustia de la doncella, purificando su vientre, habrá de venir con toda su furiosa malignidad, la raíz del mavecure... *(Sonríe)* Temblará con pavor el enemigo al saber que nuestras flechas y macanas tienen el sutil unto de curare... *(Se toma una con otra las manos regocijado y eleva hacia lo alto con suavidad la cabeza.)*

Ah, dulce Ubschba, has dicho que cuando das a los niños mis bondadosas infusiones comprendes por qué amas mis manos bondadosas... Pero ahora cocerán la raíz del mavecure y cuando corra por lo alto una luna grande y clara, destilarán en las vasijas el curare y de ellas irá rojizo y violento hacia las flechas... Y el enemigo temblará y será vencido... Vencido... Y nuevamente volverá la paz y la alegría a nuestros campos y

chozas. De mis manos brotará un fatal arroyo de curare y tú lo sabrás, hermosa Ubschba... Ah, ¿y seguirás amando como ahora mis manos? ¿Continuarás rozándolas con el tibio cariño de tus labios? Sí, sí, para ti siempre serán las que preparan bondadosas pocións y cordiales...! ¡Las buenas manos de tu amado Curayú!

(Con tardos pasos el Piache se dirige hacia el palenque, en la puerta detiéñese, estira el brazo hacia afuera, aspira profundamente el aire de la noche, luego regresa hacia el fogón donde por breves momentos remueve los tizones y monta otra vasija, a tiempo que habla.)

Áspero está el aire de la noche y turbia ella misma. Noche para dormir con apacible sueño si no corriera por doquier la angustia desatada; si no gimieran en el fondo de nuestro pensamiento los rostros de los sacrificados, del caído y del esclavo, del muerto y del que respira bajo el signo de la humillación; si el aire no trajera un oscuro temor entre sus alas y la muerte no estuviera agazapada bajo el pie del odiado enemigo... Noche propicia para el sueño y la ternura si en su vientre no velaran el dolor y la guerra.

(Lentamente se acerca a la troja que le sirve de lecho.)

¡Reposar! Duro sino tener que reposar los envejecidos huesos cuando la voluntad demanda la vigilia. Ah, iquién tuviere la fuerte mocedad de sangre tumultuosa que aviva como el fuego todas las acciones...! Pero mi sangre es tibia ahora y el tiempo la abate hacia el reposo solitario, solitario con las tinieblas y la angustia. Los otros siquiera tienen las imágenes... Pero yo estoy solo, solo frente al drama de mi pueblo...

(Se oye suavemente la voz de Ubschba:)

VOCALIZACIÓN DE LA ANCIANA: ¿Por qué dejas que la pena torture tu corazón? No puedes estar solo si estás junto a tu pueblo... Ah, Curayú, junto a nosotros vive el espíritu de todos nuestros héroes... ¿Por qué turbas entonces tu vigoroso sentimiento? Junto a tu lacerada soledad sin pupilas, ¿no sientes correr el jugo tibio de la fe? So-

siega tu ánimo y mírate muy adentro, que eres como un fuerte samán de acogedora sombra. Cálmate y que el sueño acoja tu cuerpo... Anda, duerme, que toda mi ternura se ocultará en las hojas de tu lecho y cada una de ellas tendrá todo el calor de mi regazo...

(*Calla la voz.*)

PIACHE: (*Moviendo la cabeza con suave placidez*) ¡Ah, la fe, ella rebosa siempre mi corazón...!

(*Comienza a tenderse en el lecho.*)

Ella me dice al pie de cada noche y cada día que mi pueblo y mi sangre habrán de prevalecer siempre, y vencido será el invasor... Muchas lunas y soles tendrán que pasar, quizás ni tú ni yo Ubschba, estaremos presentes con nuestro amor... Pero mucho de nosotros sonreirá en el aire victorioso cuando esa hora haya llegado...

(*Las luces de la escena se van apagando poco a poco en degradaciones de azules mientras el Piache se tiente sobre el lecho en actitud de dormir. La escena queda en completa obscuridad, sólo se divisa levemente el fuego del fogón.*)

(*Pasan los minutos.*)

(*De pronto muy vagamente se oyen a lo lejos sonidos de disparos, luego unos gritos confusos. Más lejos percíbese el son de una guarura. Seguidamente retumban claros y precisos los disparos. Al unísono de ellos se ilumina con violencia el escenario mientras el Piache se incorpora inquieto y como asombrado. Los ruidos exteriores cesan entonces. El Piache con inseguros pasos muévese hacia la puerta del palenque tanteando el aire con las manos, después se vuelve hacia el fogón oteando a su alrededor.*)

PIACHE: (*Junto al fogón*) ¿Gritos? ¿Truenos? ¿Qué podría ser? ¿El enemigo? ¿Acaso el enemigo? ¿Qué puede ocurrir? ¿Engaños de mi turbado sueño? Puede ser eso, muchas veces he visto en la penumbra de los sueños, como si mis ojos tuvieran clara luz, al fuego y las tormentas batiéndose contra nuestros campos... Otras

a extraños seres que sobrecogen con su presencia horrenda los más templados corazones... Bien pudo ocurrir eso ahora cuando todo inquieta mis vigilias y reposos... Si junto a mí estuviera Guaitoto, el hermano de duro y feroz rostro, me diría como tantas veces... Ah Curayú nuevamente has temido a las imágenes que se ocultan en nuestro lecho cuando la noche misteriosa nos aparta de la vida... Y yo me hubiese sonreído ante la espinosa verdad de mi hermano Guaitoto...

(El Piache vuelve lentamente hacia la troja que le sirve de lecho, cuando va llegando a ella suenan, lejanos, otros disparos y se oye un vago griterío. Las guaruras comienzan de nuevo un son grave. Este fondo sónico se intercala con pausas de silencio. El Piache es sacudido por violento estremecimiento, con accentuado gesto de asombro inquiere sobre lo que ocurre. Se incorpora nuevamente y comienza a caminar con inseguros pasos mientras aparenta buscar algo que cree está recortado de la pared luego se orienta hacia su camastro.)

Ah, no fueron imágenes y sonidos hechos por el impalpable sueño. No, no, no fue de esa vasta y misteriosa región de donde bajó mi inquietante impresión... ¡ah, algo tremendo ocurre, está ocurriendo! ¿Qué sombría realidad viene a herirme con esos atronadores estampidos y gritos? ¿Qué dice esa ronca guarura?

(La guarura resuena ahora con angustia.)

Ah, itoque de ira! ¿Qué podrá ser? ¿Soportará ya nuestro lugar el duro pie del invasor? ¿Esos truenos lo anuncian acaso, y son ellos la voz de la muerte para nuestra tribu...? Tremenda incertidumbre... Ah, y estos ojos que para nada sirven... ¡Y este cuerpo que apenas se sostiene! ¡Un agudo presentimiento hiere mi corazón y deja en él la huella de una hora sombría!

(Tanteando por las paredes logra tomar un arco y una flecha.)

...Ah, mis armas, las nobles armas... Pero ¿qué puedo hacer? ¡Que venga a mis músculos el vigoroso empu-

je de mis antepasados...! ¡Que sobre mi cuerpo llegue la fuerza de innumerables torrentes y huracanes...!

(*Se tambalea al pretender avanzar hacia la puerta.*)

Ah, maldita ancianidad... El tiempo es conmigo im- placable... No... Pero de todos modos ha de encen- derse mi sangre con todos sus ardores para ir ya, ya, ya ...inmediatamente contra el enemigo, contra el pretendido conquistador de nuestra tierra y de nues- tra libertad... Ir a la batalla, donde rugen los truenos, donde todo es muerte y sangre y odio... Ir allá (*jadea*) pronto... ¡Pronto...! (*Trata de caminar pero cae pesa- damente sobre el camastro.*)

(*A lo lejos cesan los rumores, tiros y guaruras se silen- cian.*)

¡Silencio! ¡Silencio de nuevo! ¿Qué ha pasado? (*Va incorporándose con lentitud*) ¿Acaso se aleja el peli- gro? ¿Fue un peligro? ¿Mi mente y mi gran obscurida- dad lo crearon? Ah, ¿seré como esos árboles secos y que el más leve airecillo los pone temblorosos y vacilantes? ¿Habrá construido mi debilidad su propia in- quietud? (*Extiende las manos como para palpar el aire*) Húmeda está la brisa, hacia el alba se inclina ya la noche... Reposo piden de nuevo mis cansados hue- sos, pero difícil será tomarlo ahora.

(*Cuando de nuevo va a tenderse se reinician, en forma violenta, los gritos y disparos, mezclados con un pau- sado toque de clarín y sones de guarura. El Piache se incorpora electrizado, crispera las manos y trata de ca- minar con premura hacia el palenque, pero derriba a su paso algunos objetos y cacharros, estos últimos causan cierto estrépito. El Piache enfurecido por su inca- pacidad para moverse con soltura, da empellones por doquier y otros objetos caen con ruidoso estruendo...*)

¡Caigan, caigan por doquier, insensibles objetos (*les da con los pies*), caigan, destrúyanse, pero dejen libre el paso a mi furor y a mi impotencia...!

(Con violencia se mueve el cuero que cubre la puerta de la otra habitación y entra en escena la Doncella.)

DONCELLA: *(Entrando con aire de turbado desasosiego)*
¿Qué ocurre? ¿Qué tempestad azota nuestra vivienda? ¿Qué dioses malignos atormentan esta morada bajo las sombras de la noche? Ah, anciano, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué tanto ruido? ¿Por qué? Ah, ¿qué espíritu maligno turba el reposo del sabio? *(Percibe de pronto los ruidos exteriores.)* ¡Ah, ah... truenos, gritos de guerra... La guarura...! *(Se turba y tiembla como enloquecida pronunciando frases incoherentes.)* Ah... Ah... Guerra... Fuego... Truenos... Huyamos... Es el enemigo... Debemos huir... Correr... Matar... Sí, padre, es el enemigo... Ah, que venga el fuego... Que venga... Nos mataremos... Vengan Taré... taita... Yaija... Vengan... vamos... todos luchan... ya... ya... Denme las flechas... *(Cae extenuada junto al anciano Piache.)*

PIACHE: *(Con asombro)* Dajira... Pequeña... Calla... No es nada... Calla... ¿Por qué has dejado tu lecho...? ¿Por qué? Ah, no, no es el enemigo...

(La Doncella se retuerce las manos presa de crisis nerviosa y trata de incorporarse pero las piernas no la obedecen, el Piache la toma por los hombros y trata de calmarla.)

PIACHE: Tu sueño también se ha turbado... Pero calma Dajira... Cálmate... Nada ha ocurrido que pueda producirnos temor... No hay tal fuego... No hay cerca tal enemigo... Calla pequeña, olvida aquel drama... Olvida, que pronto vendrá el alba... Trata de ir a tu lecho, duerme... Anda...

(La Doncella se incorpora pero aparece como sonámbula. A lo lejos los ruidos se hacen confusos.)

PIACHE: Aguarda... Ah, tus manos están frías. *(Le toma las manos)* Recóbrate, es alguna lejana tempestad... Calma tu espíritu fatigado... Pronto el sol vendrá con su tranquila luz...

(El Piache logra llevarla hasta el camastro donde la

sienta. Luego tanteando por la pared y con inseguros pasos va hasta el fogón, cerca de aquél toma una pequeña vasija y una totuma, en ésta vierte un poco de líquido y vuelve donde la Doncella y le hace beber lentamente. Seguidamente la toma por los brazos y con mucha lentitud la lleva a la habitación inmediata. Los disparos y ruidos de combate cobran mayor fuerza; el Piache sale de la habitación de la Doncella. Al enfrentarse con los ruidos cobra desesperada conciencia de la realidad. Se lleva las manos al rostro y avanza hacia el palenque, cuando va a llegar a él, murmura mientras entra en escena el Guerrero.)

PIACHE: ¡Ah, la doncella lo ha presentido!, ¿entonces?... Sí... ¿Quién llega?

(Entra el Guerrero tambaleándose, aparenta llevar una grave herida en el pecho. Al llegar al dintel de la puerta que une al palenque con la morada del Piache, cae de rodillas como presa de extenuación.)

GUERRERO: ¡Atacan los extranjeros la vivienda del Cacique!...

PIACHE: No, no, entonces... Sí, sí... no eran alucinaciones... ¡Ah...!

GUERRERO: Lejos iba a cumplir mi importante misión cuando oí el extraño trueno (*jadea*) de las armas enemigas...

PIACHE: Todo me lo decía pero quería huir de esa tremenda realidad...

GUERRERO: *(Continuando)* Como un raudo gamo herido por iracunda flecha regresé a todo correr de mis piernas... (*Jadea.*)

PIACHE: El enemigo está aquí... aquí... junto a nuestras colinas... junto a nuestros hijos y mujeres... ¡Aquí...!

GUERRERO: Sí... yo corrí al oír sus truenos, corrí... mi sangre ardía y era fuego lo que llevaba conmigo por el viento...

PIACHE: *(Tomando una macana y blandiéndola por sobre su cabeza)* Ah, entonces ha sonado la hora... La terri-

ble hora... Sí, la sombría hora... Es ése el rumor del combate... Son esos truenos las armas enemigas... Es la guarura el son de guerra que nos llama al combate, a la muerte, a la victoria... ah... aquí está mi macana... en el aire están ya las flechas...

GUERRERO: ¡En mi carrera yo mismo era el odio y la guerra!

PIACHE: (*Descubriendo en el suelo un puñado de flechas y tomándolo*) Ah, aquí están otras flechas... ¿Dónde están los arcos? (*Al Guerrero*) Gracias te doy, bravo Paraiguto por haber venido en mi busca... Gracias por haber comprendido mi desesperado deseo... Tus ojos me guiarán hasta el combate... Pero ¿por qué no me tomas ya de la mano y me conduces? ¡Por qué perder el tiempo! Anda, vamos...

GUERRERO: (*Reaccionando de su extenuación y sin comprender el gesto del Piache*) ...Larga jornada... los truenos y los ruidos me orientaron... me estremecí al descubrir que ellos venían de lugares cercanos a la vivienda del Cacique... hacia los ranchos corrí... corrí...

PIACHE: Y antes de ir allá has venido por mí... Gracias Paraiguto, gracias...

GUERRERO: No, hacia allá me dirigió la incertidumbre y el odio... Crucé arroyos y salvé colinas... un arco de angustia me disparaba... pero...

PIACHE: (*Cobrando lucidez*) ¿Qué pudo desviarte hasta aquí? ¿Qué te ocurrió en la marcha?

GUERRERO: Cuando ya el resplandor de los truenos iluminaba mis pupilas y los gritos azuzaban mis deseos de combate, cruzaron mi camino varios enemigos que junto al río se hallaban emboscados... Hacia ellos acometí con toda la furia de mi mortífera macana... el espíritu del jaguar transitaba en mi cuerpo... Herí, derribé... Todo el furor de nuestras tempestades giraba en el ardor de mi brazo... los enemigos huyeron hacia el lugar donde estaban sus mayores fuerzas... quise seguirlos pero sus armas que de lejos hieren

habían penetrado en mi cuerpo varias veces... Caí y allí estuve como quien sueña. Luego un pequeño alieno volvió a mí. Y hasta ti he venido sabio Curayú, para que me des de ese bálsamo que detiene la sangre en las heridas y devuelve a los cuerpos su caliente fuerza... pues. ¿Oyes? ¿Oyes nuestra guarura? Allí está mi puesto, anciano, junto al bravo Cacique... Allí quiero estar con mi airada macana; con mi violenta flecha... con todo mi odio y mi áspera sed de venganza... ah, Curayú dos veces sabio, pronto, dame tu grato cocimiento y que las hierbas de mi tierra me devuelvan al combate para defenderla del enemigo, anda ya que mis fuerzas huyen con la sangre, como la tierra de las montañas por el cauce de los ríos...

PIACHE: Ira de los astros... ¿Qué serpientes han arrojado sus ponzoñas sobre el aire de esta noche? Ah, bravo guerrero, todo lo suponía mi inquietud y todo lo quería negar mi confiada esperanza... Pero no temas, pronto mi mano te ofrecerá el curativo cocimiento... pero me has de llevar contigo hasta el combate, joven Paraiguto, hijo de mi misma angustia... Dos brazos y un odio más siempre hacen falta frente a un enemigo implacable...

(A lo lejos cobra mayor intensidad el son de la guarura, también aumentan los gritos y disparos. El Guerrero se incorpora un poco y semiarrrodillado se arrastra hasta el centro del palenque con intención de mirar hacia el sitio donde se supone está librándose el combate. Entre tanto el Piache muévese hacia un rincón de la estancia en busca del cocimiento medicinal. En procura de éste tantea sobre algunos taburetes.)

GUERRERO: *(Situándose semiyacente en el centro del palenque en actitud de estar viendo lo que ocurre a lo lejos, junto a los ranchos del Cacique)* Ah, Curayú, Curayú... rodeado por enemigos está el rancho del Cacique. Muchos guerreros caídos hay en sus contornos... Otros detrás de empalizadas se batén con furia... *(Al fondo) ¡Ah, hieran, maten! ¡Así! ¡A lo alto las macanas! ¡Pronto estaré junto a vosotros, muy antes*

del alba! ¡Que salten al aire las flechas y los insultos!
¡Que la dorada claridad muestre pronto el pecho de
los invasores para alcanzarlos con los agudos dardos!

(El clarín reinicia su toque, el son de la guarura es más desesperado.)

¡Ni un pie de tierra atrás! ¡Adelante con las macanas...! ¡Ah! ¡Ya caen más guerreros! ¡Levantaos! ¡Que huya la muerte de vuestras pupilas! ¡Que la sangre recobre su furia y se torne serpiente enrojecida! ¡Hieran, maten, que los arcos no descansen sus viajes de flechas! ¡Ah, qué raro resplandor! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡En lo alto de las viviendas crepitán llamas menudas! ¡Fuego! ¡Fuego por doquier! ¡El enemigo ha arrojado fuego! ¡Fuego para aplacar nuestra ira! Rojos están los combatientes, rojas sus armas, rojo el aire... Ah, fuego en el combate Curayú... fuego y muerte... Las ardorosas y violentas llamas lamen la carne de nuestros guerreros...! ¡Pero en el aire continúan las flechas y contra el enemigo bajan implacables las macanas...! ¡Golpeen, hieran, escupan, insulten! ¡Oigo la voz y veo la corpulencia del Cacique...! ¡Rojo está y estremecido de ira!

PIACHE: *(Tapándose el rostro con una mano y extendiendo la otra hacia el lugar de donde vienen los ruidos)*
¡Que los dioses iracundos pongan la venganza en su furioso brazo...! ¡Que todo el fuego de los cielos se confunda con su violenta sangre!

(Se oye fuerte el clarín.)

GUERRERO: Calla ya, calla ya maldecido instrumento...
Calla, que ni tú ni el fuego nos podrán vencer...

PIACHE: *(Buscando con desesperación por el suelo una vasija)* ¡Ya estaremos allá, aguarden, que ya estaremos allá... A matar... a matar...!

GUERRERO: ¡Ah sabio Curayú, dame el líquido ligero que el combate nos llama!

PIACHE: *(Quien ha encontrado entre las vasijas una que se supone contiene el líquido medicinal, mientras la re-*

conoce al tacto exclama) ¡Ya está aquí... aquí está... es ésta... ésta... pronto a tu cuerpo bravo hijo retornarán las fuerzas... que no brote más tu preciosa sangre, ya me podrás llevar hasta el combate... anda... toma... toma...!

(Se dirige con tardos pasos hacia donde se encuentra el Guerrero.)

GUERRERO: ¡Fuego! ¡Fuego por doquier...! ¡Ah! (*Crispa las manos*) ¡Ah, qué de humos y llamas...! ¡Qué de truenos! ¡Adelante, adelante! ¡¡Que siga la furia de las macanas y el relámpago baje entre los brazos!! ¡De frente los pechos... golpeen, hieran, maten! ¡¡Duro con las macanas... duro!! ¡Ah, pero el fuego... ya caen los techos... ya se doblan los maderos del palenque grande... ya el humo cubre las miradas...! Ah, ¡muertos están casi todos los guerreros! (*Se medio incorpora*) ahora caen otros... Sólo Guaicaipuro resiste, lucha, hiere, su brazo no cesa... Sólo él y el fuego y el odio... Ah. ¡Lucha bravo jefe que ya estaremos contigo! ...Ah, Curayú, rápido el bálsamo, rápido que el combate me requiere... Rápido que el Cacique está solo... ¡Solo y el enemigo hiere y su fuego destruye y abraza...!

PIACHE: (*Llegando junto al Guerrero con pasos tambaleantes*) Aquí está, aquí hijo, hijo... guerrero... aquí está... toma, bebe... bebe...

(Le tiende la totuma al Guerrero, pero éste no vuelve ni siquiera la cabeza para mirar al Piache, pues está alucinado con lo que ocurre en el combate.)

GUERRERO: Fuego y muerte... sólo Guaicaipuro... sólo él... solo... solo.

PIACHE: Toma... toma Paraiguto... toma... Ah, iira de los dioses detengan el fuego! Que el relámpago siga en las manos del Cacique... Que descienda la muerte contra el enemigo... Toma Paraiguto, bebe, bebe... bebe pronto... pronto... que ya iremos en su ayuda...

(El Guerrero toma mecánicamente la totuma entre sus manos, intenta llevarla a sus labios pero no logra

hacerlo dominado por la visión del combate. La guarura debilita su son a medida que crece el del clarín.)

GUERRERO: Ah, todo es una inmensa llama. ¡Levántense guerreros, que vuelva a vosotros la vida... que salten de vuestros cuerpos las flechas y las heridas incurables... ah... ah... Guaicaipuro, hiere, salta, así, así... arroja llamas, tizones, juramentos... ah... ah...! ¡Malignas mapanares! ¡El Cacique ha caído! ¡Ha caído Curayú! ¡Ha caído! ¡Ha caído! Ah...

(Se dobla extenuado, la guarura cesa en su son y el clarín se alza victorioso... Los gritos de fondo se silencian.)

PIACHE: ¡No,... tus ojos están al igual que los míos... no... dime que no!

GUERRERO: Ah Curayú... El Cacique ha caído... Todo es fuego y desolación... ¡ah! El bravo Guaicaipuro yace entre las llamas ardientes... ah... Curayú, el Cacique es muerto...

PIACHE: (*Tapándose los ojos con las manos*) Gracias malignos dioses, gracias por no haber podido verlo... verlo... ¡Gracias! ¡Gracias!

(De pronto entra en escena la Anciana, llega desgreñada y presa de visible angustia.)

ANCIANA: ¡Ay! ¡Ay! Ay Curayú... ¡ha caído la muerte sobre nuestro pueblo! La muerte y el fuego abaten nuestra tribu... el enemigo... el enemigo...

(Se dobla junto al grupo formado por el Guerrero semiyacente y el anciano Piache.)

GUERRERO: (*Débilmente*) Ah, el Cacique es muerto... Hemos sido vencidos... vencidos...

ANCIANA: (*Sollozando*) La muerte abate nuestro pueblo... el Cacique... hemos sido vencidos...

(De pronto en la habitación donde se encuentra la Doncella resuena un grito agudo... Luego otro y otro...

Seguidamente se escucha el llanto de un niño. Al único sonido el Piache que estaba semidoblegado se incorpora electrizado; alza la cabeza a lo alto y exclama:)

PIACHE: ¡No! ino! ino! No hemos sido vencidos... no hemos sido vencidos... (*El niño llora fuerte.*) No hemos sido vencidos... ¿oyen? ¿oyen? Oigan... No hemos sido vencidos...!

GUERRERO: ¡Un niño llora!

ANCIANA: ¡Un niño llora!

PIACHE: Sí... no hemos sido vencidos... sí, un niño llora... ¿lo oyen... no sueño? Sí... sí... un niño llora... llora... y nosotros no hemos sido vencidos... no, no hemos sido vencidos...

GUERRERO: (*Débilmente*) Ah... vencidos, vencidos...

PIACHE: ¡No, no hemos sido vencidos...! ¡Oyen... un niño llora... llora en esta hora tremenda... llora su llegada feliz... llora...!

ANCIANA: ¡Vencidos y un niño llora ahora... llora...!

GUERRERO: (*Cayendo exánime al suelo*) Vencidos... ¡Vencidos...!

PIACHE: (*Con dramática exaltación*) ¡No...! Nunca moriremos... óiganlo bien, no desaparecerá nuestro pueblo porque no hemos sido vencidos... su sangre prevalecerá... ese que llora llegado por los misteriosos senderos de la tierra, trae la simiente de la venganza y él, él será el vencedor...!

ANCIANA: (*Alzando el rostro como recordando*) ...Sí, sí... la doncella... el invasor... su simiente... su simiente y nuestra sangre, nuestro odio, nuestra libertad....

PIACHE: Ah, ya estás aquí niño vengador... ya te miro en el tiempo, alta de rebeldía la frente, llevando en el pecho nuestro orgullo y lanzando hacia adelante las flechas de la eterna rebeldía. Caminarás por un alba de rojo resplandor y tras tus huellas miles de guaruras gritarán el canto de la libertad. Ah, dulce alegría tu

llanto en esta hora amarga, niño venido del dolor y del ímpetu... Llora fuerte, fuerte, que todos te oigan pues contigo irá nuestra sangre al día de la victoria... ¡Yo veo ese día! ¡Bajo su luz estarán abiertas para el aire las hierbas y las flores y desde ellas el blanco polvo de nuestros huesos musitará su canto de alegría, bajo el pie libre que marcha hacia adelante... ¡Hacia adelante...!

FIN DE LA OBRA

Apacuana y Cuaricurián

Poema dramático

*A Caracas, mi ciudad, a sus niños;
al niño que fui y que tanto la quiso.*

*Al recuerdo hermoso y puro de
José del Carmen Toledo.*

*Sucedió en esta ocasión un caso, digno por cierto
de que gravándose en mármoles se eternizase su
memoria en los archivos del tiempo.*

JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

Personajes

APACUANA: Piache de la tribu Mariche.
40 años.

URIPATA: Viejo guerrero.
Edad indefinida.

DONCELLA: Itzcheba. Muchacha combatiante. 18 años.

CUARICURIÁN: Hijo de Apacuana. 20 años.

GUERRERO I

GUERRERO II

GUERRERO III

ITARAMAY: El visteador.

CHICURAMAY: Cacique de los Mariches.
50 años.

ALFONSO GALEAS: Capitán español.

FERNÁNDEZ DE ANTEQUERA: Otro capitán.

CURA ALONSO

SOLDADO

VOCES

Acción

La acción tiene lugar en la fila de los Mariches, al este del valle donde ahora se levanta Caracas, el año de 1569.

Escenografía

Toda la obra se representará como si se tratara de un ensayo. Trajes y escenografía convencionales, los actores que hacen de indígenas pueden llevar algún instrumento, objeto o atavío que los identifique, sin que necesariamente vistan de indígenas. Igualmente se presentarán aquellos actores que encarnan a los europeos conquistadores. Luces, sonidos y música se indican en el texto.

PRÓLOGO

GUERRERO I:

Mostraremos ahora para ustedes
episodio de tiempo muy remoto,
que ocurrió en esta tierra cuando en ella
recio conquistador plantó su bota
y el caribe tornó su rostro duro
y apuró una saliva de amargura,
y empuñó la macana de la guerra.

El fuego en su morada fue más rojo
y en su caliente cuerpo las arcillas
fraguaron con el odio sus volcanes...
¡Era una lucha nueva lo sabía
y hacia ella marchó su paso grave!

GUERRERO II:

Trajeados para ensayos actuaremos.

GUERRERO III:

No habrá escenografía ni estructuras.

GUERRERO I:

Ni artificios de trastos y madera.
Ni vestuarios ni gran utilería.
Sólo la fantasía tendrá vuelo
y la imaginación campo y altura.

APACUANA:

Yo encarnaré el papel de piache altiva;
Apacuana llamada por los suyos.

GUERRERO I:

Mujer con decidido atrevimiento.

GUERRERO II:

Y recia en su pasión y su estatura.

CHICURAMAY:

Seré Chicuramay, el macilento
en cuyo cuerpo se conjuga el drama.

GALEAS:

Y yo Galeas, capitán de campo,
que piensa como piensa un castellano
de duros huesos y solar lejano.

CUARICURIÁN:

Seré Cuaricurián el apacible
artista que soñaba asir luceros,
el que teje poemas con plumajes
y le gusta cantar por los senderos.

DONCELLA:

Yo soy su enamorada...
(Muestra a los otros indios) Ellos, guerreros.
Mas no podemos presentarnos todos
iniciar es mejor la acción en vivo.

GUERRERO I: (*A todos*)

Ocupen sus lugares...

GUERRERO II:

¡Comencemos!

(Salen unos y otros colócanse en sus sitios. Cambio de iluminación.)

(Suena una flauta de carrizo, dulce, triste.)

GUERRERO III:

¡Estamos en el rancho de Apacuana,
oculto por los montes del Mariche,
donde nuestra nación se ha recogido
luego de las derrotas padecidas,
y muertos fueron los caciques bravos
y el valle de Catuche fuera hollado
en manos invasoras y enemigas.

(Muestra a quienes preparan flechas y macanas.)

Preparan ellos flechas y macanas,
y todo se promueve hacia la guerra,
pues pende la existencia del caribe...

GUERRERO I:

¡De ganar o perderla!

GUERRERO III:

¡Ese es el drama!

GUERRERO II:

Que las guaruras suenen y el fotuto,
y nazca el teatro, ¡como flor de magia!

(Óyese sonar muchas guaruras, los carrizos y fotutos. Muy lejos ladran unos perros y suena un clarín. Hay cambio de luces y los actores inician su trabajo. En escena se han quedado Apacuana, la Doncella y los tres guerreros. Se ocupan de organizar y disponer las armas; flechas, mazos, macanas, lanzas rústicas. Entra Uripata, agitado.)

APACUANA:

Uripata, qué ocurre, que ligero
e inquieto, perturbado aquí te allegas.

URIPATA: (Habla a todos)

Nuestro Cacique, jefe de la guerra,
el que sabe de rutas y senderos
y dirige la flecha donde quiere,
herido está por mal que lo doblega
y ni andar puede, y ni mirar siquiera.

Sus brazos como ramas han caído
y su palabra yace adormecida
entre labios por fiebres macilentos.

APACUANA:

¿Qué dice el Piache de los humos sabios
y mágicas palabras misteriosas?

URIPATA:

¡Lo ensalma con tabacos y pociónes
y suena junto al humo la maraca!
¡Para que de su cuerpo huyan los males
y vuelva la salud hasta sus venas!

APACUANA:

¡Hay que esconderlo ya, guardar su vida;
es el único jefe que nos queda
con la sabiduría de la guerra!

Que nadie por la tribu diga nada.
¡Debemos ocultarle al enemigo
que el Cacique está mal o se nos muere!

GUERRERO III:

¡Y que siga creyendo que él comanda
el torrente mortal de los flecheros!

GUERRERO I:

Pero sin él, ¿acaso venceremos?

GUERRERO II:

¿Quién nos conducirá por los combates
con voz alerta y rapidez de trueno?

GUERRERO III:

Carecemos de jefes con su arrojo;
¡que sepan bien guerrear sobre los campos
y ordenar con sus voces el avance!

DONCELLA:

Si no hay quien nos dirija perderemos
nuestra lucha que tanto ya nos cuesta;
¡y estas tierras serán del hombre extraño
cuyas plantas obscuras la envilecen!

APACUANA:

¡Mariches, apretad ánimo y dientes!
No debe este suceso derrotarnos...
ni derrumbar nuestro ánimo agresivo...

GUERRERO I:

Pero escucha Apacuana: ¿te das cuenta?
Carecemos ahora del valiente
que ha estado conduciendo la contienda!

APACUANA:

Si el consejo de ancianos lo dispone
y nadie puede comandar la guerra...
que impuso el extranjero a nuestro pueblo.
Lo haré yo...

URIPATA:

¡Sí!

GUERRERO III:

¡Te sobra valentía!

DONCELLA:

¡Y tienes energía de doncella!

URIPATA:

¡El consejo de ancianos ha tratado
eso que nos ofreces, Apacuana!
Y a una sola voz ha decidido

que dirijas la tribu y su pelea
y libres nuestro suelo de hombre extraño.

APACUANA: (*A Uripata*)

¡Ve entonces a decirle que yo acepto
mandar en esta hora a nuestra gente
y que habré de guerrear hasta el momento
que salga el invasor de nuestra tierra!

(*A los otros*)

¡Cuando sean las flechas distribuidas
y brazos y macanas estén prestos
bajaremos al valle sin la luna
y escuchará de nuevo el enemigo
el grito belicoso del caribe!
Y sabrá de su puño y su bravura
y de la muerte que su brazo envía.

(*Suena una guarura. El Guerrero I indaga qué ocurre.*)

GUERRERO I:

Apacuana, ya llega Itaramay
al que mandamos vigilar de cerca
al intruso que todo nos destruye.

APACUANA:

Sabremos de sus armas y sus planes.
De lo que piensa, dice y ejecuta,
ese dueño de truenos y metales.

GUERRERO I:

¡Podremos ordenar así el ataque
y en un combate fiero exterminarlo
junto con sus peonadas y sus bestias!

DONCELLA:

¡Libraremos la tierra de sus pasos,
de su codicia siempre desatada,
de sus terribles fuegos y del odio
que a la caribe gente le dispara
el duro pedernal de su mirada!

GUERRERO III:

¡Y así ha de suceder doncella Itzcheba
si en su duro pelear nos empeñamos!

(*Llega Itaramay.*)

ITARAMAY:

Vengo de escudriñar todas las rutas.

El enemigo cubre los caminos,
los ríos, las vertientes, las alturas.

Habita nuestras casas, se alimenta
con lo que hemos sembrado hace tres lunas.

APACUANA:

¿Han crecido sus fuerzas?

ITARAMAY:

Han crecido...

¡Pero más ha crecido su arrogancia
y esa voluntad de someternos
a los yugos que tiene preparados!

¡Señor es de los valles y los ríos;
y extender sus dominios hace alarde
con voces de gozoso desafío!

APACUANA:

¡Sí, allá está soberbio y orgulloso,
defendido por petos y aceros,
lastimando los valles con sus fuegos,
sus espadas, sus bestias y sus perros!

GUERREROS: (A coro)

Para que no olvidemos esa afrenta,
y revuélvase el odio en nuestra sangre
con todas sus espinas y candelas,
el viento nos acerca en todo instante
hasta este monte de empinada altura,
el grito de sus trompas y clarines,
relinchos rudos de sus potros fieros,
el aullido tenaz de sus mastines.
¡Y sus voces que mandan y castigan
en una lengua dura y atrevida!

APACUANA:

¡Pero en estas montañas los Mariches
como gente caribe y animosa,
habremos de curarnos las derrotas,
sanar de la vergüenza y de la rabia,

retomar nuestras flechas y macanas
y con ellas luchar por la victoria!

URIPATA:

¡Y el invasor saldrá de todo el valle,
y hasta el aire de nuevo andará libre
sobre los cielos y por las montañas,
y a los arroyos volverá la imagen
de la risa que huyó de nuestro pueblo!

GUERREROS: (A coro)

Así lo afirmaremos.
¡Lo afirmamos!
¡Con la sangre que resta y con los huesos!
¡Con la sombra!
¡La muerte!
¡La venganza!
¡Y el violento celaje de las flechas!

(Obscuro sobre la escena. Se iluminan al fondo el capitán Galeas, Fernández de Antequera y el cura Alonso.)

ANTEQUERA:

¡Es menester la paz con los Mariches,
todos desconcertados y dispersos
desde que Guaicaipuro fuera muerto
y a sus altas montañas retirados!

CURA ALONSO:

Sólo mediante su ánimo rendido
podremos dominar esta comarca
y fabricar a orillas de sus ríos
villas y población de cantería.
¡Y darle a nuestro rey nuevos vasallos
que eleven mucho más su poderío!

ANTEQUERA:

Es menester que el indio nos trabaje
las negras minas de riqueza cierta,
y que labre la tierra día a día
para proporcionarnos el sustento.

¡Sobre los naturales ya vencidos
y atados a cumplir su vasallaje

será como podremos en las Indias,
forjar nuestra riqueza y señorío!

(*Redobla un tambor.*)

GALEAS:

¡Órdenes den que se pregone presto
un bando de pacífica lectura,
y cajas y atabales lo divulguen
entre la indiada que nos ha peleado,
con tanta saña y sin temor alguno!

(*Obscuro. Óyense cornetas y tambores y una voz que grita:*)

Voz:

¡El bando escuchen naturales todos!
¡Que nuestro rey ordena se pregone!

(*Redoble.*)

¡A los bárbaros todos les decimos:
Si sumisos se entregan y vencidos,
podremos terminar la justa guerra
y daros protección y sana vida
con la cruz y la espada de Castilla!

(*Redoble. Suena clarín. Obscuro. Luz sobre Apacuana y los otros indígenas.*)

ITARAMAY:

Tan fuerte ya se cree el enemigo,
que la paz nos ofrece si cedemos
la heredad de esta tierra a su codicia
y de libres que somos nos volvemos
servidores y esclavos para ellos...

GUERRERO I:

¿Eso quieren? Con una carcajada
responde la garganta del caribe.

(*Todos ríen.*)

GUERRERO II:

Y luego ya sabrá de las macanas;
y de que no ha ganado la victoria.
Pues aunque pasen lunas y otras lunas,

y los bosques renueven su grandeza
y huesos y más huesos con el polvo
de todas las arcillas se confundan...
La lucha ha de seguir...

GUERRERO III:

¡Sin que cejemos
ni demos por rendidos nuestros brazos,
ni enterremos en sombras la esperanza,
ni ceda la pasión que nos levanta!

APACUANA:

¡Un momento, Mariches, no se puede
dejar de meditar esa propuesta...
aunque venga de voces enemigas!

GUERRERO I:

¡Tales ofrecimientos nos humillan!

APACUANA:

Pensemos con astucia únicamente...

GUERRERO III:

¿Qué nos quiere decir tu entendimiento?

APACUANA:

Quizás esa propuesta nos permita
que alcancemos mejor su aplastamiento.

ITARAMAY:

¿Qué insinúas?

GUERRERO I:

¿Qué paso nos propones?

APACUANA:

¡Debemos aceptarles esa oferta!

URIPATA:

¡¿Rendirnos?!

APACUANA:

¡Sí! ¡Para después vencerlo!

GUERRERO I:

¡No te comprendo!

APACUANA:

Pronto lo entenderás...

URIPATA:

¡Que fluya entonces tu palabra clara
y toque su verdad mi pensamiento!

APACUANA:

Nos rendiremos, sí, en apariencia...
Diremos al extraño que aceptamos
sus tratados de paz y vasallaje.
Y muchos de nosotros partiremos
a donde se levanta el campamento
y guardan sus mosqueteros y bagajes.

Allí nos mostraremos apacibles;
esclavos casi de su atrevimiento.
¡Y el extraño creerá que ya ha ganado
con nuestra libertad su injusta guerra!

ITARAMAY:

¡Lo habrá hecho Apacuana, yo lo veo!

APACUANA:

¡Con sólo su creencia lo habrá hecho!

URIPATA:

¡Tu idea no concibo; habla bien claro
para que te interpreten mis oídos!

GUERRERO II:

Si es ese algún ardid, ¿en qué consiste?

GUERRERO I:

Explícalo y veremos si se aprueba.

APACUANA:

Dentro ya de sus tiendas y trincheras
observarán los nuestros fijamente
aquellos con que cuentan los intrusos:
sus perros, sus caballos, su armamento,
sus soldados dispuestos, sus aperos.

¡Cuando todo esté visto y precisado,
en noche ya escogida con certeza,
y sin que nada falle ni se altere;

esconderán los frenos y espuelas,
cinchas y sillas a sus potros rudos!

Ocultarán las armas y los hierros
y todo cuanto hiera y se dispare;
a los perros darán ponzoña mala
y al agua arrojarán los alimentos:
la arepa, los tasajos, el cazabe
y todo cuanto dé mantenimiento.

ITARAMAY:

¿Y eso puede hacerse?

APACUANA:

Sí se puede...

Si el trabajo es sutil y muy discreto.

URIPATA:

Ya todo ejecutado, ¿qué medidas
tomarán quienes sigan por los montes?

APACUANA:

Sin gritos, ni guaruras, quedamente
rodearemos sus campos y trincheras.
Y cuando los hermanos den aviso
de no tener poder al enemigo
con ánimo violento asaltaremos
por sobre sus bastiones y trincheras!
¡Y el alba encontrará que los Mariches
al osado invasor habrán rendido!

¡Y todas las guaruras por el valle,
sobre los riscos y las altas cimas
resonarán con sones turbulentos,
para gritar que la Nación Caribe
libre de nuevo está sobre sus tierras!

URIPATA:

Hagamos lo que dices sin tardanzas...
¡Para que pronto se convierta en hecho
lo que ahora nos das en esperanzas!

ITARAMAY:

Hay que escoger los mozos más prudentes...
¡Con mente fría y corazón caliente!

URIPATA:

Los que suelen mirar con vista baja
y en observar muy bien son diligentes.

APACUANA:

¡Y que no teman parecer cobardes
y comprendan el plan exactamente!

URIPATA:

¡Pediré convoquemos a consejo
y que tu plan sin dilación se apruebe!

(Obscuro. Guarura. Luz sobre Galeas, Antequera y el cura Alonso, limpian sus armas. Lejos se oye débilmente toque del tambor y corneta.)

GALEAS:

¡Muchos bárbaros muestran su contento
por el pregón de paz que hemos lanzado,
y a nuestros reales llegan sin enojos
puesta ya su razón a someterse
y trayéndonos panes y tasajos!

ANTEQUERA:

¡Mas, alerta hay que estar en todo tiempo,
y con las armas listas y cuidadas,
cerca de los alzados parapetos,
pues esta gente bárbara bien puede
tendernos a traición una celada!

GALEAS:

Pienso que de guerrear están cansados,
y muchas hambres y privanzas tienen,
a más de carecer de jefes bravos.
¡Por eso cabizbajos ya se entregan
pues toda su pujanza se ha quebrado!

ANTEQUERA:

¡Le pediré a Losada sin embargo,
que dicte para todos el mandato
de tener a esa gente vigilada!

CURA ALONSO:

Eres un capitán muy precavido...

GALEAS:

¡Pero ya están vencidos, os lo digo!

(Clarín. Obscuro. Luz en el rancho de Apacuana. Se encuentran ella, Uripata y el Guerrero I.)

GUERRERO I:

Además de ese plan, ¿qué te propones?

APACUANA:

Lo que una vez ya hizo Guaicaipuro
debe intentarse ahora nuevamente...
Unir como en un mazo nuestras tribus.
Extender por doquier las hogueras
y golpear con la muerte a quien nos hiere.

URIPATA:

Hacer que hasta la tierra se levante...

GUERRERO I:

¡Y se levante el barro y la madera!

URIPATA:

¡Y el agua y su tormenta enfurecida!

GUERRERO I:

¡Y el humo que sofoca y enceguece!

URIPATA:

¡Y la candente brasa y su crujido!

GUERRERO I:

¡Y el nervio de la luz hecho centella
y el huracán de azul enfurecido!

APACUANA:

¡Que todo se desgaje desde un trueno,
y queme al invasor con su estallido!

(Lejos se oye un canto vigoroso y profundo. Todos le prestan atención. Llegan la Doncella y el Guerrero II.)

URIPATA: (A la Doncella)

¿Qué sucesos provocan tales cantos?

¿Es que vuelve la risa a nuestra tribu?

DONCELLA:

¡Los jóvenes guerreros han venido

para escuchar palabras y cumplir
esta noche tu bélico mandato!

GUERRERO II:

Sagaces por los bosques irán todos
a esperar las señales convenidas.

DONCELLA:

Y cuando el ave suelte su chillido
ellos asaltarán el campamento
con grave decisión...
Y sin un ruido.

APACUANA:

¿Y mi Cuaricurián? ¿Llegó a la cita?

(La Doncella y el Guerrero II cambian miradas.)

¿Con los mozos que ahora se disponen
a jugarse la vida en la jornada,
mi hijo cierra filas bien armado?

GUERRERO II:

¡No se encuentra con ellos, Apacuana!
Compartir ese riesgo no ha querido...

DONCELLA:

Al parecer...
pues nadie lo ha encontrado.

APACUANA:

¡Avergonzada me hallo de saberlo,
reacio a acudir si se convoca...
y me duele saber su cobardía,
y el tibio celo por hallarse activo
entre quienes los riesgos desaffan!

DONCELLA:

No es Cuaricurián ningún cobarde;
ni mozo que al peligro se le niegue...

APACUANA:

Su conducta señala que lo es.
¡En este amargo instante lo comprendo!
Y es tu corazón quien lo defiende,
porque tu corazón lo ve distinto.

DONCELLA:

¡Sé que tiene valor!

GUERRERO II:

Para hacer cuentas...

URIPATA:

Idolillos, penachos y collares
y recoger plumajes de colores...

GUERRERO II:

¡Y adornarnos los rostros con tatuajes!

DONCELLA:

Sepan:
Cuaricurián es un artista
que juega con el barro y los colores...
Y los guijarros y los caracoles...
Y sólo quiere que gocemos todos
lo que sus manos dulces nos construyen...
¡Y su imaginación sueña primero!
Eso es Cuaricurián y no lo oculta...

GUERRERO II:

¡Mas sin arrojo ni coraje alguno
para salirle al frente a un enemigo
con el odio veloz de las macanas
y agredirlo con puños y con dientes
y reírle a la muerte en la sabana!

URIPATA:

¡Quizás cobarde es, aunque se dude!

APACUANA:

De ser eso verdad y se compruebe...
No lo nombren jamás en mi presencia
ni recuerden que estuvo en nuestra tribu.

DONCELLA:

¿Por qué clamas así, madre Apacuana?

APACUANA:

¡Si es un cobarde ruin! ¿Tiene defensa?
Hasta olvidar su nombre quiero ahora.
No puede ser mi hijo quien se oculta
cuando la libertad pide la vida...

¡Y la gente caribe, toda rabia
a vencer o morir ahora se apresta!

(Entra Cuaricurián desenvuelto, pero grave.)

DONCELLA:

¡Cuaricurián! ¡Te aguardan los guerreros!

CUARICURIÁN: (*A Apacuana*)

¡Oí lo que decías y me aflige
que tal trato me dé tu sentimiento!

APACUANA:

¡Merece mucho más tu vil conducta,
incomprensible a mí, por vergonzosa!

CUARICURIÁN: (*Sereno*)

Ya sabes que no pude ser guerrero
de gesto duro y con palabra alzada.
¡Soy torpe para el arco y la carrera,
y nada sé de golpes y avanzadas!

¡Cuando intenté pelear, hace ya tiempo,
los jóvenes ardientes se burlaron
de verme asir el arco torpemente
y equivocar la flecha que lanzaba
sin pulso fino ni sagaz mirada!
¡Y alguno reclamó que peligraban
por mi incapacidad sus movimientos,
y hábil el enemigo aprovechaba
la nula terquedad de mis esfuerzos!

APACUANA:

No es ésa una razón a que rehuses
comprometer tu esfuerzo en la contienda
ni para que te escondas afligido
ante el riesgo que ahora nos acecha.

CUARICURIÁN:

¡Bien sé que no le temo, mas no puedo
volver a soportar amarga burla,
ni sarcasmo, ni risa, ni consejo...
Por eso, óyelo bien, no bajaré
al valle con el grupo de guerreros!

APACUANA:

Debes irte de aquí...

URIPATA:

¡Muy lejos vete!

GUERRERO I:

¡No cabe entre nosotros el menguado,
el vacilante, ruin y temeroso!

DONCELLA:

Si parte iré con él, me necesita...

APACUANA: (*A la Doncella*)

Quieta debes estar y no turbarte,
y hacer que el corazón se te repose.

URIPATA: (*A la Doncella*)

¡Tienes tu puesto aquí, donde se lucha,
con penas y pesares y aflicciones!

APACUANA:

¡Y antes de acompañarlo tú debieras
condenarle su ánimo medroso!

DONCELLA:

¡Razones tienen en hablarme recio!
Sólo puedo decirle que me quedo
como una combatiente entre los míos...
¡Y que lo guardo aquí para andar juntos
y juntos combatir con alto brío!

APACUANA: (*A Cuaricurián*)

¡Retírate y escupo!
¡Es mi castigo!
Para quien desde ya nada me obliga.

(*A todos*)

Y quiero que lo sepan: Apacuana
nunca ha tenido un hijo: ¡Lo reniego!
¡Jamás mi cuerpo recogió semilla,
ni mi carne se abrió para dar frutos,
ni en mi seno mamó niño ninguno!

CUARICURIÁN:

Grave dolor me das y he de llevarlo

como quien lleva sobre ardiente herida
punzante dardo de sutil veneno.

URIPATA:

En los riscos profundos ve a esconderte,
con tus plumas, collares y abalorios
y no recuerdes más que eres Mariche.

APACUANA:

¡Ni que en sus brazos te llevó Apacuana!

GUERRERO I:

Ni regreses aquí a extenderle a otros
tus temores oscuros y tus miedos.

APACUANA:

No quiero verte más...

CUARICURIÁN:

Eso me apena.

APACUANA:

¡Y más me apena a mí ver lo que eres,
llevando como llevas sangre mía!

URIPATA:

¡Cuaricurián, olvida a nuestra tribu!
¡Y no digas jamás que eres caribe,
ni que viste la luz sobre esta tierra
donde nunca nació la cobardía!

*(Todos escupen menos la Doncella. Cuaricurián sale.
Todos le dan las espaldas. Óyele lejos una guarura.
Entra Itaramay.)*

ITARAMAY:

Ya parten, Apacuana, los guerreros,
para librar combate decisivo.
En sus cuerpos la sangre se arrebata
y entre sus brazos el valor se agita.

(Óyele lejano un coro de voces oscuras y profundas.)

APACUANA:

Que con su luz la luna no descubra
la inmensa obscuridad que los protege;
que noche ha de ser esta prolongada

donde la muerte viaje silenciosa
entre macanas y vibrantes flechas.

Que no baje garúa de las nubes,
ni se perturben con furor los vientos,
ni los pájaros oigan las pisadas
que van con el deber o hacia la muerte...

(*Obscuro. Lejos crece la canción grave de los guerre-ros que parten.*)

(*Luz sobre Galeas y Antequera. Se colocara los petos y ciñen espadas.*)

ANTEQUERA:

Ha sido una gran suerte haber oído
brotar de sus palabras tales planes.

GALEAS:

¡Suerte fue en verdad, que ese soldado
supiera de los bárbaros su lengua,
y descifrar pudiera cuanto hablaron
sin que los indios, cautos, percibieran
que daban a nosotros su secreto
y con él su seguro aplastamiento!

ANTEQUERA:

¿Lo sabe ya Losada?

GALEAS:

Ya lo sabe...
Y toma presuroso las medidas
para hacer abortar toda la trama.
¡Prepare usted, sin más los ballesteros
y embósquese con perros junto al río;
que muchos cuidan ya los parapetos
con las temibles bocas de cañones
y la segura y cruel mosquetería!

ANTEQUERA:

No hay ruido en las montañas ni en las lomas...
¡Ni en las picas ocultas y veredas,
ni se escucha el sonar de las guaruras...
como suelen sonar cuando la indiada
dispónese a emprender una refriega!

GALEAS:

Debemos temer más. ¡No es ordinario ese comportamiento en los caribes!
¡Que gustan de gritar cuando pelean!
¡Para llevar temor a su enemigo!

(Sale presuroso Antequera. Galeas avanza bajo una cenital. Se iluminan dos soldados dormidos sobre el suelo. Cuidadosamente los despierta y les hace señas de que callen.)

GALEAS:

¡Con armas prestas a sus puestos vayan pues los bárbaros vienen por los montes dispuestos a atacarnos y vencernos antes que el alba llegue con sus luces y borre de las sombras las estrellas!

¡Muévanse cual jaguares sigilosos, y ni una voz escape de las bocas, a fin de que la indiada no perciba que armados nos hallamos y dispuestos para desbaratarles sus intentos!

(Obscuro. Luz donde Apacuana. Ésta y la Doncella con inquietud acopian flechas y piedras.)

APACUANA:

¡Hay que aumentar la provisión de flechas y llevar nuestro esfuerzo a otros lugares, donde los invasores se aposentan y sobre gente nuestra sientan reales!

En el sitio que estén hay que destruirlos con todo cuanto tienen y han traído.
¡Sobre sus grandes casas por los mares; y lo haremos después de la derrota que esta noche le habremos inflingido!

(Suena a la distancia una guarura.)

DONCELLA:

Toque de alarma es...

APACUANA:

Viene de lejos...

(Entra Itaramay. Agitado.)

ITARAMAY:

Todo lo ha descubierto el enemigo...

APACUANA:

Quiebra tu voz...

DONCELLA:

Y guarda lo que dice...

ITARAMAY:

La noticia que traigo óyela toda
que para nuestro mal es verdadera:
el plan que tanto urdimos se ha deshecho,
y los nuestros son ya sus prisioneros...

APACUANA:

¿Cómo lo sabes, di...?

DONCELLA:

¿Quién te lo ha dicho...?

ITARAMAY:

¡Vengo del valle y recogí la nueva
de un niño que escapó con sus heridas!
¡Y yace abandonado en las cocuizas
entre sombras azules y hormigas!

APACUANA:

Debemos atacar y libertarlos...
¡Apresta los guerreros, las mujeres,
los ancianos, los niños y que suenen
con desesperación nuestros fotutos!

(Suenan desde varios lugares fotutos y guaruras.)

DONCELLA:

¿Oyes?

(Llega Uripata.)

ITARAMAY:

¡Ya suenan!

APACUANA:

Debemos pues bajar...

URIPATA:

¡No es fácil hacer eso, el enemigo
irrumpe ya con su tropel armado,
ocupa las pendientes y bajadas...
y acosa nuestra gente con sus perros
que corren sin cesar entre las piedras!

(Se oye el sonido de un clarín avanzando.)

¡Es su clarín en el combate alzado,
azuzando sus rápidos jinetes
hacia nuestros palenques y trincheras!

(Llega el Guerrero III. Anuncia y cae al suelo.)

GUERRERO III:

¡Ya han aprisionado hasta el Cacique
que enfermo estaba en su lugar secreto!

APACUANA:

¡Muere con tal suceso mi esperanza
de verlo nuevamente alto y erguido
comandando veloz a nuestras huestes!

GUERRERO III: (*Desde el suelo*)

Prosigue el enemigo su carrera
tratando de tomarnos esta cumbre
con fuegos y mosquetes y banderas.

(*Oyense gritos y tropel de potros. Disparos, clarín y guaruras. Apacuana y quienes la acompañan comienzan a disparar flechas, piedras y lanzas hacia abajo. El Guerrero III muere.*)

APACUANA:

¡Afilen ojo y pulsos,
hace falta tumbar con cada flecha un extranjero!

DONCELLA: (*Mientras dispara*)

¡Oye como se agitan las guaruras
y avanzan sobre el viento los clarines!

URIPATA: (*Atisbando hacia abajo*)

Mordientes fuegos en el monte crecen
y de sus cuerpos brotan estallidos.

DONCELLA:

Ya están sobre nosotros, Apacuana...

(*Estallan disparos. Óyense gritos cercanos. Penetra humo. La Doncella y Uripata caen. Apacuana sigue lanzando flechas, una bala la toca y se dobla. Entra disparando Antequera.*)

ANTEQUERA:

Aquí está la Cacique, Capitán... Mi mosquete certero la ha tumbado...

(*Se oye violenta la voz de Galeas.*)

GALEAS: (*Lejos*)

¡Aprésala si puedes, la requiero para el proceso que se instaure luego!

(*Óyense afuera más disparos. Ladridos de perros, gritos y el sonar del clarín. Obscuro.*)



Galeas, Antequera y el cura Alonso en cucilllas en torno a un pequeño y rústico fogón donde cocinan algo. Beben en pocillos de barro algo caliente y hablan.

GALEAS:

Entre los últimos indios abatidos tomamos un cacique prisionero...
Y debemos juzgarlo...
¡Ya Losada...
convocó tribunal acreditado
que debe decidir darle la muerte
mediante el vil y cruel empalamiento!

ANTEQUERA:

¡Lo mismo que se ha hecho con los otros
a la orilla del Guaire turbulento!

(*Señala al Cura.*)

Pero su reverencia no lo quiere
alegando razón un poco extraña.

CURA ALONSO:

¡Digo que no parece el prisionero

ser ese Cacique que mencionan
todo ferocidad y osadía!

ANTEQUERA:

Cierto...

Su figura más semeja
un breve gancho de alados huesos...

GALEAS:

Alguna enfermedad lo ha demolido
y llevado a parecer lo que parece.

ANTEQUERA:

No habla, ni demuestra sufrimiento...
¡Ni altivo entre sus rabia se estremece!

CURA ALONSO:

¡No es un cacique, los conozco al vuelo
y sé como nos gritan y nos miran
y amenazan con uñas y con dientes
cuando sufren de cepos o cordeles!

ANTEQUERA:

En el suplicio nos dirán algunos
si movióse con gente belicosa
para hacernos tenaz hostigamiento...
¡Y de haber sido así le cobraremos
con una muerte cruel su atrevimiento!

CURA ALONSO:

No puede condenarse al que no sea
el reo a quien se acusa bien probado,
y su conducta atroz esclarecida...
Que empalen a los otros y a ése
dejen en libertad pues pronto muere...
¡Sostengo eso señor, y sólo eso!

¡Pues lástima me da verle su estado!

GALEAS:

También entre la indiada presa está,
la terrosa y altiva curandera...

ANTEQUERA:

¡Es la vieja Apacuana, la conozco,
nervio de rebelión y de pelea!

GALEAS:

Deberíamos dársela a los perros
para ver si es capaz su atrevimiento
de pelearlos sin armas y desnuda,
cual lo hiciera sin suerte el Tamanaco...
Jefe de los Caracas y los Tarmas...

ANTEQUERA:

Lo haría sin temor, pues es cerrera
y dura de abatir la prisionera...

(Óyese un clarín, luego un redoble de tambor.)

CURA ALONSO:

Es lástima tomar tales medidas
en seres a quien Dios les dio la vida...

GALEAS:

Calle usted y medite lo que han hecho...

ANTEQUERA:

Ya Diego de Losada lo ha ordenado...
¡Y al tribunal severo lo ha propuesto
que sufran por traición y empalamiento...
en una tarde por el sol quemada!

GALEAS:

¡Cobrarán al ver eso más temores
y aquellos que luchar firmes persiguen
sus armas dejarán y humildemente
intimidados bajarán su frente!

CURA ALONSO:

No creo que eso ocurra, son muy fieros
y bravos y orgullosos los caribes...
Cien años y aún más nos darán guerra...
Ellos y sus hijos y otros hijos...
Una joven Mariche me lo dijo
cuando en el monte, herida, la apresamos...
¡Yo les digo, señores, y sostengo:
nunca con muertes o suplicios crueles
rindióse pueblo que su patria quiera!

ANTEQUERA:

¡Su reverencia calle, pareciera
que ya toma partido por infieles!

GALEAS: (*Riendo*)

Y provoca por eso contestarle
sin ánimo de ofensa en buen romance...

CURA ALONSO:

¡Hágalo su merced si eso le place!

GALEAS:

Dime, ¿tú quieres vencer
a estos indómitos fieros,
con flores de azul romero
y tratos para mujer?

No puede un indio entender,
y más caribes osados,
que con mimos y cuidados
y por sólo nuestra ley,
los queramos someter
para dárselos al rey
como vasallos o esclavos...

¡Mejor la lengua me callo,
y que Losada decida,
que en ello nos va la vida
y el dominio en esta tierra
que hemos ganado con guerra
a gente tan agresiva!

(*Suena violento un clarín. Galeas calla, todos ríen.*)

CURA ALONSO:

Llaman a reunión urgente y breve
pues el juicio Losada pronto quiere...

ANTEQUERA:

¡Vamos al tribunal y que él decida
qué suerte han de correr esos caribes!

(*Obscuro. Luz sobre Apacuana y Chicuramay. Están amarrados y tendidos en el suelo.*)

APACUANA:

Tienen dudas aún sobre quién eres,
y debemos cuidarnos de alentarlas.
¡Quizás de esa manera ganes tiempo
para lograr que sanes y te fugues!

CHICURAMAY:

Hay que prender la lucha en otro sitio
donde las condiciones nos ayuden
y las tribus entiendan que hay que unirnos
a través de las tierras más lejanas,
¡para de estos intrusos liberarnos!

APACUANA:

A cuatro lunas están los Jirajaras...
Y en Orituco siguen las batallas.
¡En Tacarigua hay tribus que no bajan
los brazos de los arcos y macanas!

CHICURAMAY:

¡Por eso importa estar sin estas cuerdas
y libres de los males que me queman!

APACUANA:

Y más aún lograr que nunca sepan,
de qué nación provienes y quién eres.
¡Sigue sin pronunciar palabra alguna
para que no te ubiquen por la lengua,
y aparentando casi que te mueres!

(Suena un tambor. Llega el cura Alonso. Se dirige a Apacuana.)

CURA ALONSO:

¡Manda Losada que contemples
cómo a los indios rebeldes se castiga
en este campamento castellano!
¡Ahora verás bajo la débil luna
entre aletear de moscas y zamuros,
la terrible visión de un empalado!

(Obscuro. Luz sobre Galeas. Llega hasta él Antequera.)

ANTEQUERA:

Tu presencia demanda gentil raro,
quien ataviado viene de Cacique.
¡Dice que tiene gente en campo lejos
y dispuesta a rendirse si él lo quiere
y lo que hable con vos fortuna lleve!

GALEAS:

¿Qué nombre da?

ANTEQUERA:

Cuaricurián se llama...

GALEAS:

Extraño nombre de Cacique,
nunca he oído mencionarlo entre la indiada...
¿Qué trato quiere aquí?

ANTEQUERA:

¡No lo revela
mas parece importante, tal su porte
y su palabra altiva y arrogante,
y las armas que trae y su penacho
y su demanda de mirarte pronto!

¡Gente aguerrida ha de mandar si es cierto
lo que dicen sus voces y sus gestos!

GALEAS:

¡Voy hasta él para indagar
qué quiere tratar con enemigos vencedores!

(Galeas avanza, una luz lo sigue, cae cenital sobre Cuaricurián.)

CUARICURIÁN:

Saludo al hombre extraño a quien ya observo
por fin de frente ante mi vista osada.

GALEAS:

Dime gandul lo que de mí procuras...

CUARICURIÁN:

De lejos vengo a conversar contigo;
de asuntos graves que a los dos atañen.
¡Allá dejé a mi gente agazapada
con armas y feroz atrevimiento
y lista a combatirte si no vuelvo
en hora que tenemos señalada!

GALEAS:

¿Quién eres tú que hasta atreverse puede
hablarle a un castellano en voz alta?

CUARICURIÁN:

Un combatiente soy y alto Cacique

de la Nación Mariche, te lo ha dicho
tu Capitán con quien traté primero...

¡En sueño ayer me habló un antepasado
y díjome que aquí viniera pronto
a un mísero salvar de vil tormento
para el que ya lo tienen condenado!

GALEAS:

¿A cuál indio cautivo te refieres?

CUARICURIAN:

¡Al viejo que se muere en su flacura
y sombra del pasado ya parece!

GALEAS:

¡¿Ese Chicuramay así llamado
por haber sido jefe de guerreros?!

CUARICURIÁN:

No es Chicuramay ni ha comandado
Mariches en combates. ¡Sólo es él
carroña por dolores abatida
que no pone en peligro tu bandera!

GALEAS:

Es un Cacique fiero, lo he sabido
por un rumor venido de su tribu.

CUARICURIÁN:

Yaces en un engaño, castellano...
¡El Cacique soy yo te lo repito
desde un orgullo exacto a mi estatura
y duro cual la vista que te mira!

¡Nada sabe de guerra el prisionero
ni nunca lo ha seguido gente alguna!

GALEAS:

¿Y quieres que lo suelte por bondades?
¡No somos bondadosos en las guerras
los hombres de Aragón y de Castilla!

CUARICURIÁN:

Bien, lo sé...
mas no pido a ti favores.

Sólo quiero decirte que he venido
a cambiarme por él...

GALEAS:

¡Quién lo creyera...
Cambiarse un fiero joven todo armado
y lleno de plumajes altaneros,
por huesos con pellejos revestidos,
que más son piel de muerto que de vivo!

CUARICURIÁN:

Por eso te hago el canje...
Es inocente,
¡y debe ser con prisa liberado!

GALEAS:

Como todo Mariche aquí cautivo,
empalado ha de ser... ¡Y tú lo sabes!
¡y suerte igual ha de correr quien quiera
sustituirlo en sus grillos y cadenas!

CUARICURIÁN:

Ese riesgo a mi mente no preocupa...

GALEAS:

¡Admírame gandul tu audaz propuesta
que parece propuesta de suicida!
¿Qué motivo te mueve a formularla?

CUARICURIÁN:

Un buen antepasado en mi memoria,
lo dijo ayer entre pausado sueño:
¡no debe perecer un inocente por ti
que tienes corazón valiente!
Por eso estoy aquí.
¿Has comprendido?

GALEAS:

¡Y muy confuso estoy,
y sorprendido!

CUARICURIÁN:

¡Si tú cierras el trato que te ofrezco
y al cautivo que tienes lo liberas,
ordenó ya a mi gente que se vaya
y deponga su cólera guerrera!

GALEAS:

Trato bueno propones, si no mientes...

CUARICURIÁN:

A mis antepasados que lo piden,
temo encolerizar si no lo hago...
¿Por qué no hablarte entonces, castellano?

GALEAS:

Mucho me haces pensar...
Mas, ¿qué me prueba
ser tú el Cacique que pregonas tanto
y no el cautivo que en los suelos muere?

CUARICURIÁN:

¿Quién otro a presentarse se atreviera,
sabiendo que morir en breve puede
entre tormentos y suplicios viles?

Sólo un Cacique de valor cimero
puede, español, así comprometerse.

Y ese Cacique soy,
duda no cabe...
Mas si lo dudas puedes preguntarle
a una anciana que aquí yace cautiva...

GALEAS:

¿Cómo se llama, di?

CUARICURIÁN:

Es Apacuana...

GALEAS:

¡Ella? ¡La bruja! ¡Bah! No te lo creo...

CUARICURIÁN:

Conoce bien a todos en la tribu,
y sabe que yo soy el alto jefe
que a combatir conduce a los Mariches
¡y no Chicuramay, como se dice!

¡Que tengo mucha gente bien armada
de dardos con ungüentos ponzoñosos,
presta a rendirse si le doy mensaje,
a guerrearte de nuevo si lo ordeno
o si por mí el cautivo no regresa!

GALEAS:

No prosigas ...
Tu palabra veré si es verdadera...
Y las órdenes doy:

(*Ordena hacia adentro:*)
¡A Apacuana traed...!

(*Se ilumina un soldado. A él habla Galeas.*)
Y que ellos, indios,
en su lengua se entiendan con premura.

(*Desaparece el soldado.*)

(*A Cuaricurián*)

Mi fe de caballero me prohíbe
oír entre tú y ella los discursos.
¡Me llaman al concluirlos y regreso
para saber qué dice la hechicera
y recibir o no tu pedimento!

(*Sale Galeas. Óyese un tambor. Llega Apacuana, se asombra al ver a Cuaricurián.*)

APACUANA:

¡Tú! ¿Qué buscas en este campamento
a donde el enemigo me ha traído
con todos los Mariches apresados?
¿Por qué vistes con plumas y collares
y vas armado con macana y flecha
si los combates siempre has evadido?

CUARICURIÁN:

He venido a cambiarme únicamente
por el viejo Cacique prisionero.
¡Si dan su libertad,
por él yo muera
con la muerte que dan los extranjeros!

APACUANA:

¡Qué!
¿A eso has venido?
¡Insensato!

El enemigo para hacer más dura
y terrible la angustia de mi espera,
llevóme a recorrer bajo la luna
el sitio donde están los empalados.
Sentados sobre estacas puntiagudas
que irrumpen a través de sus gargantas...
Convulsos, doloridos, desgarrados,
yacían los mariches...
¡Sus entrañas eran por los zamuros devoradas!
¡Y moscas y hormigas recorrían
los cuerpos por la luna dibujados!

CUARICURIÁN:

También transitar pude esos lugares...
Y vi su brava sangre derramada...
¡Por el odio las bocas contraídas
y el gesto de sus manos violentadas!

APACUANA:

¡No sigas, que la imagen me anonada!

CUARICURIÁN:

Por eso estoy aquí,
me necesita esa angustia de hermano torturado.
¡Me necesita el tiempo y esta tierra
donde el llanto de todos se ha regado!
¡Y vengo a dar mis huesos,
mis cabellos y estas manos
que a todo me acercaban...
para que pueda proseguir la lucha
y alguna vez nuestra nación regrese
a un suelo de invasores liberado!

APACUANA:

¿Cómo habla de luchar quien hoy se entrega
e igual que tantos otros tendrá muerte,
a menos que en esclavo se convierta?

Y de no ser así,
¡¿no has dicho siempre que no sabes
de prácticas guerreras?!

CUARICURIÁN:

Sabe el enfermo...

APACUANA:

¿Quién?

CUARICURIÁN:

¡Chicuramay...!

Se requiere por eso liberarlo
y que se oculte y se reponga pronto...
¡Si él no puede pelear, con sus consejos
hará que otros aprendan y conduzcan
ese saber a otros y a otros
y que no se detenga esta pelea
mientras el invasor aquí prosiga
con espada, cadenas y castigos!

Por eso tienes que decirle a ellos
sin que vacile tu voz al pronunciarlo
que yo el Cacique soy...

APACUANA:

Nunca podría...
entregarte al feroz empalamiento...

CUARICURIÁN:

¡Cómo! ¿Te niegas a cumplir mi pedimento?
¿Qué ha ocurrido en tu ánimo Apacuana?

APACUANA:

A pesar de saber tu cobardía...
A pesar de ese gesto que has tenido
de no ir con los nuestros a combates...
A pesar de que yo te he repudiado
en horas de inquietudes y arrebatos,
eres mi hijo
y te recuerdo niño...

¡Te recuerdo sonriente y laborioso,
haciendo tus collares junto a un río
y tocando las flores y la niebla
y hablando tu lenguaje que era el mío!

¡No! No puedo por eso darte ahora
a ese martirio vil de ser clavado
vivo y desnudo en áspero madero...

CUARICURIÁN:

¿Te niegas a decir lo que te pido?

APACUANA:

¡Sí! ¡Tu madre con ese amor que sangra
y al caprichoso pecho debilita,
resístese a llevarte a ese tormento
cuya sola visión tanto me espanta!

CUARICURIÁN:

¡Me engañan tus palabras a mi oído!
¡No entiendo lo que dices, Apacuana...!
¡Temes ahora que tu hijo muera!!

APACUANA:

No en esa forma cruel y aborrecible...

CUARICURIÁN:

¡Me enviabas sin temores a la guerra!

APACUANA:

¡Es distinto pelear; allí se cae
con la sangre caliente y agitada,
sin esa espera lenta y dolorosa
de quien hecho cautivo es sentenciado
a sentir sus entrañas desgarradas!

CUARICURIÁN:

No te conozco ahora,
te has doblado como frágil espiga temblorosa...
¿Qué fue de esa Apacuana altiva y fiera
de quien todos estaban orgullosos?
¿Qué fue de esa mujer hecha de piedra
y animada por fuego y rebeldía,
la que todo lo daba por su pueblo
y por su pueblo todo lo sufría?

APACUANA:

No puedes entender, aún eres niño...

CUARICURIÁN:

¡Qué tristeza me da mirarte ahora
y ver que por un hijo te doblegas
y que piensas en mí más que en tu tierra!

APACUANA:

Es el empalamiento...
y no lo quiero verlo sufrir por ti...
¡Comprende ahora!

CUARICURIÁN:

¡Nunca comprenderé que sacrificues
esta lucha que sólo ahora comienza
por evitar que muera en un madero
de una muerte que es muerte y sólo muerte!

APACUANA:

¡Eso es morir mil veces y mil veces!

CUARICURIÁN:

Escúchame Apacuana lo que digo:
¡sólo una muerte existe para todos,
y la vengo a buscar con frente erguida
y la pido a mi madre frente a frente!

APACUANA:

¡No te la puedo dar de esa manera!

CUARICURIÁN:

¡El asombro me agita y estremece!
Sentía orgullo de saber que eras
la Mariche más fuerte y altanera,
conductora de flechas y guerreros
y nunca temerosa ni rendida.

Vanidoso me hallaba por saberme
nacido de tu amor y tu ternura,
y haber bebido de tu leche buena
y en mi sangre llevar valor del tuyos.
¡Pero ese orgullo ahora se me quiebra
como un poco de luz entre las manos,
al ver que tal mujer ya no es de roca
sino un tímido ser acobardado!

APACUANA:

¡Sólo quiero librarme de la tortura
a quien negué una vez como mi hijo!

CUARICURIÁN:

Ese gesto me dijo de tu altura
y de ese corazón fuerte que llevas;
¡y amé la pena que tu voz me daba
porque en ella te dabas toda entera!

Que sea fiel a eso pido ahora
a la Apacuana de mirar valiente
y de gesto febril y arrebatado.

¡Y de no hacerlo juro y lo prometo
que dejaré la vida por mí mismo
una vez que abandone su presencia
pues tu imagen en mí se ha derrumbado!

Ya no serás mi madre, ni siquiera
en la fugaz tristeza del recuerdo...
hoy te repudio a ti...
quién lo creyera...
¡A ti, que en mi ilusión
montaña eras!

APACUANA:

No entiendo obstinación como la tuya...

CUARICURIÁN:

¡Oye Apacuana, madre valerosa,
debes comprender que la victoria
tal vez repose sobre nuestras vidas
y darlas al dolor es necesario
como quien da una flor a una espiga!

Y si la dádiva lleva hacia el martirio,
al fuego, a la picota, a la tortura,
y a todos los dolores y las penas,
hagámoslo con voz y pecho ardiente
con paso firme y actitud tranquila.

APACUANA:

¡No sé si estoy despierta o voy dormida!

CUARICURIÁN:

¡Quiero verte de pie! ¡Mas verte viva!

APACUANA:

Calla Cuaricurián...
¡Ya me has quitado
vendas que por mis ojos se cruzaban!
Yá estoy de pie con mi estatura exacta
y a ese Capitán ligero llama...

CUARICURIÁN: (*Llamando*)

¡Que venga el Capitán!
¡Aquí, que venga!

APACUANA: (*Grita igualmente*)

¡Que venga aquí Galeas, al instante
a escuchar mis palabras dolorosas!

¡Que se apresure pronto,
pues mi lengua puede paralizarse cuando diga
lo que debo decir aunque no quiera!

(*Llega Galeas.*)

GALEAS:

¿Qué dice a mi entender la piache altiva
de bética palabra atribulada?

APACUANA:

¡La cólera me quema hasta los huesos,
y llamas en la sangre me devoran,
porque el mozo cobarde ya se entrega
como un esclavo vil a tu fortuna!

¡Él fue quien retirose con Mariches
a montes y colinas escarpadas
y prosiguió desde ellas dura lucha
para atribulación de tus soldados!

GALEAS:

¿Él es Chicuramay...?
¡Lo sospechaba
por su voz arrogante y verdadera
y su gesto al hablar a capitanes
que son por castellanos hombres bravos
y creen en su rey y son cristianos!

APACUANA:

Pretendí persuadirlo a que partiera
y en luchar nuevamente se empeñara.
¡Pero su terquedad sólo procura
trocarse por el viejo que allá espera!

¡Presiento yo que el miedo lo ha vencido
y es esa la razón para que busque
manera singular para evadirse
y dejar a su pueblo sin Cacique!

GALEAS:

No olvides piache dura que él se juega
con ese extraño cambio la cabeza.

APACUANA:

Por eso te lo digo, hay quien prefiere,
si la vida lo acosa con durezas
y permanentemente luchar debe,
morir para calmar sus ansiedades;
¡y entonces busca con afán oscuro
evadir con la muerte sus deberes!

CUARICURIÁN:

Tengo un mandato por cumplir de lejos...
¡Y he perdido la fe por nuestra causa!

GALEAS:

¿Te rindes con los tuyos...?

CUARICURIÁN:

Soy rendido...

APACUANA: (A Cuaricurián)

Que te confunda el rayo y la centella,
y la voz del Mariche te maldiga,
y no tenga tu cuerpo nuestra tierra,
y sólo bestias de tu carne gocen;
¡pues al caribe ya lo has humillado
con ese gesto de reptil medroso!

¡A que te empalen ve, tú lo mereces,
por inútil, servil y engañoso!

GALEAS:

Ustedes como bárbaros son raros,
y de conducta extraña...
¡Pero acepto
el canje que has propuesto!

APACUANA: (A Galeas)

¡Y prueba tú español, la gallardía
y de la gentileza que presumes,
dando su libertad al viejo inútil
para que lejos con sus huesos vaya
y muera sin creer que es prisionero!

GALEAS:

Eso haré, por mi fe...
Soy castellano,
y mi palabra siempre he sostenido...

Y como Capitán de esta jornada
haré que tal cautivo salga libre...
¡Mas,
luego hacia el suplicio irán ustedes...!

CUARICURIÁN:

¡Iremos!

GALEAS:

No lo dudes...

APACUANA:

¡Con gesto libre y corazón sereno!

GALEAS: (*Mientras sale*)

¡Mandaré por sus pies al prisionero!

(*Ya ido Galeas.*)

APACUANA:

¡Me alegra que al morir yo te recobro!

CUARICURIÁN:

¡Y tú a mi corazón regresas pura!

(*Llega Chicuramay.*)

CUARICURIÁN: (*A Chicuramay*)

Chicuramay, recuerda este mandato;
que viene del dolor y de la muerte:
¡la lucha ha de seguir sin que vacile
un solo instante el ánimo caribe!

APACUANA: (*A Chicuramay*)

Proclámalo por todos los caminos,
y dilo con voz fuerte a la distancia,
y grítalo a las piedras y a las aves
y a las errantes hojas y a los vientos...

CUARICURIÁN: (*Quitándose del pecho una insignia y dándosela a Chicuramay*)

Y guarda este idolillo bajo tierra
allí donde reposen nuestros huesos,

mientras ellos estén allí enterrados
jamás conquistador podrá vencernos
ni nuestra dignidad será quitada...

APACUANA:

¡Y dilo a los que van y a los que vienen,
y a los tiempos distantes y remotos,
que siempre ha de brotar en esta tierra
unida con sus rocas y sus flores,
con sus ardientes suelos y sus nieves,
y en las manos de quien en ella nazca,
esa libertad que no es un sueño
sino espiga de luz alta y nacida
de esta recia raíz que ahora sembramos,
con sangres derramadas y esperanzas!

CUARICURIÁN:

¡Con huesos y palabras y con vidas!

FIN DE LA OBRA

Soga de niebla

Drama con un prólogo y dos actos

Al Grupo Experimental de Teatro «Máscaras»

*Y es verdad, dolor, yo te conozco,
eres nostalgia de la vida buena.*

A. MACHADO

Personajes

MUJER I
MUJER II
MUJER III
MUJER IV
AGUSTÍN BLANCO
CARPIA
CARCELERO
ALCALDE DE LA CÁRCEL
CURA RODRIGO
UN ORDENANZA DE LA CÁRCEL
SOLDADOS
VOCES
PRESO 1
PRESO 2
PRESO 3

Acción

En la Capitanía General de Venezuela.

Época

1780-1806.

PRÓLOGO

Coro compuesto por cuatro mujeres ataviadas de negro hasta los pies. Calzan chinelas y cubren sus cabezas con unas pañoletas color lila claro. Penetran al escenario en fila. Tres quedan atrás y una avanza hacia el proscenio. A lo lejos, por breves segundos, dobla una campana.

○PREGA○

MUJER I:

¡Ha de alzarse el telón!

TRES MUJERES A CORO:

¡Mas no para una farsa!

MUJER I:

Y quienes aquí aguarden reír o divertirse...

(*Mujer II ríe sarcásticamente.*)

no encontrará la risa sino una espuela dura...

MUJER III:

Y un amargo boscaje...

MUJER IV:

Donde transitan hombres
con una carga a cuestas
de azufre y cuchillos.

(*Pausa.*)

MUJER I:

¡Desde la escena el llanto moverá las espigas!

MUJER II: (*Avanza unos pasos hacia el proscenio*)

¿Quién allí se incomoda?

MUJER III:

¿A quién hieren los llantos?

MUJER IV:

¿Cuáles manos aprietan el sol de la impaciencia?

MUJER I:

¡Hay que decir a veces a quienes sólo gozan
y a los indiferentes que viajan sobre humos
y ocupan sus asientos en los teatros y cines,
que en todo cuanto ahora
tenemos y palpamos hay esfuerzo y dolor
de los que atrás pelearon!

MUJER II:

¡Y penas que no hallaron solución ni destino!

MUJER III:

¡Y lágrimas que fueron semillas y abonos!

MUJER IV:

¡Y pechos que regaron tibia leche sombría!

MUJER I:

¡Y decir...

(*La interrumpe un murmullo sordo.*)

MUJER II:

¿Quién no oye? (*Cesa el murmullo.*)

MUJER III:

¿Quién es el que interrumpe?

MUJER I:

¡Que esta ciudad fue un día asiento de otras leyes!

¡Tuvo esclavos y hombres
que abonaron la angustia...!

CORO DE MUJERES I-III-IV:

¡Para otra ciudad nueva!

MUJER I:

¡Y que la inquisición y el látigo feudal...
Y el señor de espadín, apellido y casaca...

MUJER IV:

Oprimían al indio
y al negro
y al mestizo!

MUJER II:

¡Que no hubo falta grande
o mediana
o pequeña
por ellos cometida! ¡Ellos y su miseria!

MUJER I:

Que no la aprovecharan para ventaja propia.

MUJER III: (*Aparte al público*)

¡Aún sacrificando sus nubes y sus lirios!

MUJER I:

¡Quienes arriba estaban...!

MUJER II: (*Violenta*)

¡Y están!

CORO DE MUJERES I-III-IV:

¡¡Por poco tiempo!!

(Pausa de segundos.)

MUJER I:

¡En esta ciudad clara...!

MUJER II:

Que es ahora cemento...

MUJER III:

Bosque de ruido y piedra con fieras y alimañas...

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡En esta misma tierra que ahora transitáis!

¡Llamada como siempre

Caracas para el mundo...!

MUJER I:

Ocurrió lo que ahora

vais a mirar...

MUJER II:

¡Viviente...!

MUJER III:

En la carne de actores

bajo telas y luces,

maquillajes y trastos...

MUJER IV:

Y rápidas centellas

de fosforada sangre...

CORO DE MUJERES I-II-III:

¡Agustín es el héroe!

MUJER IV:

¡Un hombre humilde y bueno!

MUJER I:

Que deseó amar tranquilo

mas lo emplazó una suerte

obscura y mal hallada...

CORO DE MUJERES II-III-IV:

¡Quiso amar como todos!

MUJER I:

¡Y lo atrapó una sombra!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡Y como sombra grita!
¡Y como sombra se alza
móvil en el tablado!

(*Doblan unas campanas lejanas.*)

¡Por él doblan ahora
y doblarán por siempre
esas campanas tristes!

(*Pausa.*)

MUJER I:

¡Oíd en los asientos!
¡Escuchen con las venas!
¡Y con las venas viajen
erguidos sobre el sueño!

CORO DE MUJERES II-III-IV:

¡Recordad que el pasado una vez fue presente!

MUJER I:

¿Acaso este momento no parte hacia el ayer?

MUJER II:

¡Sí parte!

MUJER III:

¿Qué es ayer?

MUJER IV:

¡Olvido! ¡Siempre olvido!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES: (*Con gravedad*)

¡Letras de musgo y sombra!

MUJER I:

¿Pero es sólo un olvido?

MUJER II:

¡También es un espejo!

MUJER III:

¡Escombradas trincheras y profundas raíces
de savias esenciales!

MUJER IV:

¡Un grito que regresa del azul más remoto!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡Un mar que agita siempre
su oculta sal antigua!
¡Un eco!
¡Un pozo!
¡Un grito!

(*Muy alto*)

¡Un túnel sin fronteras!

(*Las mujeres II, III y IV se ponen de espaldas, la I queda de frente al público.*)

MUJER I:

Cuando cierre sus puertas la sala que os acoge,
y esta ciudad de luces
os reciba de nuevo
con toda su resaca de líquenes y máscaras...
Recordad que fue otra
y que pisáis recuerdos...

MUJER II: (*Dando el frente*)

¡Que hay osarios ocultos
en nichos y paredes!

MUJER III:

¡Y rincones que aguardan
como aguarda la piedra...!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡La gran resurrección del hombre
y su esperanza!

MUJER I:

¡Y que Agustín fue cierto!

MUJER II:

¡Y su dolor activo!

MUJER III:

Y que los tiempos nuevos
sufridos y soñados
por él,
por sus iguales...
Están enfrente...

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡¡Cerca!!
¡¡De quien quiera atraparlos!!

MUJER I:

¡Con lágrimas!

MUJER II:

Y manos...

MUJER III:

¡Y rosas y raíces!

MUJER IV:

¡Tomad el tiempo nuevo
como una rosa joven!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡Tomadlo, sí, tomadlo!
¡con el gesto más puro!
¡Y en él sembrad el canto...
el esfuerzo...
la vida...!

MUJER I:

¡Los gestos de los hombres
son el rostro del tiempo!

CORO DE LAS CUATRO MUJERES:

¡Los gestos!
¡La palabra!
¡El fuego!
¡La esperanza!
¡¡Ha de alzarse el telón!!
¡¡Penetrad en el tiempo!!

(Obscuro. El espacio se llena con una música áspera.)

RRM

ACTO PRIMERO

Escenario

Cárcel pública de Caracas. A la izquierda fondo de una celda. Un patio a la derecha. Ambos están separados por una reja de hierro con sus correspondientes puertas. En las paredes laterales que se prolongan de la celda y del patio hay frente a frente dos puertas de arco que dan acceso a diversos departamentos de la cárcel. En una celda hay un camastro de tablas y paja, una pequeña repisa donde reposan un cántaro de estaño y un tarro de barro cocido. En la pared, muy cerca de la repisa, está colgando un candil de aceite, está apagado. Predomina. Luz de atardecer.



La celda hállase en penumbra mientras en el patio predomina la claridad, en él se encuentran, en actitud de picar piedras, cuatro presidiarios, Agustín Blanco entre ellos; visten trajes a rayas, cada uno lleva un grillete en la pierna derecha y porta mandarria. Segundos después de iniciarse la acción, el Preso 1 sufre un violento ataque de tos, suelta la mandarria y demostrando agotamiento se lleva las manos al pecho mientras respira fatigosamente, luego escupe. Los otros detienen su trabajo.

PRESO 2: (*Al Preso 1*) ¿Sigues escupiendo sangre?

PRESO 1: Sí, y el pecho me duele mucho. (*Vuelve a tomar su mandarria.*)

PRESO 3: Debes decirle al señor alcaide para que te pasen al hospital.

AGUSTÍN: Eulogio le tiene miedo al hospital. Cree que al que pasan allí, es porque ya se va a morir...

PRESO 1: Así es...

PRESO 3: ¡Qué tontería esa! ¡De todos modos estamos condenados a muerte! Yo siendo Eulogio preferiría morir en el hospital y no en la horca. ¡Ah, cuando la recuerdo se me eriza la piel y me da frío!

PRESO 1: Es que yo no quiero morir. No quiero. Me espanta pensar en la muerte.

PRESO 2: A mí me ocurre igual. No quiero ni pensar que estoy condenado a morir en la horca, siempre trato de olvidarlo, pero no puedo...

PRESO 1: ¡Eso de que uno no sienta ni vea ni oiga, y que lo amortajen con las manos cruzadas en el pecho y el pañuelo blanco bajo la quijada me asusta! Y luego la urna; y la tierra que echan encima... Y el camposanto siempre solo... Y la lluvia cayendo sobre las cruces, se me enfriá la sangre al sólo pensarlo...

AGUSTÍN: ¡Y lo que hay más allá es lo peor...!

PRESO 3: Eso da más miedo. Una vez oí hablar a un cura desde el púlpito sobre el infierno y las almas que yacen en él y comencé a sudar...

PRESO 1: Llevo rezados diez credos a la Virgen de las Mercedes y le tengo ofrecido un cirio de cera con tal de que me ampare...

PRESO 2: Hoy he tenido noticias de mi madre. Está pidiendo limosnas para pagar una misa de altar mayor, a ver si así los santos oyen y no me ajustician, hace días compró también una bula para presos.

AGUSTÍN: Yo he ofrecido dos promesas que pagaré puntualmente si el Rey Nuestro Señor oye mis súplicas de perdón. Andaré de rodillas desde este mismo patio hasta el altar mayor de la Catedral, poniendo bastante arena por el suelo, luego iré a la procesión del Viernes Santo para que alguien me azote las espaldas desnudas todo el tiempo que dure.

PRESO 3: (*A Agustín*) Quizás a Eulogio y a Pedro los indulten o confinen o los condenen a trabajos forzados de por vida, pero a ti y a mí es difícil. Ustedes saben, lo mío fue serio, el muerto era oficial de las milicias reales y todo ocurrió en camino real y despoblado. Y lo tuyó y de esa mujer también fue muy feo. Imagínense: iparricidio y robo!

AGUSTÍN: Sólo era padrastro de ella y nada mío, lo he

dicho más de cien veces. La había criado... Y ni ella ni yo quisimos que muriera. Sólo le di un golpe para que no gritara cuando nos sorprendió cogiéndonos el dinero. Queríamos irnos de la hacienda, no seguir siendo menos que animales...

PRESO 3: ¡De todos modos hicieron la cosa juntos!

AGUSTÍN: Pero ya ves, a ella le conmutaron la pena. Cuando nos apresaron estaba embarazada, quizás fue por eso... Lo cierto es que está viva... Con cadena perpetua, pero viva...

PRESO 1: Y lo que es mejor, sin el temor de ir al patíbulo.

PRESO 2: (A Agustín) ¿Dónde está ella?

AGUSTÍN: En la cárcel del puerto. Lo que daría yo por verla. Supe que abortó debido a una enfermedad y que me sigue queriendo. En cuanto aprenda a escribir le haré una carta.

PRESO 1: (*Tose y vuelve a escupir*) Se alegrará al saber de ti...

PRESO 3: Todo para nada. ¡Algún día nos ahorcarán...!

PRESO 1: (*Impresionado*) ¡No... No... No puede ocurrir eso...!

PRESO 2: ¡Los santos tienen que oír a mi madre...!

AGUSTÍN: Quizás hagan un milagro grande. Fíjate que llevamos dos años desde que fuimos condenados y aún vivimos.

PRESO 2: Pero es porque no han conseguido verdugo.

AGUSTÍN: Es verdad, no ha habido verdugo.

PRESO 1: (*Después de toser*) Son los santos que han metido sus manos...

PRESO 2: Nadie quiere ese oficio. Fíjense, desde que murió el último en 1780, antes de caer presos nosotros, no han podido conseguir ni aquí ni en parte alguna.

AGUSTÍN: ¡Ojalá que no lo encuentren nunca!

PRESO 1: ¡Dios te oiga!

PRESO 3: Y eso que según dice el carcelero, ahora ofrecen

pagar mejor. Hasta veinte reales van a dar por cada ahorcado y diez por torturas o vejámenes. Además de la comida y el traje.

PRESO 2: Es un oficio feo. ¡Nadie lo apetece!

AGUSTÍN: A pesar de todo hemos tenido suerte.

PRESO 3: Así es.

PRESO 2: Y mientras tanto, quizás los santos hagan el milagro...

PRESO 1: (*Lo sacude un violento acceso de tos*) ¡Ah! Cómo me duele el pecho y hasta tengo calenturas...

PRESO 3: ¡Deberías dejarte de cosas y pedir tu paso al hospital.

PRESO 1: (*Trémulo*) Me da miedo. ¡Me da miedo! Hasta temo acostarme y quedarme como un muerto. Por eso me acurruco para dormir...

PRESO 3: En cambio a mí me gustaría vivir allí. Hasta quisiera estar enfermo como tú, con tal de salir de aquí, fuera de estos muros, lejos de estas rejas, donde no me sienta como un animalejo atrapado y fácil de ser muerto en cualquier momento. El hospital es tranquilo. Dan sopa en la mañana y por la tarde hay monjas vestidas de blanco que rezan por uno. Si pudiera estar allí...

PRESO 2: Puedes hacerlo si te finges mal del pecho; rómpete una muela, toses mucho y luego escupes... Cierta vez uno hizo así y descansó tres meses en el hospital...

PRESO 3: Bueno sería vivir siempre allá...

AGUSTÍN: Debe sentirse uno como amparado...

PRESO 2: Yo sólo deseo volver a casa. Anoche lloré recordando el mal lance que me condujo a todo esto. ¡Fue una mala hora menguada...!

PRESO 1: Todos tenemos horas así.

PRESO 3: A veces uno puede evitarlas, pero no lo hace.

PRESO 2: Si alguien nos dijera a tiempo las cosas.

AGUSTÍN: Qué bueno sería.

(A lo lejos una campana da el toque de oración. Los cuatro asumen actitud recogida y murmuran sordamente unos rezos. Al concluir, suenan en el fondo de la cárcel los toques de corneta y tambor propios para arriar banderas. Pausa.)

PRESO 1: ¡Mi mamá me bendiga!

PRESO 2: ¡Dios y los santos velen por nosotros!

(Entra el Carcelero por la puerta de arco de la derecha, es cojo de una pierna, viste pantalones a rayas, un viejo capote militar, calza alpargatas y cubre su cabeza con una vieja y sucia gorra de soldado, edad indefinida. Porta una cesta con panes redondos y un gancho de donde penden grandes llaves.)

CARCELERO: Llegó la hora de recogerse, pues como buenos cristianos hay que comer y dormir en paz.

PRESO 1: Así es.

CARCELERO: *(Repartiendo el pan)* Poquito porque es benito.

PRESO 1: Si tuviera guarapo con leche para mojarlo.

CARCELERO: *(Riendo)* Si yo tuviera un palacio para vivir como un marqués, la vida que me daría...

PRESO 3: ¡Ojalá me hallara en tu lugar!

CARCELERO: No te gustaría ser cojo ni andar metido en este oficio de cuidar los muertos vivos al Rey... Nuestro señor. ¡Ah! Pero vamos caminando que mañana será otro día.

PRESO 2: Otro día más...

CARCELERO: Ah, tenía que decirles algo: como que hay noticias, pues arribó barco a La Guaira y ha llegado correo a Caracas...

PRESO 1: Ojalá fueran buenas...

PRESO 2: ¡Dios quiera que así sea!

CARCELERO: Bueno a la celda... Vamos...

AGUSTÍN: Dormiremos pues...

(Entra a la celda se sienta en el camastro y comienza a comer el pan. El Carcelero pausadamente entra tras él y mientras Agustín come le revisa el grillete. Afuera en el patio los otros presos se ponen en fila.)

CARCELERO: Está bien. ¿No molesta, eh?

AGUSTÍN: Eso molesta menos que los recuerdos...

CARCELERO: No sé por qué cuando llega esta hora todos ustedes se ponen tristes.

AGUSTÍN: Es que viene la soledad...

CARCELERO: ¡Bah! Siempre es lo mismo... *(Se sonríe y sale cerrando con llave la reja, recoge la cesta y grita a los otros) Los de la celda de abajo, caminen y no estén tan compungidos... Aprendan a mí, que vivo aquí como pez en el agua... Afuera es peor que esto.*

(Los presos en fila caminan y salen por la puerta de arco de la derecha. Tras ellos, silbando, sale el Carcelero, la luz del patio se va desvaneciendo mientras queda más viva en la celda de Agustín; éste, luego de comer un pedazo de pan y ver que los otros se han ido, camina hasta la repisa, deja en ella el sobrante del pan, toma el cántaro y bebe un sorbo de su contenido con mucha lentitud, va hasta el camastro y tal como está vestido se tiende perezosamente en él. La escena se va obscureciendo mientras a lo lejos una corneta da un toque de silencio. Todo queda completamente oscuro, pasan unos minutos. Muy lejano se escucha un toque de campanas o ánimas. Otro silencio prolongando el cual es roto por la voz grave de un sereno.)

VOZ DE SERENO: ¡Las nueve y sereno...!

(Pausa. La escena se va iluminando muy débilmente manteniéndose en una penumbra violeta. Afuera a la derecha se oye ruido de botas. Por la puerta de ese mismo lado entran al patio el Carcelero, quien porta un farol encendido y las llaves, el Alcalde de la cárcel vestido de oficial de las milicias reales, el Cura Rodrigo con hábito de dominico y tres soldados. El Alcalde

ordena por medio de señas abrir la reja de la celda de Agustín.)

ALCALDE: (A los soldados) Aguarden allí...

(Agustín, al oír ruidos se ha incorporado en el camastro, todos penetran en la celda, Agustín impresionado se pone de pie y los mira con inquietud y temor.)

CARCELERO: (A Agustín) El señor Alcalde viene a hablarte...

AGUSTÍN: (Doblándose a los pies del Alcalde) Señor... ¿llegó la hora? Ya sospechaba yo que no sería perdono... Eso no podría ocurrir...

ALCALDE: Te traigo noticias...

(Hace señas al Carcelero para que se aleje, éste pone el farol en el suelo, enciende el candil en el muro. Toma el farol y sale al patio donde queda con los soldados. Agustín, indeciso, permanece a los pies del Alcalde con la cabeza en alto en actitud interrogante.)

CURA: (A Agustín) ¡Debes siempre esperar de Dios!

ALCALDE: El correo real ha llegado hoy, trajo noticias importantes...

AGUSTÍN: Ay, señor... Que no sean malas para mí ...

ALCALDE: No temas... El Rey nuestro señor, siempre bondadoso y magnánimo ha escuchado tus súplicas.

AGUSTÍN: (Interrumpiéndolo semillorando) Ah, señor, bendita sea su Real persona... El Rey tenía que ser bueno... Sí, Nuestro Señor el Rey es todo caridad... Ofreceré cirios por su salud... Le dedicaré oraciones... Ah, señor... Qué gran noticia... (Emocionado besa las manos y los pies del Alcalde.)

CURA: Elevemos preces al Altísimo por habernos dado un soberano tan piadoso.

AGUSTÍN: (Siempre de rodillas) Sí, padre, un Rey que merece la devoción de todos.

CURA: (Santiguándose) ¡Un parricidio!, ¡derramaste sangre de un anciano!

AGUSTÍN: ¡No quiero recordarlo! ¡No sé como lo hice, estaba loco, seguramente estaba loco!

ALCALDE: (*Apartándose pausadamente de Agustín*) ¡Fue un crimen horrible! Como nunca se había visto en esta provincia, algo que sólo se paga con la vida...

AGUSTÍN: ¡Así es señor!

ALCALDE: Sin embargo, gracias a nuestro soberano, que Dios guarde, ya no serás ajusticiado... según la Real Cédula que me ha traído el correo de hoy, se te commuta la pena de muerte por la de prisión perpetua...

AGUSTÍN: ¡Alabado sea Dios!

CURA: ¡Alabado sea siempre!

ALCALDE: (*Dando la espalda a Agustín*) Pero hay una condición que debes saber...

AGUSTÍN: Dígala su Señoría...

ALCALDE: Es una condición honrosa...

AGUSTÍN: Así tiene que ser... Estoy ansioso por saberla...

ALCALDE: (*Pausadamente*) El Rey quiere que entres a su servicio...

AGUSTÍN: ¿Cómo va a ser? ¿Yo al servicio del Rey? ¡Qué gracia tan grande para mí!

ALCALDE: Eres un hombre de suerte, Agustín. ¡Muchos te envidiarán!

AGUSTÍN: Nadie servirá a ese Rey tan bueno mejor que yo, lo juro.

CURA: Será el pago a su misericordia.

(*Pausa breve.*)

ALCALDE: (*A Agustín*) Escucha, el Rey te concede la vida siempre que aceptes ejercer para la salvación de sus leyes, un oficio...

AGUSTÍN: ¿Un oficio? ¿Cuál oficio, señor?

ALCALDE: Pues... (*Pausa.*) El de verdugo de esta su provincia. (*Le da la espalda.*)

(Agustín mudo y aterrorizado mira al Alcalde.)

ALCALDE: ¡Debes alegrarte!

CURA: Es un honor servir al Rey en cualquier oficio que mande.

ALCALDE: ¡Un gran honor! ¡Eso es!

AGUSTÍN: Pero señor... yo... (*Se arrodilla en actitud suplicante.*)

ALCALDE: ¿Qué te ocurre?

AGUSTÍN: ¿Quiere eso el Rey nuestro Señor?

ALCALDE: ¡Es una gracia especial que te concede?

AGUSTÍN: Pero yo no podré... nunca podré ser verdugo...

ALCALDE: ¿Cómo? ¿Acaso estás loco?

AGUSTÍN: ¡Señor, nunca podré hacer eso, nunca me atreveré!

ALCALDE: ¿Qué actitud es esa? Es un oficio como otro cualquiera. Un poco especial, nada más. Tendrás buena paga y consideraciones. ¿Qué otra cosa puedes desear?

CURA: Y será para bien de nuestro Rey y de su trono que Dios guarde.

ALCALDE: Un trono que todos debemos defender para felicidad de estas provincias. (*Pausa.*) ¡Y más ahora cuando hay signos de rebeldía y muchos de sus naturales se dejan arrastrar por malas ideas!

CURA: ¡Ideas que son temerarias!

ALCALDE: ¿Temerarias? ¡Diabólicas... diría yo! ¡Es el ateísmo bajo la falsa bandera de libertad...!

AGUSTÍN: (*Al Cura*) ¡No quiero ser verdugo!

(*El Cura une las manos y baja la cabeza.*)

ALCALDE: ¡Me extraña tu actitud! ¡Ya has matado!

AGUSTÍN: ¡Por eso mismo, señor!

ALCALDE: ¡Piensa bien tu decisión! ¡Una negativa sería temeraria!

AGUSTÍN: (*Mirando al Cura con desesperación*) ¡Padre! ¡Padre!

CURA: (*Con piedad*) ¡Reflexiona hijo!

ALCALDE: (*Con dura frialdad*) Debo tomar importantes decisiones ahora mismo. (*Saca un reloj y mira*) Te dejaré algunos minutos para que decidas. (*Al Cura*) Quédese usted con él. (*A Agustín*) Con el padre Rodrigo me enviarás tu respuesta.

(*El Alcalde va al patio, hace una seña a los soldados y seguido por ellos sale.*)

CURA: No debes negarte a aceptar ocasión tan propicia para servir a su Majestad.

AGUSTÍN: ¡Me horroriza! ¡No podré hacerlo!

CURA: Debes obedecer... Únicamente obedecer... ¿No obedezco yo mismo a mis superiores?

AGUSTÍN: ¡Es que usted nunca ha matado, padre...!

CURA: Tu no matarás, Agustín. Sólo has de ser el brazo ejecutor de la justicia.

AGUSTÍN: ¿De la justicia? ¿Y es esto justicia? ¿Dónde está la justicia?

CURA: No te hagas preguntas difíciles de responder. Los verdugos en su oficio están por sobre las consideraciones humanas. Sirven a los poderes terrenales queemanan de Dios... Y oye, Agustín: nunca como ahora, cuando malas ideas amenazan los tronos y la sociedad, son tan necesarias la justicia y sus brazos ejecutores. ¡No sabes cuánto defienden los verdugos desde la humildad de su ministerio! Sin ellos, ¿qué sería de la Justicia? ¿Qué de la sociedad, y de los reinos? ¿Qué de la religión y sus dogmas?

AGUSTÍN: Pero padre, la justicia no la ve nadie... ¿Dónde está? ¡Mientras que es el verdugo quien tiene que tocar a las víctimas y mirarles los rostros, ponerles la soga al cuello y tirar de ella, ver las contorsiones del

cuerpo y si la soga no ha estrangulado bien, volver a tirar más fuerte, hasta que la garganta del condenado cruja! Luego ha de descuartizar, separar los miembros, llenarse las manos de sangre, oír cómo se rompen los huesos, cómo se revientan las coyunturas... ¡Ah, padre, mucho he oído hablar de eso! ¡Mucho lo he visto en mis pesadillas... No... no... no quiero hacerlo...!

CURA: Es la sociedad la que así lo dispone. Recuerda hijo, que hasta Dios que es la bondad suprema, castiga. Por eso escribió sus leyes en piedra... Tú cuidarás de su cumplimiento...

AGUSTÍN: ¡No...! ¿Cómo podré hacerlo?

CURA: ¡Siendo humilde! ...¿Acaso no es la humildad la mejor virtud del pobre y del que sufre y el comportamiento justo del vasallo y del mendigo?

AGUSTÍN: (*Mirándose las manos*) ¡No podré mirarme las manos!

CURA: ¡Serán las mismas que ves ahora!

AGUSTÍN: ¡No!

CURA: ¡Sí, Agustín y quizás más redimidas!

AGUSTÍN: Siempre he pensado que los verdugos no deben dormir, ni tocar el pan con tranquilidad, ni ver a los niños con alegría.

CURA: Cuando estuve en España, vi algunos: vivían tranquilos, siempre humildes y silenciosos. Uno traté a quien le habían conmutado la pena como a ti, por cárcel perpetua. En la prisión pasaba la existencia tranquila... Y hasta tenía consigo a su mujer...

AGUSTÍN: ¿A... su mujer? ¿Dice usted que a su mujer?

CURA: Sí. Habitaba junto con ella otros departamentos, lejos de los presos... Eran muy felices...

AGUSTÍN: (*Luego de una pausa*) Su mujer... ¿Y cree que a mí me dejarían hacer eso?

CURA: ¿Por qué no, Agustín?

AGUSTÍN: ¡No! ¡No puedo, me espanta!

CURA: Recuerda que el señor Alcalde espera tu respuesta. Dijo que debe tomar una decisión, se lo han ordenado así.

AGUSTÍN: (*Tapándose la cara con ambas manos*) ¡No puedo padre, no puedo!

CURA: Medita, Agustín, quizás hayan hecho a otro condenado la misma proposición. Entonces para ti sólo quedará la horca. Y muy pronto.

AGUSTÍN: ¡No diga eso!

CURA: (*Afirmando con la cabeza*) Es terrible la horca. Piensa: otro puede ser tu verdugo...

AGUSTÍN: Otro mi verdugo. ¿Cree usted, padre?

CURA: Sí, Agustín, y quizás esté decidiéndose ya...

AGUSTÍN: ¡No! ¡No debe ocurrir eso!

CURA: ¡Puede ser que ya estén preparando los instrumentos para tu suplicio y yo sólo vuelva a verte para darte la confesión y ponerte los santos óleos!

AGUSTÍN: ¡No! ¡No! (*Sollozante y aterrorizado se deja caer de rodillas frente al Cura*) ¡No quiero morir así, no! ¡Diga usted que acepto! ¡Que acepto!

(*El Cura lo mira con gran piedad. luego alza los ojos a lo alto y lo bendice y apagando el candil sale al patio desapareciendo pausadamente por la puerta de la derecha. Agustín medio se incorpora y llevándose las manos al rostro se acerca tambaleante al camastro donde se reclina hundiendo la cabeza entre las manos, la escena va quedando en una penumbra gris, pasan unos minutos. A lo lejos se oye una música estridente, chillona, de pronto se ilumina de rojo el fondo y aparece en silueta la imagen de una ejecución. Desde el fondo unas voces sordas gritan:*)

VOCES: ¡Verdugo! ¡Verdugo! ¡Verdugo!

(*Las voces callan y la imagen desaparece. Todo queda oscuro; sólo Agustín permanece débilmente iluminado por una luz violeta.*)

AGUSTÍN: (*Incorporándose con violencia*) ¡No...! ¡No quiero! ¡No quiero...!

(*A lo lejos suena la campana, por la puerta del arco de la derecha penetra el Carcelero, en una mano trae el farol encendido y en la otra una cuerda enrollada, un hacha y una capucha negra.*)

CARCELERO: (*Entra en la celda*) ¿Qué te ocurre? ¿Como que rezas en vez de dormir?

AGUSTÍN: ¡Ah, eres tú! ¿A qué vienes?

CARCELERO: (*Rudo*) Traigo los instrumentos y el uniforme para tu nuevo trabajo.

AGUSTÍN: ¡Qué!

(*Mira fijamente al Carcelero y luego lentamente deja caer la mirada sobre los objetos. Impresionado retrocede. El Carcelero deja la cuerda en el camastro y enciende el candil.*)

CARCELERO: ¡De buena te has salvado... ¡Quedar vivo y con un oficio... y qué oficio...!

AGUSTÍN: (*Señalando los objetos*) ¿Son para mí?

CARCELERO: ¿Estás sordo acaso? Claro que sí. No van a ser para mí. Y debes vestirte ya, pues pronto harás tus primeras ejecuciones.

AGUSTÍN: (*Sordamente*) ¡Mis primeras ejecuciones...!

CARCELERO: Ya deben estar listos los condenados... El barbero los afeitó y ahora el cura los confiesa... ¡Hay apuro...!

AGUSTÍN: ¡Hay apuro!

(*Afuera se oye un redoble de tambor.*)

CARCELERO: (*Tomando la capucha y dándosela a Agustín*) Póntela ya. Que ahí los traen.

AGUSTÍN: (*Con angustia*) ¿Ya los traen?

CARCELERO: Sí, son Eulogio, Pedro y Lucio. Tus compañeros... Antes de rayar el alba deben estar colgados...

AGUSTÍN: (*Retrocediendo espantado*) ¡Ellos! ¡No! ¡No! ¡No! puede ser! (*Toma la capucha y la mira.*)

CARCELERO: ¡Pero así es! (*Va hasta Agustín y le quita el grillete de la pierna*)

AGUSTÍN: (*Como alucinado*) Eulogio, Lucio y Pedro...

(*Redobla nuevamente el tambor y por la puerta de la derecha, en fila, caminando entre soldados, llegan los tres condenados. Traen la cabeza baja y descubierta y sus manos atadas a la espalda, llevan los pies descalzos. Todo el grupo se detiene al llegar al centro del patio; tras ellos, con una cruz en sus manos, camina el Cura.*)

CURA: ¡Piedad, señor, para estas almas que pronto estarán en tu seno!

CARCELERO: (*Poniendo la capucha en el hombro de Agustín*) ¡Tómala, pótela rápido que debes iniciar tu trabajo! (*Recoge el hacha y las cuerdas, se las entrega.*)

AGUSTÍN: (*Retrocede mirando hacia la reja donde divisa a los condenados. Éstos han vuelto la cabeza hacia él.*) ¡Debo iniciar mi trabajo... Y con ellos...!

CARCELERO: Tienes que salir, anda, el verdugo debe marchar detrás con el hacha y la sogá.

(*A lo lejos canta un gallo. Agustín agarra convulso el hacha que le tiende el Carcelero y la mira con horror. El grupo de los condenados sale lentamente por la puerta izquierda. Agustín mira la reja mientras el Carcelero lo empuja levemente hacia la salida de la celda. Agustín se resiste.*)

Lentamente cae el telón.

ACTO SEGUNDO

Habitación en otra dependencia de la cárcel la cual sirve de vivienda a Agustín Blanco. En la pared del fondo, una ventana ancha con rejas, permite ver un pedazo del patio de la prisión. Hay dos puertas laterales. La de la izquierda con dos escalones da acceso a otra habitación que sir-

ve de dormitorio y cocina, cubierta con una tela burda. La de la derecha, que hace entrada, comunica con el patio. El mobiliario es sencillo y escuálido. Apenas un banco rústico, una mesa sobre la cual se encuentra una pimpiña y unos platos de estaño, un baúl grande muy usado está en un rincón y cerca un taburete con asiento de cuero. Colgados de las paredes se divisan rollos de sogas, hachas de diversos tamaños, garfios y diversos instrumentos propios para torturas, hay también en una de las paredes una repisa sobre la cual reposan dos cántaros de estaño.



Al levantarse el telón, la escena está sola. La puerta de entrada fuerte y claveteada está a medio cerrar. Segundos después ella se va abriendo y con mucho sigilo asómase el Carcelero, luce un poco más viejo y delgado.

CARCELERO: (En voz muy baja) ¡Chist...! ¡Chist...! Carpia... Carpia... Carpia...

(Por la otra puerta llega Carpia. Adviértese avejentada pero aún guarda restos de su hermosura, viste con senillez.)

CARPIA: (Demostrando inquietud) Ah, eres tú, ¿qué quieres?

CARCELERO: (Mirando hacia dentro con recelo) ¿Está él?

CARPIA: No. Pasa...

CARCELERO: Siempre es bueno asegurarse... (Entra.)

CARPIA: Hoy debe regresar tarde...

CARCELERO: Sí, parece que el asunto es largo... Oí decir que debía despachar a cinco... (*Se santigua. Carpia hace un gesto de desagrado y temor.*) Y mañana tendrá otros tantos. Son los negros de la revuelta ocurrida en Coro. Negros locos... ¡Querían quitar el gobierno del Rey... Nuestro Señor...!

CARPIA: Ah, pobres... (*Se santigua.*)

CARCELERO: Las cosas no están buenas. Hay mucha incerti-

dumbre en la calle. Pero, apartemos eso. Vine sólo a traerte un recado del Sargento.

CARPIA: ¿Del Sargento?

CARCELERO: Ese muchacho no vive sino pendiente de ti y tiene razón; cada día estás más hermosa. Eres la tentación de esta jaula.

CARPIA: Déjate de cosas... ¿Qué manda a decir?

CARCELERO: Quiere verte. Parece que le urge hablar contigo.

CARPIA: Eso sería una locura. Dile que hoy no puedo. Tú sabes por qué.

CARCELERO: ¿Crees que Agustín sospecha que te ves con el Sargento?

CARPIA: No sé qué decirte. Pero de unos días a esta parte lo noto muy receloso, aunque tú bien sabes que no hay motivos, pues más encerrada no puedo estar. Y con el Sargento sólo llevo amistad.

CARCELERO: (*Sonriendo irónicamente*) Claro mujer, si lo sabré yo.

CARPIA: Lo que ocurre es que necesito hablar con gentes, ver otras caras. (*Dejándose caer en el taburete*) Me consumo estando... aquí y más sola...

CARCELERO: Lo sé... a veces te lo he visto en la cara...

CARPIA: ¡No pensé nunca que ocurriría esto!

CARCELERO: Cuando te vi llegar, hace meses, para reunirte con él alegre y hasta cantando, pensé: pobrecita, no sabe que mejor estaba en la cárcel del puerto, me extrañó mucho que te acostumbraras. Que te entenderas con un hombre como Agustín.

CARPIA: No me acostumbro ni me entiendo con él... Sólo que...

CARCELERO: ¿Le tienes miedo?

CARPIA: Sí, eso es. Temo a su violencia... A sus gestos, a su voz. A veces creo que me he acostumbrado, pero a lo que me he acostumbrado es a callar, a disimular...

CARCELERO: Has podido dejarlo...

CARPIA: No. ¿Cómo hacerlo? Quién sabe de qué manera me buscaría si lo abandono... Además, tú lo conoces bien, está acostumbrado a matar.

CARCELERO: Así es, por eso te considero. Qué puede esperarse de quien hace lo que él hace...

CARPIA: ¡He querido hablar con el cura Rodrigo, decirle lo que siento, pero al sólo pensar que Agustín pueda enterarse de ese paso, me espanta!

CARCELERO: Aquí muchos te compadecen y dicen que estás peor que los otros presos...

CARPIA: Y es cierto. A veces siento como si no tuviera aire para respirar. Estoy presa hasta por dentro. ¡Y sin estarlo!

CARCELERO: Podrías vivir en otra parte... si quisieras...
(*Carpia niega con la cabeza.*) El Sargento es un buen muchacho y tiene porvenir.

CARPIA: Sí que lo tiene.

CARCELERO: Y está enamorado de ti, lo sé.

CARPIA: También lo sé yo, ¡pero nada puedo hacer!

CARCELERO: Te va a suceder como a una paloma que cierta tarde de lluvia cayó junto a estas rejas. El verdugo Agustín la recogió, la cuidó, pero un día...

CARPIA: ¿Qué le ocurrió?

CARCELERO: Apareció muerta en el patio con el cuello roto...

CARPIA: ¡Pobrecita!

CARCELERO: Yo tú, aunque fuera en un convento estaría, lavándole la ropa a las monjas...

CARPIA: No puedo hacer nada. Estoy como en una trampa.

(A lo lejos se oye un toque de tambor y luego un clarín llamando a filas.)

CARPIA: ¿Qué será eso?

CARCELERO: Hoy llega tropa nueva, parece que hay relevos, pero debo irme ya. ¿Qué le informo al Sargento al fin?

CARPIA: Pues lo que te dije y nada más. (*Saca unas monedas de un pañuelo y se las da al Carcelero*) Toma, para ti.

CARCELERO: Le diré eso entonces. (*Toma las monedas*) Que Dios te lo pague, mujer.

CARPIA: Es una miseria...

CARCELERO: Para tabaco sirve... (*Sale.*)

(*Ya ido el Carcelero, Carpia saca del seno un espejito y se contempla. Luego lo guarda y se acerca a la ventana mirando hacia afuera a través de las rejas. A lo lejos alguien canta una romanza de amor triste, nostálgica, acompañado de una guitarra.*)

Voz: (*Cantando*)

Cuando te quise morena...

Cuando te quise...

Y me dejaste solo

Por irte un día

Por irte un día...

Flor marinera

Me estoy muriendo...

Me estoy muriendo

Como ave herida

Como ave herida

con esta pena

Vuelve algún día

Vuelve algún día

Flor marinera.

(*Pasan con mandarrias al hombro y en fila algunos presos. Carpia se vuelve con lentitud, penetra en la otra habitación. En escena entra Agustín, llega cubierto con la capucha negra de verdugo y porta en las manos un rollo de cuerda y un hacha. Pone los objetos sobre el baúl y con rapidez se despoja de la capucha tirándola a un lado en el suelo, luego respira y como agobiado por mucho cansancio se deja caer so-*

bre el taburete. Queda inmóvil y con la cabeza baja mirando al suelo, luce envejecido.)

AGUSTÍN: (*Como recordando y viéndose las manos*) Cinco... cinco... y el más joven parecía tener veinte años. ¿Por qué me diría esas cosas? ¿Qué quería explicarme? ¡Ah, pobres!

(La cortina de la puerta izquierda se abre asomándose, Carpia, mira a Agustín quien está de espaldas a ella. En seguida, despacio, baja los escalones, Agustín se vuelve y la mira sin hablar.)

CARPIA: (*Indiferente*) No sabía que estabas aquí ya.

AGUSTÍN: (*Con voz cansada*) Llegué hace un momento...

CARPIA: Aún no está el desayuno.

AGUSTÍN: (*Moviendo la cabeza*) No tengo hambre, sólo sed.

(Se pone de pie, toma un cántaro de la repisa, lo llena de agua de la pimpina y bebe con avidez.)

CARPIA: (*Recriminándolo*) ¡Hoy no cargaste el agua para cocinar!

AGUSTÍN: Tuve que salir temprano.

CARPIA: ¡No puedo estar cargándola!

AGUSTÍN: La buscaré ahora.

CARPIA: ¿Para qué? ¡Ya lo hice! Mañana también tendrás que salir temprano, me han dicho que habrá más trabajo para ti...

AGUSTÍN: ¿Más?

CARPIA: ¡Sí!

AGUSTÍN: ¿Quién te lo ha dicho?

CARPIA: ¡El carcelero!

AGUSTÍN: ¿Ése? ¿Cuándo vino aquí?

CARPIA: No vino... ¿Cómo va a venir? Lo vi al ir por agua...

AGUSTÍN: Ah... (*Se incorpora*) Sabes que no me gusta que le hables. ¡Y aquí no debe venir nunca!

CARPIA: ¿Crees que hablo con todo el mundo en esta cárcel? Ojalá fuera así. Ocurre que cuando voy por el patio debo saludar, ¿soy acaso muda?

AGUSTÍN: (*Con ira y agarrándola por un brazo*) Te he dicho que no frecuentes el patio, hay otra vía para buscar agua.

CARPIA: (*Fajándose con un movimiento rápido*) No puedo estar metida aquí siempre... y además vivir callada... no soy una presa como tú... no estoy ya como el día que me pasaron para acá de la cárcel a petición tuya, gracias a Dios la Real Audiencia hace un mes me concedió la libertad y el perdón. Yo soy libre, libre. ¿No te has dado cuenta de lo que eso significa?

AGUSTÍN: (*Iracundo*) ¡Eres mi mujer! ¡Estás casada conmigo! Por eso te pasaron aquí, liberándote de trabajos duros. También fue por eso que te dieron el perdón. Todo por ser mi mujer, ¿lo entiendes?

CARPIA: Pero no soy tu esclava ni un coroto cualquiera.

AGUSTÍN: Puedo prohibirte que hagas cosas que me disgustan. (*Intenta agarrarla por los hombros con las dos manos, pero ella se esquiva con un gesto rápido y violento.*)

CARPIA: ¡No me toques con tus manos!

AGUSTÍN: ¡Ah! ¿Me tienes asco, verdad? (*Carpia muestra desagrado y temor.*) Cuando llegaste aquí después de que el padre Rodrigo nos uniera, no hacías sino pegarte a mí como un perro agradecido. Eras como esas matas amorosas que se adhieren a los muros...

CARPIA: Entonces no sabía...

AGUSTÍN: ¿Qué no sabías?

CARPIA: Lo que tú eras... Lo que tú hacías... Lo que sigues haciendo.

AGUSTÍN: (*Se mira las manos y aprieta y clava desorbitados sus ojos en Carpia*) ¡Ah! No sabías... ¡¡¡es cierto!!!

CARPIA: Ignoraba a qué precio habías conseguido salvar la vida...

AGUSTÍN: (*Se deja caer en el taburete*) La vida... Salvar la vida... Esta vida... Ja, ja, ja...

CARPIA: No quería decirte cuánta grima siento de que me toques cuando vienes de... eso... Pero me has obligado...

AGUSTÍN: (*Mira a Carpia con tristeza, luego vuelve la vista a sus manos mientras habla con voz apagada*) Es mi oficio, un oficio como cualquiera.

CARPIA: No. Tú sabes que no es así. Eso es algo que... sólo tú haces... (*Solloza.*)

AGUSTÍN: (*Tratando de restarle importancia a sus palabras*) Cualquiera podría hacerlo. No es malo... lo hago por la justicia (*pausa*) no sé por qué te pones así ahora...

CARPIA: Yo sí lo sé. (*Cambiando de tono*) Vine aquí ilusionada, pensando en muchas cosas para el porvenir. Nos veía libres ya y felices viviendo en algún lugar apacible, con hijos y sin recordar los males y los sufrimientos pasados. Pero duró poco esa ilusión.

AGUSTÍN: (*Con acento de amargura*) Yo he querido hacerte feliz.

CARPIA: ¿De esta manera?

AGUSTÍN: (*Con tristeza*) Créelo, Carpia... también me decidí a... hacer lo que hago para estar contigo. Pensaba en el sosiego, en una casita... hijos... pero tú...

CARPIA: (*Interrumpiéndolo*) Desde que lo supe vivo con miedo. (*Señala los instrumentos de tortura*) Todo esto me aterra. Hasta lavarte la ropa me produce espanto, me estoy volviendo otra. Lo siento, ya no me provoca reír, ni cantar, ni pensar que vendrán tiempos nuevos.

AGUSTÍN: ¡Hablas como si te hubieran metido cosas raras en la cabeza!

CARPIA: ¡No, ninguna cosa rara! ¿No comprendes que es la frialdad de todo esto lo que me está llegando hasta los huesos? ¿Que desde esos instrumentos llega un miedo que me sigue por todas partes?

AGUSTÍN: (*Incorporándose*) ¡Son tonterías de mujer!

CARPIA: ¡No son tonterías!

AGUSTÍN: Cometimos... un mal juntos. ¡Estamos unidos por aquello!

CARPIA: ¡Aquello fue distinto. Algo en mi interior me dice que fue distinto, y lo he pagado con lágrimas, con zozobras, con horas de terror!

AGUSTÍN: (*Bajando la cabeza*) ¡Es verdad! ¡fue distinto! (*Pausa.*) Pero no debes preocuparte tanto por lo que hago. Tú nada tienes que ver con mi oficio. Lo cumplo solo. (*Con amargura*) ¡Completamente solo!

CARPIA: Sí tengo que ver. (*Agustín niega con la cabeza.*) (*Con aparente tranquilidad*) Escúchame Agustín, nunca he sentido más terror que aquella vez que fui al patio, recién llegada aquí, llena aún de sueños e ignorante de lo que hacías, y al cruzar frente a las celdas de los condenados a muerte, uno de ellos me señaló con el dedo y dijo: ahí va la mujer del verdugo Agustín Blanco. Y otro de rostro demacrado exclamó: es el que debe matarnos. Todo se transformó entonces a mi alrededor... Registré, busqué indicios por todas partes y en el fondo de ese baúl los encontré. (*Señala el baúl.*)

AGUSTÍN: Era innecesario que los vieras. ¿Para qué? Además creyéndome sólo el cargador de leña de la cárcel hubiésemos vivido mejor, y quizás hasta felices.

CARPIA: ¡No me gusta ser engañada!

AGUSTÍN: ¡No me dijiste entonces ni una palabra, ni tampoco después, cuando ya nada te ocultaba!

CARPIA: Luego de esa primera angustia, creí resignarme... (*pausa*) como tú.

AGUSTÍN: (*Violento*) ¿Crees que me gusta? ¿Piensas que lo hago con tranquilidad? ¡Hace mucho tiempo que he querido dejarlo! Pero, ¿cómo hacerlo? He escrito al Rey, le he pedido, le he suplicado... He dicho que estoy enfermo, que los años que llevo en esto me han agobiado y... Nada...

CARPIA: No parece que lo sintieras así...

AGUSTÍN: Estas arrugas y esta cabeza de anciano, y la angustia que yo solo siento cómo me corro a diario el espíritu, ¿qué son, sino el veneno de lo que hago?

CARPIA: ¡Tú lo escogiste!, ipero yo! Ya siento que me ahogo de miedo. Cuando estoy sola de noche creo que me persiguen sombras, que oigo gemidos, que veo rostros sin dientes y sin ojos.

AGUSTÍN: (*Con piadosa ternura*) ¡Tú sólo eres mi esposa!

CARPIA: ¡Nunca has debido mandarme a buscar!

AGUSTÍN: Me haces falta... jamás me había sentido tan solo... y sé que me quieres.

(*Entra un soldado Ordenanza de la cárcel.*)

ORDENANZA: Agustín, te necesitan en la prevención.

AGUSTÍN: (*Al Ordenanza*) ¿Para qué será?

ORDENANZA: El Capitán de Guardia desea informarte sobre las ejecuciones de mañana.

AGUSTÍN: ¡Ah! Entonces sí es verdad que hay más...

ORDENANZA: Sí, la revuelta fue grande. Pero, ¿vamos?

AGUSTÍN: Sí, vamos.

(*Sale seguido por el Ordenanza. Carpia, ya sola, mira toda la habitación, luego se asoma por la reja, entra el cura Rodrigo.*)

CURA: ¡Carpia! ¿Está Agustín?

CARPIA: No está, padre, salió hace un momento.

CURA: (*Mirando fijamente a Carpia*) Deseaba hablarle acerca de algo...

CARPIA: (*Turbada*) Si usted quiere puede dejarle el recado conmigo...

CURA: (*Vacilando*) ¡No! ¡Debo decírselo personalmente! Luego hablaré contigo...

CARPIA: (*Inquieta*) ¿Conmigo?

CURA: Sí... Hay algo que he venido advirtiendo... Los sacerdotes vemos donde otros no ven...

CARPIA: (*Turbada*). ¿Qué quiere decirme?

CURA: Hay nubes en esta casa, y eso no está bien; el matrimonio de ustedes más que cualquier otro debe ahuyentar toda perturbación... Para ejercer su ministerio Agustín necesita mucha tranquilidad en el hogar... muchacha...

CARPIA: (*Sumisa*) Lo sé... Pero yo... No encuentro cómo empezar, padre...

(*Por la ventana se asoma el Ordenaza, ve al Cura y habla.*)

ORDENANZA: Padre, padre... lo solicita con urgencia el señor Alcalde...

CURA: (*Atendiendo al Ordenanza*) Ah, sí... (*A Carpia*) Debo preparar confesiones. (*Al Ordenanza*) Di que ya voy.

ORDENANZA: (*Desde afuera*) ¡Está bien! (*Se va.*)

CARPIA: (*Al Cura y llevándose las manos a la cara*) Me la paso nerviosa, creo que estoy enferma...

CURA: (*Poniendo una mano en el hombro de Carpia*) Debo irme, hija... Volveré en cuanto me desocupe... Conversaré mucho con los dos...

(*Sale rápido. Carpia lo ve irse con angustia, reprimiendo el deseo de hablarle, desalentada va al interior del cuartucho y regresa segundos después con una cesta pequeña; la abre, saca unas telas y hace preparativos para coser. Llega el Carcelero.*)

CARPIA: (*Angustiada*) ¿Por qué has vuelto? Puede verte Agustín...

CARCELERO: Supe que fue a la Prevención y de allí lo mandaron a otra parte, lejos, por eso me atreví a entrar...

CARPIA: ¿Qué deseas ahora?

CARCELERO: Me ha mandado el Sargento.

CARPIA: ¡Otra vez! ¡Es peligroso!

CARCELERO: Sucede algo serio. Lo cambian mañana para la guarnición de La Habana. La goleta que transpor-

tará la tropa ya está en La Guaira. Hoy el Sargento le dirá adiós a Caracas.

CARPIA: ¿Lo cambian? ¡Se va!

CARCELERO: Ya está arreglando sus cosas. Te envía esto.
(*Le da a Carpia un papel.*)

CARPIA: (*Toma el papel, lo mira y luego lo regresa al Carcelero*) Dime qué dice, que no sé leer bien....

CARCELERO: A mí la vista me falla un poco; sin embargo, leo algo si la letra es clara... A ver... (*Lee alto y con dificultad:*)

«Mi inolvidable Carpia»

(*Interrumpiendo la lectura.*) ¡Cómo te quiere ese muchacho! (*Lee:*)

«Me cambian para La Habana, siento dejarte mi vida, no podré vivir sin ti».

(*Hace una pausa y mira con más cuidado el papel.*)

CARPIA: ¿Qué más dice? ¡Apúrate!

CARCELERO: (*Continuando*)

«¿Por qué no vienes conmigo? Deja a ése de una vez y vente. Si te decides te esperaré en el patio de atrás, para arreglarle el viaje. Tuyo siempre, Carlos Isea».

Bueno, y eso es todo lo que dice. ¿Qué piensas hacer?

CARPIA: Entonces es cierto. Se va hoy mismo.

CARCELERO: Y a La Habana, que es tan magnífica ciudad. Cuentan tantas cosas de ella. Debías aprovechar esta oportunidad y salirte de todo esto. El Sargento es un buen hombre.

CARPIA: ¡Irme con el Sargento? No. Me da miedo.

CARCELERO: Miedo debe darte seguir con ése con quien vives. Desde el día que lo vi ahorcar a sangre fría a sus compañeros de penas, sé quién es. Déjalo de una vez.

CARPIA: Me mataría.

CARCELERO: Con el mar por medio nunca podrá hacerlo...

CARPIA: El mar. Es verdad que el mar es muy grande...

CARCELERO: Y ya en La Habana serías otra. Aquí aun cuando vivieras fuera de esta cárcel, siempre, hasta que te mueras, seguirás siendo la mujer del verdugo. ¿Quién en Caracas no te conoce?

CARPIA: (Con acento profundo) La mujer del verdugo.

CARCELERO: Decide. El Sargento debe estar en el patio esperándote. Si salen hoy, mañana estarás lejos en un barco...

CARPIA: (Tomando una resolución) Espérame aquí... Esperéame...

(Va adentro rápido, luego sale con algunas ropa y comienza a hacer un lío, recoge algunos objetos y los empaqueta, de pronto la puerta se abre y entra Agustín, éste como sorprendido se detiene y los mira fijamente. El Carcelero y Carpia asumen actitudes temerosas.)

AGUSTÍN: (Al Carcelero) ¿Qué haces aquí? (Lo agarra por un hombro y lo sacude cubriendole la salida.)

CARCELERO: Nada... Nada... Suéltame...

AGUSTÍN: (Ve el papel en las manos del Carcelero y se lo arrebata a tiempo que le da un empellón tirándolo al suelo) A ver qué es esto.

CARPIA: Deja eso... (Avanza hacia Agustín pero éste con un gesto la hace retroceder.)

AGUSTÍN: (Lee en silencio el papel) ¡Ah, ah! (Mira a Carpia y al Carcelero, luego posa la vista en el lío de ropa, arroja con furia el papel y crispando las manos se enfrenta con Carpia) Ah... Con que tú... tú... ¡Puta! ¡Vagabunda!

CARPIA: (Aterrorizada) ¡No me hagas nada! Él me lo trajo. ¡Yo no sé lo que dice!

AGUSTÍN: (Como enloquecido por la furia) ¡No se burlarán de mí, no! ¡Les demostraré quién soy!

(Con gran agilidad toma un hacha e interceptando la salida avanza con lentitud hacia ellos, Carpia corre junto al Carcelero.)

CARCELERO: *(Desde el suelo con la voz apagada por el miedo)* ¡Socorro! ¡Socorro! *(Mientras Agustín avanza lentamente)* ¡Socorro!

CARPIA: No nos mates, ten piedad. *(Pausa.)* Ten piedad... ¡Verdugo! ¡Verdugo! ¡Verdugo!

AGUSTÍN: *(Al oír la imprecación de Carpia se detiene como sorprendido por un golpe, mira el hacha que ya había alzado y luego se contempla a sí mismo, sordamente)* ¡Verdugo! ¡Verdugo! *(Pausa.)* Nunca me habías llamado así. Es cierto. Soy el verdugo, el verdugo de Caracas. *(Tira el hacha con asco)*

Soy el verdugo Agustín Blanco.

(Al Carcelero que continúa en el suelo) ¿Sabes tú lo que es eso? No. No puedes saberlo. Eres una rata cuyas cuevas son los muros y calabozos. No puedes comprender lo que significa ser verdugo. Te diré rata coja: es tener siempre las manos llenas de sangre... *(Da un paso hacia el Carcelero.)*

CARCELERO: ¡No me hagas nada, no!

AGUSTÍN: *(Sigue hablando sin avanzar)* Es llevar la conciencia repleta de muertos y los oídos punzados por millares de ayes. Es no dormir nunca sin pensar en otros que quizás no duerman, viendo la imagen de los que van a matar. Sí, y yo soy para muchos esa imagen. *(Se vuelve hacia Carpia)* ¡Tú, mírame bien!

CARPIA: Sí, sí. *(Con terror)* Te estoy mirando...

AGUSTÍN: Soy el mismo a quien le huyen los niños cuando voy por las calles... Y al que las mujeres miran con espanto. Soy el verdugo, el que no le toca las manos a nadie ni nadie se acerca para pedirle una limosna. ¡Ah! *(se pasa las manos por los ojos luego, bajándolas mira con dulzura a Carpia)* sin embargo... estás tú... *(Triste)* Y me quieras dejar... ¿por qué?

CARPIA: *(Directa)* Por eso.

AGUSTÍN: (*Humilde*) ¡Aquí a veces contigo me siento como un ser humano, como esos que nunca han matado y duermen y comen su pan sin preocupaciones!

CARPIA: (*Con voz enronquecida*) Yo no quiero quedarme aquí, junto a todo esto, respirando soledad y muerte a cada instante, sintiendo que me voy secando como esas matas en cuyas raíces ha caído veneno. ¡Deseo otra vida!

AGUSTÍN: Otra vida. ¡Ah!

(*La mira como atontado, luego se deja caer sobre el taburete, el Carcelero arrastrándose logra acercarse a la puerta de salida. Agustín, al notarlo, vuelve el rostro hacia el Carcelero. Éste queda inmóvil.*)

CARCELERO: Quiero salir.

AGUSTÍN: Sal de aquí, rata, sal pronto.

(*El Carcelero sale.*)

CARPIA: (*Luego de una pausa*) Óyeme Agustín... Debo irme. No puedo seguir entre sogas, hachas e instrumentos de tortura. Viéndote ir y venir con esa capucha que a todos infunde terror. Y ya no puedo aguantarlo más. ¡No puedo!

AGUSTÍN: (*Sordamente*) Entonces... ¿es verdad que quieres irte?

CARPIA: Sí. Sí. Quiero librarme de ese miedo que me persigue por donde quiera y de noche me aprieta la garganta como una soga de niebla... ¡Que me hace temer en la oscuridad que mi vientre pueda recibir un hijo tuyo!

AGUSTÍN: También yo tengo alrededor del cuello algo que me estrangula, también siento un cordel de niebla que me atormenta... Que me mata sin que nadie lo vea ni lo sienta... (*Se incorpora, Carpia retrocede.*) Pero soy el brazo ejecutor de la justicia, ja... ja... defiendo reinos, la religión, ¿para qué?

CARPIA: (*Como un eco*) ¿Para qué?

AGUSTÍN: El otro día uno de los condenados por alzarse en Coro me dijo que moría por desear otra cosa... otra vida... sin reyes, sin señores, sin verdugos... tenía razón al desear eso...

CARPIA: (*Humilde*) Agustín... ¡Óyeme!

AGUSTÍN: (*Como volviendo de muy lejos*) ¿Qué?

CARPIA: ¡Déjame marchar, te lo ruego!

AGUSTÍN: Ah, entonces lo deseas de veras... ¿Quieres dejarme?

CARPIA: Compréndeme, ten piedad...

AGUSTÍN: Creí que me querías... que yo te hacía falta...

CARPIA: ¡Entiende! ¡Tengo en el pecho como un garfio de angustia! (*Agustín se cubre el rostro con las manos.*) (*Carpia suplicante*) Déjame partir, te lo suplico, me iré sola, pero bien lejos de todo esto... Ya no puedo más y voy a morir de miedo cualquier noche. Deméstrame que me quieras dejándome salir...

AGUSTÍN: (*Con sorda resignación y sin verla*) ¡Haz lo que quieras!

(*Carpia al oírlo, con asombro y miedo se mueve con cuidado hacia la mesa, toma de ella un lío de ropa, y sin quitar la vista de Agustín, temerosa, gana la puerta con prontitud. Agustín no se ha movido. A lo lejos se oye la canción anterior.*)

Voz:

Cuando te quise morena...
 Cuando te quise...
 Y me dejaste solo
 Por irte un día...
 Por irte un día...
 Flor marinera...
 Me estoy muriendo
 Me estoy muriendo
 Como ave herida,
 Como ave herida...
 Por esta pena...
 Vuelve algún día...

(Al callar la canción Agustín se incorpora con lentitud y agobiado mira toda la estancia. Detiene luego la vista en el fondo que se divisa por la ventana. Con movimientos tardíos saca del baúl una soga y penetra al otro cuarto. A lo lejos, suena el clarín, marchan soldados. Pasan unos segundos. Por la ventana se asoma el cura Rodrigo, mira hacia adentro con inquietud.)

CURA: *(Desde afuera de la ventana) ¡Agustín! ¡Debes ir rápido al último patio! (Da la vuelta y penetra en la estancia) ¡Agustín! ¿Dónde estás? ¡Es necesario que vayas en seguida... (Avanza hacia el otro cuarto) Se va la tropa y creo que Carpia... (Descorre la cortina y mira hacia adentro, retrocediendo asombrado) ¡Dios mío! ¡Insensato! ¿Qué has hecho? (Se santigua y retrocede con lentitud. Entra el Alcalde, trae un pliego enrollado.)*

ALCALDE: ¡Agustín! *(El Cura vuelve la cabeza y mira al Alcalde con estupor sin decirle nada.)* ¿Dónde está? *(Sin hablarle le señala el cuarto, el Alcalde con extrañeza avanza hacia allá, descorre la cortina y mira al interior, con asombro y extrañeza retrocede hacia el Cura.)* ¡Qué cosa! ¿Por qué haría eso?

CURA: ¡Era un hombre extraño!

ALCALDE: *(Mostrando el pliego)* Era sobre él, al encontrar sustituto le darían la libertad.

CURA: ¡Pobre! No tuvo el goce de saberlo...

ALCALDE: *(Sentándose en un taburete)* ¡Su muerte me sume en grave preocupación...

CURA: *(Acercándose al Alcalde y poniéndole una mano sobre el hombro)* Sosiéguese usted... quizás él ha descansado...

ALCALDE: *(Sin disimular su contrariedad)* ¡Es posible! Pero mañana no habrá verdugo y esos reos deben ser ejecutados... ¡Tengo órdenes severísimas! ¡No es para menos! ¡La Provincia se ha convertido en un volcán! Si estuviera llena de ladrones y asesinos no importaría mucho... ¡Él no haría tanta falta...! Sobrarían mi-

serables para ejercer su oficio... Pero plagadas de perturbadores que sueñan con igualdades y revoluciones... (*Señalando hacia el cuarto*) Cuide usted que lo descuelguen y le den sepultura... Ya encontraré quien lo supla...

CURA: Quiera Dios que sea así.

ALCALDE: ¡Lo querrá! Esta colonia del imperio requiere ahora más que nunca de verdugos... Pero duros... (*Señala hacia el cuarto*) Ese era como un animal manoso... ¡Veré qué hago! (*Sale.*)

CURA: ¡Dios nos proteja a todos! (*Con lentitud camina hacia el cuarto. Se detiene frente a la puerta y descorre apenas la cortina y mira*) ¿Qué está ocurriendo? Ayer vi morir con arrogancia a un hombre mientras pronunciaba la palabra libertad... Ahora tú haces eso... ¿Repugnancia a tu oficio? (*Muy reflexivo*) ¿Quién a veces no ha sentido asco por lo que hace? (*Como rechazando el pensamiento*) Ah, Agustín, rogaré para que haya misericordia para ti... la mereces... pero, pide tú también por quienes aquí quedamos... por los tronos... por sus servidores... ¡Pues todo cuanto veo me hace temer que nuevos tiempos se acercan! (*Se santigua y sale lentamente.*)

(*Obscuridad mientras una música dulce invade el espacio.*)

FIN DE LA OBRA

Joaquina Sánchez

Drama en cinco actos

Al pueblo de La Guaira dedico

Personajes

ISABEL: Posadera
ISIDRA: Liberta
MARGARITA: Esclava
FARFÁN: Conjurado
JOAQUINA SÁNCHEZ: Esposa de José María España
CORREGIDOR: Don Gerónimo de Pimentel
PADRE ECHEVERRÍA: Cura de la Catedral de Caracas
MARÍA JOSEFA: Vecina de Joaquina
RAFAEL: Recadero de Joaquina
VÁZQUEZ TÉLLEZ: Comandante de La Guaira
OFICIAL I
OFICIAL II
ESCRIBIENTE
SOLDADOS
BANDO REAL
PUEBLO

Acción

En La Guaira y Caracas

Época

Año 1799

ACTO PRIMERO

Habitación en la posada de Isabel Gómez, en La Guaira. La estancia sirve de depósito de mercancías y sitio de guardar objetos y trastos viejos. Hay muchos barriles, sacos, cajas y botijuelas de aceite. Al fondo unos escalones de madera conducen a una puerta que comunica con otras dependencias. Cuando la puerta se abre óyese el ruido producido por los parroquianos que beben y comen. En

el lateral derecho hay una especie de nicho cavado en la pared que sirve para guardar vinos y jamones. En el centro de la estancia hay una mesa rectangular, un banco rústico, algunas sillas de cuero, sobre una de éstas hállase un pequeño cajón abierto. Es de noche, un candil alumbría la estancia.

ISIDRA

En escena, Isabel se ocupa de empaquetar algunos papeles, lo que hace con sumo cuidado. En la puerta del fondo suenan tres toques, Isabel va y abre con precaución, entra Isidra, trae un farol encendido.

ISABEL: ¿No llega aún? Me pareció oír que la campana de la Ermita del Carmen daba las siete.

ISIDRA: Así fue, pero nadie ha llegado con las señales convenidas.

ISABEL: ¿Le dijiste a Margarita que vigilara bien?

ISIDRA: Sí, es todo ojos.

ISABEL: Estoy impaciente. En cada oportunidad que debemos despachar o recibir algo me pongo así. Además, desde el vigía hace casi dos horas que anunciaron barco y si allí venía la persona que esperamos, debería haber llegado.

ISIDRA: Y este es un buen momento para pasar hasta acá, pues la posada está que no cabe, parece que todos los marineros del puerto han venido esta noche. ¡Y cómo beben y gritan!

ISABEL: (*Disponiendo los papeles en tres paquetes*) Por mi parte no habrá ningún retardo pues ya concluí esto.

ISIDRA: ¿Dejó lo que debe ir para Caracas y El Tuy?

ISABEL: Claro. Aquí está lo que debemos repartir en La Guaira. Esto es lo que irá para Caracas y El Tuy, y este otro paquete es el que debe llevarse la persona que venga esta noche. Puse en él los folletos de las canciones y los dibujos de la bandera. (*Señala el cajón.*)

ISIDRA: ¿Son los mismos que vimos antes?

ISABEL: Sí. Pero estos están coloreados, es una bandera hermosa. Tiene un cielo claro con un sol radiante en el centro, abajo un mar con cuatro estrellas y en la punta franjas de color azul, blanco, rojo y amarillo. En Caracas una de las Olivares debe bordarla, quedará linda. Ya me parece verla flamear contra el cielo cuando llegue el día ansiado.

ISIDRA: Cada hora que pasa pienso que está más cerca. Quisiera figurármelo cómo será pero no puedo...

ISABEL: Será un día sin esclavos, sin cadenas, sin humillaciones. Un día distinto, lleno de música y banderas.

ISIDRA: Cómo lo deseo, pero me parece que es sólo un sueño... ¿Podremos alguna vez los negros ser tratados como gente? ¿Será cierto que ese día vendrá la igualdad de que tanto nos habla doña Joaquina?

ISABEL: Con cuánta fe lo espera ella.

ISIDRA: Gozo al sólo pensar que entonces los negros no seremos vendidos, ni tendremos que trabajar para los ricos, ni habrá amos que griten y peguen.

ISABEL: Así será.

ISIDRA: La cara que pondrán los ricos mantuanos dueños de todo.

ISABEL: Ya la pusieron. ¿No has sabido que cuando el movimiento fue descubierto ellos corrieron a poner sus personas y dineros a la orden del Rey para perseguirnos y acabar con el movimiento? Es muy sabroso tener haciendas, casas y esclavos que hasta les laven los pies... (*Va al nicho y trae otro paquete*) ¡Ah! Pero aquí hay más canciones, las pondré en el cajón.

ISIDRA: ¿Cuál canción es...?

ISABEL: La canción americana.

ISIDRA: Oyéndosela a Margarita la he aprendido. Qué bella es. Tengo el propósito deirla a cantar por las calles cuando llegue el día tan esperado. Imagino que el sol brillará como nunca y que hasta las piedras han de estar alegres. Seguramente que por doquier habrá

cohetes y repiques de campanas, en todas las casas
flameará nuestra bandera y hasta los muchachos can-
tarán sin miedo:

(Canta:)

Afligida la patria
os llama, americanos,
para que reunidos
destruyáis,
destruyáis al tirano.

Viva tan sólo. Viva tan sólo
el pueblo soberano.

Tiembla tú, Rey infame
tiembla pérvido Carlos
que todos tus delitos
van a ser castigados...

¡Viva tan sólo el pueblo!
Viva tan sólo, viva tan sólo
el pueblo soberano...!

ISABEL: De sólo oírte se me eriza la piel de entusiasmo...
¿Sabes la otra?

ISIDRA: ¿La Carmañola nuestra? Sí...

(Tocan en la puerta del fondo, Isidra va y abre con cautela, entra Margarita.)

MARGARITA: Ha llegado un señor con sombrero carmelita
y capa gris, ocupó una mesa sola. Según lo convenido
le pregunté si quería un refresco o un café americano,
rápidamente me respondió que sí, que quería un café
pero con igualdad natural.

ISABEL: Es la consigna. Anda, hazlo pasar con mucho cui-
dado.

ISIDRA: Llévate este farol.

*(Le da el farol, Margarita lo toma y sale. Tras ella
Isidra cierra la puerta.)*

ISABEL: Ojalá que traiga buenas nuevas.

ISIDRA: Debe traerlas.

(Tocan en la puerta, Isabel se apresura y abre. Entra Margarita seguida por un hombre que lleva sombrero de anchas alas y cubre su rostro con una capa gris. Al bajar los escalones se descubre.)

ISABEL: *(Con alegría)* Félix Farfán... Lo que menos esperaba.

FARFÁN: Isabel Gómez.

(Se abrazan.)

ISABEL: *(Luego de separarse)* Desde aquella terrible noche cuando todo fue descubierto no había sabido nada de usted. Sólo oí que había podido meterse en una goleta y huir.

FARFÁN: *(Saca de los bolsillos interiores de su saco unos sobres lacrados y se los da a Isabel)* Traje unos pliegos para don José María... ¿Lo veré ahora?

ISABEL: No, pues anda por Barcelona. Cuando se supo que un delegado vendría ya había salido. Desde que entró clandestinamente no hace sino trabajar preparándolo todo...

FARFÁN: Es de hierro... Pero, ¿viaja con seguridad?

ISABEL: Se disfraza. Además los sitios a donde llega son seguros.

FARFÁN: Mucho trabajo le he dado a los del Rey... Y espero darles un poco más.

ISABEL: Con ansiedad aguardamos lo que usted debe traer...
(Farfán mira con recelo a Margarita e Isidra y tose.)
(Isabel comprendiendo) Son de la conjuración... Esta es Margarita, esclava de los Carreño, quienes me la alquilan para que trabaje en mi posada. Ya ve usted que lo hace bien. Y esa es Isidra, liberta. Precisamente la próxima semana irán a trabajar donde doña Joaquina Sánchez, pues en su casa hacen falta otras personas de confianza.

FARFÁN: *(Saludando con un gesto cordial a las dos mujeres)* Veo que se trabaja, cómo me contenta eso.

ISABEL: Pero usted debe venir cansado, dicen que la mar estuvo muy picada esta tarde. ¿Comerá algo o prefiere una limonada?

FARFÁN: (*Sentándose*) Tomaré sólo una limonada, debo volver a bordo dentro de una hora, pues la goleta aprovechará el viento de madrugada para salir hacia Coro.

ISABEL: (*A Margarita*) Trae una limonada y de paso echas un vistazo.

(*Margarita sale, Isidra cierra la puerta tras ella.*)

FARFÁN: Ha habido que comenzar todo de nuevo...

ISABEL: Así ha tenido que ser, sin embargo, cada día se nos une más gente...

FARFÁN: ¿Y la propaganda?

ISABEL: Toda la que llega vuela. Ésta vino ayer de Trinidad, la envió Manzanares. He arreglado la que usted debe llevarse para Coro, Maracaibo y Santa Fe.

FARFÁN: ¿Sólo eso? Tenía entendido que también recibiría un dinero y algunos informes...

ISABEL: Doña Joaquina quedó en enviar una suma, pero aún no ha llegado su recadero, quizás esté aguardando a que sea más de noche.

FARFÁN: (*Sacando un reloj y mirándolo*) No puedo esperar mucho... Y tampoco puedo marcharme sin el dinero y sin esos informes...

ISABEL: Es cierto. (*A Isidra*) Ve a la sala y vigila para que cuando llegue el recadero de doña Joaquina lo pases para acá, eso sí, con mucho disimulo.

(*Isidra sale, Isabel cierra la puerta.*)

FARFÁN: ¿Sigue siendo segura su posada?

ISABEL: Sí, de otro modo hubiera avisado.

FARFÁN: Al llegar me alarmé pues vi muchos soldados y oficiales de la guarnición sentados en las mesas.

ISABEL: Son clientes asiduos. Los atrae mucho mi vino is-

leño. El mismo comandante Vázquez acostumbra venir a cenar aquí y hasta el señor Corregidor la sigue honrando con sus visitas.

FARFÁN: Dicen que ése mete las narices en todas partes.

ISABEL: Le place dejarse ver y hablar de su propia persona. Toma aquí bizcochos con vino de Málaga y refiere sus galanterías... Ah, ¿pero sabe usted que visita a doña Joaquina?

FARFÁN: ¿Hasta tal extremo lleva su vigilancia?

ISABEL: Creímos al principio que iba a vigilarla, pero tiene otros fines...

FARFÁN: No entiendo...

ISABEL: Atraído por las prendas de la señora, intenta galantearla... Mas doña Joaquina está en guardia por sus respetos.

FARFÁN: Miserable. De todos modos hay que estar alerta. ¿Cree que no sospecha de la presencia en La Guaira de don José María? ¿Que no huele lo que proyectamos?

ISABEL: No creo, es muy presuntuoso y ya lo hubiese comunicado para ganar valimientos... ¡Cómo los deseal!

FARFÁN: ¿Y de usted no sospecha nada?

ISABEL: ¡Qué va a sospechar! Me hace confidencias y hasta sin reparos encarga por mi intermedio buen ron jamaiquino y telas de Holanda. Precisamente me ha hecho un pedido de pañuelos finos... (Tocan a la puerta. Isabel abre y entra Margarita con una jarra y un vaso.)

MARGARITA: Aquí está la limonada. (*Sirve la limonada a Farfán.*)

ISABEL: ¿No hay novedad afuera?

MARGARITA: Todo está igual.

ISABEL: No dejen de vigilar y en cuanto llegue el recadero de doña Joaquina lo pasan.

MARGARITA: No se preocupe. (*Margarita sale. Isabel cierra la puerta.*)

FARFÁN: (*Mirando otra vez su reloj*) El tiempo vuela... Ese dinero y los informes han debido estar aquí...

ISABEL: No deben tardar.

FARFÁN: Nos urge mucho dinero en la Guadalupe. Los comerciantes, los hoteleros, los embarcadores; todos nos asedian. Y nadie ofrece algo si no pagamos por adelantado.

ISABEL: Ya lo imaginamos.

FARFÁN: Lo último que nos enviaron sirvió para pagar la propaganda. Ah, y a propósito, en los pliegos vienen las máximas republicanas, hay que copiarlas y distribuirlas... Y que todos se aprendan la consigna para el día decisivo, será: ¡Viva el pueblo soberano, muera el despotismo! Para entonces deben estar las escarapelas cuatricolor.

ISABEL: ¿No estará muy lejano ese día?

FARFÁN: Si trabajamos bien, no.

(*Tocan en la puerta. Isabel abre. Entra Margarita con un farol, la sigue una mujer embozada, al avanzar se descubre.*)

ISABEL: (*Sorprendida*) ¡Joaquina! ¡Usted aquí!

FARFÁN: ¡Doña Joaquina Sánchez, usted misma! ¡Es una imprudencia!

ISABEL: (*A Margarita*) Ve y vigila con mucho cuidado. Dile a Isidra que cuide el pasadizo. (*Margarita sale. Isabel cierra la puerta.*)

FARFÁN: Ha debido mandar a alguien y no venir usted, ha sido un paso peligroso.

JOAQUINA: Necesitaba hablar personalmente con el que vendría de la Guadalupe. (*A Farfán*) Ignoraba que sería usted, nuestro buen amigo Félix Farfán... (*Le estrecha la mano.*)

FARFÁN: Tuve que venir yo, pues a Mendiri lo detuvieron

en Puerto Rico. Pero su presencia aquí a esta hora me alarma... ¿Ha pasado algo?

JOAQUINA: Ya le explicaré. Antes quiero que me responda: ¿Se consiguieron las armas? ¿Podremos iniciar el movimiento rápidamente?

FARFÁN: (*Con desaliento*) ¡No! Todos los esfuerzos para conseguirlas a crédito han fracasado. Los comerciantes sólo las ofrecen a cambio de dinero seguro.

JOAQUINA: ¿Quiere decir entonces que aún debemos pensar en ellas como algo remoto?

FARFÁN: Así es. Dábamos por seguro el crédito, pero los vendedores se echaron para atrás. Quieren mucho dinero adelantado. En los pliegos que traje se informa todo.

(*Isabel da a Joaquina los sobres.*)

JOAQUINA: Ah, esos comerciantes ingleses. ¿Acaso no les interesa poder negociar con estas provincias cuando hayan recobrado su libertad?

FARFÁN: Sí, pero no ayudan sino de acuerdo con sus conveniencias. Como ahora buscan la amistad de España, esquivan ayudarnos. Cuando estén contra ella volverán a sonreírnos. De todos modos si les ofrecemos buenos doblones sabrán jugar a las dos cartas, son diestros en eso. Pero, ¿dónde conseguir el dinero?

JOAQUINA: Traje una letra por quinientos pesos de cacao que debe estar llegando a Jamaica. Llévela usted y desde el primer sitio seguro la envía. (*Saca del seno un papel y lo da a Farfán.*)

FARFÁN: (*Tomando la letra*) Es algo, pero necesitamos casi tres mil pesos.

ISABEL: ¡Tres mil pesos!

FARFÁN: Con ellos podremos lograr que nos adelanten algunos fusiles y picas.

JOAQUINA: Es urgente conseguir ese dinero. Nunca ha sido más urgente.

FARFÁN: Pero, ¿qué sucede? Su venida aquí de esa forma, su rostro preocupado hacen presumir que algo grave ocurre. ¿Acaso don José María ha sufrido algún contratiempo? ¿Saben acaso que ha vuelto a la Provincia?

JOAQUINA: Nada de eso ha ocurrido. José viaja con seguridad reclutando partidarios para el movimiento. Los planes marchan con firmeza... La Guaira es nuestra y en Caracas casi todos los pardos nos acompañan... ¡El pueblo tiene ansias de libertad!

FARFÁN: (*Interrumpiéndola*) ¿Teme acaso que los mantuanos sospechen que reanudamos los planes insurrecionales?

JOAQUINA: No, de ellos nos cuidamos tanto como de la gente del Rey. Sabemos que todavía los aterra la idea de una revolución igualitaria... Y hasta ahora les hemos tapado los ojos...

FARFÁN: ¿Entonces? (*Hace gestos de que no comprende.*)

JOAQUINA: No hay peligros cerca. Sin embargo... Debemos fijar una fecha para la rebelión...

FARFÁN: No entiendo... Sin las armas sería arriesgado...

JOAQUINA: ¡Debemos conseguirlas cuanto antes...!

FARFÁN: Pero, ¿y el dinero?

JOAQUINA: Es cierto. ¡Dinero! ¿Dónde hay dinero? Todo el que se ha podido reunir ya está gastado...

ISABEL: Isidra tiene unos pesos guardados... Ella los ha ofrecido...

JOAQUINA: ¿Los pesos de Isidra? ¡No! Los tiene para comprar la libertad de su hermano, sueña con no verlo esclavo. Los ha reunido centavo a centavo...

ISABEL: Ella dice que si nuestra causa triunfa no habrá necesidad de comprarla, la libertad será de todos.

FARFÁN: Lo que haya debe comprometerse...

JOAQUINA: ¡Es cierto, tenemos que ganarle al tiempo!

FARFÁN: ¿Pero por qué tanta premura? ¿Cree que los com-

prometidos se echarán para atrás? ¿Hay peligro para usted y su esposo?

JOAQUINA: Nadie se echará para atrás. Todo el pueblo nos seguirá al sólo alzar las armas junto a la palabra libertad y usted sabe Farfán que nada temo por mí y si es José María ya ha dispuesto su vida para la causa de la patria. ¿Si tuviera temor hubiera vuelto sabiendo que su cabeza está a precio? Y si yo cuidara su vida y la mía ¿no habría impedido que regresara y antes que eso me hubiera marchado a reunírmelo en la Guadalupe para allí vivir tranquilos? Temo únicamente por el movimiento, por su fracaso, porque se nos frustre el sueño de independencia tantas veces hilvanado...

FARFÁN: ¿Piensa que puede haber otra delación? ¿Que surja otro padre Echeverría para recoger y llevar denuncias de timoratos?

JOAQUINA: ¡No...!

FARFÁN: Entonces, ¡no entiendo...!

JOAQUINA: Es que hay algo... No sé, no sé cómo decirlo...

FARFÁN: Usted me inquieta... ¿Qué es lo que hay?

ISABEL: ¿Qué acontece?

JOAQUINA: Debo comunicárselos, a eso vine... ¡Ocurre que yo estoy embarazada...!

FARFÁN: ¡¿Cómo?!

ISABEL: ¡Embarazada...!

JOAQUINA: ¿Se dan cuenta...? Ahora no hay peligro, pero ya comienza a notarse. Al principio no quise creerlo, mas, desde hace una semana tengo la evidencia...

ISABEL: ¿Y nada puede hacerse?... Usted sabe... Hay hierbas...

JOAQUINA: No, no lo haré nunca, es un hijo de José, un hijo de su amor.

FARFÁN: ¿Lo sabe José María?

JOAQUINA: Por eso ha ido al interior, piensa como yo, que debemos apresurar todo.

FARFÁN: Es grave lo de su embarazo. ¿Alguien más lo sabe?

JOAQUINA: Nadie. Me cuido mucho. No recibo visitas y hasta fingo que sufro una enfermedad del pecho para justificar mi reclusión. Pero no podré ocultarlo mucho tiempo. Me vigilan. Hace una hora estuve en casa el señor Corregidor. Debo ir a la Ermita del Carmen los domingos. Además, la vecina, María Josefa Herrera, me espía. Los doce mil pesos que ofrecen por la cabeza de mi esposo la tientan demasiado.

FARFÁN: Podría irse de la Provincia por algún tiempo mientras llega el niño...

JOAQUINA: ¿Y quién cuidará de José María? ¿Y del reparto de la propaganda y recaudación del dinero? Usted sabe que muy pocos somos los que movilizamos todo, después del primer fracaso hubo mucho ánimo decaído. La presencia de todos aquí es urgente para que el movimiento marche.

FARFÁN: ¡Es cierto! La acción de cada uno de ustedes es inestimable...

JOAQUINA: La de todos, Farfán; ustedes también se juegan la vida a cada instante en esas islas y mares.

FARFÁN: ¡Si todo fuera jugarse la vida!

JOAQUINA: A veces sí lo es, amigo mío. ¡Pienso que podemos morir o ser detenidos y me atero! Que descubran a José María. ¡Terrible! El movimiento se retardaría por quién sabe cuántos años... Y el pueblo americano seguiría con sus cadenas... Por eso les digo a todos: ¡Hay que vivir! ¡Y alcanzar la libertad y verla y gozarla! Yo anhelo mirarla en los ojos de mis hijos y de José María... Y algún día Farfán la miraré...

FARFÁN: (*Entusiasmado*) Todo se apresurará. Solicitaré dinero por donde vaya. Hagan aquí otro tanto... Ah, y que nadie sepa eso...

JOAQUINA: Y pensar que es un hijo el que ha traído esta preocupación...

FARFÁN: Él verá una patria libre y se la habremos dado nosotros...

JOAQUINA: Es cierto. Será feliz y libre.

(Tocan en la puerta con premura, Isabel abre, entra Isidra visiblemente turbada.)

ISIDRA: ¡Ha llegado el señor Corregidor y pregunta por usted, Isabel!

FARFÁN: *(Inquieto)* Don Gerónimo de Pimentel aquí...

JOAQUINA: ¡Ese hombre...!

ISIDRA: Viene hacia acá...

ISABEL: Rápido, ocúltense allí. *(Señala el nicho. A Isidra)*
Ayúdame a guardar esto...

(Ambas recogen los objetos de la mesa, los paquetes y el cajón escondiéndolos. Joaquina y Farfán se ocultan en el nicho. Isidra los tapa con un fardo. Segundos después entra el Corregidor seguido por Margarita.)

CORREGIDOR: Ah, por fin la encuentro...

ISABEL: Qué vergüenza tan grande, su señoría de visita en mi posada y apenas en este momento lo he sabido... Excúseme y tome asiento... *(Le acerca una silla.)*

CORREGIDOR: *(Sentándose)* Iba de paso, pero el calor es tan fuerte que decidí tomar uno de esos gratos refrescos que preparan aquí. *(Saca un pañuelo y se abanica el rostro.)*

ISABEL: Sabe su señoría que siempre estoy para servirlo. También hay bizcochos, ¿no siente el olor que llega del horno?

CORREGIDOR: Claro, claro. Son deliciosos sus bizcochos. Comeré algunos con el refresco...

ISABEL: Los deseos de su señoría honran mi posada... *(Se dirige a Isidra y Margarita)* Ah, pero ustedes, ¿qué hacen ahí? Vayan a preparar el refresco para su señoría y a buscar los bizcochos, que sean de los más doraditos...

(Salen Isidra y Margarita.)

CORREGIDOR: Tiene más sirvientes ahora. Veo que su negocio progres...

ISABEL: Las he empleado provisionalmente, pues están contratadas para ir a trabajar donde doña Joaquina Sánchez...

CORREGIDOR: Ah, esa pobre señora, tan hermosa, tan llena de bondades... En su casa estuve y supe de sus quebrantos... Cómo la estimo...

ISABEL: Y dicha señora debe sentirse honrada...

CORREGIDOR: Si supiera cómo lamento la triste situación en que la colocó el calavera de su marido... Qué manera de proceder para con su familia. ¿Se da cuenta? Menos mal que los niños están pequeños, pero ella ha sido la víctima. Qué hombre, a punto estuvo de sumir esta feliz Provincia en un caos de sangre y muerte. Sólo nos salvó la Providencia...

ISABEL: Así es como dice su señoría...

CORREGIDOR: ¡Qué catástrofe pretendía ese maldito...! ¡Todos iguales! ¡Los esclavos libres! ¿Imagina usted que es mujer cristiana lo que eso significa? Los negros iguales a los blancos y, para colmo, libres. ¡Qué desorden! ¿Quién iba a trabajar las haciendas? Seguramente que él... Ja, ja.

ISABEL: Pero dicen que doña Joaquina es muy piadosa...

CORREGIDOR: ¡Es un ángel sacrificado por ese demonio ambicioso! ¡Figúrese! Cuándo podrán llegar a ser iguales los negros y los indios a los blancos y nobles, si hasta en el mismo cielo hay jerarquías... Yo igual a un negro... se necesita valor... Menos mal que la gente de orden vio el abismo y no lo siguió, nos hubiéramos ahogado en lágrimas...

ISABEL: Su señoría hace que me estremezca...

CORREGIDOR: ¿No ha oído que en Francia han guillotinado a todo el mundo? Son locuras... Ah, pero sabemos que doña Joaquina no compartió sus planes, es una santa... Y a propósito, dígame... ¿Recibió los pañuelitos que le encargué? Son para regalarla...

ISABEL: Cómo lo siento no tenerlos aún, sólo dentro de una semana llegará la goleta que los trae... ¿Pero es verdad que serán para regalar a esa distinguida dama? Porque dicen que otras muchas suspiran por su señoría...

CORREGIDOR: (*Atusándose el bigote*) Ah, cosas de beatas habladoras...

(*Entra Isidra.*)

ISIDRA: (*Haciendo una reverencia*) Ya el fresco está preparado...

ISABEL: ¿Quiere su señoría tomarlo aquí o afuera bajo los uveros?

CORREGIDOR: Lo tomaré afuera, será mejor... Ah, qué clima sofocante el de este puerto, algo sofocante.

(*El Corregidor sale. Isabel e Isidra lo siguen. Segundos después Farfán y Joaquina salen del escondite.*)

JOAQUINA: Qué hombre repugnante...

FARFÁN: Chiss, debe irse pronto de aquí...

(*Entra Isabel.*)

ISABEL: Rápido, rápido, deben salir... Margarita los sacará mientras yo distraigo al señor Corregidor... (*Sale precipitadamente.*)

FARFÁN: (*Besando la mano de Joaquina*) Mucho ánimo, el movimiento se apresurará y pronto fijaremos la fecha tan anhelada... El pueblo americano será libre... Démele un abrazo a su esposo, ya le contaré todo a don Manuel Gual...

(*Margarita entra con un farol.*)

MARGARITA: Por aquí, vengan, hay que apresurarse.

(*Farfán y Joaquina se embozan y salen precedidos por Margarita.*)

Telón.

ACTO SEGUNDO

Escenario dividido en dos. En el lado derecho una callejuela, en el izquierdo sala en la casa de Joaquina Sánchez. La luz predomina en la estancia donde transcurre la escena. En la estancia hay dos puertas, una da a la calle y otra al interior, ambas están cerradas.



En escena Isidra se ocupa de limpiar un mueble, por la puerta que da al interior entra Margarita.

MARGARITA: Salgo en busca de Rafael, pues debe llevar un recado urgente de doña Joaquina a Pancho Fobles.

ISIDRA: Debe estar en la fuente buscando agua.

MARGARITA: Allá iré y si no lo buscaré en Palma Sola donde el zambo Domingo.

(Margarita sale, Isidra cierra la puerta tras ella. Joaquina entra por la puerta interior. Se advierte su premura de cuatro meses. En la mano lleva una carta.)

JOAQUINA: ¿Y Margarita?

ISIDRA: Ya salió, según su orden a buscar a Rafael...

JOAQUINA: Deseaba que pasara también por donde Ponte...

ISIDRA: Si usted quiere puedo ir yo.

JOAQUINA: No, ni por un segundo te debes mover de aquí, pues a todo el que venga a fisgonear has de decirle que continúo enferma.

ISIDRA: Es cierto. Hace poco pasó la criada de las Martínez, las mantuanas que viven cerca de la iglesia de San Pedro. Si hubiera oído con qué tono me preguntó por la salud de usted...

JOAQUINA: Ese constante preguntar por mis quebrantos ayer y hoy y luego el contenido de esto. (*Muestra la carta.*) No deja lugar a dudas de lo que hay... (*Camina nerviosa.*)

ISIDRA: ¿Es de las Palomares?

JOAQUINA: Sí, me invitan a la ceremonia que harán esta noche para entronizar a la imagen de la Virgen que les llegó de Sevilla. Me recomiendan que no deje de ir pues oficiará el presbítero López.

ISIDRA: Dicen que todo lo principal de La Guaira y Macuto estará allí.

JOAQUINA: Estoy desconcertada. Y cómo avisarle de esta novedad a José María. A lo mejor ya ha viajado de Santa Lucía hacia otra parte.

ISIDRA: Es una treta, no hay duda. Fíjese que todo ha venido luego que la María Josefa se asomó al tejadillo y la miró a usted en el baño.

JOAQUINA: Y bien de frente que lo hizo, ni tiempo tuve de ocultarme.

ISIDRA: Tiene que seguir aparentándose enferma...

JOAQUINA: Pero, ¿cómo hacerlo si la Josefa ha murmurado? Ya hasta doña Teresa Ocanto, la prima del comandante Vázquez Téllez, me ofreció su médico, lo hizo con cierta ironía.

(Por la calle llega el señor Corregidor. Toca en el portón.)

JOAQUINA: *(Al sentir los golpes)* A quien sea le dices que estoy recogida pues tengo dolor en el pecho...

(Joaquina va al interior, Isidra se dirige al portón y abre, entra el señor Corregidor. Trae un ramo de flores.)

ISIDRA: Ah, es usted, pase, su señoría sea bienvenido...
Sírvase tomar asiento.

CORREGIDOR: ¿Y la señora? Espero que ya esté mejorada...

ISIDRA: Ojalá fuera así, pero continúa con sus quebrantos, hace poco tuvo el dolor, pero con un ponche que le dimos logró quedarse dormida... ¡La pobre!

CORREGIDOR: *(Sentándose)* Qué lástima grande. Y vaya que lleva tiempo enferma su señora. Me han dicho que es la jaqueca, pero yo sospecho que puede ser algo peor. ¿Acaso no han llamado al doctor? Sé de uno llegado de Francia últimamente que trajo hojas de quina y tártaro bemético, grandes medicinas, dicen.

ISIDRA: Mi señora no cree sino en los remedios caseros, de todos modos le referiré las preocupaciones de su señoría.

CORREGIDOR: (*Incorporándose*) Ah, y dígale que se cuide mucho, su salud es muy preciosa.

ISIDRA: Es un honor para mi señora.

CORREGIDOR: Entréguele estas flores, son de Galipán encargadas especialmente para ella...

ISIDRA: Cuántas preocupaciones las de su señoría... Cómo se va a alegrar mi señora por tan gentil presente, le encantan las flores. (*Toma las flores.*)

CORREGIDOR: Es propio de las damas como ella. Pero dime, ¿sabe la señora de la ceremonia que habrá esta noche donde las Palomares? Será algo sumptuoso...

ISIDRA: Recibió una misiva de dicha familia... Ha debido ser invitándola...

CORREGIDOR: ¿Cree que irá? (*Se atusa los bigotes con pi-
cardía.*)

ISIDRA: ¡Con esos quebrantos! Quién sabe... Además su situación...

CORREGIDOR: Siendo algo religioso, doña Joaquina no debe poner reparos. Podría hasta pedirle a la santa madre de Dios muchas cosas... ¡Esa Virgen de Sevilla es muy milagrosa!

ISIDRA: Es verdad lo que dice su señoría.

CORREGIDOR: Bueno, ya he cumplido con informarme de la salud de doña Joaquina. (*Abanicándose con su pa-
ñuelo*) Ah, qué clima maldito y áspero el de este puerto. (*Sale hacia la calle.*)

ISIDRA: Todo lo diré a la señora, pierda usted cuidado. (*Cierra la puerta.*) También él... Ah, y que flores de Galipán ... Fatuo...

*(Por la calle llega María Josefa Herrera, mira el por-
tón de Joaquina y al Corregidor que se va. Detiéñese y
con visible expresión de quien urde una intriga toca el
portón.)*

ISIDRA: (*Abriendo*) Ah, si es la vecina María Josefa Herrera... Pase.

(*María Josefa pasa.*)

MARÍA JOSEFA: Pasaba por aquí y para no perder la costumbre decidí entrar un momentico para informarme por la señora. ¿Cómo sigue?

ISIDRA: Pues lo mismo... Ahora está dormida.

MARÍA JOSEFA: ¡Qué lástima, la pobre...! Y de lo que se va a perder...

ISIDRA: ¿De qué?

MARÍA JOSEFA: Pues de esa entronización de las Palomas. ¿La han invitado?

ISIDRA: Creo que sí, pero con esos quebrantos quizás no pueda ir.

MARÍA JOSEFA: Sería una pena que se perdiera de esa velada, ella que es tan buena católica. (*Mira las flores*) Qué bellas flores, tan frescas como lucen... ¿Algún regalo?

ISIDRA: Son un obsequio del señor Corregidor para doña Joaquina.

MARÍA JOSEFA: ¿Del Corregidor? ¡Qué honor! ¿Las envió?

ISIDRA: No, las trajo él mismo.

MARÍA JOSEFA: Es muy gentil su señoría. Y he oído decir que se preocupa muchísimo por la salud de doña Joaquina.

ISIDRA: Sí, es muy atento para con la señora... Pero si usted gusta tomar asiento... (*Coloca las flores en un jarrón.*)

MARÍA JOSEFA: No, gracias, sólo vine un momentico para saber de la doña... Me apena tanto su estado... Pero ella es joven y debe reponerse... Además, no debe ser grave lo que tiene, ¿verdad? Por ahí dicen que puede estar tísica. Para usted eso sería serio, ya sabe, por el contagio. Cómo se pega esa enfermedad.

ISIDRA: Mi señora cree que es el hígado...

MARÍA JOSEFA: El hígado mata... Pero para mí lo que necesita tu señora es distraerse, salir, tomar aire, olvidarse de preocupaciones... ¿Desde cuándo no sabe de su esposo...?

ISIDRA: (*Hace un gesto de desconsuelo con la cara mientras mueve la cabeza*) No ha vuelto a saber nada de él.

MARÍA JOSEFA: Qué calamidad esa... ¿Y no han venido a verla los Ponte?

ISIDRA: No, no han venido. ¿Acaso están en La Guaira? Los hacía en Canarias.

MARÍA JOSEFA: Dicen que llegaron la semana pasada, y como eran tan asiduos de esta casa...

ISIDRA: Ya sabe usted cómo se ha alejado la gente de aquí.

MARÍA JOSEFA: Así es el mundo. A nosotras desde que quedamos pobres y le dio esa parálisis a mamá muchos casi ni nos miran... Pero no pierdo las esperanzas de tener dinero algún día y entonces ya verá quien venga a buscarnos... Te estoy quitando el tiempo. Fíjate el ratico lo que se volvió... Me voy... (*Se incorpora*) Salúdame a la doña y que seguiré pidiendo a los santos por su salud. (*Sale, Isidra cierra la puerta.*)

ISIDRA: Que la oigan... (*Una vez ha salido*) ¡Víbora...!

(*Entra Joaquina.*)

JOAQUINA: ¡La hipócrita! (*Mostrándole las flores.*)

ISIDRA: Las trajo el señor Corregidor.

JOAQUINA: Van tres visitas esta semana.

ISIDRA: Y preguntó lo mismo que la mujer esa, si usted había sido invitada a la ceremonia de las Palomares... ¿No le parece raro?

JOAQUINA: Sí, y estoy como aturdida... Ojalá no tarde Margarita, debo enviar una nota a mi hermano para que entere de todo a José... Esto es una calamidad...

(*Llegan Margarita y Rafael, tocan, Joaquina se esconde, Isidra abre.*)

ISIDRA: (Para que oiga Joaquina) Son Margarita y Rafael.
(*Joaquina vuelve a escena.*)

RAFAEL: (A Joaquina) Ya cumplí su encargo, me dijeron que los papeles fueron enviados y que no ha llegado ninguna correspondencia de Jamaica. Las lanzas y machetes están siendo distribuidas poco a poco... y que piense mucho lo que va a hacer.

JOAQUINA: En eso estoy, pero apenas comienzo a cavilar me invade un desasosiego extraño. (*Saca un papel y tinta de la mesita y con premura escribe algo. Lee, dobla el papel y lo entrega a Rafael*) Lleva esto a mi hermano y regresa rápido. En caso de contratiempo te lo comes...

(*Rafael toma el papel lo guarda y sale. Joaquina se deja caer como agobiada sobre una silla.*)

ISIDRA: Le prepararé un baño tibio, le calmará los nervios...

JOAQUINA: Bueno...

(*Isidra sale. Por la calle llega Isabel y tocan la puerta. Joaquina se turba.*)

MARGARITA: ¿Quién es?

ISABEL: Yo...

MARGARITA: Es Isabel... (*Abre, entra Isabel.*)

JOAQUINA: ¿Tú? ¿Qué te ocurre... ?

ISABEL: No he debido venir a esta hora, pero me arriesgué a hacerlo porque he oído algunas cosas alarmantes en el mercado...

JOAQUINA: ¿Qué cosas?

ISABEL: Algo serio: la criada de Iturriza y el mulatito de don Joaquín García me han dicho que en sus casas se rumora que usted no sufre quebrantos sino que está embarazada... Figúrese...

JOAQUINA: (Incorporándose) No, no digas... Entonces, ¿ya es un rumor público?

ISABEL: La sorpresa me dejó aturdida. No pude averiguar más y me vine acá... ¿Cómo ha podido trascender eso? ¿Ha habido alguna imprudencia?

JOAQUINA: María Josefa Herrera desde su tejado espió cuando me bañaba.

ISABEL: ¡Esa bandida! ¿Y ahora, qué hacemos?

JOAQUINA: En eso estoy... Y para colmo las Palomares me han invitado para su ceremonia de esta noche... Ya ves, es toda una cadena...

ISABEL: Te habían vuelto la espalda...

JOAQUINA: Por eso es extraña la invitación...

ISABEL: Creo que no debes ir, insiste en que estás quebrantada. ¡Es necesario que nadie te vea, que no se pueda confirmar el rumor! Debemos ganar tiempo, quizás todo pueda efectuarse pronto...

JOAQUINA: (*Mueve la cabeza con desaliento*) Nada hay seguro aún...

ISABEL: Por eso mismo tienes que permanecer oculta...

JOAQUINA: Si esa mujer me vio no puedo seguir fingiendo. Con sólo el Comandante de Armas hacerme comprender a su presencia estoy descubierta...

MARGARITA: ¿Juzgarán que don José María está en la Provincia?

JOAQUINA: Tienen que imaginarlo... o si no pensarán que... Ah, pero para mí también sería terrible...

MARGARITA: (*Deduciendo algo*) Ah, ¿sabe usted?... La vecina María Josefa cree...

JOAQUINA: ¿Qué cree?

MARGARITA: Pues cuando salgo y me la encuentro no hace sino interrogarme para averiguar si entre usted y el señor Corregidor o uno de los Ponte hay algo...

JOAQUINA: Entonces esa bicha supone que yo... Miserable...

ISABEL: Es una serpiente... Ah, pero Joaquina, ¿no es mejor que lo imagine así?

JOAQUINA: En eso pienso, es cierto. Mas ¿y mi honra? ¿Y la dignidad de José y la de mis hijos? ¿A qué desprecios me expongo? ¿No será tratada por todas esas mantuanas orgullosas como una cualquiera? Ya me parece verme despreciada, vilipendiada, acosada... ¡Es terrible...!

ISABEL: ¡Es cierto!

JOAQUINA: Seré como una prostituta cualquiera. Peor, porque ellas no tienen maridos prófugos a quienes traicionar... Maridos prófugos. (*Se lleva las manos al rostro*) Ah, pero si no imaginan eso y se dan a pensar la verdad. ¿Qué será de todos? ¿De la Revolución, de José María, de mis hijos, de la patria que soñamos crear?

ISABEL: No quiero ni pensarlo.

MARGARITA: ¡Quedarán siempre el Rey y los mantuanos!

JOAQUINA: ¿Por qué no estará aquí José?

ISABEL: Si usted y él pudieran salir de la Provincia...

JOAQUINA: ¿Huir? ¿Huir? ¿Quién habla de huir? ¡Ah, huir! ¡Es cierto! Ir a otra parte, vivir felices con nuestros hijos. No tener tormentos, no sentir sobre uno constantemente el peligro de la horca, del verdugo. Poder mirar con tranquilidad las flores, el cielo, los niños. Andar por la calle con sosiego. Poder hablar sin medir las palabras. ¡Vivir apaciblemente! ¿Pero es eso vida? ¿Y la libertad? ¿Y esa patria feliz que tanto deseamos crear? ¡Sería una traición a algo puro, hermoso...!

ISABEL: ¡Lo que ocurre es terrible!

JOAQUINA: Pero más es dar la espalda a todo y vivir sin rumbo. ¿Acaso no somos un eslabón de la cadena humana y con la tarea de crear algo mejor para los que vengan después? ¡Odio lo cobarde, lo estéril, lo muerto!

ISABEL: ¡Que situación esta...!

JOAQUINA: ¿Cómo podría vivir después si huyera cómodamente abandonando mi deber? Sería como hundir-

me en un pozo oscuro de remordimiento. Tengo que proseguir hacia adelante. Que crezca el rumor, no importa, yo le daré frente... Y José me apoyará...

ISABEL: Hay un gran peligro, además tendrás que escoger y sabes lo que podrá decirse.

JOAQUINA: Ya está decidido. (*Se yergue vigorosa*) No podrán decir sino que soy una mujer liviana que ha traicionado a su marido ausente. Dirán eso a los cuatro vientos, pero nosotros proseguiremos hacia adelante en busca de una patria. Que lo digan, no importa. Peor sería que ahora todo se hundiera.

MARGARITA: Es verdad.

JOAQUINA: Ya no podremos retroceder. (*Entra Isidra, Joaquina se dirige a ella*) Apúrame el baño y me prepararás un vestido negro, aquel que no uso desde hace años. Tiene cintillas rosa. Con un buen corset y un corpiño ajustado, ¡disimularé! (*A Isabel*) Tú saldrás mañana mismo para Curazao, es necesario que todo se apresure. Gual debe venirse y Farfán despachar las armas.

ISABEL: ¿Qué piensa hacer?

JOAQUINA: Dejaré la reclusión. Iré a la ceremonia de las Palomares y mañana oiré misa en San Pedro. Me verán todos... (*A Margarita*) Le dirás al negro Matías que me alquile un coche y avisa a los sobrinos de Ponte para que me acompañen... Una mujer liviana. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

ISABEL: ¡Joaquina...!

ISIDRA: ¿Entonces?

JOAQUINA: Hay dos caminos terribles y escojo. No es cuestión de huir atemorizados sino de proseguir con decisión hasta el triunfo. (*A Isidra y Margarita*) Vayan a hacer lo que les he indicado.

(Isidra y Margarita salen, la primera hacia adentro y la otra a la calle. Isabel toma con calor una mano de Joaquina.)

Telón.

ACTO TERCERO

El mismo escenario del acto segundo. La calle está débilmente iluminada, predominando la luz en la estancia, donde Joaquina e Isidra hablan.

Yyyyoo

JOAQUINA: ¿Aún no ha regresado Isabel?

ISIDRA: Me informaron en la posada que la esperan para mañana.

JOAQUINA: En las cartas me dicen que con ella vendrá disfrazado Manuel Gual. Hay que ampliar el escondite para que quepan él y José.

ISIDRA: ¿Don José, vendrá por fin pasado mañana?

JOAQUINA: Si deja todo arreglado en Carayaca estará aquí al anochecer...

(*Llega Margarita, toca. Isidra le abre y entra.*)

MARGARITA: Continúan en la calle los comentarios y las maledicencias.

JOAQUINA: ¿Has oído algo más?

MARGARITA: Dicen donde los Blanco que ya usted ha perdido la lista de amantes... Y que esta casa es una Sodoma y Gomorra...

ISIDRA: La María Josefa Herrera cuando entra o sale de su casa, da la vuelta por la manzana para no pasar por nuestra puerta...

MARGARITA: Anda regando por allí que se mudará, pues la perjudica vivir al lado de una gente de dudosa reputación...

JOAQUINA: Eso sería magnífico... (*A Margarita*) Prepárame el vestido negro y el pañolón y para ti la manteleta blanca, pues debes acompañarme esta noche a una reunión importante en El Guamacho...

MARGARITA: Voy a eso entonces. (*Va al interior.*)

JOAQUINA: Ojalá podamos iniciar el movimiento pronto...
José María y Gual lo decidirán una vez que lleguen.

(Por la calle llega el padre Echeverría, toca en la puerta de Joaquina. Isidra abre.)

ISIDRA: Es el padre Echeverría.

(Éste entra.)

JOAQUINA: Ah usted... ¿Qué desea? ¿Por qué viene a mi casa?

PADRE: Necesitaba hablarte...

(Isidra va al interior.)

JOAQUINA: ¿Después de lo que hizo hace dos años?

PADRE: Cumplí un deber cuando recibí la denuncia sobre la conspiración que me hicieron dos feligreses, no tuve otro camino sino informar a mi superior el Arzobispo. Ignoraba que José, mi amigo, mi hermano casi, estuviera en el complot. Pero no es de eso que quería hablarte. ¡Felizmente José está a salvo en el exterior y ojalá nunca más vuelva a esta Provincia donde su vida peligra!

JOAQUINA: ¿Qué quiere entonces...?

PADRE: Debo ocuparme de tu conducta. *(Le señala el vientre)* Has dado motivo para ello.

JOAQUINA: ¿Por qué debe usted ocuparse de eso?

PADRE: Aún eres la esposa de José y la madre de sus hijos... Su reputación y la tuya corren por el arroyo. Has dado escándalos. Se habla de que debes ser sacada de La Guaira como un ser indeseable.

JOAQUINA: *(Alarmada)* ¿Yo sacada de La Guaira?

PADRE: Me apena lo que podrá sufrir José cuando se entere de todo. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué tales extravíos? Tú eras una mujer honesta. ¡Hasta te admiraba!

JOAQUINA: ¡Una mujer honesta! ¡Ja!

PADRE: Debes volver al buen camino antes de que sea demasiado tarde... Acuérdate de la Santa Magdalena...

JOAQUINA: (*Como abstraída*) ¡De manera que piensan sacarme!

PADRE: (*Mueve la cabeza afirmativamente*) Si en algo puedo ayudarte y prometes tomar la buena senda, búscame...
(Sale con lentitud.)

JOAQUINA: (*Una vez ido el padre Echeverría y como reaccionando*) Tengo que avisar a mi hermano y a José rápidamente. (*Llama*) ¡Isidra! ¡Margarita!

ISIDRA: (*Entrando*) ¿Qué ocurre?

JOAQUINA: Algo serio, vamos a buscar a Margarita, pues debe llevarme unos recados pronto...

(Joaquina va al interior, la estancia se va quedando dentro de una penumbra tenue mientras se ilumina con lentitud la calle, por ella llegan Vázquez Téllez y el Corregidor.)

CORREGIDOR: Pues, comandante Vázquez, comparto su idea de hacer este interrogatorio. Es necesario saber a qué atenernos.

VÁZQUEZ: La buena sociedad está alarmada. Tanta liviandad no se había visto en estas provincias cuya gente ha sido temerosa siempre de las buenas costumbres...

CORREGIDOR: Pero ella parece que está sin cuidado, es propio en mujeres así.

VÁZQUEZ: Tendrá que salir de este puerto. Muchas familias lo han pedido, sobre todo después del sermón del párroco de San Pedro anatemizando la deshonestidad...

CORREGIDOR: Fue directo...

VÁZQUEZ: Pero yo tengo mis dudas, ¿sabe? Y el capitán García también. Hasta teme que el embarazo de esa señora pueda deberse a que su marido desafiando la justicia del Rey la haya visitado alguna vez...

CORREGIDOR: Ja, ja... Es risible. Eso sería dudar de vuestro celo y la vigilancia en la persecución de los enemigos de nuestro señor el Rey.

VÁZQUEZ: Así es, así es... Sería dudar de mi celo... Cier-

to... Comparto la opinión general: ¡Lo que hay es corrupción, deshonestidad! ¿Y sabe que se habla de un amante? O de más de uno...

CORREGIDOR: Quisiera saber quién o quiénes son... Ha sido el colmo en esa señora... ¡El colmo! ¡Tener un amante en nuestras propias narices! ¡Una burla!

VÁZQUEZ: ¿Sabe su excelencia que muchas personas han sospechado de que podría ser usted uno de ellos?

CORREGIDOR: ¿Se ha murmurado eso? ¡Qué puerto este de beatas calumniadoras! ¡Espero que no lo haya creído usted...! Ah, decir eso de mí que para tratar a alguien requiero que sea cristiano viejo y fiel servidor de su Majestad...

VÁZQUEZ: Comprendo su preocupación...

CORREGIDOR: ¡Y no es para menos...! Yo su amante, Dios me ampare. (*Se persigna.*)

VÁZQUEZ: (*Mostrando*) Ahí viene la comisión para el interrogatorio.

(*Llega un oficial, dos soldados y un escribiente.*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) A la orden, Señor Comandante.

VÁZQUEZ: Podemos proceder, toque la puerta...

(*El Oficial I toca con un pomo de su espada en el portón de Joaquina.*)

OFICIAL I: (*Tocando más recio*) ¡Por orden del Rey, abrid...!

(*La sala de Joaquina se ilumina, Isidra llega y abre.*)

VÁZQUEZ: Dile a tu señora que venimos a practicar un interrogatorio y un registro. Deseamos que comparezca aquí inmediatamente.

(*Todos entran.*)

ISIDRA: La señora está recogida.

VÁZQUEZ: ¡Haga lo que le ordeno, pronto!

ISIDRA: El señor será obedecido...

(*Va al interior.*)

VÁZQUEZ: (Al Oficial I) Registra toda la casa. Vaya con dos soldados. Interrogue a la servidumbre.

(Entra Joaquina.)

JOAQUINA: Buenos días comandante Vázquez Téllez, buenos días señor Corregidor. ¿Qué ocurre? Me ha dicho una de mis sirvientas que piensa practicar un registro en mi morada, ¿es cierto?

VÁZQUEZ: (Saludándola con una leve inclinación de cabeza) Así es señora. En nombre del Rey y por órdenes del señor Capitán General. También la interrogaremos a usted.

JOAQUINA: ¿Un interrogatorio? ¿A mí?

VÁZQUEZ: El servicio de la Corona así lo exige.

JOAQUINA: Pero, ¿a esta hora...?

VÁZQUEZ: Para nosotros es la más apropiada.

JOAQUINA: Es un atropello.

VÁZQUEZ: No hay tal cuando se trata de salvaguardar los intereses sagrados de su Majestad. (Al Oficial I) Proceda a cumplir mis órdenes.

OFICIAL I: (Se cuadra, luego dirigiéndose a los soldados) Vamos... (Va al interior seguido por los soldados.)

VÁZQUEZ: (Al Escribiente) Acerque la mesa y una silla... (A Joaquina) Puede usted tomar asiento...

JOAQUINA: Esto es un atropello. (Se sienta.)

VÁZQUEZ: (Al Escribiente) Siéntese usted por allí y escriba todo cuanto yo pregunte y aquello que responda la interrogada.

(El Escribiente toma otra silla y se coloca en actitud de escribir.)

JOAQUINA: No sé qué pretende usted.

VÁZQUEZ: (Al Escribiente) Esciba. (Dicta:)

«Hoy cuatro de abril de 1799, en cumplimiento del Real Servicio de su Majestad, el Comandante de Ar-

mas de este puerto de La Guaira José Vázquez Téllez, ordenó y practicó un registro en la casa de Joaquina Sánchez, mujer del reo de Estado, prófugo José María España, así mismo... interrogó a la dicha Joaquina del siguiente tenor...». (*Al Escribiente*) ¿Ha escrito usted?

ESCRIBIENTE: Concluyo lo que ha dictado el señor Comandante.

VÁZQUEZ: (*Al Escribiente*) Seguirá de acuerdo con el interrogatorio. (*A Joaquina*) Tenemos noticias de que su esposo sigue en la isla de Trinidad y en otras de las Antillas sus nefastos planes contra el gobierno de su Majestad... ¿Sabe usted algo al respecto...?

JOAQUINA: Nada de eso.

VÁZQUEZ: ¿Tiene usted noticias orales o escritas de Manuel Gual, Félix Farfán o Juan Manzanares?

JOAQUINA: Ignoro a esas personas...

VÁZQUEZ: ¿Y de su esposo? (*Joaquina guarda silencio y mira por toda la estancia.*) Le pregunto por su esposo. ¿Qué ha sabido de él?

JOAQUINA: Nada he sabido desde que salió de este puerto.

VÁZQUEZ: ¿Pretende hacernos creer que no le ha enviado cartas, ni le ha remitido noticias de su paradero?

JOAQUINA: Así es.

VÁZQUEZ: ¿Se da usted cuenta de lo que dice? ¿De manera que su marido la ignora desde hace casi dos años?

JOAQUINA: No sé nada de él.

VÁZQUEZ: Se dice que es posible que la haya visitado; que quizás estuvo en este puerto furtivamente y luego volvió a marcharse. ¿Ha ocurrido eso?

JOAQUINA: ¿Podría él burlar la vigilancia que usted ejerce sobre estas costas? Además, ¿para qué habría de venir?

VÁZQUEZ: Entonces, ¿afirma que no lo ha visto?, ¿que nada sabe de él?

JOAQUINA: Nada he sabido ni sé de él.

VÁZQUEZ: Pero entonces, señora, ¿se da cuenta?

JOAQUINA: Usted me pregunta y yo respondo...

VÁZQUEZ: Es que... si él no la ha visitado, si usted nada sabe de él desde aquella noche cuando pudo descubrirse lo que tramaba... si no lo ve desde entonces... desde hace más de veinticuatro meses... Señora... francamente...

JOAQUINA: Mi esposo es un prófugo de la justicia del Rey y nada sé ni quiero saber de él.

VÁZQUEZ: (*Violento*) Ah, que cosa. ¿Y esa preñez manifiesta? ¿Qué significa?

JOAQUINA: (*Serena*) ¿Qué piensa? ¿Acaso es José María el único hombre que existe? En este puerto hay mucho galán joven y osado...

VÁZQUEZ: ¡Eh! (*Al Corregidor*) ¿Ha oído? ¿Ha oido bien claro? ¡Qué viviandad, qué cinismo...!

CORREGIDOR: Señora... es inaudito, inaudito... ¡Una burla para todos! ¡Una verdadera burla! ¡Qué disipación!

(*Entra el Oficial I acompañado de los soldados.*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) Han sido registradas todas las dependencias de la vivienda sin hallar novedad. Los criados y servidumbre han sido interrogados...

VÁZQUEZ: ¿Qué averiguó?

OFICIAL I: Todos han respondido que nada saben del reo España... Ni de los... asuntos de la señora... Dijeron ser celosos vasallos de su Majestad.

VÁZQUEZ: Está bien. (*El oficial I se retira al fondo con los soldados.*) (*A Joaquina*) ¿Sabe usted que su conducta pública tiene alarmada la honorable sociedad de este puerto?

(*Joaquina vuelve el rostro con altivez desviándolo del Comandante.*)

CORREGIDOR: Es algo lamentable.

VÁZQUEZ: Pensé amonestarla, pero en vista de la forma

inmoral, sencillamente inmoral de su respuesta, y a petición de muchas familias, me veré obligado a hacerla desocupar La Guaira.

JOAQUINA: ¿Qué quiere usted decir? No veo por qué va a proceder así contra mí.

VÁZQUEZ: Solicitaré del señor Capitán General que la confine a otra parte. A las damas decentes de este puerto les sería difícil encontrarse con usted sin enojarse. Tendrá que irse de estas costas...

JOAQUINA: Siempre he vivido en ellas...

VÁZQUEZ: (*Con ironía manifiesta y melifluidad*) Y usted ama su solar nativo, es claro. Quizás podría dejarla. No soy un hombre cruel, que digamos. ¿Querría usted quedarse? (*Joaquina guarda silencio.*) (*Vázquez con fingida e irónica gentileza*) Me doy cuenta de que quiere quedarse... El amor, la pasión, en fin, ...es duro separarse de brazos amantes... ¿Verdad?

JOAQUINA: ¿Qué pretende insinuar?

VÁZQUEZ: Quizás nos entendamos... Podría hacerme la vista gorda ante su conducta. No oír a las damas recatadas... A veces soy sordo, pero usted me dejaría oír una sola cosa... Una sola cosa.

JOAQUINA: ¿A dónde quiere ir a parar?

VÁZQUEZ: No se ponga nerviosa... Tenga calma... Sólo me diría usted una cosa...

JOAQUINA: ¿Qué cosa?

VÁZQUEZ: Si su esposo ha viajado de Martinica a Trinidad con un armamento. ¿Ha viajado o no? (*Melifluo*) Este es un puerto agradable. ¿Verdad? Y usted quiere quedarse en él con sus hijos y... sus otros cariños... ¿Sí o no?

JOAQUINA: Es usted un... buen servidor del Rey...

VÁZQUEZ: Así es... Pero, vamos, ¿desearía quedarse?

JOAQUINA: Desearía una sola cosa... No verlo a usted en mi casa...

VÁZQUEZ: ¿Es su última respuesta?

JOAQUINA: ¡Sí!

VÁZQUEZ: Entonces lamento decirle que procederé a escribirle sobre su caso Señor Capitán General. ¡Y no escribiré con pluma de ángel! (*Al Oficial I*) ¡Salgamos!

(El Corregidor y Vázquez saludan levemente a Joaquina y salen. Los siguen los soldados, el Oficial I y el Escriviente. En la calle, Vázquez dice algo en el oído al Corregidor, éste asiente, se emboza en su capa y se oculta cerca del portón de Joaquina. Los otros del grupo marchan. En la estancia Joaquina ha quedado anonadada.)

JOAQUINA: (Recobrándose) Isidra, Margarita, Rafael... (*Llama recio y entran los tres.*)

ISIDRA: ¿Qué ha ocurrido? Afuera no han encontrado nada, ni siquiera vieron el escondite de don José...

MARGARITA: Estuve temblando. Menos mal que él estaba afuera.

RAFAEL: Nadie habló...

JOAQUINA: Todo está a punto de ser descubierto... Además, piensan sacarme de La Guaira... Lo que hemos preparado con tanto celo puede derrumbarse... Hay que proceder con rapidez...

ISIDRA: ¿Qué podemos hacer?

JOAQUINA: Tienen que salir ahora mismo a dar aviso a diferentes lugares... Tú Rafael irás a las haciendas de Naiguatá, los Caracas, y Caraballeda. Hablarás con los esclavos comprometidos y los negros cimarrones, les dirás que deben estar preparados con machetes, picas, lanzas y garrotes para cuando les enviemos la orden. Que entonces se dirijan a El Guamacho. Nosotros aquí asaltaremos el vigía, el cuartel de la pólvora y la cárcel... Una vez tomada La Guaira iremos sobre Caracas y El Tuy... La consigna es: Viva el pueblo soberano... Que traigan las escarapelas y las banderas y proclamen por donde pasen que ha cesado la esclavitud...

RAFAEL: Todo lo diré...

JOAQUINA: Ve y arréglate... (*Rafael va al interior.*) (*A Isidra*)

Tú saldrás ahora mismo para Carayaca donde mi hermano para que él comunique a José María lo que ocurre... (*A Margarita*) Y tú Margarita, irás a la posada de Isabel a ver si ha llegado don Manuel Gual para que venga cuanto antes. Luego pasa por casa de Matías y le dices que tenga preparada a su gente y que avise a Domingo para que haga otro tanto... Yo iré sola a El Guamacho y llevaré estas novedades... Creo que no debemos retardar la acción...

ISIDRA: (*A Margarita*) Vamos a prepararnos...

(*Van al interior. Llega Rafael. Trae sombrero y un garrote con bojotico en la punta.*)

RAFAEL: Salgo entonces. ¿Y si alguien me pregunta a qué voy a las haciendas?

JOAQUINA: Dirás que estoy antojada de comer frutas de por allá.

RAFAEL: Eso diré.

(*Sale. Una vez en la calle mira a todas partes y camina. El Corregidor al verle sale de su escondite y lo sigue.*)

JOAQUINA: Y ahora a iniciar la jornada decisiva.

Telón.

ACTO CUARTO

Sala de batidera en la Comandancia de Armas de La Guaira. Al fondo una gran puerta de arco se abre a un pasadizo que conduce a los otros departamentos del cuartel. En la parte derecha una ventana con rejas. Retrato del Rey.



Vázquez Téllez, comandante de Armas, se pasea nervioso por la habitación. Entra el Oficial I.

OFICIAL I: (*Saluda*) Comandante, sus órdenes han sido

cumplidas, ya salió una compañía hacia la casa de Joaquina Sánchez.

VÁZQUEZ: (*Inquieto*) ¿Escogió oficiales de confianza?

OFICIAL I: Todos los jefes escogidos son fieles servidores de su Majestad.

VÁZQUEZ: ¡¡Muy bien!! ¿Salió el mensajero con el parte confidencial para el señor Capitán General? Es urgente que tengamos refuerzos de tropa hoy mismo.

OFICIAL I: Va en camino.

VÁZQUEZ: Hay que aprestar otro para que salga a las doce con informes detallados. No sé cómo iré a hacer esos informes. Sólo tenemos la punta de un hilo en todo este asunto.

OFICIAL I: Quizás con la requisita que ha ordenado...

VÁZQUEZ: (*Enojado*) Quizás... ¿Qué hago con un quizás para redactar un informe? ¿Se da usted cuenta de lo que hay entre manos? Es gravísimo. A lo mejor todo un complot abominable de quién sabe qué proporciones.

OFICIAL I: ¿Alguna otra orden?

VÁZQUEZ: No, puede retirarse. Cualquier novedad me la pasa enseguida.

(*El Oficial I se retira pero cuando llega a la puerta ve a alguien que viene y anuncia:*)

OFICIAL I: (*Cuadrándose*) El señor Corregidor don Gerónimo de Pimentel...

(*Entra el Corregidor, el Oficial I sale.*)

VÁZQUEZ: Muy bien que haya venido temprano. Creo que todo esto es más serio de lo que pensamos en los primeros momentos. (*Muestra una silla al Corregidor.*)

CORREGIDOR: (*Sentándose como sofocado*) Así parece, Comandante. Vengo alarmado. ¿Es cierto que por el camino de Caracas han apresado a otros negros armados?

VÁZQUEZ: Es cierto.

CORREGIDOR: Es una situación peligrosa. ¿Y de las Sánchez qué hay?

VÁZQUEZ: Envié una comisión con orden de registrar su casa y traer detenidas a las Sánchez.

CORREGIDOR: ¿Cree usted que ella haya sido capaz?

VÁZQUEZ: No sé, he estado pensando en muchas cosas. Quizás exista una trama más seria y no sea sólo cosas de unos pocos negros esclavos como imaginamos cuando usted me comunicó lo que le había confesado el manumiso de Anselmo y ordené apresarlo junto con el negro Rafael.

CORREGIDOR: No he dormido por lo mismo. Y pensar que de no haberseme ocurrido seguir a Rafael y sorprenderlo con Anselmo podríamos estar ya anegados en sangre.

VÁZQUEZ: ¡Fue usted hábil y ha prestado un gran servicio a la Corona!

CORREGIDOR: Las sospechas que tuve cuando lo vi ir a las haciendas no me engañaron. Y luego decirme que andaba por allí buscando cambures para su dueña doña Joaquina... Ah, ¿pero ya lo ha interrogado?

VÁZQUEZ: Toda la noche estuvimos en eso y nada hemos sacado. Sólo insiste en que andaba buscando cambures. Por su parte, Anselmo afirma que Rafael lo invitó para un alzamiento armado contra el Rey y los señores.

CORREGIDOR: Lo mismo me confesó a mí. ¡Qué horror! ¿Y de los cabecillas qué pistas hay?

VÁZQUEZ: Nada, nada, aquí me tiene usted sin haber pegado los ojos, con el compromiso de enviar un informe detallado al señor Capitán General y con sólo la declaración del manumiso Anselmo.

CORREGIDOR: Ése a lo mejor nada sabe... Quizás el otro...

VÁZQUEZ: ¿Rafael? Ese es la clave, pero ni con los cien vergazos que le hice dar habló. Lo esperaba a usted

para ver si hacíamos algo más enérgico, algo que, en fin...

CORREGIDOR: Claro, claro. Figúrese usted, la sociedad está en peligro, pienso que puede haber oculta una sublevación de negros y pardos, y me aterro. ¡Sería espantoso! Nos asesinarían, acabarían con las propiedades. Establecerían una República. ¡Uff! Me sofoca el sólo pensarlo.

VÁZQUEZ: Ninguno de nosotros quedaría para contarla.
¡Pienso en Francia!

(*Entra el Oficial I.*)

OFICIAL I: (*Saludando*) Comandante, han llegado los señores dueños de las haciendas de Naiguatá, Tarma y Caraballeda, de urgencia quieren hablar con usted.

VÁZQUEZ: Dígales que aguarden, ahora estaré con ellos.
(*Sale el Oficial I.*) (*Al Corregidor*) Hay una alarma general entre los ricos y hacendados. (*Camina nervioso.*)

CORREGIDOR: Y no es para menos, ¡podemos estar al borde de una degollina! Ah, esas malditas ideas de este siglo, cómo corrompen al bajo pueblo y a quienes por ley natural y divina deben ser sumisos.

VÁZQUEZ: Una revolución de pardos y negros será malo para ellos como para nosotros. Hablaré con los hacendados, les pediré ayuda, hay que hacer un registro de armas en sus haciendas.

CORREGIDOR: ¿Antes de saber todo cuánto hay? No me parece. Se alamarán más y quizás hasta prefieran huir hacia Caracas.

VÁZQUEZ: Es cierto, es cierto. (*Como tomando una rápida solución y gritando hacia la puerta*) ¡Oficial de guardia! ¡Oficial!

OFICIAL I: (*Entrando y saludando*) A la orden Comandante.

VÁZQUEZ: Traiga aquí al detenido Rafael.

OFICIAL I: Muy bien Comandante. ¡Habrá que quitarle el par de grillos!

VÁZQUEZ: Quíteselos, pero déjale las esposas y cadenas.

(El Oficial I sale.)

CORREGIDOR: Tenemos que hacer hablar a ese negro. Que diga si hay cabecillas y quiénes son. Es importante, pues no creo que hayan sido cuestiones de él solo. Además, eso de ir por razón de gusto a soliviantar a los otros esclavos no puede ser, aunque esos bichos son capaces de todo, son como animales. ¡Cruellos! Me da escalofrío pensar en ese negraje alzado. Yo los he visto en los cañaverales manejando los machetes: iracundos, sudorosos y los machetes brillando ¡Zas! ¡Zas! *(Se pasa la mano por el cuello)* ¡Desde anoche no pienso sino en negros y machetes!

VÁZQUEZ: Y yo lo mismo... y en que todo eso puede tener relación con la Sánchez y el complot de hace dos años. Sería como estar sobre un polvorín. Además el embarazo de esa mujer...

CORREGIDOR: Tan sospechoso como es. ¡Tan sospechoso!

(Entra el Oficial I y dos soldados. Éstos traen a Rafael quien lleva esposas y cadenas. Se muestra agobiado.)

VÁZQUEZ: *(Enérgico y señalando la banqueta)* ¡Siéntenlo allí! *(Los soldados empujan al negro sobre la banqueta.)* *(Al Oficial I)* Puede retirarse. *(Salen el Oficial I y los soldados. Vázquez se vuelve hacia Rafael como meditando las preguntas)* Tú has dicho que nada sabes de lo que confesó tu compinche Anselmo, pero tenemos pruebas de que estás enterado de muchas cosas. Vamos: ¿Por qué lo invitaste a la rebelión? *(Rafael Hunde la cabeza entre los hombros sin contestar.)* Di, ¿qué pretendías con eso? *(Rafael mira el suelo como receloso.)* *(Vázquez impaciente)* Lo sabemos todo, es inútil que calles, hemos agarrado a otros de tus cómplices y ya han confesado. Tendrán una recompensa por eso. Si hablas también recibirás la tuya. No seas zoquete, negro...

CORREGIDOR: Serán recompensados magníficamente...

RAFAEL: *(Receloso)* ¿Anselmo habló?

VÁZQUEZ: Claro que habló, no es ningún tonto.

RAFAEL: ¡Maldito!

VÁZQUEZ: Ja, ja, no es como tú. Ahora tendrá buenas monedas de oro.

RAFAEL: ¡Traidor! ¡Maldito! ¡Eso es Anselmo!

VÁZQUEZ: Anda, dinos quiénes son los cabecillas y todo cuanto planeaban. Estás atrapado, y callando nada ganarás... (*Humilde*) Pero si confiesas servirás al Rey y tendrás honores.

CORREGIDOR: Nadie sabrá que has hablado. Además, quizás hasta dejes la esclavitud. ¿No te gustaría la libertad?

RAFAEL: (*Alzando la cabeza*) ¿La libertad?

VÁZQUEZ: ¿Por qué querías alzar a los negros?

RAFAEL: Por eso, por la libertad...

VÁZQUEZ: (*Sarcástico*) Ah, por la libertad ... (*Al Corregidor*) ¡Qué creerán estos negros que es la libertad! (*A Rafael*) Que más quieren que tener dueños que velan por ustedes, que sean como padres.

RAFAEL: Somos como perros; cadenas, mendrugos, trabajo de bestias y más nada. (*Iracundo*) ¿Sabe lo que eso significa? ¿Sabe lo que eso quiere decir? ¡Ustedes no saben lo que es no pertenecerse a uno mismo, no poder caminar, ni hablar, ni ver el sol, ni respirar el aire porque uno no es de uno, porque uno es un negro propiedad de otros!

CORREGIDOR: Dios lo ha dispuesto así...

VÁZQUEZ: Ah, eres un negro sabido. ¡¿Eh?!

RAFAEL: (*Exaltado*) No quiero ser más de nadie. No quiero ser más un animal.

VÁZQUEZ: ¿Quién le habrá metido semejantes ideas en la cabeza?

RAFAEL: ¿Quién? ¡Ustedes!

VÁZQUEZ: Oye negro, ¿qué es la injusticia? ¿Dónde está?

RAFAEL: (*Mostrando las esposas*) Aquí... Es usted, es ése...
(*Muestra al Corregidor.*)

VÁZQUEZ: (*Airado*) ¿Qué dices negro del demonio...? Ah, ¿sabes discutir, verdad? ¡Entonces puedes desembucharlo todo, y lo desembucharás! (*Agarra a Rafael por los cabellos*) ¿Cuándo pensaban alzarse? ¡Habla! (*Le sacude la cabeza y lo deja*) ¡Inmunda bestia...!

CORREGIDOR: (*Aparta a Vázquez, le hace señas de que lo deje a él. Luego saca una bolsa de dinero del bolsillo interior y se lo dirige a Rafael*) Es una tontería que te niegues a confesar. Yo te daré esto si dices quién es el cabecilla... ¿Acaso Joaquina Sánchez o algún otro? (*Rafael guarda silencio y se vuelve dándole la espalda.*) Y sabrás de quien está embarazada, ¿verdad? Estando su marido prófugo debe haber un amante... ¿Quién es ese? ¿Es acaso él el cabecilla? (*Tintinea las monedas en el bolso.*) (*Rafael se ríe con sorna.*) Hasta ahora has sido un negro esclavo. ¿No deseas tener dinero, mujeres, comer buenos manjares; ser libre, vestir mejor...? (*Le muestra la bolsa*) Todo eso lo tendrás y además la consideración real si dices únicamente los nombres de los cabecillas... Sólo los nombres.

CORREGIDOR: (*Fuera de sí*) ¡Traidor! Eres ahora un negro inmundo pretendiendo sembrar rebeliones y degollar a la gente decente.

RAFAEL: ¡Ustedes nos matan todos los días! Pero todo cambiará...

CORREGIDOR: ¿Aún amenazas? (*A Vázquez*) Son brutos estos negros.

VÁZQUEZ: Pero yo los sé doblegar... (*A Rafael*). ¿Vas a hablar? Di negro marrajo, ¿quiénes te mandaron a sublevar a los esclavos de las haciendas? ¿Cuántos son en el complot? Anda, ¡confiesa, que pierdo la paciencia...!

CORREGIDOR: (*Acercando la bolsa a la cara de Rafael*) No es sino un negro estúpido, un miserable esclavo.

(*Rafael se yergue de la banqueta y con las manos esposadas trata de tumbarle la bolsa al Corregidor.*)

VÁZQUEZ: (*Al Corregidor*) Apártese usted, ¿no ve que está endemoniado? (*Da un empellón a Rafael*) Tendrás que hablar... Bandido, cochino, tendrás que decirlo, todo. (*Colérico llama*) ¡Oficial de guardia! ¡Oficial!

OFICIAL I: (*Entrando seguido por dos soldados*) ¡A la orden, Comandante...!

VÁZQUEZ: (*Agarrando a Rafael y lanzándoselo a los soldados*) A la tortura con él. Llévenlo al potro... al tortol... (*Los soldados agarran a Rafael y se lo llevan*).

RAFAEL: (*Forcejeando y volviéndose al oír nombrar el tortol*) ¿Al tortol...?

VÁZQUEZ: (*Creyendo que va a confesar*) ¿Vas a hablar?

(Vázquez se acerca a Rafael. Éste alza el rostro hacia él y le lanza un escupitajo. Vázquez airado saca la espada para matarlo, pero el Corregidor le detiene el brazo.)

CORREGIDOR: No, ahora no, debe hablar...

(Vázquez guarda la espada e iracundo da una cachetada a Rafael quien es sacado de escena por los soldados.)

VÁZQUEZ: (*Limiándose el rostro con un pañuelo*) Bestia...

CORREGIDOR: Todos esos esclavos son testarudos. Raza vil, sin alma.

VÁZQUEZ: Pero los aplastaremos a todos... a todos, o nos degüellan a nosotros...

OFICIAL II: (*Entrando y saludando*) Comandante, acaban de detener cerca del almacén de la pólvora a un negro armado de lanza y portando yezca.

VÁZQUEZ: (*Al Corregidor*) ¿Se da cuenta? Oh, la, la... (*Al Oficial II*) Que lo aseguren con grillos y lo interroguen y si no habla, a la tortura con él. ¡Ah, y al Rafael, que no lo dejen quieto hasta que cante, aunque se muera!

CORREGIDOR: Así debe ser.

(*El Oficial II sale.*)

VÁZQUEZ: Ojalá vengan los refuerzos pronto. A lo mejor nos acechan miles de negros armados con lanzas y machetes; miles de ojos torvos y manos asesinas. Ah, pero usted tendrá que cuidarse. Le daré una guardia.

CORREGIDOR: No se preocupe usted...

VÁZQUEZ: Pueden asesinarlo, tenderle una celada. En este maldito puerto de callejuelas tortuosas eso es fácil.

CORREGIDOR: (*Preocupado*) Es cierto. ¿No cree que debería pedir un cambio? Lo tengo merecido...

VÁZQUEZ: Claro, claro...

(*Entra el Oficial II.*)

OFICIAL II: Han regresado un oficial y diez soldados de la compañía del capitán Moreno, éste envía a decir que ha sido detenida Joaquina Sánchez y su servidumbre y que en estos momentos proceden a requisar la casa.

VÁZQUEZ: (*Al Corregidor*) Se me quita un gran peso de encima...

(*De las otras dependencias del cuartel llegan ruidos de armas y voces.*)

CORREGIDOR: (*Alarmado*) ¿Qué ocurrirá?

VÁZQUEZ: (*Inquieto, al Oficial II*) Vaya a ver qué sucede...
(*Al Corregidor*) ¡Esto es gravísimo!

OFICIAL II: Voy. (*Sale.*)

CORREGIDOR: Me atrevería a decir que tengo miedo...

VÁZQUEZ: Yo no puedo decir eso. ¡Un oficial del Rey no puede decirlo...! (*Viendo entrar al Oficial II*) ¡Eh, eh, qué ocurre...?

OFICIAL II: (*Turbado*) Comandante, acaba de llegar más tropa, comunican que al ser registrada la casa de Sánchez fueron sorprendidos dos sujetos que se ocultaban en ella, uno logró huir y el otro intentó irse por la casa vecina, pero la dueña María Josefa Herrera lo denunció... ¡Resultó ser nada menos que José María España, el reo cuya cabeza está a precio!

CORREGIDOR: (*Alarmadísimo*) ¡José María España!

VÁZQUEZ: ¡Qué horror! El propio España oculto aquí...
En La Guaira, en nuestras narices...

OFICIAL II: Y el que logró huir dicen que es el capitán
Manuel Gual, ya se le persigue por todas partes... (*Saluda y sale.*)

VÁZQUEZ: (*Sobresaltado*) El capitán Gual, ese hombre tan
peligroso... Ah, qué espantosa conspiración. (*Al Corregidor*) Se da cuenta. Hemos estado sobre un abis-
mo... hay que proceder cuanto antes. Esto es graví-
simamente... Y la tropa de refuerzos sin llegar. Debo parti-
cipar al Capitán General; hay que registrar toda La
Guaira, cerrar el puerto, las alcabalas...

(*Entra rápido el Oficial I.*)

OFICIAL I: (*Saludando*) ¡Comandante, Comandante, un
sujeto detenido hace poco ha cantado, dijo que fue
Joaquina Sánchez quien ordenó a los negros que se
alzaran para tomar La Guaira, Caracas y El Tuy!

CORREGIDOR: Esa mujer... ella, ella... Y tan suave como
parecía... ¡Vaya uno a creer en esas caras de ángel!

VÁZQUEZ: Es inconcebible, pero con su marido oculto en
su casa todo se explica. (*Al Oficial I*) Tráigame la con-
fesión escrita. (*El Oficial I sale y Vázquez continúa*)
Ah, pero es magnífico que todo se haya descubierto...
(*Se estruja las manos*) He ahí a los cabecillas, qué gran
servicio hemos prestado a su Majestad, qué gran ser-
vicio... (*Al Corregidor*) Usted será recompensado...

CORREGIDOR: (*Abrazando a Vázquez*) Pediré la orden de
Carlos III y para usted Comandante un buen ascen-
so... lo merece... (*Se toca el cuello*) Ah, podemos res-
pirar un poco. (*Respira un poco con fuerza.*) Pero de-
bemos proceder...

(*Entra el Oficial I con varios soldados.*)

OFICIAL I: (*Saluda*) Comandante, ya han traído a la Sán-
chez. Y a sus criadas, están en la prevención.

VÁZQUEZ: Métela a la cárcel ahora mismo. También a su
marido y a los otros detenidos. Que los aseguren con
grillos. (*Al Corregidor*) Debemos ir a interrogarlos

antes de remitirlos a Caracas. (*Al Oficial I*) Busque escribientes y que preparen mi guardia. Ah, y a los señores hacendados que me sigan esperando, es servicio del Rey.

OFICIAL I: Se cumplirán sus órdenes. (*Sale con los soldados.*)

CORREGIDOR: Qué triunfo hemos tenido... Qué triunfo...

VÁZQUEZ: (*Tomando su sombrero y su capa*) Vamos, vamos. (*Toma el brazo del Corregidor*) Luego celebraremos esto, vaya que lo celebraremos.

(*Salen. A lo lejos suena una música marcial.*)

Telón.

ACTO QUINTO

Plaza en Caracas. Es de noche, un grupo de gente del pueblo llega murmurando. Lejos, muy tenue, se oye cantar a coro la canción americana. De pronto un clarín, segundos después y a redoble de tambor, entra en escena el Bando Real, éste lo integran algunos soldados, un tambor, el verdugo y el pregonero. El verdugo tiene el rostro enmascarado y porta una hachuela y un cordel; el pregonero lleva un pergaminio en las manos. Al llegar al centro escénico todo el bando se detiene y el tambor redobla. El pueblo, a la entrada del bando, se ha quedado silencioso agrupándose hacia el ángulo en penumbra, la luz dominante sobre el bando. La canción lejana se va extinguiendo.



PREGONERO: (*Al concluir el redoble del tambor*) Atención... Atención... Atención al Bando Real...

(*El tambor redobla y los soldados montan armas. El Pregonero desenrollando el pergaminio y leyendo:*)

«Todo el pueblo de Caracas y de la Capitanía General de Venezuela debe saber que mañana 8 de mayo a las once del día habrá de ser ajusticiado en la plaza mayor de esta ciudad, el peligroso reo de Estado a quien

nombran José María España, natural de La Guaira y de cuarenta años de edad... (*El tambor redobla.*) Pró-fugo dicho reo por las islas de Martinica y Guadalupe desde la rebelión que intentara hace dos años, la cual, con la ayuda de Dios y de los demás fieles vasallos fue descubierta, prosiguió en sus criminales propósitos hasta regresar a escondidas a estas tierras ocultándose en su casa de La Guaira. (*El tambor redobla.*) Amparado por el celo de su mujer, Joaquina Sánchez, prosiguió sus tramas revolucionarias para excitar y conmover los ánimos de los vasallos de su Majestad, hacerles romper el juramento de fidelidad y arrastrarlos a trastornar el sistema establecido y las leyes de la monarquía. Sin detenerse en los males que debían esperarse de semejante empresa. (*El tambor redobla.*) El derramamiento de mucha sangre, los robos, los incendios, la ruina de la familia, la anarquía, el provocar la alteración social soliviantando el común y sembrando en esclavos, indios y pardos ideas de igualitarismo y confusión con los consiguientes y funestos extravíos, especialmente el agravio y el menosprecio a la religión católica, apostólica y romana. (*El tambor redobla.*) Por tal motivo la justicia del Rey, representada por el Alto Tribunal de la Real Audiencia, lo ha condenado y condena al último suplicio en la horca luego de ser confesado y puesta su alma en paz con el Señor... y a su mujer y a sus domésticas esclavas Isidra y Margarita, cómplices como otros en el horrendo plan de rebelión y crímenes, se las condena a permanecer presas por ocho años en la Casa de Misericordia de esta ciudad de Caracas...».

(*El tambor redobla. A lo lejos suena el clarín. El bando emprende la marcha saliendo de escena. El pueblo temeroso se va alejando. Las luces se apagan. A lo lejos oyese una voz grave haciendo rogativas.*)

Voz: (Con gravedad fúnebre) ¡Rogad cristianos y haced bien por el alma de un hombre que ajusticiarán...!

Las luces vuelven a encenderse y a través de un telón transparente se deja ver la prisión donde están Joaquina, Isidra y Margarita. Es una celda en la Casa de Misericordia. Establecimiento regentado por monjas, en el cual, además de recibir a los pobres de misericordia, se acostumbraba encerrar a ciertas prisioneras. La estancia es estrecha. Al fondo, en lo alto, una ventana con rejas deja ver un pedazo de cielo. En la pared derecha un vitral; en uno de los ángulos, sobre un altar rústico un cristo de tamaño natural a cuyos pies alumbría una débil lamparilla. Un camastro, una banqueta y dos reclinatorios, una repisa con un farol. Una pimpina y algunos utensilios rústicos completan el mobiliario. A la izquierda, una puerta cerrada. Luz de amanecer. A lo lejos una campana toca maitines, luego desde el fondo llegan las voces de las monjas iniciando un rezó de Acción de Gracias.

(El telón transparente comienza a alzarse. Joaquina está de pie frente a la ventana, Isidra yace en un reclinatorio semidormida, Margarita se haya arrodillada cerca del camastro.)

ISIDRA: *(Oyendo la campana)* Ha llegado el día...

MARGARITA: *(Incorporándose)* Amanece, es la luz del día tan temido, 8 de mayo nunca quería que llegara. *(Se cubre el rostro con las manos y se dobla sobre el camastro.)*

ISIDRA: Si ayer no nos hubieran leído las sentencias.

MARGARITA: Pero no tuvieron piedad. Aún oigo leerlas; como sonaban las voces bajo estas paredes...

JOAQUINA: *(Volviéndose con lentitud hacia Isidra y Margarita)* Él también debe estar mirando por las rendijas de su celda la misma luz triste que llega por esa ventana. Es un amanecer que anuncia la muerte... Amor... ¡José María...!

ISIDRA: ¿Por qué piensa tanto? Ha pasado la noche frente a esa ventana. Puede hacerle mal.

JOAQUINA: ¿Mal?

ISIDRA: Recuerde que le va a nacer un hijo.

JOAQUINA: Cómo debe estar sufriendo mi pequeña criatura, la pequeña semilla de José María...

MARGARITA: Descanse, trate de olvidar...

JOAQUINA: ¿Olvidar? ¿Podría olvidarse de estas horas? ¡No! ¿Cómo dejar solo a José en su martirio? Sería ponerse de espaldas a su muerte. No, nunca haré eso. Necesito estar junto a él. Sólo el dolor me mantendrá a su lado cuando esté frente al verdugo...

MARGARITA: (*Luego de una pausa*) ¿Por qué se atormenta? Debería dormir aunque fuera un momento.

(*Joaquina se niega con un movimiento de cabeza.*)

ISIDRA: Fue una crueldad leernos la sentencia de su muerte. Hacernos saber su terrible suplicio.

JOAQUINA: Pero yo se lo agradezco. En el fondo de mi alma se lo agradezco. No podía dejarlo solo en este trance. Y sin esa lectura, ¿cómo hubiera sabido que hoy es su martirio? Haberla escuchado me ata a él para el terrible momento que esa luz triste anuncia.

ISIDRA: Una sentencia de espantosa crueldad.

JOAQUINA: La oí toda. No era el alguacil quien hablaba, era la injusticia, era la tiranía, eran todos los opresores. Y me vi junto a José María oyéndola. Él estaba sereno y hermoso y me tenía hundida en el pecho con una lágrima brillante... Sí, oí toda la sentencia. Debe cumplirse el 8 de mayo a las 6:00 a.m... Y ese día galopa ya sobre esa triste luz y yo lo siento aquí... (*Se lleva las manos al pecho.*)

MARGARITA: ¡Qué espantosa sentencia!!

JOAQUINA: Digna de nuestros opresores; de los que conquistaron estas tierras matando indios y sembrando esclavos.

MARGARITA: Por doquier muertes y torturas y nosotras enterradas aquí...

JOAQUINA: (*Ensimismada*) ¡La estoy oyendo ahora! La estaré oyendo siempre. La escucharán mis hijos, mis pequeños Prudencio y José.

(Obscuro sobre toda la escena).

PREGONERO: *(Se oye a lo lejos el bando)* «Que precedidas sin la menor dilación las diligencias ordinarias conducentes a su alma... Sea sacado de la cárcel... Arrastrado a la cola de una bestia de albarda y conducido a la horca, publicándose por voz de pregonero su delito...».

ISIDRA: No oiga más... ¿Por qué se tortura así?

MARGARITA: ¡Cuánto sufrimiento!

(Joaquina gravemente absorta sigue oyendo.)

PREGONERO: «Que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo le sea cortada y descuartizado...».

ISIDRA: ¿Por qué recordarnos eso? ¿Por qué?

JOAQUINA: *(Ausente de las dos mujeres)* ¡Silencio!

PREGONERO: «Que la cabeza se lleve en una jaula de hierro al puerto de La Guaira y se ponga en el extremo alto, en una viga de treinta pies que se fijará en el suelo a la entrada de aquel pueblo por la puerta de Caracas... Que se ponga en el otro palo igual uno de sus cuartos a la entrada del pueblo de Macuto».

(Calla el pregón.)

ISIDRA: *(Evocativa)* ¡Macuto! Allá estarán las olas corriendo hacia la playa.

MARGARITA: Y las palmeras y el puenteclillo sobre el río...

JOAQUINA: *(Dejándose arrastrar por la evocación de las dos mujeres)* Y el aire libre, siempre corriendo hacia el picado... Allí fuimos felices, José María... ¿Por qué no poder tenerte aquí, junto a mi pecho para pasar mis manos por tus cabellos y mirarte como en aquel tiempo cuando ya nuestro amor anunciaba el primer hijo? ¡Ay! Pero ahora por amar tú tanto la libertad nuestros tiranos pregonan...

(Redobla el tambor y Joaquina asume la misma actitud de escuchar.)

PREGONERO: «Que se ponga otro de sus miembros en el Vigía en donde tuvo oculto a reos de Estado... Otro donde recibió juramento de rebelión contra el Rey... Y otro en la cumbre donde proyectaba reunir a la gente...».

(Calla el pregón. El bando se aleja.)

MARGARITA: ¡Es terrible!

ISIDRA: No debe suceder. Algo impedirá que eso se haga.
No pueden matarlo así... quizás el padre Echeverría.

JOAQUINA: El padre Echeverría está con el Rey, y los tiranos son implacables.

MARGARITA: ¡Quisiera llorar pero no puedo...!

(Suena en el fondo la campanilla litúrgica y muy a lo lejos, como un murmullo sordo, las voces de monjas entonan el Padre Nuestro. La luz que penetra por la ventana se ha ido aclarando lentamente.)

VOCES: *(De monjas rezando)* ¡Padre Nuestro que estás en los cielos...!

(A lo lejos una campana grave y sonora da un toque prolongado doble para difuntos.)

JOAQUINA: *(Oyendo)* ¡Ah...!

ISIDRA: *(Impresionada)* Es la campana de San Pablo...

MARGARITA: Dobra a difuntos, ¡más triste que nunca!

(El rezo de las monjas cesa.)

ISIDRA: ¿Será...?

JOAQUINA: Que se acerca la hora....

(A lo lejos suena una campanilla litúrgica, las monjas comienzan a rezar de nuevo, esta vez entonan letanías con acento triste, monótono.)

MONJAS: *(Rezando)* Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero... / Ruega por él.

(Repiten.)

JOAQUINA: (*Impresionada*) Ahora le llevan el viático. Quiernen salvar su alma antes de torturar su cuerpo.

(*El rezo de las monjas sigue haciendo fondo a la acción, pero en forma muy apagada.*)

MARGARITA: No entiendo esa justicia...

ISIDRA: (*Temerosa y fuera de sí*) ¿Pero es verdad que van a matarlo? Dígame que no, que es un terrible sueño, que no estamos aquí, que hoy no es 8 de mayo; que aún soñamos con la libertad, que podré reir, cantar y correr por la calle con mi escarapela cuatricolor sobre el pecho.

(*La campana vuelve a sonar. Esta vez da tres dobles acompañados, graves.*)

JOAQUINA: (*Con sombría serenidad*) Lo estoy viendo. Ya sale arrastrado a la cola de la bestia de albarda. Va entre los soldados y junto a su silencio los frailes entonan salmos. Camina con serenidad y sus manos van atadas a la espalda, su frente está alta y tranquila... (*El rezo de las monjas cesa.*) ¡Ah, esas terribles voces de los penitentes pidiendo limosnas y rogativas para su alma!

(*A lo lejos se oyen las voces de los penitentes.*)

ISIDRA: Ya no tengo lágrimas...

MARGARITA: (*Como enloquecida*) Si pudiera huir, huir ya de todo esto. (*Corre hacia la puerta cerrada y golpea.*)

JOAQUINA: (*Absorta como si viera el cortejo ajusticiador*) Allá va el terrible cortejo. Ya baja las gradas de la plaza, delante el pregonero grita con voz sombría: «Hagan bien cristianos por el alma de un hombre que ajusticiarán...». ¡Ah! José María. Yo estoy, contigo ahora. Voy a tu lado, mírame, sufro junto a ti. Aprieta mi mano con la tuya... ¡Yo también seré valiente, amor!

(*La campana vuelve a sonar.*)

MARGARITA: (*Tapándose los oídos en actitud de angustia*) No quiero oír esa campana, no quiero oírla. (*Corre por la escena como enloquecida. Joaquina la detiene*)

con gravedad. Margarita sigue gritando) ¡No quiero oírla, no quiero oírla...!

(Joaquina le da una cachetada seca, y Margarita cesa de gritar y agobiada va y se deja caer en la banqueta.)

JOAQUINA: *(Volviendo a su idea obsesionante) Ahora llegan al pie del patíbulo. El pueblo está grave y temeroso. Ya suben los escalones del tablado. Uno... dos... tres... Un sacerdote los cubre con su manto... (Desesperada) No, José, no... (Vuelve a doblar la campana.) Ya está en las manos del verdugo... ¡Valor! ¡Valor! (Intensamente emocionada) Mi pecho está confundido con el tuyo, mis labios se aprietan a tus ojos, mi vida y mi dolor se están confundiendo con tu vida... Amor mío, amor mío.*

(La campana redobla por dos veces seguidas luego hay una pausa de silencio. Segundos después a lo lejos las monjas vuelven a entonar las letanías, se oye como un murmullo. La puerta del lateral derecho se abre y entra el padre Echeverría. Con pasos lentos se dirige hacia Joaquina en actitud consoladora. Joaquina alza la cabeza y lo mira.)

JOAQUINA: Padre Echeverría... Usted...

PADRE: Traigo para ti sus últimos recuerdos... *(Joaquina le da la espalda dirigiéndose a la ventana.)* ¡Qué terrible hora! Estuve junto a él... También en su horca murió algo de mi lejana infancia. Pero nadie me comprenderá ni que lo diga mil veces, lo que a su cuerpo dije:

(Obscuro sobre toda la escena sólo una luz cenital cae sobre el padre Echeverría. Éste mira hacia el fondo la imagen que lo obsesiona y habla con gravedad sufriendo bajo la evocación de terribles recuerdos. Se ilumina el patíbulo antes de la ejecución.)

«Dejad que para desahogar mi corazón me despida un momento del amigo de mis tiernos años. Del compañero de mi juventud, del que recogió las efusiones primeras de mi amistad. Dejadme llorar como David al nuevo Absalón que pereció colgado de ese árbol funesto...»

(El padre Echeverría calla. Por la puerta entra un oficial seguido por dos soldados.)

OFICIAL: ¡La justicia de nuestro señor el Rey se ha cumplido...!

PADRE: *(Sin turbarse por la presencia del oficial, prosigue:)*

«Satisficha la vindicta de la Majestad terrena, no debo acordarme sino del amigo. Ya está en las manos clementes de la justicia divina que lo ha recibido en sus brazos al salir de los míos.

¿Qué importa la manera como murió al que está en el cielo? Quizás a los ojos del mundo, en estos malos días cuando la sangre de los reyes mancha las manos del verdugo, el patíbulo venga a hacer un título de gloria. ¿Qué te diré yo amigo mío que dé paz sobre los caminos públicos a tus huesos áridos y lleve un consuelo a tu desolada esposa? Que la mano del hombre no es la mano de Dios, que su balanza no es la de los poderes de esta tierra que mientras éstos hieren, aquél corona. Yo debo detenerme aquí en medio de la turbación que domina mi espíritu...»

(Se vuelve hacia el Oficial.)

«Mi fe es de mi Rey, dejadme mis lágrimas para mis amigos».

(Vuelve a ver a Joaquina y presa de dolorosa turbación el padre abandona la escena.)

ISIDRA: ¡Todo ha concluido...!

(Joaquina está como paralizada por el dolor y ansiosa de oír un nuevo toque de campana.)

MARGARITA: *(Arrojándose a los pies del Oficial y tomándolo por las rodillas)* No, no nos diga que él ya ha muerto. No lo diga, diga que lo han perdonado; que aún está vivo, que ha habido misericordia para todos... ¡Que Dios ha sido clemente!

OFICIAL: Ya el reo España pagó su criminal delito, ahora ustedes inician la condena que han merecido...

ISIDRA: (*Corriendo a abrazar a Joaquina*) No. ¡No puede ser, no puede ser!

MARGARITA: (*Sollozando a los pies del Oficial*) Diga usted que no, que no hubo suplicio...

JOAQUINA: (*Avanzando hacia Margarita*) Apártate de ése, no ves que es el verdugo, la tiranía, la opresión...

OFICIAL: (*Apartando a Margarita que retrocede sin comprender*) ¡Apártate! Rebelde...?

(*A lo lejos las monjas reinician los rezos. El Oficial da la espalda a Joaquina y sale seguido por los soldados.*)

JOAQUINA: (*Alzando la cabeza y como recordando*) Ahora desgarran su cuerpo, le clavan garfios, lo acuchillan, pero tú estás dormido, amor, y yo sólo siento las desgarraduras. Yo sólo siento, vida mía, cómo corre tu sangre. Ya el verdugo envuelve tus miembros para el estigma final en las Picotas...

MARGARITA: (*Impresionada*) Ya está muerto y sus miembros van siendo esparcidos por todos los caminos...

ISIDRA: Todo ha concluido, él ha muerto. Ha muerto.

JOAQUINA: (*Reaccionando violenta*) ¡Muerto! ¿Dicen muerto? ¡Ah! No, no ha muerto, no ha muerto. Ahora comienza a vivir. Ahora es cuando inicia sus pasos verdaderos, iél que amó tanto la libertad!

ISIDRA: Está muerto... Muerto.

JOAQUINA: No, su sangre está cayendo, pero ella es un río de vida, de triunfo. Ahora irá por doquier como una bandera de fuego. ¿Verdad, amor, que ya eres una llama encendida y violenta? (*Inicia un sollozo pero lo detiene*) Ah, no voy a llorar, para esa gran jornada tuya no hacen falta lágrimas sino valentía.

MARGARITA: (*Llorando*) Ni siquiera sus huesos tendrán sepultura...

JOAQUINA: ¿No han oído que no debemos llorar? ¡Él no ha muerto, es mentira! ¡Nunca ha muerto! El Rey, la audiencia, el verdugo, los jueces, los poderosos, to-

dos aquellos que lo mataron no saben que él no puede morir. Yo veo correr su sangre como un río de libertad, oigo su voz proclamando la justicia y miro junto a él los látigos caídos y los esclavos libres.

(Suena la campana, ésta vuelve a doblar a difuntos, Joaquina, frente a la ventana, la increpa:)

Puedes seguir doblando al muerto campana infeliz, puedes seguir eternamente siquieres, para mí no anuncias muerte, anuncias vida, vida inmortal y gloriosa. Gloria para su carne, gloria para su espíritu, gloria para sus sueños, gloria para sus huesos errantes. Dobra que yo te oigo como repique de triunfo.

Él ha comenzado a vivir para la libertad y en mi vida y en miles de vidas proseguirá su lucha. Puedes doblar, sí, por las cadenas que habrán de caer rotas bajo su martirio... Porque este es un día de vida, ide vida...!

ISIDRA: No Joaquina, es un día de muerte.

MARGARITA: *(Decaída)* Día distinto al que soñábamos, luminoso, con cantos, libertad y banderas...

(La luz de la ventana que ha ido tornándose de azul opaco a un azul más claro comienza a iluminarse con un cobalto brillantísimo.)

JOAQUINA: *(Dolorosamente exaltada)* Se engañan. Es un alba de gloria... Si muriéramos como él y como a él nos espacieran carnes y huesos por todos los caminos, esa luz de este 8 de mayo siempre anunciaría el paso de la libertad. ¿No la oyen llegar? No la miran. Corre sobre nosotros como una tempestad. Delante de ella va José María con el cabello suelto y los ojos encendidos, hermoso como el día de nuestro primer cariño. Y yo escucho su voz cantando el himno de la lucha y de la felicidad.

ISIDRA: *(Incrédula)* No, no, ha muerto, Joaquina, ¡Ha muerto!

MARGARITA: Ha muerto... Todo anuncia que ha muerto.

JOAQUINA: ¡Mienten! ¡Todos mienten! No ha muerto, su

fe canta en mi pecho y yo sé que está vivo. ¡Vivo como una bandera desplegada contra el viento...!

(Isidra y Margarita se le acercan.)

(La campana repica con entusiasmo y a lo lejos el pueblo comienza a cantar la canción americana.)

FIN DE LA OBRA

Manuelote

Drama en un acto

Lo fundamental, en su contenido trágico, del episodio que en las siguientes líneas se dramatiza, anduvo de boca en boca en la gente caraqueña en los duros días de la lucha emancipadora. La pluma del escritor Eduardo Blanco lo recogió y divulgó como crónica a fines del siglo XIX.

Personajes

MANUELOTE: Negro esclavo. 50 años.

PETRONA: Mujer de Manuelyote. 30 años.

Roso: Oficial insurgente,
primo de don Martín.

DON MARTÍN: Un criollo insurgente. 40 años.

DOS HOMBRES

BANDO

VOCES

Acción

En Caracas, en una casa vieja de sus afueras.

Época

1814

Escenario

Habitación amplia, de paredes gruesas y sucias, dividida en dos por un muro oblicuo, de los llamados muros de contención en las viejas construcciones españolas. En la parte derecha, al fondo, hay una ventana cerrada, la cual al abrirse deja ver un pedazo de calle; cerca de ella, hacia el rincón derecho, se alza un fogón rústico sobre el cual se ven ollas de barro cocido, escudillas y otros útiles como totumas, cucharas de palo, etc. Hacia ese mismo lado, en la pared lateral derecha está la puerta de entrada. Hacia

el proscenio, y en la misma línea del muro que corta en dos la estancia, están una mesa y un taburete, ambos sucios y destartalados. Sobre la mesa hay un farol, una pimpina con agua y dos pocillos de estaño. En el lado izquierdo de la escena, a manera de cuartuchos, está un camastro rústico de lona y paja; junto, a la pared lateral izquierda se ve un viejo baúl. En las paredes, algunos santos, un colgador de palo y una repisa con un candil apagado. El cuartucho y todo lo que hay en él quedan fuera de visión de cualquier persona que se mueva cerca del fogón y la puerta de entrada.



Son las cinco de la mañana. En escena –que está casi oscura– se encuentran Manuelote –quien viste un pantalón de lienzo y franela, ambas prendas muy sucias y raídas, está descalzo– y Petrona, su mujer, ataviada con falda oscura, cota con mangas hasta medio brazo y alpargatas de cocuiza; su vestimenta también luce pobre y sucia. Manuelote se halla acostado en el camastro, mientras Petrona sopla la candela cerca del fogón. A lo lejos canta un gallo y suena la campana de una iglesia. Petrona se mueve y enciende el farol que está sobre la mesa. Manuelote se incorpora perezosamente, camina hasta el taburete y se sienta. Petrona le ofrece café.

PETRONA: Toma, está cerrero. (*Da café a Manuelote*) ¡Hace frío! (*Se arregla el paño*) Pero tendré que salir. (*Agrarra una cesta y la sacude*.)

MANUELOTE: Podías esperar un poco más. (*Pausa*) Apenas son las cinco y todavía hay movimiento de tropa por la ciudad. Con esa entrada de Boves toda la noche han estado pasando por aquí gente armada y caballería. ¿No sentiste?

PETRONA: (*Negando con gesto de cabeza*) ¡Dormí como una piedra!

(Se oyen muy lejos unos tiros.)

MANUELOTE: ¿Oyes? Las cosas siguen revueltas afuera.

PETRONA: Sin embargo, debo aprovechar la mañanita y buscar algo para comer. Aquí no hay nada, los últimos granos de café se acabaron.

MANUELOTE: Si quieres, anda, pero dudo que encuentres. Anoche vi a los soldados de Boves requisando las pulperías y llevándose cuanto encontraban. Y los dueños que se oponían eran golpeados sin misericordia. ¡A muchos hasta los sacaron amarrados para la cárcel!

PETRONA: Serían republicanos. (*Arregla algo en el fogón.*)

MANUELOTE: ¡Tal vez! ¡Los andan persiguiendo como conejos! ¡Parece que ayer mismo, al atardecer, empezaron los fusilamientos en la Plaza Mayor!

PETRONA: ¡Dicen los españoles que no dejarán ni uno vivo!

MANUELOTE: Daba lástima ver cómo los sacaban de sus casas sin que valieran súplicas ni llantos.

PETRONA: ¡Dios los ampare! (*Pausa.*) Oye, ¿y de los amos qué supiste por fin?

MANUELOTE: Lo mismo... Que las doñas y los chicos emigraron a oriente, y si son los hombres, parece que aún andan con las tropas insurgentes. Eso, si no los mataron en la fulana batalla que hubo hace días no sé dónde. ¡Dicen que fue espantosa; el tal Boves no hizo sino pasar cuchillos por los pescuezos!

PETRONA: ¿Entonces eso quiere decir que tendremos que permanecer aquí cuidando esta vieja casa y pasando penurias?

MANUELOTE: Así será hasta que Dios quiera... Pues, con esa guerra prendida y los amos huyendo o muertos, ¿qué vamos a hacer? Hasta es mejor no volver ni a mirar siquiera la casa grande.

PETRONA: ¡Tienes razón! (*Abre la ventana*) Ya está claro del todo, ahora sí. ...Saldré. Ojalá encuentre aunque sea un poco de yuca o una cuartilla de maíz. (*Apaga el farol.*)

MANUELOTE: ¡Ojalá! Pero no vayas muy lejos. (*Se pone de pie*) Déjame ver afuera por si acaso. (*Abre la puerta*

de la calle y echa un vistazo) ¡No hay ni un alma por esas calles!

PETRONA: Cuida de que no se apague la candela, pues no hay yesca. (*Sale con cierto sigilo.*)

MANUELOTE: ¡No te preocupes, mujer!

(Manuelote cierra la puerta, toma unos leños del suelo y comienza a partirlos con el machete, luego empleando el cuchillo, saca algunos y los coloca convenientemente. Con sumo cuidado sopla y atiza, cuando hace eso se oyen unos toques leves en la ventana como si alguien rasguñara la madera. Manuelote se inquieta y detiene sus manipulaciones con las astillas. Los toques se repiten, esta vez con más apuro, receloso, Manuelote va y abre la ventana. Afuera aparece un hombre con sombrero negro y embozado en una capa oscura, apenas deja ver algo de su rostro.)

MANUELOTE: (*Sorprendido*) ¡Teniente Roso! ¿Qué hace por aquí?

Roso: ¡Ábreme rápido! ¡Necesito hablarte!

MANUELOTE: ¡Sí! ¡Cómo no!

(Abre la puerta, entra Roso, viste pantalón claro, botas a media pierna, blusa azul cerrada, sombrero y capa, en la mano lleva una pistola la cual guarda al entrar.)

Roso: ¿Hay alguien más aquí?

MANUELOTE: No, señor.

Roso: ¡Mejor así! (*Se quita la capa.*)

MANUELOTE: ¿Qué ocurre? ¡Lo hacía a usted lejos! Me dijeron que andaba con su primo don Martín en los ejércitos insurgentes.

Roso: Sí, pero... ¿no sabes lo del combate de La Puerta el 15 de junio?

MANUELOTE: ¡Algo he oído!

Roso: ¡Nos derrotaron! Estamos fugitivos. ¡Aún ni sé cómo pudimos regresar a Caracas sin ser interceptados por

los asesinos de Boves! A duras penas hemos cruzado campos y montañas andando de día y de noche...

MANUELOTE: ¡Y don Martín?

Roso: ¡Está herido de gravedad!

MANUELOTE: ¡Válgame Dios! ¡Cómo va a ser! (*Se santi-gua.*)

Roso: ¡Sí, un lanzazo en el pecho! De eso quiero hablarte...

MANUELOTE: ¡Diga usted!

Roso: Don Martín siempre te ha tenido por un esclavo de confianza.

MANUELOTE: ¡Así ha sido!

Roso: Dice que eres un negro fiel. Hasta te ha dado a cuidar esta casa junto con tu mujer, considerando que sufriste una grave enfermedad.

MANUELOTE: ¡Así es como usted dice!

(*Afuera, a lo lejos, se oyen tiros.*)

Roso: ¿Puede don Martín seguir confiando en ti?

MANUELOTE: ¿Confiar en mí el amo? Pues, ¿por qué no?

Roso: Ahora está perseguido. Si Boves lo encuentra lo fusilará, como a tantos. ¿No oyes los disparos?

MANUELOTE: Sí, suena en varios sitios. ¡Desde anoche no han cesado!

Roso: ¡Son los fusilamientos! ¡Y todavía hay más de cien de los nuestros en el banquillo, les va a faltar pólvora!

MANUELOTE: (*Persignándose*) ¡Que Dios los ampare con su santo poder!

Roso: ¡Quieren acabarnos! Pero todo no está perdido, aún hay esperanzas, por eso debemos seguir viviendo... ¡Y luchando!

MANUELOTE: ¡Así debe ser como usted dice!

Roso: Algún día venceremos. (*Pausa.*) Pero, tenemos que evitar caer en manos del enemigo.

MANUELOTE: Naturalmente. ¡Hay que esperar de Dios!

Roso: ¡Manuelote! ¿Podemos confiar en ti? ¿Nos ayudarías?

MANUELOTE: ¿Ayudarlos? ¿Yo? ¡Qué cosas dice usted!

Roso: ¡Sí! ¡Tú! ¿Cuidarías aquí a don Martín? ¿Te atreverías?

MANUELOTE: ¿A don Martín? ¿Dónde está?

Roso: Afuera, en la quebrada, junto a los cujíes...

MANUELOTE: ¡Santo Dios! ¡El amo allí!

Roso: Su herida lo tiene postrado... No podemos avanzar más con él así... ¡Y necesitamos llegar hasta La Guaira!

MANUELOTE: ¡Hasta La Guaira! ¡Todo está invadido de soldados de Boves!

Roso: ¡A pesar de eso debemos seguir! Nos aguarda allí una goleta que ha de conducirnos a Curazao. Una vez curado don Martín volveremos a reunirnos con la gente de Bolívar. (*Pausa.*) Pero si no llegamos esta noche al puerto ya no habrá esperanzas, y don Martín puede ser muerto! Sabemos que lo buscan incansablemente, ¡Boves lo cuenta como una presa codiciada!

MANUELOTE: ¡Pobre amo. Hay que traerlo pronto! Aquí estará bien escondido, yo lo cuidaré... Si él confió en mí, ilo cuidaré!

Roso: ¡Eso esperaba de ti! Será por poco tiempo, mientras consigo unas mulas y medicamentos.

MANUELOTE: Vamos a buscarlo... (*Hace un gesto de ir.*)

Roso: (*Lo detiene por un brazo*) ¡No salgas tú! Espera aquí, ya lo traeremos. (*Sale rápido.*)

MANUELOTE: ¡Qué guerra ésta! ¡Qué guerra!

(*Entrejunta la puerta de la calle que Roso dejó abierta. Luego va al cuartucho y arregla un poco el camastro. La puerta se abre y entra Roso seguido por dos hombres quienes traen a don Martín sobre una hamaca y cubierto con una cobija azul.*)

Roso: Aquí está, ¿dónde lo acostamos?

MANUELOTE: ¡Por aquí, por aquí!

(Los guía hasta el camastro, los hombres colocan en él a don Martín quien está inconsciente. Don Martín viste un traje parecido al de Roso, pero carga presillas de alta graduación y jubón rojo. Lleva la cabeza y el pecho vendados.)

Roso: (A Manuelote) ¡Mucho cuidado! Te lo confío, que nadie lo vea... yo voy hacia Tacagua a buscar las mulas, en cuanto las consiga, vuelvo por él...! ¡Cierra bien la puerta!

(Después de palpar a don Martín y arroparlo hasta el pecho con la cobija, Roso sale seguido por los dos hombres. Manuelote cierra la puerta tras ellos y vuelve hasta don Martín, lo mira con mucho cuidado, luego va y llena un pocillo de agua y trata de hacer que tome. Pero don Martín permanece inmóvil. Manuelote se encamina al fogón y atiza el fuego, cuando hace eso, tocan a la puerta.)

MANUELOTE: (Receloso) ¿Quién es?

PETRONA: (Desde afuera) ¡Yo, Petrona! (Grita) ¡Vengo cansada!

MANUELOTE: (Abriendo la puerta) ¡No hables recio!

PETRONA: ¿Por qué?

MANUELOTE: ¡Por nada!

PETRONA: (Yendo hacia el fogón) ¡Si vieras la cantidad de gente hambrienta que hay por esas calles buscando lo que sea! ¡Parece el fin del mundo! Y los soldados de Boves sacando presos para matarlos... ¡Andan muchos bandos! (Pone la cesta en el fogón y comienza a quitarse el pañuelo de la cabeza) Se ven papeles en las paredes con los nombres de los que buscan. Dicen que hay anotados muchos y que quien se atreva a esconder a alguno también lo... (Se pasa la mano por el cuello.)

MANUELOTE: ¡Ah! Pero deben ser cosas de la gente...

PETRONA: ¡Quién sabe! Aún vengo con miedo... (*Nerviosa, bebe agua. A lo lejos se oyen tambores y cornetas, luego ruido de gente que habla y grita.*) ¡No oyes? ¡Es uno de los bandos! (*Rápido abre la ventana, se ve pasar gente y soldados, a lo lejos, luego de un redoble de tambor, una voz grita:*)

Voz: ¡Al pregonero! ¡Al pregonero! ¡José Tomás Boves, Jefe Supremo de los Ejércitos del Rey avisa a todos los habitantes de esta ciudad de Caracas que será recompensado con cinco mil pesos todo aquel que entregue vivos o muertos a los cabecillas facciosos que, alzándose en armas contra la gran nación española y su legítimo soberano, han sumido a esta Provincia en terribles calamidades...!

(*Pausa. Redobla el tambor.*)

MANUELOTE: ¡Cierra la ventana!

PETRONA: Déjame escuchar más...

Voz: ¡Al pregonero! ¡Al pregonero! ¡Atención: cinco mil pesos para quien entregue vivos o muertos a los siguientes facciosos que pueden estar ocultos en esta ciudad y llamados Antonio Alvoces, Valentín Cienfuegos, Nicolás Jaramillo, Domingo Torres, Francisco Granados, Martín Tovar...!

PETRONA: (*Cerrando la ventana con miedo y persignándose*) ¡¿Oíste? Nombraron a don Martín!

(*Afuera redobla el tambor y el murmullo se aleja.*)

MANUELOTE: Sí... ¡Lo nombraron! (*Bajando la voz*) ¡Boves lo busca!

PETRONA: ¿Te fijaste cuánto ofrecen por su cabeza? ¡Cinco mil pesos!

MANUELOTE: ¡Parece mentira! ¡Tanto dinero! (*Pausa.*) ¡Pero no lo encontrarán!

PETRONA: ¡Ojalá que no! (*Pausa.*) Pero... el que lo encuentre...

MANUELOTE: ¿Qué?

PETRONA: ¡Se hará rico!

MANUELOTE: No pagan nada... ¡Son embustes!

PETRONA: ¡Sí pagan! Yo sé de una vieja que cuando Monteverde ocupó a Caracas, entregó a uno y le pagaron... ¡Está rica no se dónde!

MANUELOTE: ¡Siempre crees en cuentos! (Pausa.) Ah, pero... ¿Qué trajiste? (Le muestra la cesta.)

PETRONA: ¡Sólo maíz y un poco de salón de chivo! Más nada había... ¡Umm! y si vieras cuánto tuve que caminar... (Se oye nuevamente el tambor y pasos de soldados y gente.) (Nerviosa) ¡Parece que buscan por aquí! ¡Dicen que Boves no quiere dejar ni un sólo insurgente vivo! ¡Ni uno solo!

MANUELOTE: ¡No podrá matarlos a todos!

PETRONA: ¡Quién sabe...! Eso de ir contra nuestro señor el Rey es muy serio... ¿No escuchaste en la misa del domingo?

MANUELOTE: ¡No!

PETRONA: Dijo el señor cura que todos se condenarán... Hasta a don Martín lo espera el infierno, ¡Qué horror!

MANUELOTE: (Asomándose a la ventana) ¡Quedó sola otra vez la calle! (Pausa sostenida.) (Cierra la ventana.)

PETRONA: ¡Gracias a Dios!

MANUELOTE: (Luego de una pausa) ¡Petrona!

PETRONA: ¡¿Qué?! (Saca de la cesta el chivo y el maíz.)

MANUELOTE: Prepara un caldo con el chivo...

PETRONA: ¡Caldo? ¡Para qué? (Termina de quitarse el pañuelo de la cabeza.)

MANUELOTE: ¡Pues, porque sí!

PETRONA: Lo que son las cosas, ¡nunca te ha gustado el caldo de chivo!

MANUELOTE: Pero ahora va a hacer falta...

PETRONA: ¿Tienes tanta, hambre? (Camina hacia el cuar-

tuclo con el paño en la mano) Caldo de chivo sin verduras no sabe a nada... (Al avanzar ve a don Martín). ¡Ah! ¡Qué susto! ¡¿Don Martín aquí?! (A Manuelote) ¿Por qué está ahí? ¿Cómo vino?

MANUELOTE: ¡El teniente Roso lo trajo!

PETRONA: ¡Dios mío!

MANUELOTE: (Acercándose a Petrona) ¡Nadie debe saber que está aquí! ¡¿Oyes?! ¡Nadie!

PETRONA: ¡Ah, si lo encuentran pueden matarnos también! (Pausa. Petrona se muestra muy nerviosa) ¿Por qué lo dejaste traer? No has debido...

MANUELOTE: (Interrumpiéndola y alzando los hombros)
¿Esta no es su casa? ¡Soy su servidor!, ¡su esclavo!
Además...

PETRONA: ¡Tengo miedo! ¡Nos matarán! ¡Vi en la plaza la horca, los fusiles, las lanzas! Oí las súplicas de los condenados, los llantos de sus hijos y sus mujeres... Boves no perdona... ¿Por qué no se te ocurrió algo para negarte a recibirla?

MANUELOTE: ¿Qué podía decir?

PETRONA: ¡Cualquier cosa! ¡Que hay soldados rondando...!
En fin... Algo...

MANUELOTE: ¡No se me ocurrió! Pero no tengas miedo, nada sucederá...

PETRONA: ¡Quién sabe! (Pausa.) ¡No veo por qué vamos a exponernos nosotros! ¡Por qué correr ese peligro!

MANUELOTE: ¡Quédate tranquila y cocina el caldo! (Le tiende una olla de barro.)

PETRONA: ¡No sabes lo que haces! (Airada) ¡Por qué razón lo trajeron!

MANUELOTE: ¡Tuvieron confianza en mí! ¡Confianza en el esclavo Manuelote...! ¿Te das cuenta?

PETRONA: ¡Tonterías! ¡Cuando pase todo ni te lo agradecerán! ¡Ya verás!

MANUELOTE: ¡Puede ser! Pero no lo hice por eso. (*Pausa prolongada.*)

PETRONA: ¿Está muy herido?

MANUELOTE: (*Tomando por un brazo a Petrona y conduciéndola cerca de don Martín*) Tiene un lanzazo en el pecho... Es grave... ¡Perdió el sentido!

PETRONA: Seguramente morirá. (*Se acerca a don Martín y lo toca*) ¡Está prendido en fiebre y desencajado!

MANUELOTE: Roso volverá a buscarlo. Lo sacará hacia Curazao.

PETRONA: ¿Así como está?

MANUELOTE: ¡Debe salir esta noche!

PETRONA: ¡Ojalá así sea y se lo lleve! Estoy nerviosa. Tengo las manos frías. (*Con nerviosidad se pone a preparar algo en una olla de barro cocido.*)

MANUELOTE: Nada ocurrirá... (*Pausa larga.*) ¿Te pico más leña?

PETRONA: No hace falta... Pero agua sí. ¿Por qué no la buscas?

MANUELOTE: (*Hace la intención de tomar una vasija, pero se detiene e incorpora*) ¡No, no debo salir de aquí hasta que venga Roso, el amo puede necesitar algo!

PETRONA: ¿Qué va a necesitar? Como no sea una vela y que le recen.

MANUELOTE: ¡No piensas sino en lo malo! ¡Cállate y haz que quede bueno el caldo, le daremos un poco!

PETRONA: ¡Caldo! ¡Caldo! ¡Umm!

MANUELOTE: (*Pausa. Camina y saca del baúl unas alpargatas, toma un tirapié y una aguja regresando hacia el taburete donde se sienta comenzando a coser una alpargata*) ¡Yo veré si por fin coso mis alpargatas!

PETRONA: ¡Las mías tampoco sirven ya! (*Alza un pie*) ¡Si esto sigue así vamos a andar desnudos! (*Con sorna*) Y

gracias que aún medio comemos. (*Pausa. Se vuelve hacia Manuelote*) ¡Manuelote!

MANUELOTE: ¿Qué quieres...?

PETRONA: ¿Por qué somos así?

MANUELOTE: ¿Cómo?

PETRONA: Pues... ¡Esclavos y pobres...!

MANUELOTE: ¡Quién sabe!

PETRONA: Si fuéramos libres y ricos... ¡Ah!

MANUELOTE: (*Siempre cosiendo su alpargata*) Muy bueno sería...

PETRONA: No nos mandaría nadie, ¿verdad?

MANUELOTE: ¡Nadie!

PETRONA: Y podríamos comer sabroso como los mantuanos y dormir en cama buena con sábanas y almohadas. (*Pausa.*) ¡Ah! ¡Imagínate por un momento: iyo, libre de ir por donde quiera y hacer lo que me dé la gana! Sucedería como en esos sueños, que según me has contado, tenías cuando niño... ¿Te acuerdas?

MANUELOTE: Sí. (*Pausa.*) Eran sueños muy bonitos... A veces me veía libre y sobre un caballo blanco corriendo por caminos llenos de flores y de sol; luego subía por cerros y montañas y seguía subiendo, subiendo y llegaba a las nubes, pero seguía y seguía hasta alcanzar a las estrellas; y la risa me brotaba sabrosa porque estaba alegre, muy alegre...

PETRONA: ¡Y tan fácil que sería dejar de ser esclavos y que hasta tuvieras tu caballo blanco!

MANUELOTE: ¿Fácil? ¡Jumm! ¡Qué cosas tontas hablas!

PETRONA: No son cosas tontas. (*Pausa.*) Pues... Si quisieramos...

MANUELOTE: Si quisieramos... ¿Qué?

PETRONA: Podríamos ser ricos...

MANUELOTE: ¿Ricos? ¡No me hagas reír, mujer!

(Sonríe. En el camastro, don Martín abre los ojos e incorpora la cabeza.)

PETRONA: ¡Siempre has sido un zoquete! ¿No crees que podríamos tener dinero algún día?

MANUELOTE: ¡No veo cómo! Aunque dicen que después de esta guerra y si ganan los de aquí, las cosas van a cambiar.

PETRONA: No hablo de eso, me refiero a ser ricos pronto, ¡sin esperar mucho!

MANUELOTE: ¡Serás bruja, mujer!

PETRONA: ¿No te has dado cuenta?

MANUELOTE: ¿De qué, Petrona?

PETRONA: Pues de eso... De que si quisiéramos...

MANUELOTE: Hablas mucho y no te entiendo... (*Cose con cuidado.*)

PETRONA: ¡Porque eres un negro escaso! ¿No oíste lo que dijo el pregón?

MANUELOTE: ¿Soy sordo, acaso?

PETRONA: ¡Pues ahí lo tienes! (*Pausa.*) Con sólo decir...

MANUELOTE: (*Poniéndole atención*) ¿Decir qué?

PETRONA: ¿No adivinas?

MANUELOTE: Aún no...

PETRONA: Pues... pues, que don Martín se esconde en esta casa...

MANUELOTE: (*Dejando la alpargata, el tirapié y la aguja sobre la mesa y poniéndose de pie*) ¡Petrona! (*Pausa.*) ¡¿Cómo puede ocurrírse eso?! ¡¿Cómo?!

PETRONA: ¿Y a ti no se te ha ocurrido? ¡Dime!

MANUELOTE: ¡No! ¡Qué va a ocurrírseme!

PETRONA: Porque no piensas... Siempre te has conformado... ¿No estás cansado de ser un esclavo? ¿De vivir como vivimos? ¿De comer mendrugos y vestir hara-

pos? (*Pausa.*) ¡Cuando el pregonero decía lo de los cinco mil pesos no hice sino pensar en todo cuanto se podía hacer con ellos!

MANUELOTE: No sigas hablando de eso. ¿Por qué se te vienen esas ideas a la cabeza? ¡Estás loca, acaso?

PETRONA: ¡El loco eres tú! Habernos expuesto a la horca aceptando aquí a ese... a ese insurgente, pues, por más que sea el amo, ¡es un insurgente! ¡Te das cuenta?

MANUELOTE: ¡Estás loca! ¡Y bien loca! ¡Eso es!

PETRONA: Lo que digo es natural... ¿Acaso una no tiene derecho a mejorar? (*Don Martín vuelve a abrir los ojos, oye y mueve la cabeza con inquietud.*) ¡Todavía soy joven!

MANUELOTE: ¡Pero eso que piensas es feo! ¡Muy feo! Roso confió en mí... Además, si a ver vamos, don Martín no ha sido malo conmigo.

PETRONA: ¿Qué amo es bueno? (*Con sarcasmo*) ¿Crees que él haría por ti lo que tú haces por él ahora? (*Pausa.*) Muchos lo dicen: ¡Esos blancos mantuanos no quieren sino sacar de aquí a los españoles para mandar y apretar más duro! ¿No es por eso que muchos indios y negros como nosotros están con Boves? Eso dicen y yo lo creo. (*Con sorna*) ¡Claro que lo creo!

MANUELOTE: Hablan muchas cosas: hasta murmuran que si gana ese Bolívar habrá libertad para todos. Que habrá igualdad... Que los negros... ¡En fin!...

PETRONA: ¿Crees eso? ¡Zoquete! ¡Negro zoquete! ¡Siéntate a esperarlo para que veas! ¡Ja, ja, ja! ¡Manuelote!

MANUELOTE: ¡Chiss! ¡Cállate! (*Se acerca a don Martín y lo ve. Éste se hace el dormido.*)

PETRONA: ¡Bah! Está como muerto... ¡Pronto morirá y todo será inútil!... ¿Te das cuenta? Siempre va a morirse... A lo mejor ya se está muriendo... (*Pausa.*) A nadie aprovechará su muerte. En cambio... Si nosotros...

MANUELOTE: No sigas pensando en eso... ¡No debes ni decirlo! (*Pausa.*) ¡Prometí cuidarlo!

PETRONA: Siempre piensas en los demás y nunca en ti. ¿Por qué vamos a sacrificarnos por un rico blanco? ¿Por qué? ¿Qué nos han dado ellos a nosotros como no sean palos y maltratos? ¿Te han dado algo a ti? ¡Contesta!

MANUELOTE: (*Dudando*) ¡Nada!

PETRONA: ¿Ves? ¿Entonces?

MANUELOTE: Pero eso de entregar a don Martín sería un proceder malo, ¡muy malo! (*Pausa.*) Además... Pienso...

PETRONA: ¿En qué?

MANUELOTE: Pues... Lo veo tirado allí, herido, perseguido y recuerdo lo bien que vivía con su mujer, sus hijos y su casa grande y se me ocurre que algo bueno debe haber en eso que ellos pretenden para que todo lo hubiera sacrificado así... ¿No crees?

PETRONA: ¡Qué ideas tan raras tienes...! ¿Imaginas que en ese pleito de ricos y españoles nos tocará algo bueno a nosotros, negro esclavo?

MANUELOTE: Yo no entiendo de nada, soy un negro escaso, bruto... Pero, es lo que me digo, ¿por qué va a estar don Martín así sin necesidad? ¿Por qué tantos como él se han lanzado a pelear? ¿Por qué? ¡Desde que lo trajeron me pregunto eso!

PETRONA: Y yo me pregunto: ¿por qué soy tan tonta discutiendo contigo? ¡A ti hay que hacerte las cosas como siempre! (*Comienza a arreglarse el pañuelo en la cabeza y toma el paño en actitud de salir*) ¡No he debido decirte nada!

(*Manuelote viendo lo que Petrona hace y acercándose:*)

MANUELOTE: ¿Qué pretendes hacer?

PETRONA: ¡Salir!

MANUELOTE: ¿A qué?

PETRONA: ¡Iré a la Comandancia de Armas!

MANUELOTE: (*Con sorpresa, angustiado*) ¡Petrona!

PETRONA: ¡Y ahora mismo!

MANUELOTE: (*Interrumpiéndole la puerta*) ¡No saldrás!

PETRONA: ¿Que no? (*Pausa.*) ¡Quítate, estoy decidida! (*Trata de apartarlo*) ¡Lo he pensado bien! ¡Ya estoy cansada de ser una esclava, menos que una basura! ¡Hay una oportunidad y debemos aprovecharla! (*Pausa.*) No tengo sino que decir unas cuantas palabras y seremos ricos... ¡Ricos! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Anda! ¡Quítate! ¡Déjame salir! ¡Estoy resuelta!

MANUELOTE: ¡No lo creo! (*Mueve la cabeza con rabia y pena*) ¡No creo que seas capaz de hacer eso. (*Pausa.*) Piensa Petrona...

PETRONA: ¡Ya lo he hecho por ti y por mí!

MANUELOTE: ¡Déjalo! ¡Te lo suplico! No pagarán nada. (*Pausa.*) Además, iél confió en mí!

PETRONA: ¡Zoquete! ¿No te das cuenta? ¡Son cinco mil pesos!

MANUELOTE: (*Reflexivo*) Si lo prenden aquí... Fíjate lo que puede suceder...

PETRONA: ¿Qué? ¡Di!

MANUELOTE: Pues que también me lleven a mí... ¡Seré ahorcado...!

PETRONA: ¡No! ¡Eso no ocurrirá! (*Pausa.*) ¡Diré que tú me mandaste a delatarlo y nada te harán!

MANUELOTE: ¡No puedes hacer eso! (*Lleva a Petrona por un brazo hasta don Martín.*)

PETRONA: (*Indiferente*) Va a morir de todos modos. ¡Ya está casi muerto y va a ser una muerte inútil!

(*Vuelve con intención de ganar la puerta. Manuelote, rápido, la agarra por un brazo.*)

MANUELOTE: ¡Ven acá! ¡No irás!

PETRONA: (*Debatiéndose*) ¡Suéltame o grito! (*Alzando la voz*) ¡Será peor, peor para ti!

MANUELOTE: (*Soltándola con rapidez*) ¡No debes ir! ¡Además no van a creerte! Eres una esclava... ¡Dicen que los esclavos somos embusteros!

PETRONA: ¡Já! Los traeré aquí y verás si no me creen...
(*Don Martín en el camastro se mueve y gime. Manuelote va rápido donde él y lo palpa, don Martín queda inmóvil.*) ¡Ya verás, mañana seremos ricos! ¡Ricos!
(*Aprovechando que Manuelote está con don Martín sale a la calle, rápido, dando un portazo.*)

MANUELOTE: (Asombrado y confuso) ¡Dios mío! ¡Petrona, Petrona! ¡Devuélvete! (Corre hacia la puerta y desde el umbral grita) ¡Petrona! ¡Espera, espera! ¡Te acompañaré... ¡Tienes razón...! ¡Los cinco mil pesos deben ser nuestros! (Regresa al cuartucho. Mira a don Martín y luego con premura toma algo del baúl, lo esconde bajo la franela y sale corriendo hacia la calle, llamando.)

MANUELOTE: ¡Petrona! ¡Petrona! ¡Espera, iremos juntos, oye lo que debes decir! (*Su voz se pierde*) ¡Oye! ¡oye!
(*Una vez ido Manuelote, don Martín se medio incorpora presa de ansiedad, quiere ponerse de pie, pero no puede. Insiste en sus movimientos y cae del camastro. Ya en el suelo, comienza a arrastrarse con grandes esfuerzos.*)

DON MARTÍN: ¡Debo huir! ¡Huir rápido! Esos miserables...
(*Sigue arrastrándose hacia la puerta*) ¡Ay...! ¡Ay...!
¡Ay...!

(*Cuando se medio incorpora sobre las piernas, tras grandes esfuerzos, la puerta se abre y entra, con la cabeza baja, silencioso y grave, Manuelote, al mirar en el suelo a don Martín, se asombra.*)

MANUELOTE: ¡Ah! ...¡Don Martín!

DON MARTÍN: (*Viéndolo fijamente*) ¡Cobardes! ¿Ya me vendieron, verdad? ¿Ya me vendieron, verdad? ¿Ya fue ésa a buscar a los secuaces de Boves, ¿no? ¡Pronto estarán aquí para matarme! ¡Sí, negros infames...! ¡Y todo por unos cuántos pesos!

MANUELOTE: (Con asombro y susto) ¡Don Martín! ¡Mi amo!

DON MARTÍN: ¡Miserables! ¡Pero no me cogerán vivo, no!
¡No! (Con gran trabajo saca una pistola y la martilla,

*luego con rapidez la lleva a su sien y aprieta el gatillo.
El arma pitonea y no dispara, don Martín arroja con
furia la pistola.)*

MANUELOTE: (*Quien ha hecho un gesto como para conte-
ner a don Martín, pero a la vez paralizado por la vio-
lencia y rapidez del acto de aquél*) ¡Don Martín!

DON MARTÍN: ¡Ah, todo está contra mí...! ¿Por qué no me matas tú? ¿Por qué no lo haces antes de que lleguen los hombres de Boves? ¡También te pagarán si me entregas muerto! ¡Apresúrate! ¡Coge un machete y hazlo, ya debe venir Petrona, con la gente de ese asturiano...!

MANUELOTE: No tema, nadie vendrá...

DON MARTÍN: ¡No mientes, ladino! Oí lo que hablaron...
¿Acaso no fue ella a venderme?

MANUELOTE: Sí, fue...

DON MARTÍN: ¿Entonces...?

MANUELOTE: Ella fue... Sí... (*Pausa.*) Pero... ¡No pudo llegar!

DON MARTÍN: ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué no pudo llegar? ¿Por qué?

MANUELOTE: (*Con lentitud saca un cuchillo que llevaba
escondido bajo la franela y lo tira al suelo, cerca de don
Martín, gritándole sordamente*) ¡Por esto!

(Don Martín mira a Manuelote y al cuchillo.)

DON MARTÍN: (*Espantado y como sin comprender*) ¡¿Có-
mo?! ¡Manuelote! ¡Manuelote! ¡¿Qué hiciste?! ¡¿Qué
hiciste?! ¡¿La mataste?! (*Manuelote afirma con un leve
gesto de cabeza.*) ¡Ah, Manuelote! ¡Manuelote!

*(Se desmaya. Afuera se oye ruido, luego tocan en la
ventana, suavemente. Y Manuelote al oír rompe su
estatismo y rápidamente toma en brazos, semicargado
a don Martín y lo lleva al camastro. Recoge el cuchi-
llo y lo guarda bajo su franela, luego va a la ventana y
la abre, se asoma Roso.)*

Roso: ¡Soy yo, abre!

(Manuelote cierra la ventana y sin hablar abre la puerta. Entra Roso seguido por dos hombres.)

Roso: *(A Manuelote)* Venimos por don Martín, ya conseguimos las mulas y los medicamentos.

MANUELOTE: *(Señalando hacia el cuartucho)* ¡Está tranquilo!

Roso: *(A los hombres)* Llévenlo con mucho cuidado. *(A Manuelote)* ¿Alguna novedad?

MANUELOTE: ¡Ninguna!

(Los hombres ponen a don Martín en la hamaca y caminan hacia la puerta.)

Roso: Bueno, Manuelote, ¡Adiós! Si logramos llegar a Curazao, nos habremos salvado. ¡Algún día regresaremos para verle de nuevo la cara a Boves!

MANUELOTE: ¡Ojalá!

Roso: Esta noche estaremos en La Guaira. *(Saca una bolsa de dinero y se la tiende a Manuelote. Éste la rechaza con un gesto sobrio.)* ¡Ah, Manuelote! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Siempre me acordaré de ti, te has expuesto por nuestra causa! *(Guarda la bolsa y sale siguiendo al grupo que lleva a don Martín. Desde el umbral de la puerta se vuelve y dice a Manuelote)* ¡Que Dios te acompañe! *(Sale.)*

(Manuelote lo ve irse en silencio, luego cierra la puerta y grave y apesadumbrado se deja caer en el taburete. Vuelve la cabeza y con gran pesar mira toda la estancia, fijando brevemente la vista en el fogón. Luego se toma la cabeza entre las manos y deja escapar un profundo sollozo, hondo, prolongado. Permanece en esta actitud unos segundos. A lo lejos suena una corneta. Manuelote alza la cabeza y mira toda la habitación, con lentitud se pone de pie y camina hacia el cuartucho, anda despacio y como sobre cogido por una terrible soledad. Se detiene antes de llegar al camastro y vuelve su vista por doquier. De pronto descubre, en el suelo, junto al viejo baúl, la pistola de don Martín, sorprendido se agacha y la recoge mirándola con sumo cuidado.)

(Se oye otra vez la corneta lejana.)

(Manuelote, como presa de una resolución y reteniendo en una mano la pistola, abre el baúl y saca de él un viejo sombrero raído que se coloca en la cabeza, después toma una cobija muy usada y se la echa en el hombro comenzando a caminar con lentitud, pero resueltamente hacia el fogón. Allí toma el machete y va hacia la puerta, antes de llegar a ella se vuelve y mira tristemente la estancia, bajando la vista a la pistola.)

MANUELOTE: (Habla con lentitud y gravedad) ¡Debe haber algo por lo cuál mueren y se sacrifican tantos! (Pausa.) ¡Debe ser algo grande! (Abre la puerta, pero siempre mirando la estancia) ¡Me iré a esa guerra! ¡Quizás haya un puesto para mí junto a esa gente que manda Bolívar!

(Sale. La puerta queda abierta movida por el viento, a lo lejos redobla un tambor y una corneta toca atención mientras cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

María Rosario Nava

Cantata

Al recuerdo de un gran niño:
Reinaldo García

*Soy poeta de la mujer
tanto como el poeta del hombre.
Y digo que es tan grande ser mujer
como ser un hombre.
Y digo que nada hay tan grande como ser
la madre de los hombres.*

WALT WHITMAN

Intervienen

CORO (de tres o más voces)

JUEZ I

JUEZ II

JUEZ III

MARÍA ROSARIO NAVA

HOMBRE I

HOMBRE II

HOMBRE III

VARIOS NEGROS (visten como esclavos)

UN INDIO DE LOS PÁRAMOS

UN GENDARME

UNOS SOLDADOS

VOZ JUVENIL

OTRA VOZ

OTRAS VOCES

Acción

La acción tiene lugar en la ciudad de Mérida, Andes venezolanos, un día del año 1817.

¡Viva el Rey!

(Al iniciarse la acción el escenario está completamente oscuro. A lo lejos se oye un rumor confuso como de multitud agitada. Entre el rumor estallan algunos disparos aislados. Al apagarse el rumor una voz grave grita:)

Voz:

¡Viva el Rey!

(Otras voces responden:)

VOCES:

¡¡Viva!!

(Otra voz grita:)

Voz:

¡Muera el Rey!

(Otras voces la corean:)

VOCES:

¡¡Muera!!

(Se oyen disparos mientras el rumor se va apagando. Una vez que cesa, cerca, redoblan tambores militares, oyense pasos; desde el fondo, iluminada por una luz cenital brillante y entre dos soldados que la custodian, llega, caminando con lentitud, María Rosario Nava. Alta, esbelta. Su edad está entre los treinticinco y cuarenta años. Viste un traje sobrio, de color oscuro que no es de luto. Mientras avanza hacia el centro escénico, se ilumina, a la derecha, el coro, formado por hombres y mujeres del pueblo. Muchos de éstos visten como campesinos andinos. Toda la escena, fuera de María Rosario Nava y el Coro, queda envuelta en una luz difusa.)

CORO: (Unísono y mientras llega María)

¡Ella es Rosario Nava! ¡Merideña nacida!

(Una voz)

¡Y en Mérida apresada, este año diecisiete!

(Unísono)

Un tribunal la juzga...

(A la izquierda se iluminan los jueces. Cerca de ellos está una pequeña mesa sobre la cual hállanse libros, memoriales, una campanilla y un mazo.)

(Una voz)

¿Y... cuál fue su delito...?

JUEZ I:

¡Ser infidente al Rey!

JUEZ II:

¡Nuestro señor amado!

JUEZ III:

¡A quien Dios guarde siempre y larga vida ceda!

JUEZ I:

¡Para bien de su imperio y sus fieles vasallos!

CORO: (*Una sola voz*)

¡Ella es una mujer de claros procederes!

JUEZ I:

¡Pero guardó pasquines de letra subversiva...!

JUEZ II:

Y estalladoras armas...

JUEZ III:

¡Y hierros ofensivos!

JUEZ I:

Además, tiene un hijo que contra el Rey guerrean...

JUEZ II:

¡Nula carne rebelde que la horca ya espera!

CORO: (*Unísono a María*)

¿Qué dices tú, María, de ese hijo que acusan?

MARÍA:

¡Mi hijo es un jardín de tréboles y olivos!

Es como el albarregas: isonriente y decidido!

En una madrugada, cuando los frailejones

abren entre la niebla sus transparentes soles,

lo tuve...

Esta ciudad
cantaba en sus campanas...

En mi pulso fundíanse versos y oraciones,
porque era madre al fin y mi tierra tranquila
su semilla entregaba...

CORO: (*Unísono*)

¡Lo vimos de pequeño

Todos lo recordamos...!

(Una voz)

¡Tu hijo era un geranio
de ternuras y llamas!

MARÍA:

¡Eso era en la cuna!

¡Leche le di colmada con sol de estas montañas
y él sonrió con sus nieves y luces vegetales!

JUEZ I: (*A María. Duro. Metálico*)

¡Pero volvióse duro, cual la piedra del Milla!

JUEZ II:

Y un día se te huyó...

JUEZ III:

¡Conocemos la historia!

CORO: (*Dos o más voces*)

¿Por qué huyó de tu amor, María Rosario Nava?

(*Una voz*)

¿Qué lo apartó de ti?

(*Otra voz*)

¿Qué fuerza lo llamaba?

MARÍA: (*Mientras se oyen, apagados, clarines de alegría y un coro difuso entona un himno rebelde*)

¡Era un adolescente cuando en Caracas, lejos...

Estallaron las rosas de una palabra pura...

CORO: (*Unísono*)

¡Dijeron libertad!

MARÍA:

¡Eso mismo dijeron!

(*Pausa*)

Él la miró llegar sobre las altas cimas,
y deletréo sus formas de llamas y praderas.

CORO: (*Una voz*)

¿Y le entregó su amor?

MARÍA: (*Al Coro*)

¡También a mí me amaba!

(*Dos o más voces*)

¡Mas, te ocultó esa voz que ya lo procuraba!

JUECES: (*Unísono*)

Como jueces queremos saber por qué partió de tu hogar una noche de relámpagos duros...

JUEZ II:

Sin que tú lo miraras ni su rumbo advirtieras...

JUEZ I:

Una noche de vientos y tejas empapadas,
cuando en la niebla herían finos cuchillos fríos
y el Mucujún obscuro en sus rocas bramaba.

(Pausa.)

MARÍA:

Los esbirros del Rey a esa palabra pura
pusieronle cadenas, nuevamente...

CORO: (Una voz)

¡Sabemos
cómo fue la quemante represión de esos días!

(Pausa.)

MARÍA:

Pero mi hijo, alerta, supo que por el sur
guerreros ya volvían y que entre sus pendones
la libertad flameaba...

CORO: (Unísono)

¡Su amor! ¡La libertad!

(Pausa.)

JUECES: (Unísono)

¡No denigres de ello!

JUEZ I:

¡Eras fiel y honrada!

MARÍA: (Pausa. Con serena tranquilidad)

Cuando volvió mi hijo...

(Regresan los tres hombres solos.)

HOMBRE I:

¡En Puente Real lo hallamos!
No quiso obedecer tu lejano mandato...

HOMBRE II:

Corrió por las laderas del Chama turbulento...

HOMBRE III:

¡Yo disparé a las nubes!

HOMBRE I:

¡Él lanzóse a un barranco
dando contra los riscos!

MARÍA: (*Atribulada*)

¿Qué le ocurrió a mi niño?

HOMBRE I:

¡Sus brazos fracturados!

HOMBRE II: (*Enojado*)

¡Y una rabia imposible!

HOMBRE III:

¡En tu alcoba quedó como un jaguar cansado!

JUEZ I: (*A María*)

¡Ahí comenzó tu culpa, María Rosario Nava!

CORO: (*Unísono y al Juez I*)

¿Por qué le dices eso?

JUEZ I: (*Al Coro*)

¡Con palabras el hijo
le cambió el pensamiento!

MARÍA:

¡Él me habló cierto es...

Lo que me dijo toda la estancia iluminaba!

(*Pausa.*)

¡Toqué sus esperanzas y el hierro de sus clavos!

(*Pausa.*)

Y vi entonces la espiga que en el alba asomaba...

(*Pausa.*)

¡Mis vendajes cayeron frente a mi niño vivo!

CORO: (*Unísono a María*)

¿Por qué dices que vivo?

MARÍA:

¡Para mí renacía...!

Tenía un hijo nuevo... ¡Una llama distinta
en su sangre quemaba!

JUEZ I: (*Violento, a María*)
¡Lo que dices te acusa!

MARÍA: (*Altiva*)
¿Qué importa?

CORO: (*Unísono*)
¡Sí! ¡Qué importa!

(*Una voz*)
¡Si en su hijo ya estaba
floreciendo de nuevo María Rosario Nava!

JUEZ III: (*A los otros jueces y mostrando a María*)
¡Es la turba que agita azufre en sus sentidos!

(*El Coro emite un murmullo confuso, ininteligible.
Rítmico. El Juez II suena la campanilla llamando a orden.*)

MARÍA: (*Luego de una breve pausa*)
Poco tiempo después... ¡El recuerdo me alumbra!
¡Yo vi al pueblo salir de casas y sembrados,
y un sonoro alborozo treparse por las cumbres...!
¡Las últimas estrellas apagaban sus rosas
y el alba una bandera en la Sierra dejaba...!
Sobre potros y cantos:
¡Un Capitán llegaba!!

CORO: (*Unísono*)
¡Era Bolívar!!

MARÍA: (*Vibrante*)
¡Sí!!

JUEZ I: (*Despreciativo*)
¿Qué viste en él de raro?

MARÍA: (*Al Juez I*)
¿Qué vi? ¿Tú lo preguntas?

(*Grave*)
¡Oye, juez, con cuidado!

(*Con fuerza*)
En sus ojos estaba Venezuela encendida...

Y en su pecho los fuegos que braman y liberan.
¡Desde su voz un bronce candente proclamaba:
un mundo con justicia, un rumbo, una ribera...!
¡Yo vi tras sus pupilas nacer la patria toda!

¡Despertarse guerreros que vacían dormidos,
y agitarse los mares, las costas, las fronteras!

¡Contemplé en las ciudades de muros humillados,
abrirse las despensas de todas las bravuras;
y encenderse las fraguas donde herreros sombríos
rojas lanzas forjaban con metálicos odios!

(Pausa.)

¡Oí por las vertientes y los inmensos ríos
bajar la tumultuosa rabia de los sufridos
ansiosos por cambiar sangre y huesos oscuros
por lecho, casa y pan a todos repartidos!

(Pausa.)

¡Yo escuché cómo el aire de su capa bajaba
con un himno bermejo de trompas y clarines!
¡Miré al Orinoco cruzado por hogueras
y la Sierra Nevada transformarse en trinchera!

(Pausa.)

¡En los cacaotales musgosos y sombríos,
vi al negro libre alzar sus puños como piedras!

(Óyense tambores. Se ilumina un grupo de negros con
lanzas, trabucos y tambores pequeños. Visten como
esclavos de la época.)

NEGROS: (A los golpes de tambores)

¡¡Que un duro tambor resuene
desde la costa a las nieves!
¡Cuero de tambor templado
con brazas de manos negras!
¡Aquí llegamos, Simón,
para luchar por tu estrella!
¡¡Contigo iremos, Simón,
duros de son y de penas!!

(Pausa. Suenan los tambores.)

UN NEGRO:

¿Qué dijo Simón?

CORO: (*Coro y negros a un tiempo*)

¡¡Luchar!!

OTRO NEGRO:

¿Simón qué dijo?

CORO: (*Coro y negros a un tiempo*)

¡¡Luchar!!

(*Se apaga la luz sobre los negros y éstos desaparecen mientras se alejan y cesan los golpes de los tambores.*)

MARÍA: (*Luego de una breve pausa*)

¡Desde su pecho el indio miró los horizontes...

(*Se ilumina un indio andino. Pantalón raído, pies descalzos, sombrero de paja, porta una lanza y una flauta*)

¡Y alegró su mirada un sol recién nacido!

¡En el páramo azul florecieron las flautas
y en los árboles altos se mecieron los nidos!

(*Óyense fotutos y guaruras y una limpia flauta de cañizo.*)

INDIO:

¡Mi sangre es necesaria
para este esfuerzo de hombres!

Tras tus huellas, Bolívar
nuestras frentes se incendian.

¡Las flechas y macanas, nuevamente se aprestan!

(*Resuena una guarura y una voz lejana dice:*)

Voz:

«¡Corre veloz, el agua... Corre veloz, el viento...
corre veloz, la piedra...»

(*Pausa.*)

INDIO:

¡En pos de ti, Bolívar,
correrá la cascada de mis pasos violentos!

¡El indio irá en el rayo...
Que baje de tu espada...!

(La flauta de carrizo da una nota aguda. La guarura le responde. La luz sobre el indio se apaga y éste desaparece.)

MARÍA:

¡Todo el aire era gritos de fuerzas estalladas!
¡El eco de esos gritos alumbró las canteras
que guardan bajo azufres la luz de los volcanes;
e iluminó los riscos y el carámbano breve
que irisa con destellos la piel de los glaciales!

(Pausa corta.)

¡Hacia Bolívar fueron los niños, los ancianos,
los mozos de hombros fuertes
y chispa en la mirada.
Las luces de azafranes, los lirios, las centellas...
Los humos, los desiertos, las aguas, las salinas...

(Pausa larga.)

¡¡Yo vi cómo en mi hijo la alegría lloraba!!

JUEZ I: *(A María)*

¡Haz un alto, María...!

JUECES: *(A coro)*

¡Estamos asombrados!

(Pausa.)

JUEZ II:

¡Ya ves que su derrota los traidores sufrieron!

JUEZ III:

¡Y el dominio del Rey...!

JUEZ I:

¡Que Dios bendiga y salve!

JUEZ III:

¡Está de nuevo erguido sobre esta tierra brava!

JUECES: *(Unísono)*

¡Un humo fatuo dieron sus pobres llamaradas!

CORO: *(A los jueces y unísono)*

¡Tengan cuidado, jueces!

(*Una voz*)

Pues aún siguen las armas
en las manos altivas...

(*Unísono*)

¡Y esta lucha es muy larga!

MARÍA: (*Altiva*)

¡Larga ha de ser! ¡Y dura! ¡Y nadie se doblega!

JUEZ I: (*Con ira, a María*)

¡Prosigue tu relato...!

JUEZ II:

¡Como una prisionera!

MARÍA: (*Sonora como una trompeta*)

¡Bolívar ya partía de esta Mérida clara...
Fue en mayo...!

CORO: (*Unísono*)

¡Las campanas, nuevamente en el aire,
con arpegios de cobre, a la lucha llamaban!

MARÍA: (*Serena*)

¡Llevaba corazones y hombres de metales!
Y una verde alegría de vientos y maizales
Sobre el cielo banderas y clarines vibraban...

(*Pausa.*)

¡Toda la juventud de Mérida avanzaba!

JUEZ I: (*Grave*)

¡Iban hacia la muerte!

JUEZ II: (*Sombrío*)

¡Hacia la muerte iban!

MARÍA: (*A los jueces*)

¡Están equivocados! isus pasos fulgurantes
dispersaban las sombras! ¡y hacia la gloria iban!

JUEZ I:

¿Y tu hijo, María?

MARÍA: (*Con pesar*)

¡Sobre un lecho de tablas
sus lágrimas cuajaba!

JUEZ II:

¡Has debido alegrarte,
fue suerte su desgracia, la guerra es cosa mala!

MARÍA: (Rebelde)

¡No por la libertad! ¡cuando el pueblo guerreá
siempre busca la paz!

CORO:

Mas, de eso, ¿tú qué sabes?

(Emite un murmullo, sordo, tremolado. El Juez I sue-
na la campanilla con enojo.)

MARÍA: (Una vez apagado el rumor)

¡Entre sus brazos rotos y el sol que se marchaba
mi hijo era una espiga de sal que se doblaba!

(Pausa.)

¡Soñó con ser soldado de paz y poesía...
De los que tras los hierros levantan olivares
y hacen surgir del fuego la flor de un nuevo día!

(Pausa.)

¡Por eso en su garganta la voz fue palma y ruego!

(Se oye una fuerte voz juvenil:)

Voz JUVENIL:

¡No puedo estar aquí cuando otros pies ya buscan
su propia madrugada!

¡Si para abono sirve:
dejen que se incorpore mi vida a esta jornada!

MARÍA: (Resentida)

¡Alguien le respondió...!

OTRA VOZ: (Dura, enérgica)

¡No alistamos lisiados!

¡Con los brazos inermes!

¿Quién llevará tus armas?

(Pausa.)

MARÍA:

¡Por el aire cruzó un dolor apagado!

Vi surgir en sus ojos dos jazmines amargos
y una espina sin forma herirle en el costado.
¡El sueño por su sangre, sin puertos, naufragaba!

CORO: (*Unísono*)

¿Cuál fue tu sentimiento?

(*Una voz*)

¿Lloraste silenciosa
María Rosario Nava?

MARÍA:

¡Cerré mis ojos... Vi...
Lo mismo que él veía...!

CORO: (*Unísono entre sí*)

¿Ella, qué miró?

(*Una voz*)

¿Y él?

(*Una voz*)

¿Qué fue lo que miraron?

(*Unísono a María*)

¡Lo que miraste dinos!

MARÍA: (*Luego de una breve pausa*)

¡Un camino muy largo de violencias y llamas,
con árboles y huesos y cruces abismadas...
Y un río de banderas victoriosas alzadas!

CORO: (*Unísono a María*)

¿Y al fin de ese camino?

MARÍA: (*Vibrante*)

¡La Patria liberada!

(*Pausa.*)

JUECES: (*Unísonos a María*)

¿Qué hiciste después?

CORO: (*Una voz a María*)

¿Qué consuelo invocaste?

MARÍA: (*Grave*)

¡Una ortiga culpable en mi sangre escocía!

(Pausa, sigue con fuerza)

¡¡Levántate!!

Le dije...

¡Conozco quien te llama...!

(Muy arriba)

¡¡Tú irás sobre tus pies...!!

¡¡Yo llevaré tus armas!!

(Lejos irrumpie un himno hermoso de lucha y rebel-día. Donde se cruzan breves compases de Gloria al Bravo Pueblo. Los jueces acercan sus cabezas unos a otros como para deliberar. Violentamente suena una campanada dura que apaga el himno y sobreviene un silencio total. La voz del Juez I se alza grave y profun-da mientras golpea la mesa con el mazo.)

JUEZ I:

¡Obstinada rebelde! ¡Te hemos condenado!

JUEZ II:

¡Y es terrible tu pena!

JUECES: *(Unísonos)*

¡María Rosario Nava!

MARÍA: *(Recio y altiva)*

¡Qué importa! ¡Si mi hijo... En la lucha está libre!

¡Y sus brazos!

¡Mis brazos!

¡Continúan armados!

(Se oye un himno inmenso que sube desde la tierra y se riega por las sombras. Un tambor cerca, redobla. Un gendarme va a poner las esposas a María... Obscu-ro violento.)

FIN DE LA OBRA

Esa espiga sembrada en Carabobo

*Funeral a un soldado del pueblo
Cantata*

*Al recuerdo de
Ascensión y Mariano Robaina*

*Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo,
oró de cólera...*

CÉSAR VALLEJO

Intervienen

MUJER I

MUJER II

VIEJO I

VIEJO II

SOLDADO I

SOLDADO II

OFICIAL I

OFICIAL II

OFICIAL III

OTROS SOLDADOS

CAMPESINOS (viejos y mujeres)

VOCES MASCULINAS

VOCES FEMENINAS

CORO

(integrado por voces de soldados y campesinos)

Acción

La acción transcurre en un campo cercano a la sabana de Carabobo, la noche del 25 de junio de 1981.

Escenografía

Queda a voluntad del director escénico hacer corpóreos los personajes sugeridos por luces y sonidos. En caso de hacerlo así tales personajes deben aparecer bajo una penumbra casi total.

Un camino rural, situado a una jornada, a pie, de la sabana de Carabobo. Es de noche, un pequeño grupo de soldados avanza llevando sobre una camilla rústica a un compañero muerto, cubierto con una cobija azul y rojo. Los soldados visten pantalones y blusa de lienzo, calzan alpargatas muy usadas; algunos van heridos en las piernas, otros en la cabeza. Adelante del grupo uno de ellos lleva un farol encendido. Atrás otro marcha llevando una cor-

neta en banderola y la lanza del compañero caído. Todos los soldados cargan sobre los hombros chopos y cobijas. Frente a ellos, de pronto, se ilumina un árbol grande desprovisto de hojas. Los soldados se detienen y, los que la llevan, dejan en tierra la camilla. Al encuentro de ellos sale un grupo silencioso de campesinos. El grupo es reducido y lo forman hombres viejos y mujeres. Una de las mujeres lleva, también, un farol grande y encendido. Todas cubren sus cabezas y hombros con paños oscuros.



MUJER I: (*Habla a los soldados*)

¿A quién traen allí?

SOLDADO I:

Al cuerpo de un soldado.

VIEJO I:

¿Muerto?

SOLDADO I:

¡Sí!

SOLDADO II:

Como todos,
Andaba con Bolívar.
Murió ayer en batalla
librada en aquel sitio que Carabobo llaman.

VIEJO I:

Oímos el cañón y escuchamos la furia,
de un suelo de metal que se agitaba.

MUJER II:

¡Fue junio veinticuatro!

SOLDADO I:

Quiso que lo enterraran en este campo abierto,
bajo los surcos limpios que una vez él labrara.

(*Los soldados se colocan en fila, firmes atrás del cuerpo yacente. Se oye un clarín a la sordina tocando silencio. Al concluir el toque, los soldados quedan a discreción.*)

MUJER II:

¡Lo traen solo ustedes?

VIEJO I:

¡Y quiénes los mandaban?

SOLDADOS: (A coro)

¡Cayeron!

(Óyese una marcha militar fúnebre. Luego vuelve a sonar, a la sordina, el clarín. A la derecha se iluminan tres figuras marciales. Llevan capas oscuras que cubren partes de sus caras y cuerpos. Calzan botas altas de charol, con espuelas. Cubren sus cabezas con el bicornio usado por los oficiales del ejército independentista.)

OFICIALES: (Graves)

¡Aquí estamos!
¡Fuimos sus oficiales!

OFICIAL I:

¡Farriar!

OFICIAL II:

¡Cedeño!

OFICIAL III:

¡Plaza!

(Los soldados hacen posición de firmes y recobran luego su anterior postura.)

OFICIAL III:

¡Muertos fuimos ayer cuando emergió la patria!
¡También es de nosotros el funeral que ahora este lugar contempla!
¡Sus huesos son los nuestros!

(Señala el cuerpo yacente.)

¡Como nuestro fue el canto que en sus labios llevaba!

Al enterrar su carne, a tierra va la nuestra.

OFICIALES: (A coro)

¡La flor que en ella nazca será la flor de todos!

(Algunas mujeres y un viejo se acercan al cadáver y lo miran con cuidado. Nuevamente el clarín toca silencio. Las mujeres y los viejos vuelven a sus sitios.)

MUJER I:

Lo conocí...

MUJER II:

También yo.

VIEJO I:

Pedro Juan se llamaba...

MUJER II:

Él nada poseía... Sólo sus manos limpias...

OFICIAL I: (Fuerte)

¡Y un sueño iluminado!

OFICIAL II:

¡Y por su sueño supo morir
cuando la muerte cruzó por el camino de sol que
procuraba!

MUJER I:

¿Y ese sueño cuál fue?

VIEJO I:

¿Tiene un nombre su sueño?

OFICIAL I:

¡Un nombre hermoso tiene!

SOLDADOS: (A coro)

¡Venezuela se llama!

CAMPESINOS: (A coro)

¡¿Venezuela?!

SOLDADOS: (A coro)

¡La Patria!

OFICIAL I:

Él la tomó una vez y en su pecho la puso.
¡En su sangre la puso! ¡En sus huesos la puso!

OFICIAL II:

¡Y la puso también en su firme pasión
de verla sin cadenas, sin clavos, sin cerrojos!

OFICIAL I:

¡Por eso... ¡Hace ya tiempo,
abandonó el conuco...!

OFICIAL II:

¡Su mujer y su perro, y con manos distintas alzó
la dura lanza y fue tras de Bolívar!

OFICIAL III:

Y su pie sin calzado...

VIEJO I:

Pata en el suelo dicen...

OFICIAL I:

Y su cuerpo con hambre, con sed, desharrapado,
marchó por los caminos que el sueño señalaba.

OFICIAL II:

¡Gladiador de pasiones, los combates lo vieron
arrebatarle al viento su impetuosa arrancada!

CORO: (*Formado por las voces de los soldados y los campesinos*)

¡Horcones! ¡Niquitao! ¡Araure! ¡La Victoria!
¡El Juncal! ¡Vigirima! ¡San Félix! ¡San Mateo!
¡Urica! ¡Maturín! ¡Boyacá! ¡Las Queseras!

OFICIAL I: (*Óyense clarines y tambores avanzando*)

Entre los trepidantes corceles desbocados,
¡Era su grito un suelto clarín que arrebataba!
¡Y tras su grito el grito de todos avanzaba!

MUJER I:

Pero ahora, ya ven, está su cuerpo muerto...

SOLDADO I:

Bien lo dices mujer: isólo su cuerpo muerto!

SOLDADO II:

¡Su puño de guerrero sigue en la lucha siempre
y en nuestras filas marchan sus pasos de valiente!

SOLDADO I:

¡Y no olvides tampoco que cayó en Carabobo
y nadie allí caído nombrando a Venezuela
lo amortaja el olvido ni para siempre es muerto!

MUJER I: (*Se comienza a oír una marcha fúnebre a la sordina)*
Debemos sepultarlo...

VIEJO III:

¡Abriremos la fosa!

(Sale hacia el fondo seguido por otro campesino. Los campesinos restantes se alinean a la derecha de la camilla. A la izquierda se sitúan los oficiales, dejando un espacio abierto para los objetos que han de iluminarse. Se oye el rasgar, grave, monótono, de un cuadro.)

MUJER I: (*Al Oficial II*)

¡Dinos!, ¿cómo llegaron a Carabobo ustedes
para morir allí con la voz elevada?

OFICIAL I:

Seguidos por un aire de lirios y mastrantos,
de San Carlos partimos al fin de una mañana.

OFICIAL III:

¡Planeado había allí Bolívar la batalla
en noches deslumbradas por lunas y vigilias!

(Óyense fanfarrias lanzar toque de partida, luego cajas de guerra y clarines. Seguidamente resuena una banda militar tocando una marcha potros al galope. Rumor de multitud avanzando. Música y rumores se van esfumando lentamente.)

OFICIAL I:

El veintitrés de junio desfilamos,
en Taguanes llanura ya gloriosa,
frente a Bolívar hecho estatua dura,
entre sables de azules resonancias
y un mar hirviente de encendidos pasos.

OFICIAL III:

¡Crepitaban hogueras en los gritos
y estallaban espejos sobre lanzas!

OFICIAL I:

¡Los corceles el polvo removían
y los breves penachos fulguraban!

OFICIAL II:

¡Sobre la vastedad y el estampido
grave la patria toda nos miraba!

Voz: (*Lejos una voz grita*)

¡Recuerda la otra fuerza desplegada!

OTRA VOZ: (*Lejos*)

¡No olvides relatar ese desfile!

(*Fanfarrias.*)

OFICIAL I:

Otro ejército allí miró Bolívar...
Cruzar por la llanura iluminada...

MUJER I:

¿Otro?

MUJER I:

¿Cuál?

VIEJO I:

¿Acaso hubo otro ejército?

CORO:

¡Sí!

OFICIAL II:

¡Los grandes héroes muertos que venían
a combatir también en Carabobo!

(*Óyese rumor de viento fuerte que pasa, luego un himno.*)

OFICIAL I:

¡De todo el continente estremecido
llegaron sombras fuertes a ese campo!
¡Fotutos, atabales y guaruras,
lanzas, machetes, corazón y cantos!
¡Espuelas de esplendores removidos
y obscuras flechas de perfil violento!

OFICIAL III:

Bolívar los miró desfilar, graves...
entre un rumor de sangres y tormentos...
Y escuchó desgajarse una tormenta
cuando alguien dijo recio:

CORO:

¡Carabobo!

SOLDADOS:

Y ¡Presentes!

CORO:

¡Las sombras respondieron!

MUJER I:

¿Quiénes eran?

MUJER II:

¡Queremos conocerlos!

(El Oficial I señala un lugar donde se ilumina en rojo un tambor indígena; comienza a sonar, triste, una que-na; luego de lejos, nítida, se oye una voz.)

Voz: *(Lejos)*

¡Presente estoy aquí, Bolívar,
Libertador del fuego
que hoy a América incendia!

José Gabriel Condorcanqui
Tupacamaru me han llamado
me llaman,
me llamarán mañana
los indios de ojos tristes,
los niños de hambre cierta.

¡Los que ansían pelear!

¡Los que pelean!

¡Tú nacías Bolívar el año de mi muerte!

En mis duros tormentos yo vi tus resplandores,
Prensentí tu perfil, escuché la violencia
de tu voz de guerrero.

¡Supe que surgirías de las piedras, del polen,
del cactus, de la arcilla, del maíz, de las aguas,
de todo cuanto guardan las entrañas de América!

¡Y que mi ruda sangre vertida bajo sombras
llevaría a la tuya el sol de sus crisoles!

¡Por eso estoy aquí, presente en Carabobo!

¡Y he de decirte hoy que nunca has de dormir,
Bolívar, ni descansar, Bolívar!

¡Tu imagen, tu palabra, tu luz, tu corazón,
han de estar sobre América despiertos
para siempre!

¡Mientras en ella quede un blanco entre cadenas,
un indio con espinas, un negro maniatado,
un pobre en hambres yerto,
tu espada ha de seguir,
Bolívar,
sobre el fuego!

(Obscuro. Suenan varias quenas y golpean recios dos maderos. Una luz viva cae sobre un tronco. De lejos llega otra voz.)

Voz:

¡Despierto has de estar siempre, Bolívar,
sí, despierto!

Mujer I:

¡Tú!, ¿quién eres?

(Resuenan de nuevo los maderos.)

Voz:

¡Caupolicán he sido, soy,
seguiré siendo!
¡Llego del sur, de Chile,
del Arauco!
¡Me acompañan dos bravos
que alumbran con sus frentes!

(Otra voz lejana grita:)

Voz: *(Lejana)*

¡Lautaaaaaro!

Voz: *(Otra voz lejana grita)*

¡Colocoloooooo!

(Callan las voces.)

Voz: *(Anterior: Caupolicán)*

Conmigo está mi pueblo
multiplicando para guerrear
las manos que una vez
por esa libertad,

que en tu mirada afirmas,
nos cortaron,
¡En el fuerte madero que sostuve en mis hombros
desde el alba hasta el alba,
te presentí, Bolívar,
sentí tu corazón,
tu fuerza,
tu quimera!

¡Anduve los caminos
que tus pasos ya buscan!
¡Supe que moverías las más altas montañas
y los inmensos ríos!
¡Los pantanos, los aires,
las lluvias, los samanes,
para sembrar el grito
que mi garganta dijo
en el Arauco frío!

¡Está por eso aquí
mi sombra de guerrero
que no pudo ceder,
que jamás ha cedido!

¡Yo soñé tu Victoria
cuando la muerte en hierros
y garfios me cercaba!

¡Ahora estoy contigo
de pie para mirarla
nacer como un copihue
de luz en Carabobo!

¡Gran Toqui, yo te digo:
muy cerca de tu espada
irá el madero rudo!

(Obscuro. Óye se una flauta dulce y el golpear de una sola mano sobre el parche de un tambor indígena. Se ilumina de rojo un cardón. Lejos élévase una voz serena.)

Voz:

¡También estoy aquí, yo soy Cuauhtémoc
el de los pies quemados!
Vengo del Anáhuac en llamas rebelado.
¡Que no estaba en un lecho de rosas, dije un día!

Triturada en un guante de hierro martillado,
lejos, entre su lago de apretujados fríos...
¡Tenochtitlán callaba y un águila caía!
En la sombra gemían nopalitos apagados,
y todo el Iztaxjhuatl con su nieve
al llanto de mi pueblo acompañaba.

(Óyese trepidar de alas y flautas de carrizos.)

Voz: (*Cuauhtémoc*)

¡Pero mis pies de llamas y tormentos,
y el águila de nuevo renacida,
y la obsidiana en su puñal armada,
y el nopal con bermeja flor floreado,
bajo este cielo puro, para el triunfo
que has de lograr nos hemos convocado!

(*Obscuro. Vuelve la mano a tocar el parche de un tambor lejano. La quena de nuevo se deja oír suave. Silencio. De pronto resuenan guaruras, maracas y trepidan tambores pequeños. Pasa un ruido fuerte de viento tumultuoso. Una luz roja cae sobre un haz de flechas. Óyese otra voz lejana vibrante.*)

Voz:

¡Ese ejército bravo que marcha en la sabana,
conoce mi semblante, va armado con mis flechas
que enterré entre las piedras
cuando en llamas ardía!

CORO:

¡Te conocemos, sí! ¡Y llevamos tus flechas
Guaicaipuro indomado!

(*La flauta suena recio.*)

Voz: (*Guaicaipuro*)

¡Bolívar! ¡con tu sangre
Soñaste mis batallas allá junto al Anauco!
¡Pensaste en mis heridas!
¡En mis pies, en mis brazos!
¡Y me invocaste cuando tus rumbos escogías!
¡Te he acompañado ya por ardidos senderos!
¡Y he ido entre tus pasos de guerrero del brío!

Por eso: ¡Escucha bien: tenían que acudir
a esta cita del tiempo: mi pecho, mi macana...
mi hoguera, mi tormento!

¡Mírame bien, Bolívar!
¡Y mira junto a mí al batallón sonoro
de comandantes bravos que junto a tus guerreros
con bramidos terrestres, combatirán mañana!

(Resuenan maracas y flautas de carrizo, guaruras y tambores.)

Voz: *(Guaicaipuro)*

¡Urquía y Apacuana! ¡Chicuramáy! ¡Baruta!
¡Curicurián! ¡Yoraco! ¡Tiuna! ¡Sorocaima!
¡Tapiaracai, ardiente! ¡Yaracuy, el osado!
Tras ellos van sus huestes que convocan ahora,
sus dolores, sus huesos, para decirte, hermano:

Que en tu mirada quede, junto con la victoria,
el eco de un mandato: ino han de retornar
a esta tierra Bolívar otros conquistadores...!
¡Y si lo hicieran alza junto con las macanas
y tu inmensa llamada.
Relámpagos de pueblos y un huracán de espadas!

Coro:

¡Y un huracán de espadas!

(Óyense gritos confusos que se van esfumando, luego irrumpen un violento golpe de tambor redondo. Una luz verdosa cae sobre el tronco. Se oye lejana, otra voz.)

Voz:

¡Yo vengo de Burúa! ¡Del socavón minero!
Apenas soy Miguel, iun negro de piel dura
y corazón tatuado! ¡Las curbetas oyeron
templar mis arrebatos y una lanza empuñé
para romper cadenas y sacudir la noche
total que me cercaba! ¡Mirando el resplandor
de mis propias hogueras caí sobre raíces
y suelos flagelados! Mas tu voz me ha llamado...

(Suelan tambores.)

¡Renazco en esta hora de fiebre y rebeliones!
¡Y está con sus legiones en tu ejército armado
Miguel, el de Buría, un negro siempre alzado!

CORO:

¡Presente estás Miguel, sin hierros y sin penas!
¡Presente estás Miguel, muertas tus cadenas!

(*Golpean de nuevo las minas y curbetas. Se oye otra voz lejos.*)

Voz:

¡Patria!

(*Suena rápido un redoblante.*)

OFICIAL I: (*Hacia el fondo*)

¡Juan Francisco de León, ¿qué dice tu estatura
a este campo incendiado?

(*El redoblante vuelve a sonar. Una luz brillante cae sobre el tambor. Casi de él brota la voz.*)

Voz:

En Panaquire dije
una palabra: ¡Patria! Y desde entonces ella
entre ortigas y vidrios su aurora ha procurado.
¡Hoy miro cómo baja la cólera del pueblo
sobre rojos fragores de llamas desatadas,
para darle laureles a este campo sagrado!

¡En el pueblo estoy yo: un hombre que ha soñado!

(*Redobla ahora un timbal. Contra él gritan voces lejanas.*)

VOCES:

¡Airóoo! ¡Chirino! ¡Airóoo!
¡Airóoo! ¡Chirino! ¡Airóoo!

(*Silencio. Una luz morada cae sobre el tambor y el cardón.*)

Voz: (*Óyese la voz de Chirino*)

¡Una vez con mis puños de enardecididas brasas
encendí los cardones de las tierras de Coro
y nacieron, rebeldes, machetes y banderas!

¡Y el negro río en su noche de tabla y sepultura!
¡Y gritó libertad para que el mundo oyera!

¡Y avanzó como un duro metal que se fraguaba
para forjar con él ya libre, a Venezuela!

¡Y por esa pasión que me llagaba todo
desgarraron mi cuerpo de sonora campana!

¡Esparcieron mis huesos por plazas y caminos
y tendida dejaron mi sangre entre las piedras!

¡Pero el tiempo siguió con mi voz retumbando!
¡Y el pueblo la escuchaba!

¡Y tú estabas en él
oyéndola, Bolívar!

¡La hora ha recogido
esos huesos dispersos, la sangre derramada,
el llanto de mis hijos, la cabeza callada!

¡Y aquí estoy renacido en esa ardiente llama
que tu brazo, Bolívar, por la tierra ha lanzado!
¡Entre tus batallones, Chirino es un soldado!

(Sobre un tambor mina arrebatado vibra un clarín.)

(Obscuro. Óyense gritos, tumultos, caballos al galope, truenos, lluvia.)

MUJER I: *(Con asombro)*

¿Qué montañas arrojan sus peñascos mordientes?
¿Qué plomos y ciclones se estremecen ahora?

OFICIAL I:

¡Pasan los Comuneros, los héroes del Socorro,
La Grita, San Faustino, Mérida, San Cristóbal,
Táriba, San Antonio, Chiguará, Bailadores!

(Se iluminan luces rojas titilantes. Óyense lejos, al unísono, dos voces.)

VOCES:

¡Bolívar! ¡Aquí estamos! ¡en el polvo regados
oímos tus ansiosos
clarines de llamada!
¡Gritando: libertad!
¡Volvemos a la lucha que señala tu espada!

¡Para ver sus destellos
marchan a Carabobo los recios comuneros!

UNA SOLA VOZ:

¡Manuela Beltrán! ¡Salvadora Chacón!
¡Francisco Berbeo! ¡Bernardina Alarcón!

(*Redoblan tambores. Silencio.*)

OFICIAL I:

¡Frente a ellos saludan altivos los pendones
y estremecen sus crines los frenados corceles!

(*Silencio. Lejos un coro canta la canción americana.
La canción se esfuma lentamente.*)

OFICIAL II:

¡Oigan esas voces! ¡Muchos las escucharon!

(*Sobre el tambor caen y se mueven luces amarillas,
azules y rojas. Lejos habla una voz masculina.*)

VOZ MASCULINA:

¡Al hombro las banderas, hacia ese campo
marchan Joaquina, nuestros hijos!

VOZ FEMENINA:

¡Yo los miro José
con tu brasa encendida!
¡Con ellos va, lo saben, el bravo Manuel Gual,
José María España!

VOZ MASCULINA:

¡Y tú, Joaquina Sánchez! ¡En tu fuerza te llevan!
¡En su pasión te llevan! ¡En su laurel te llevan!

VOZ FEMENINA:

¡La Patria ha de nacer tal como la sufrimos!
¡Del tormento del pueblo, de la esencia del hijo!
¡Del calor de las manos! ¡De la risa, del llanto!

VOZ MASCULINA:

¡Y ya nace Joaquina, mis huesos la presienten!

VOZ FEMENINA:

¡En Carabobo nace, José, como un gran río,
y nace con nosotros nutriendo sus vertientes!

(Obscuro. Vuelve a oírse el Coro entonando la canción americana. Se esfuma. Vuelve a oírse un redoblante marcando el paso. Una luz amarilla cruza por doquier acompañadamente.)

MUJER I:

¡Y ese ensimismado? ¡¿Qué dice?!
¡¿Quién lo nombra?!
¿En qué cuerpo pelea? ¿Qué batallón acoge?

(Se oye lejana una voz.)

Voz:

Yo soy el héroe obscuro cuyo nombre se ignora...
¡Otra piedra del pueblo para construir montañas!
¡Tuve sangre, la di, como el mar da sus sales!
Soy el que dice siempre: ¡qué importa!
y su camino prosigue arriba, arriba,
hasta tocar estrellas,
¡Con la tuya, Bolívar, voy a pelear callado!

(Vuelve a marcar el paso el redoblante.)

(Obscuro. Violento, suena un clarín y se estremecen muchos timbales. Varias luces cenitales van invadiendo el escenario.)

OFICIAL I:

¡De pronto hubo un fragor de rayos conmovidos!

(Timbales.)

OFICIAL II:

Alguien gritó: ¡Firmes!

CORO:

Todos dijeron: ¡Firmes!

OFICIAL I:

Y serena pasó la sombra del gran viejo...

OFICIAL III:

Las gargantas, las piedras, las zarzas, los caminos,
las bayonetas grises, la fogata, el espino,
contra el viento rugieron: ¡Miranda, General,
en tu bandera estamos!

OFICIAL I:

¡Y junto a esa bandera
montó guardia, la sombra, la sombra del gran viejo!

(*Tremolan los timbales. Suenan trompas.*)

OFICIAL III:

¡Al desfilar las sombras y todo nuestro ejército, se
oyó de nuevo el bronce de aquella voz inmensa!

(*Lejana, dura, enérgica.*)

Voz:

¡Soldados, se impacienta la gloria por nosotros!
¡A Carabobo vamos cada uno el primero!

(*Fanfarrias. Marcha militar.*)

OFICIAL I:

¡Luego avanzamos todos, al norte, a la Batalla!
¡En los ardidos puños: la Victoria cantaba!

CORO:

¿Cómo fue la batalla?

OFICIAL II:

¡Dura fue la batalla!

OFICIAL I:

¡Los ojos de Bolívar, ansiosos la buscaron!

(*Clarín de combate.*)

OFICIAL III:

¡Nadie frena la luz que sobre el alba llega!

¡Ni apaga el bermellón de soles arrancado!

¡Ni pone valla a un mar de furores alzados!

(*Clarín llama a combate.*)

OFICIAL II:

¡Eran tres divisiones de acero acrisolado
sobre aquella sabana de esperanzas sembrada!

SOLDADO I:

¡Páez, Cedeño y Plaza: centella y pedernales de
cuarzo, las mandaban!

MUJER I: (*Al Soldado I*)

¡¿Tú peleabas?!

SOLDADO I:

¡Peleaba!

OFICIAL II:

¡Sobre la greda roja que los cascos rasgaban
estallaron las cajas y bandas militares!

OFICIAL I:

¡Bolívar ordenó con orden de volcanes!

Voz:

¡A ganar libertades! ¡Venezuela lo aguarda!

(Resuenan tambores, timbales, cajas de guerra. Gri-tos.)

OFICIAL I: (Grave)

¡El combate soltó sus estallidos
de pólvoras y plomos derramados!

¡La rabia con el humo se prendía
en colores de clarines sofocados!

¡Al cielo se trepaban las banderas
sobre un cerco de lanzas desbocadas!

¡Y entre aceros y llamas
y bramidos cañones y fusiles zigzagueaban!

¡Desde los trepidantes estampidos,
de potros y timbales azuzados
la púrpura en las telas anunciaba
el lúgubre temor de las mortajas!

(Clarín.)

SOLDADO I:

Primero fue el Apure y luego la Legión...

Tiradores, lanceros, Rifles, granaderos,
y con ellos Rondón, Mellado, Carbajal...

José Laurencio Silva, Vázquez y Arráiz...

Ángel Bravo y Muñoz, y el primero: ¡Camejo!

(Himno victorioso. Clarín avanzando.)

OFICIAL III:

¡No pudo el enemigo contenerlos!

¡Iba allí la venganza desatada!

¡La energía de un odio acumulado
en tres siglos de voz encarcelada!

¡Rencores de los indios humillados!
¡La imprecación del zambo y del esclavo
en horcas y picotas desgarrados!

¡La carne del humilde atormentada!
¡La extraña voz de la mujer violada!
¡El llanto de los niños abatidos,
sin padres, sin juguetes. Sin moradas!

¡Los cepos, el tortol, los maniatados!
¡El que tuvo que enfrentar desnudo
las fauces rojas del mastín oscuro!

¡El marcado en la frente, el empalado!
¡El que no quiso doblegar sus voces,
y mirando la luz murió colgado!

¡Los que tuvieron algo o no tuvieron...!

¡El quieto, el apacible, el descuidado!

(*Fanfarrias y música de combate.*)

OFICIAL I:

¡Y como abiertas manos las heridas,
entre puños, trompetas y dolores
mostraron para el mundo la victoria!

OFICIAL II:

¡Se ganaba la paz y la justicia
y un suelo con maíces sosegados!

(*Resuena un himno.*)

OFICIAL II: (Grave)

¡Yo pongo la mirada sobre el humo
y sobre el humo alumbría Carabobo!
¡Yo pongo la mirada sobre el fuego,
y sobre el fuego estalla Carabobo!
¡En tu nombre de signo iluminado
tremola ya la Patria sus banderas!

MUJER I:

¡Palpar quiero esa Patria con las manos!

SOLDADO I:

¡Toca un trozo de tierra en Carabobo!

MUJER II:

¡Quiero besar al héroe allí caído!

SOLDADO II:

¡Besa la flor nacida en Carabobo!

MUJER I:

¡Oír quiero a Bolívar cuando alzaba su formidable voz en la batalla!

SOLDADO I:

¡Oye una tempestad en Carabobo!

SOLDADO II

¡Óyela en agosto o en septiembre!

OFICIAL I:

¡Y sabrás qué metales resonaban desde su corazón a su garganta!

SOLDADO II:

¡Y entenderá también desde su acento por qué Páez, terrible, al escucharla, encendió a sus llaneros con un grito, y un celaje de lanzas avanzaba!

¡Y por qué: ifirmes! Farriar gritó a los suyos entre un cerco de aceros y de balas sin que el penacho altivo le temblara!

SOLDADO I:

¡Por qué Pedro Camejo dijo antes de iniciarse el combate a otros soldados: Aquí nos sembraremos, compañeros, y que nazca una patria igual a un sueño!

¡Una Patria con niños sin cadenas, sin ojos tristes, sin estrellas ciegas! ¡Aquí nos sembraremos, compañeros!

MUJER I:

¡Y todos por la Patria se sembraron!

¡Y nació de verdad un árbol nuevo con ramajes nutritos por el pueblo!

VIEJO I:

¡Quiero saber qué luz resplandecía
al mirar a su ejército en combate!

OFICIALES:

¡Contempla al fuego en socavón violento
o el crisol de algún bosque ardiendo en rojo,
y aún no verás el resplandor siquiera
de aquellos ojos donde ya fraguaba
una América nueva sus destellos!

(*Unas trompetas anuncian triunfo.*)

VIEJO II:

¿Quién venció en Carabobo?

OFICIAL III:

¡Venció el pueblo!

VIEJO III:

¿El pueblo?

OFICIAL III:

¡Sí!

OFICIAL II:

¡Porque Bolívar dijo!

CORO:

«El ejército es el pueblo en armas...
El pueblo que quiere,
el pueblo que obra,
el pueblo que puede...»

SOLDADO I: (*Con las manos de bocina y gritando hacia el fondo*)

¿Venciste tú, Pedro Martínez,
zapatero de Caracas?

Voz: (*Lejana*)

¡Vencí!

SOLDADO II:

¿Y tú, Carlos María, carpintero, de San Carlos?

Voz: (*Lejana*)

¡Vencí!

SOLDADO I:

¿Y tú, Juan Domingo, de Capaya, en El Tuy...?

Voz: (*Lejana*)

¡Vencí!

SOLDADO II:

¿Y tú indio, Ramón Goyta, de Guayana?

Voz: (*Lejana*)

¡Vencí!

SOLDADO II:

¿Y tú Asunción Gómez, marinero de Araya?

Voz: (*Lejana*)

¡Vencí!

CORO:

¡Y construimos la Patria!

SOLDADO I:

Pero la Patria,
Bolívar también lo dijo un día:
¡Hay que construirla siempre!
¡Luchar por ella siempre,
y defenderla siempre!

CORO:

¡Siempre! ¡Siempre! ¡Siempre!

VIEJO I:

¿De dónde vino el pan que ahora tenemos?

OFICIAL I:

¡De Carabobo, amigo, el pan nos vino!

VIEJO II:

¿De qué lugar como un torrente claro
bajó la libertad a los caminos?

OFICIAL II:

¡Bajó de Carabobo con Bolívar
y con Bolívar sigue junto a aquellos
que borran toda noche cuando avanzan!

VIEJO II:

¿De dónde el digno caminar sin miedo
y ese amor a la luz y a los caminos

y a esa libertad que procuramos
alzar como una rosa desde niños?

OFICIAL I:

¡De Carabobo, amigo, óyelo bien...!

CORO:

¡Todo eso vino!

SOLDADOS: ¡Sí! ¡Todo eso vino!

(Aparece un niño de doce años.)

NIÑO:

¿Carabobo? ¿Qué dice a mí ese nombre?

OFICIAL II:

¡Quiere decir muchacho que tendrás un pan tuyo!
Y un cielo siempre tuyo. ¡Propias serán tus manos
y tu voz y tu gesto! ¡Y propias estas tierras
ayer recién nacidas! ¡Tuya será la luz
de sus piedras remotas! ¡Tuya el agua violenta
de sus violentos mares! ¡El grito de su selva!

¡La voz de sus nevados! ¡El canto de sus aves!
¡El aire que en sus llanos empenacha las palmas
y anima de rumores las pieles de sus ríos!

¡Tuyo será el cacao de sus bosques sombríos,
tuyos la batata, el cazabe, la piña,
tuyos el diamante, el cobre, las salinas,
el asfalto, la nieve, el maíz, el petróleo!
¡Tuyo el alto cielo y el socavón dorado!

OFICIAL III:

¡Una patria tendrás, muchacho!
¡Y será tuya... !
¡Si guardas en el pecho
la luz de Carabobo
y el rayo de Bolívar!

(Obscuro. Voz lejana.)

Voz: (Lejana como un eco)

¡Si guardas en el pecho
la luz de Carabobo y el rayo de Bolívar!

(Se inician los compases de una marcha fúnebre. Regresan quienes habían ido a abrir la fosa. Silencio.)

VIEJO III:

¡Está la fosa abierta!

SOLDADO I:

¡Debemos sepultarlo!

(Dos soldados y dos viejos toman la camilla y con ella marchan lentamente al fondo. Todos los siguen y hacen una fila de espaldas al público. Al avanzar unos metros se detienen a contemplar el enterramiento que ocurre frente a ellos y sin ser visto por el público. Un clarín toca silencio. Se inicia el tema del Popule Meus, a la sordina. Al fondo estallan cañonazos. Los soldados hacen firmes y presentan armas. Dos de las mujeres, la I y la II dan el frente al público. La atmósfera lumínica llega al gris violeta.)

MUJER I: (Grave)

¡Que descanse tu paz en este suelo
y vuelva con sus flores sobre el tiempo!

(Lejos doblan campanas.)

MUJER I:

¡Nunca apetece el pueblo las batallas!
¡Ni persigue la sombra y las heridas!

¡Pero cuando los golpes y espinas
violentan la quietud de sus entrañas,
se sacude la paz de las pupilas,
aviva la fogata de sus penas,
esconde entre sus huesos los olivos,
y su cólera grave y desatada
inflama de centellas los caminos!

(Vuelven a doblar las campanas lejanas.)

MUJER II:

¡Que descanse tu paz en este suelo
y regrese hecha panes hacia el pueblo!

(Silencio. Suena un cañonazo lejos.)

OFICIAL III:

¡Sobre su tumba quieta y apagada

nadie ha de llorar, sólo tambores
y el cielo de la Patria como un manto!

CORO: ¡¡Y el cielo de la Patria como un manto!!

(*Clarín solemne. Tambores. De pronto, lejos, irrumpen músicas militares, suenan trompetas jubilosas, oyense gritos confusos de multitud alegre. Redoblan timbales.*)

MUJERES I Y II: (*Al unísono*)

¿Qué dicen esos gritos de multitud distante?
¿Por qué el viento, resuelve campanas y fulgores?
¿Qué potros liberados sobre la luz galopan?
¿Qué voz de capitán de hombres ha llamado?
¿Quién tremola esa tea que alumbría al Continente?

(*Vibra una corneta.*)

CORO:

¡Firmes todos!

OFICIAL II:

¡Es Bolívar que marcha con su ejército al sur!

(*La corneta suena de nuevo.*)

OFICIAL II:

¡Aún quedan territorios de América cautivos!
¡Hollados por tacones de extraños caporales,
con lodo, hollín, detritus y hierros coloniales!

¡Aún quedan territorios donde se yerguen fríos
el cepo y la cadena y ladran sin cesar
los lebreles del miedo!

OFICIAL I:

¡Tierra queda en América
herida por las uñas de chacales sombríos;
triturada entre yunque y puños imperiales,
sofocada por humos y secos pedernales!

CORO:

¡¡Desde esos territorios!! ¡¡Bolívar, General,
sus pueblos te reclaman!!

(*Por el fondo pasan, raudas, banderas desplegadas. Nadie las lleva. Oyese una marcha militar y trompas.*)

OFICIALES Y SOLDADOS: (*Al unísono*)

¡Tras él nosotros vamos!
¡El continente aguarda la espiga de los bravos!

(Los oficiales y los soldados forman y se disponen a partir. Lejos se oye un rumor sordo, confuso de ejército en marcha. Soldados y oficiales desaparecen en lo oscuro. Quedan solos los viejos y las mujeres, quienes hacen semicírculo en torno a la lanza del soldado enterrado. Sobre ella cae una mancha de luz naranja. Resuena fuerte un timbal. Al callarse una voz lejana, vibrante, de mujer, grita:)

Voz:

¡Oigan! ¡Los que se van! ¡Los que se quedan!
¡Los que han de morir! ¡Los que ya mueren!
¡Aquellos que ahora nacen! ¡Los que van a nacer!

(Óyense trompetas.)

MUJER I: (*A los otros*)

¡Es la tierra que grita! ¡Venezuela que grita!
¡La Patria que ahora grita! ¡América quien grita!

(Trompeta.)

Voz FEMENINA:

¡Bolívar! ¿Dónde estás?

(Lejos se oye voz masculina vibrante.)

Voz MASCULINA:

¡Presente por la historia!

Voz FEMENINA:

¡Dime tú, capitán que al sur llevas el alba!
¡Brigadier de las rosas! ¡Guardián de sementeras!
¡Comandante del fuego! ¡De la chispa!
¡Del trueno!
¡General de los pueblos! ¡Soldado de los hombres!
¡Segador de las sombras! ¡Padre de las auroras!
¡Dime tú, conductor de sueños y de soles!
¡Si está viva, si brilla, si canta hacia la vida
la espiga que tu pueblo sembrara en Carabobo!

(Resuena una trompa, luego una voz inmensa clama:)

Voz:

¡¡Viva está para siempre!!
¡¡Para siempre está viva!!
¡¡Y con ella en los puños debemos avanzar
sembrando sus semillas!!

Eco:

¡¡Sembrando sus semillas!!

(Óyense fanfarrias. Luego un himno. Luces brillantes de diversos colores muévense sobre el escenario. Las mujeres y los viejos alzan los brazos con violencia.)

(Obscuro.)

FIN DE LA OBRA

¿Quién se robó esa batalla?

Pieza teatral en una jornada

Personajes

VETERANO I
DIABLO
VETERANO II
VETERANO III
CANTINERA
COMPARSA (DIABLADA)
CANTADOR
SANTERA
GITANA
NEGRA
ENCOPETADO I
ENCOPETADO II
ENCOPETADO III
FIGURA I
FIGURA II
FIGURA III
SOLDADO
JOVEN
MUCHACHA

Acción

Pueblo de Huamanga, cercano a Ayacucho, Perú.

Época

1824

Escenario

Patio amplio frente a una posada, junto a la puerta de entrada, semicerrada, hay un banco grande sobre el cual duerme profundamente el Veterano I. Está vestido y se cubre con una ruana muy raída y sucia. Cerca del banco están sus alpargatas y unas botellas vacías. Es de noche. Se oyen, fuertes, los ronquidos del veterano. A lo lejos

irrumpen gritos y voces de regocijo, como si hubiese un jolgorio. Estallan cohetes y suena música de guitarra, flauta, tambores.



Al patio entra un individuo disfrazado de diablo, lleva máscara y porta un gran tenedor. Gesticula pasos de baile. Ve al Veterano I dormido y se llega hasta él. Suenan unos cascabeles, pero como el veterano no despierta, lo golpea suavemente con el mango del tenedor. El Veterano I se incorpora no bien despertado aún; al ver la figura del Diablo gesticulante, se inquieta y salta del banco. (Tiene una pierna medio inútil y un ojo semicerrado, a causa de la cicatriz de un tajo con que le cruzaron la cara.)

VETERANO I: ¡Carajo! ¡Qué vaina es ésa! ¿Quién es usted?

DIABLO: (Riendo) ¡Guál! ¡El diablo!

VETERANO I: No me joda. ¿Y por qué anda disfrazado?

DIABLO: Estamos de fiesta... ¿No oyés?

(El jolgorio y la música se van acercando.)

VETERANO I: Aún no es Carnaval...

DIABLO: Es como si lo fuera. ¡Toda la población de Huamanga está en la calle... Se bebe, se baila, se grita... Por doquier hay luces y cohetes!

VETERANO I: ¿Y por qué tanto escándalo? Ni que hubiera bajado Cristo.

DIABLO: Tú lo has dicho. Es como si hubiera bajado...

VETERANO I: ¡No bromees y aflójalo pronto, diablo de trapo! ¿Qué es eso tan grande que ha ocurrido?

(Se pone las alpargatas.)

DIABLO: ¡Una zoquetada, veterano! ¡Que esta mañana el Ejército Patriota le dio la gran pela a los godos, ahí mismo, en Ayacucho!

VETERANO I: ¡Coño!

DIABLO: Diez mil hombres tenían los del Rey y se los volvimos cera y pabilo... Je, je, je... ¡Hasta el Virrey cayó prisionero!

VETERANO I: ¿Y cómo se ha sabido?

DIABLO: (*Baila al son de la música que se sigue acercando*) En lo que va de noche han estado pasando por Huamanga correos y más correos.

VETERANO I: ¡Qué requete vaina! ¡Maldita sea! (*Se quita la ruana y la arroja al suelo con rabia, luego se hala los pelos de la cabeza*) ¡Cien veces maldita sea!

DIABLO: (*Sorprendido*) ¿Qué te ocurre? ¿Qué rabieta es ésa?

VETERANO I: (*Airado*) ¡No soy sino un desgraciado! ¡Un grandísimo pendejo...! ¡Echarme esa vaina a mí!

DIABLO: (*Con recelo*) ¡Caray! ¡Con que éas tenemos! ¡Un partidario del Rey! ¡De manera que desperté a un godo! ¡Ay, mijo, lo que te espera es...! (*Hace gesto de degüello.*)

VETERANO I: ¡Qué godo de mierda voy a ser yo, lo que estoy es arrecho!

DIABLO: ¿Porque le ganamos a los chapetones? Eso sí que no lo entiendo. Pero vamos a poner en claro las cosas: ¿quién eres tú, pedazo de cojo?

VETERANO I: ¿Que quién soy yo? Pues ya lo vas a saber: este que ves cojo y remendado es un veterano del Rifles. ¿Sabes lo que es el Rifles?

DIABLO: He oído que es un batallón.

VETERANO I: Pero no cualquier batallón. Es el mejor batallón de la Patria. Donde entra a pelear el Rifles no hay para más nadie. ¿Ves esta pata coja? Me la jodieron en Carabobo... Bien lejos de aquí; y este dedo me lo cortó de un sablazo un godo en Pantano de Vargas, pero a ése lo maraquié sabroso con mi lanza. ¡Ah, y este machetazo que me cerró el ojo lo recibí en Bomboná y tengo otros descosidos en el cuerpo que no te los muestro porque yo no tengo porque estarle mos-

trando mi cuerpo a todo el mundo; y, además, hace mucho frío...! ¡Y ya lo ves, echarme esa vaina ahora!

DIABLO: ¡Pero qué tiene que hacer lo ocurrido con tu rabia?

VETERANO I: ¡Cómo! ¡No entiendes? Hay que ver que eres un diablo bien bobo. Has debido disfrazarte de angelito... ¿Te das cuenta? ¡Vengo echando lanza y plomo desde el Orinoco hasta el Perú...! Y no solamente yo, sino los otros veteranos aposentados aquí, para que ahora salgan dando esa batalla y acaben con todos los godos y sus virreyes...

DIABLO: ¡Pero eso es bueno...!

VETERANO I: ¡Claro que está bueno! ¡Pero la dieron sin nosotros! ¿Te das cuenta? ¿Sabes lo que eso significa?

(El Diablo hace un gesto de no entender.)

DIABLO: ¡Tonterías!

VETERANO I: ¿Tonterías? Ahora vas a oír a otros arrechos. *(Se mete dos dedos en la boca y silba, luego grita)* ¡Eh, Jacinto, Magdaleno, Genarina, vengan para que oigan la vaina que nos han echado... *(Al Diablo)* ¿Y quién mandaba nuestro ejército?

DIABLO: Dicen que Sucre...

VETERANO I: ¡Tenía que ser él! ¡Ya sospechaba yo que ese patiquín se las traía! ¡Desde muchachito pelea como un demonio y es un gran jefe, pero nos la hizo!

(Llegan semidormidos los otros veteranos, con ellos viene la Cantinera. Uno trae un brazo en cabrestillo, otro porta una muleta y se mueve con dificultad. La mujer envejecida viste camisón largo, muy remendado, una canana le cruza el pecho y de una correa que lleva en su cintura pende una cantimplora. Todos se cubren con ruanas viejas y sucias.)

VETERANO II: Braulio, ¿qué ocurre? ¿Y ese diablo?

VETERANO III: ¿Qué gritadera es ésa? ¿Se quema la casa?

CANTINERA: ¿Cuál es la novedad? ¿Hay pelea?

VETERANO I: Oigan esta pelusa: ¡Toñito Sucre se ensució en nosotros!

CANTINERA: ¿Cómo es la cosa?

VETERANO I: ¡Dio la gran batalla final ahí mismo en Ayacucho! ¡Volvió ñoña a los godos y nosotros aquí como unos pendejos!

VETERANO II: Me olía que nos iban a hacer eso. ¡Por algo se nos dijo: (*Cambia la voz, asume un tono duro, enfático*) «Ustedes están inválidos, las heridas pueden abrirse, la marcha es dura...!». (*Escupe con rabia*) Es lo que se llama darnos un dulcito...

CANTINERA: Y a quedarse en esta posada manguareando y cuidados por Genarina, la cantinera tullida, mientras ellos seguían ganando y ganando batallas... ¡No me friegue! ¡Es lo peor que nos podía pasar...!

DIABLO: Esta de Ayacucho dicen que ha sido la última.

VETERANO I: ¡Eso es lo que envenena la sangre!

VETERANO II: ¡Después de tanto quemarse el pecho perder ésa!

CANTINERA: ¡Ahora que me busquen para pelear en otras, se van a hacer ésta! (*Hace un gesto con las manos.*)

VETERANO III: No hables zoquetadas, Genarina, te buscan y vas mansita a repartirle aguardiente a la tropa y a echar plomo con tu trabuco cuando haga falta...

CANTINERA: ¡Cómo me conoces, Magdaleno!

(*Entra la parranda de los diablos, con ellos, tres sujetos disfrazados de muerte, jorobado y bruja, tocan tambor pequeño, violín y flauta dulce. Los acompaña una mujer que lleva en un nicho un pequeño santo de yeso y otro vestido de ángel que canta acompañándose con una guitarra pequeña. Los veteranos y la Cantinera los reciben con alegría y aplausos.*)

VETERANO I: ¡Adelante la diablada que este patio es bien grande!

VARIOS DIABLOS: ¡Adelante estamos!

CANTOR: (*Canta y se acompaña con la guitarra*)

Aquí llegó la diablada
con su baile y su cantar...
Digan si en esta posada
hay piso para bailar

VETERANOS: (*A coro*) ¡Bienvenidos los diablos... ! No solamente para bailar sino que tenemos hasta algo para beber... Pues esto de Ayacucho, aunque nos tiene arrechos, hay que gozarlo...

(*Los músicos tocan y los diablos bailan. La Cantinera va adentro y regresa con un barrilito de aguardiente y unos pocillos de estaño. Comienza a repartir y como los pocillos no alcanzan. Derrama el líquido directamente de la espita a las bocas, entre risas y chistes, música y baile cesan. El vestido de ángel empuña la guitarra y comienza a cantar. Todos callan.*)

CANTOR:

«Contar quiero para todos
lo que ayer nueve ocurrió,
una paliza a los godos
Toñito Sucre les dio....

En Ayacucho cercano
el asunto sucedió,
y el gran pueblo americano
sus cadenas las rompió.

¡Con armas a discreción!
¡Gritó un general valiente
alzando la espada al frente
de su bravo batallón!

¡Adelante el corazón
y vuelto una llamarada
el ejército marchaba
sobre el inmenso fragor!

¡Sucre en la cumbre miraba,
cómo el íbero perdía
y Rifles acometía
con bravura inusitada!

Allí el Virrey se rindió,
y Canterac y Valdez
y a causa de tal revés
un mundo España perdió.

¡Se ganó así la jornada!
Y a Bolívar llegó el parte:
¡Hemos ganado con arte!
¡La Patria está liberada!»

CANTINERA: ¡Así es, Ángel del Alma...! ¡Arriba Bolívar!
¡Viva Sucre! ¡Música!

(*La Cantinera comienza a cantar, el ángel la acompaña con su guitarra:*)

¡Mi general Bolívar
por Dios te pido
que de tus oficiales
me des marido!
¡Mi general Bolívar
tiene en la boca
un clavel encarnado
que me provoca!
¡Vaya, vaya, vaya!
¡Que me provoca!

Mi general Bolívar
tiene un caballo
que entre la pelea
parece un rayo!
¡Vaya, vaya, vaya!
¡Parece un rayo!».

(*La música suena de nuevo. Los diablos bailan, los otros aplauden. La Cantinera vuelve a repartir aguardiente.*)

DIABLO: (Gritando) ¡Ahora seguimos! ¡Hay que recorrer
todo el pueblo y continuar por los campos! ¡Vamos!

(*Todos van saliendo bailando, riendo y gritando.*)

SANTERA: Yo me quedo, seguiré luego. Estos veteranos
deben darme algo para el santo.

(Pasa el santo frente a cada uno de los veteranos, éstos meten en el cepillo una moneda entre gestos y remilgos.)

¡Vayan cayendo con lo que puedan, que el que no da limosna a los santos, tiene mala muerte! ¡Y no hay nada peor que una mala muerte!

VETERANO II: ¡Barajo el tiro! Santera, izapatea para otro lado y, deja de hablar de muertos!

SANTERA: (*Al Veterano II*) Ah, vas a tener miedo ahora, cuando la guerra se acabó...

VETERANO III: Eso que dices parece mentira. (*A los otros veteranos y a la Cantinera*) Bueno, y luego ¿qué vamos a hacer? ¡Porque si se acabó la guerra con lo de Ayacucho, a guardar las lanzas y los chopos se ha dicho!

VETERANO I: Je, je, je... Tú si eres pendejo... ¡Qué armas vamos a guardar, si ahora es cuando hay cosas por hacer...!

VETERANO II: ¡Claro! ¡Lo grande es lo que vendrá de aquí en adelante!

VETERANO III: ¡No sé qué más queda por arreglar! ¡Ya todito está libertado... Y los godos se fueron...! ¿Entonces? ¿Para qué más peleas?

VETERANO I: ¡Ah hombre bruto eres...! (*Se golpea la frente*) ¡Piensa, piensa... ! ¡Con esta guerra todo ha quedado en el suelo... Y hay que acomodar y enderezar! Eso se cae de maduro... Además, hay otras cositas que yo, como soy algo letrao, las estoy viendo clarito... Además que tengo mis informaciones...

VETERANO III: (*Al Veterano II y a la Cantinera*) Éste como medio lee, siempre se las echa de sabihondo... ¡Miren al sabío!

SANTERA: (*Al Veterano I*) ¿Qué puedes saber?

VETERANO I: ¡Ay, mija! Si te cuento, hasta tu santo de yeso se pone a bailar... Lo que vendrá es grande... ¡Sí señor!

CANTINERA: Lo que vendrá es que con arreglarse la paz, cada quien para su casa y listo. A ustedes se les acabará la guachafita de andar echando lanzazos y tiros y

mujereando por todas partes. ¡Cuidar sus conucos y sus retoños, si los tienen, es lo que les sale... y echar el cuento a los que se quedaron en casita!

VETERANO II: (*A la Cantinera*) Y a ti, ¿qué te sale? Porque ya no tendrás a quien repartir tu aguardiente con pólvora, ni podrás echar tu jodidita con los rasos entre los cañones y matorrales.

CANTINERA: (*Al Veterano II*) ¡Ya me estás calumniando otra vez! ¡Boca sucia!

(*Todos los veteranos ríen.*)

SANTERA: Pues ella tiene razón... Ahora tendrán tiempo para rezar... ¡Ir a misa y ponerse en bien con Dios... Y a enterrar las lanzas y guardar los chopos para siempre!

VETERANO I: Eso te crees, vejuba santera. Ahora es cuando hay cosas grandotas por emprender. Si lo sabré yo, que me he codeado con quienes dirigen la cosa...

CANTINERA: Ja, ja, ja... Que se ha codeado... No les digo, el aguardientico le hizo daño... ¡No es sino un presumido abombado!

VETERANO III: (*Mientras el Veterano I le hace gestos de burla a la Cantinera*) Si Ayacucho fue la última batalla y los godos se van para España a gozar allá con su Rey Fernando, no veo qué más nos queda por hacer.

VETERANO I: ¡Ahora es cuando, compadre! En el Batallón Rifles se oían muchos rumores y este cojo viejo sabe algunos... Es decir, que guarden sus ganas quienes quieren irse para sus casas a flojear y rascarse las barrigas.

VETERANOS II y III: (*Al mismo tiempo*) ¿Quién carajo quiere irse?

VETERANO I: (*Excusándose*) Lo dije por si acaso... No fue una indirecta...

SANTERA: (*Al Veterano I*) Hablas y no aflojas. Si eres tan sabido debes decirlo, pero a ellos, porque ésta se va, pues con sólo palabras no se me llena el cepillo del santo...

(*La Santera va a salir, entra una Gitana seguida por*

un mono pequeño. La Gitana al ver a la Santera va hasta ella y se arrodilla frente al santo, lo toca y se santigua. La Santera la mira con cuidado.)

SANTERA: (A la Gitana) ¿Y no le vas a echar algo en el cepillo?

GITANA: (Incorporándose) Una gitana pobre como yo no le da a los santos sino oraciones... ¡Ahora, cuando descansen, le rezaré un Ave María...!

SANTERA: ¡Ay, mija, pero con eso no come ni va al mercado la santera! (A los veteranos) Adiós, veteranos, que sigan en paz...

(Se va. La Gitana habla a los veteranos y a la Cantinera.)

GITANA: Pido permiso para dormir un rato aquí con mi mono... Vengo cansada y los pies me echan humo.

CANTINERA: Puedes hacerlo por ahí... Tiendes algo, y a roncar se ha dicho.

VETERANO II: Y amarra bien tu animal...

VETERANO I: (Mientras el Veterano III bebe más aguardiente del barrilito) Mira gitana, ¿ese mono no se orina? Pues no hay nada más jediondo que orines de mono...

GITANA: Lo tengo educado para que haga todas sus cosas en el monte... Allá en Ayacucho... lo hacía...

VETERANO II: Ah, vienes de Ayacucho...

GITANA: Sí... Vi la batalla... Estaba en el sitio de los del Rey... Ahora no tendré a quién decirle la buenaventura, por eso me largo hacia la costa. Además, por lo que he visto y oído en los campamentos, esto se va a poner feo...

VETERANO I: ¡¿Cómo que feo?! ¡Si ganamos! (La Gitana no responde, saca de su mochila una cobija, la tiende en el suelo y se acuesta, cerca de ella queda el mono.) ¡Ahora es cuando vendrá lo bueno! ¡Desde hoy comienza lo grande!

VETERANO III: ¡Vas a seguir con ese cuento! Acláramelo

de una vez para saber a qué atenerme... Pues pienso hacer mis planes para el futuro...

VETERANO II: Yo creo que no nos salen planes... También sé mis cositas. (*Al Veterano I*) ¡Y son peludas!

VETERANO III: Bueno, carajo, entonces el que no sabe nada aquí soy yo. ¡Hablen para ver cómo es la cosa!

VETERANO I: Sé que Bolívar ya tiene pensado todo lo que va a hacer... Por lo pronto va a unir a todita América en una gran nación. Desde allá arribota, desde ese país que llaman México hasta abajote, de donde vinieron a pelear junto a nosotros los de San Martín...

VETERANO II: Chile y Argentina, bruto...

VETERANO I: Eso es... Hasta allá... Lo sé de firme.

VETERANO III: ¡Tronco de República...!

CANTINERA: Entonces el Rey Fernando y los demás reyes se van a quedar con los ojos claros y sin vista... Vamos a ser lo más grande de la tierra...

VETERANO II: Eso no es nada, pues yo oí que Bolívar ya mandó a abrir el canal de Panamá para que los océanos se unan y podamos pasar de un lado a otro fácilmente. Así estaremos más rejuntados.

VETERANO I: Ése lo que se propone lo hace... (*La Gitana habla a su mono, toca la pandereta y se ríe.*) Pero esto que les voy a decir no lo sabe nadie, sino yo... Lo escuché cuando hice guardia con mi batallón en el cuartel de su excelencia, allá en Bogotá...

VETERANO III: Debe ser grande la cosa entonces...

VETERANO I: Y más que el Chimborazo... Imagínense que Bolívar va a convocar un congreso en Panamá para que arreglemos todos los asuntos pendientes y aseguremos nuestra unidad... Porque eso es lo que hace falta ahora... Y lo de la libertad de los esclavos va para adelante... Los encopetados no la quieren, pero de que va, va... Ya Bolívar la firmó iy listo!

VETERANO II: ¡Coño! ¡Se salvó mi primo Anastasio, quien

sigue de esclavo allá en una hacienda por el Magdalena...!

(La Gitana vuelve, a hablar calladamente con el mono y se ríe.)

VETERANO I: Y eso no es nada... Pues lo de que nos van a dar a los soldados las tierras de los godos que se han ido, también se va a hacer efectivo... Je, je, je... Ese Bolívar es grande... Y liará otras cosas que paran los pelos...

VETERANO II: No veo qué más puede hacer... Conque haga eso basta.

CANTINERA: Eso crees tú... Ese hombre tiene una cabezota así y sabe sus cosas... *(Al Veterano I)* Sigue tirando lo que tienes en el buche...

VETERANO I: ¡Ahora agárrense para que no se caigan y golpeen las nalgas! ¡Pues esto sí es grande!

VETERANO II: ¿Más que lo que se ha hecho...?

VETERANO I: Más... Y en esa aventura con pata coja y todo, voy yo pegado...

CANTINERA: Y la otra. ¡Aflójala, veterano!

VETERANO I: ¡Una pendejada! ¡Saldremos en expedición a libertar a Cuba y Puerto Rico...!

VETERANO II: ¡Coño! ¡Ese Bolívar tiene cuatro riñones!

CANTINERA: *(Emocionada)* «¡Cuba y Puerto Rico son las dos estrellas hermanas y yo como soy central cargo bandera venezolana!».

VETERANO II: ¡Me cago en la sayona! ¿Y quién mandará las fuerzas?

VETERANO I: ¡Cualquier general berraco! Pero el estratega será Toñito Sucre, y Bolívar, por supuesto, dirigiéndolo todo como un águila... Je, je, je...

(El mono cuchichea algo en el oído de la Gitana. Ésta se ríe y suena la pandereta.)

VETERANO III: ¡Y luego si queremos nos llegamos hasta

España y le ponemos allá una república con presidente y todo a los españoles!

VETERANO I: Eso será después, y ya está pensado... Tú crees que su excelencia el Libertador es un desbolao. Ése es un caribe bravo...

(*La Gitana vuelve a hablar con el mono y se ríe.*)

VETERANO II: (*A la Gitana*) ¿Qué vaina es ésa, gitana sucia...? ¿Qué te traes con esa habladura con tu mono y esa risita?

(*La Gitana calla y se hace la dormida.*)

VETERANO I: ¡No le hagas caso, todas las gitanas son chifladas y más si están viejas!

VETERANO III: Desde que se tiró ahí no ha hecho sino sonar la pandereta y reírse de nosotros como si fuéramos iguales a su mono. ¡No joda!

VETERANO I: La he estado observando. Para mí que no anda bien de esto. (*Se toca la cabeza. A la Gitana*) Mejor es que te vayas a molestar a otra parte. Lo que hablamos es muy serio para que vengas con burlas. (*La Gitana hace que duerme.*) ¡Además tú no entiendes de alta política, te falta seso! (*La grita*) ¡Y no te hagas la dormida! ¿Oíste?

GITANA: (*Incorporándose*) Nunca he oído hablar tantas pendejadas juntas. ¡Je! ¡Je!

VETERANO I: ¡Pendejadas! ¡Más pendeja serás tú; y te vas ya de aquí con tu mono jediondo y tu bojote...! (*A los otros*) ¡Esta gitana vieja se emborrachó con los traguitos que le dimos, o se quiere pasar por graciosa!

GITANA: (*Se incorpora, agarra al mono y su bojote y va a irse*) Ah, si lo deseas me voy... Pero si supieran lo que sé y lo que sabe mi mono... (*El mono vuelve a cuchichearle algo en una oreja. Ella ríe pícaramente.*)

VETERANO III: (*Intrigado*) ¿Qué es lo que saben tú y tu mono? ¡Dilo pronto, pues estoy harto de tanto secreto!

GITANA: (*Al Veterano III cantando:*)
Si te digo lo que sé

y que mi mono adivina
te orinarás la pretina
al ver lo que nadie ve.

CANTINERA: (*A la Gitana*) No nos vengas con canticos y afloja... ¿Qué es lo que sabes? ¡Ah, ya se me aclara mi pobre mente! Oye, ¿acaso el veterano Braulio ha dicho mentiras?

VETERANO II: ¿Crees que no va a suceder todo lo que Bolívar tiene planeado? ¡Dilo, gitana borracha!

GITANA: (*Se ríe y suena la pandereta*) ¡Sólo veo humo, veteranos! Humo... ¡Humo y más humo! (*Hace signos y visajes.*)

VETERANO I: Esta carrizo duda de Bolívar. (*La amenaza con un gesto.*)

VETERANO II: ¡Qué bolas, dudar de su Excelencia el Libertador!

VETERANO III: Échala para fuera de una patada en el culo con mono y todo...

VETERANO I: ¡Quietos! Quietos... Vamos a ver qué es lo que se trae. A lo mejor ha oído algo, como dijo. Además, no me gusta su forma de reírse... (*A la Gitana*) Si es por versitos, vieja adivina, yo también sé versear... Por algo vengo del llano. (*Versear:*)

Dime gitana sin grito
aquellos que no se oyó
pues quiero entender clarito
lo que el mono te contó.
En tus versitos no metas
misterios acomodaos,
y aclara ya lo que sepas
que nos tienes preocupaos.

(*Los veteranos y la Cantinera ríen.*)

VETERANO II: (*A la Gitana, serio*) Mira, gitana, tú sabrás mucho y tu mono también... Pero eso de humo y humo no me gusta. Todo lo que se ha dicho aquí y que Bolívar piensa hacer se va a cumplir, para eso cuenta con

nosotros... Y si no que lo digan los chapetones a quienes hemos dado palizas desde Carabobo hasta aquí...

(*Entra al patio una Negra. Porta un pequeño tambor y un tabaco.*)

GITANA: ¡Ay, hijos! Si les cuento lloran... Pero no contaré...

VETERANO I: Ni falta que hace... Y últimadamente... ¡Yo no creo en gitanas ni en monos! ¡Y listo!

NEGRA: (*Presentándose*) Aquí está la negra Benita, la que fuma tabaco y dice lo que se quiera saber... Veo que la posada está alborotada con lo de Ayacucho... Pero al que quiera escucharme, con sólo un real... (*Golpea su tambor.*)

VETERANO II: ¡Ay, cará! Otra más... Huamanga y todo el Perú como que se han llenado de adivinas... ¡No jile...!

NEGRA: (*Picada*) Otra más no... La única, la más grande de la costa del Nuevo Reyno. ¡Cartagenera de cepa, por si no lo saben! Y no hay cosa que diga con el tabaco que no salga... Lo de Ayacucho fue para mí pan comido, ¡al mismo Sucre se lo predije con tres fumadas y no le cobré porque me gustó el hombre... Flaco pero buenmozo...!

GITANA: (*Resentida y desafiante*) Ya que no creen en mis virtudes, ahí tienen a la morena del tabaco... Me voy... (*Al Veterano III*) ¿Quién es el que me va a dar la patada por el culo? Para echarle la maldición...

VETERANO III: ¡Barajo el tiro, gitana! ¡Zape!

VETERANO II: (*A la Gitana*) Olvida lo de la patada, fueron juegos... Y aflójale a la negra la cosa para que ella nos la interprete...

GITANA: ¿Que le afloje a ésa mis secretos? ¡Qué más quisiera ella que ganar oraciones con escapulario ajeno... No me frieguen!

NEGRA: (*Recogiendo la provocación*) ¡Adiós cará, y que secretos? Quién ha visto gitana interpretando secretos. (*A los veteranos*) Ellas lo que saben es leer las

cartas... Y eso algunas, las muy facultas, y dudo que ésta lo sea.

GITANA: (*Altiva*) Las cartas reflejan lo que saben las estrellas... Pero eso de que un tabaco adivina... Miiii... Eso no tiene ciencia. Todo veterano es peleón, por costumbre.

VETERANO I: Tápense los oídos y sáquenle la lengua, está desvariando. (*Hace a la Gitana los gestos que menciona.*)

VETERANO II: Está claro que ahora habrá muchos que querrán mandar y repartirse la sopa entre ellos solos... Esa tontería la adivina cualquiera. (*Al Veterano I*) ¿No es así, Braulio?

VETERANO I: (*Rascándose la cara preocupado*) Bueno... A veces he pensado en eso...

VETERANO III: Yo también...

CANTINERA: (*A la Negra*) Y lo del humo... Eso del humo es lo que me intriga. ¡Descifra lo del humo, anda!

NEGRA: (*Mirando burlona a la Gitana*) Si fuera el de mi tabaco te lo diría... Pero el humo gitano no lo descifro... Allá las facultas en eso. (*Se encoge de hombros.*)

GITANA: Ay, negra del alma, ¿tú no sabes que donde canta loro real no canta cucarachero? Ja, ja, ja. ¡Lo del humo está en las estrellas y hasta allá no llega todo el mundo!

NEGRA: Con el pensamiento llego donde quiero y siempre lo pongo en el tabaco, gitana.

VETERANO III: (*A la Negra*) Mira negra, ellos dicen no creer en esas vainas, pero yo medio creo... Lánzate con lo del tabaco para entender clarito el asunto... ¿Qué es eso del humo? Bate contra el suelo a la gitana con una sola fumada!

GITANA: (*Se ríe*) Ja... Ja... Ja... ¡Tabaquitos contra mi ciencia, no funcionan, por muchas chupadas que le echen!

NEGRA: Claro que lo voy a hacer, pero ve cayendo con tu real... Sin el real el tabaco no tiene virtud...

(*El Veterano III se lleva la mano al bolsillo pero vacila.*)

VETERANO III: ¡Pero esa virtud es muy cara, negra!

VETERANO II: ¡Ah, carajo! Te vas a poner tacaño ahora...
Dale el real....

(El Veterano III le da el real a la Negra. Ésta lo torea y procede a sacar yesca y encender su tabaco.)

NEGRA: *(Fingiendo que ha entrado en trance)* Ánimas benditas vengan en mi ayuda... Baltazar el bueno, dame tu saber... Que lo que aquí diga no merezca duda y el que oiga lo dicho sepa comprender...

VETERANO I: *(Impresionado)* ¡Chisss! No se debe ni respirar, pues la negra entró en trance y los espíritus ya andan por el aire...

(La Negra da golpes con uno de sus talones en el suelo y bate una mano.)

NEGRA: *(Esparciendo el humo del tabaco con éste y con la boca)*

Tempestades malas y gran arrebato...
Quítate tú ahora pa' ponerme yo
Feroces peleas entre perro y gato
y un tigre de afuera que los devoró...

(La Negra calla y los mira a todos.)

VETERANO II: Esta también viene con otra charada y yo para charadas soy un burro...

CANTINERA: Yo lo mismo. ¡Más que burra!

VETERANO I: Bueno, para eso tengo mi poquito de seso...
Según mi entender va a haber pelea por quedarse cada quien con la mejor tajada y de fuera puede venir otro y comernos... Como ocurrió con los indios que se pusieron a pelearse y los españoles los jodieron... *(A la Negra)* Pero también eso lo hemos supuesto muchos y no es ninguna novedad... Además, es lo mismo que asomó la gitana... *(A los otros veteranos y a la Cantinera)* ¡Qué pendejada! Cualquiera imagina eso...
Después de ganado Ayacucho si nos dividimos y peleamos entre unos y otros, vuelven los de Europa o se atreven los del norte y nos friegan. ¡Pero eso ya Bolívar lo tiene adivinado y lo ha dicho! Éste que está

aquí oyó... Oyó. (*Se toca una oreja*) ¡Y para eso es lo de la unión!

NEGRA: (*Resentida*) Bueno, si no les gustó lo que dice el humo del tabaco, no sigo. Decir algo a quien no tiene fe, es perder el tiempo y perder las virtudes del fumo. En estos ensalmes, lo que importa es la fe. Pero ustedes como que no saben nada de eso

GITANA: (*Burlona*) ¡Qué fe ni qué fe van a tener estos necios! (*Directa a la Negra*) Deja que regresen los chapetones, y si no ellos, otros, y los acogotén bien acogotados para ver qué hacen. (*Le cuchichea al mono y ríe*) Je, je, je...

VETERANO I: ¿Qué haremos? ¡No friegues, gitana pringosa! ¡Pelear otra vez!

GITANA: (*Ríe con sorna*) Ja, ja, ja... Permítome que me sonría, veterano... Perro viejo ni para ladrar sirve...

VETERANO I: Mira, gitana, si me sigues puyando te voy a dar la patada en tu mismo...

GITANA: ¿Con cuál pata? (*Ríe estrepitosamente. El Veterano I refunfuña.*)

VETERANO III: Segundo eso lo que se va a formar de aquí en adelante es un bochinche de padre y señor mío y todo se va a hundir! (*A la Gitana*) No vengas con ese cuentito. ¡Miii! (*Hace un gesto con un brazo.*)

NEGRA: (*A la Gitana*) ¡Son incrédulos!

GITANA: ¡Y brutos!

NEGRA: (*A la Gitana*) ¡Déjalos que se frieguen por descreídos!

GITANA: Después van a ser los lamentos.

VETERANO II: (*Jactancioso*) ¿Y para qué están Bolívar y Sucre?

CANTINERA: ¿Saben una cosa? Muchas veces no he dormido preocupada por algo... ¡Por algo serio!

VETERANO I: ¿Serio? ¡Cómo qué!

CANTINERA: Pues que... si ellos se mueren o los matan...

VETERANO I: (*Alarmado*) ¡Coño, Genarina, vas a salir con tales vainas ahora... Eso no debemos ni pensar. No seas tan aguafiestas!

VETERANO III: Sería el acabóse...

VETERANO II: La gran jodida.

CANTINERA: Con esta reposada aquí, manguareando, no he hecho sino pensar. Hay muchos que quisieran eso...

VETERANO III: ¡Los chapetones, por supuesto!

CANTINERA: Y también bastantes godos de aquí mismo... Y hasta otros que se las echan de patriotas. Ésta que está aquí es mucho lo que ha visto y oído; y la otra noche soñé algo que se me pararon los pelos...

NEGRA: (*Curiosa*) ¡Cuenta, cuenta, que me interesa! De sueños sé mucho...

GITANA: (*Interesada también*) Pero más que la gitana nunca... ¡No hago sino hacer así (*suena los dedos índice y pulgar*) y todo está adivinado!

CANTINERA: Fue una pesadilla y la quijada se me trabó...

VETERANO II: ¡Suprime tonterías y cuenta, que en eso de sueños sí creo!

CANTINERA: Era aquí mismo. Estaban tres encopetados. Esos que siempre han sido aquí dueños de tierras, de esclavos, de ciudades, de todo... Tenían máscaras muy feas para que no los conociera y grandes capas obscuras.

(*Aparecen los encopetados. Ríen y chillan. Se toman de las manos, hacen un círculo y giran mientras corean:*)

ENCOPETADO I: Ya se fueron Fernando y sus guerreros... Y Bolívar querrá transformar todo...

CORO: ¡Hiii! ¡Hiii! ¡Hiii!

ENCOPETADO II: ¡Liberar los esclavos ya pretende! ¡Y entregarle la tierra a sus soldados!

ENCOPETADO III: ¡Unir el continente y pertrecharlo con leyes y con fuerzas invencibles!

ENCOPETADO I: ¡Y hacer que la riqueza vaya a muchos; y quitarnos poder y privilegios dejándonos igual al pueblo llano!

CORO: ¡Hiii! ¡Hiii! ¡Hiii!

(Se detienen y hacen una fila de frente, hablan individualmente.)

ENCOPETADO I: ¡Hay que matar al loco, derribarlo de esa gloria que en alto lo mantiene!

ENCOPETADO II: E impedirle cumplir ese destino que tronchará el disfrute que tenemos...

ENCOPETADO III: Pero solos, hacerlo, no podemos. ¡Es un trabajo duro y delicado!

ENCOPETADO I: ¡Debemos preparar una coartada! Si ofrecemos partir lo que tenemos a quien de afuera quiera secundarnos, ¿no habrá quien le interese ese negocio?

ENCOPETADO II: ¡Yo sé que están algunos muy dispuestos y sólo aguardan pronto ser llamados! ¡Y que cualquier llamada será oída! En el norte, en Europa, y aquí mismo!

ENCOPETADO I: ¡Llámalos ya!

ENCOPETADO II: Lo haré enseguida.

(El Encopetado II da unas palmadas. Aparecen arrogantes y ceremoniosas tres figuras parecidas a piratas del siglo XVII. Sonríen a los encopetados. Se oye una música de minués. Los recién llegados se enlazan por las manos con los encopetados y comienzan a danzar. La música cesa. Todos se colocan en fila, de frente. Y corean:)

CORO: ¡A estas tierras ahora libertadas volverá con disfraces la colonia!
Y seremos nosotros los Pizarros,
los Cortés, los Losadas, las Malinches,
las espadas, los cepos, los puñales.

(Vuelve a hablar uno solo:)

ENCOPETADO I: Y sus frutos, su plata, su petróleo,

su azúcar, su salitre, sus estaños,
el sudor de su gente y sus esfuerzos...

ENCOPETADO II: Su oración y su pan de cada día...
¡Su humillación, su pena, su cansancio!

CORO: Han de ser de nosotros para siempre...
¡Para el disfrute sólo de nosotros!
¡Para siempre jamás y para siempre!

(Quedan en silencio y como en un cuadro vivo.)

CANTINERA: De pronto sonó un gran trueno y ellos se asustaron. (*Oye se un trueno. Las figuras se turban.*) Y entonces llegaste tú, Braulio... Ja, ja, ja... Lo que hiciste.

(Ríe con gozo la cantinera. El Veterano I se mueve hasta los personajes alineados y turbados por el trueno y la emprende a patadas contra ellos. Los encopetados y los otros personajes huyen. El Veterano I vuelve a su lugar anterior. La Cantinera cesa de reír.)

Cuando me desperté estaba sudando y los dientes me trillaban y no quise decir nada.

VETERANO I: ¡Zoquetadas! ¡Ya lo contaste y sueño que se cuenta no sucede!

VETERANO II: ¡Cónfiro, Braulio! ¿Y si sucede?

VETERANO I: ¡Qué va! Pero si ocurre aquí estamos nosotros... Y todos los que están con nosotros... ¿Crees que la bravura se va a acabar por aquí si morimos?... ¡Qué va, compadre! Habrá mucho brazo y corazón dispuestos para dar la pelea... ¡Y con ellos andará Bolívar!

VETERANO III: ¡Me gusta lo que dices!

VETERANO I: ¡Y se seguirá peleando aquí, en Bolivia, en Chile, en Venezuela, en México...! ¡Y volverán los pata en el suelo a empuñar las lanzas!

VETERANO III: ¡Así será, Braulio! (Aplaudir.)

VETERANO II: ¡Barajo, pero eso cansa!

VETERANO I: ¡Y qué se va a hacer si no queda otro camino!

GITANA: (Burlona) ¡Ay, mi amor querido! Caímos en lo

mismo... ¡Fue lo que dije! ¡Humo! ¡Humo! ¡Y después los zarrapastrosos estos dizque no creen... Je, je je!

VETERANO I: (*A la Gitana y picado*) ¡Hablamos del sueño de ella, gitana... (*Señala a la Cantinera.*) Y es mejor que te calles...!

NEGRA: Pero todo comenzó por lo que habló el humo de mi tabaco... (*A la Gitana*) ¡Te fijas, fue a mí a quien creyeron!

GITANA: ¡Bájate de esa nube, negra, fue a mí!

VETERANO I: (*Terminante. A la Negra y a la Gitana*) ¡Oiga bien, hablo del sueño de Genarina! ¡Pues lo que soy yo en adivinadoras y brujerías no creo! (*La Gitana se incorpora disgustada, la Negra se altera, tensa.*) ¡Cree-rán éstos, pero yo... Miii...! (*Hace un gesto con las manos.*)

VETERANO III: Por mi parte solamente medio creo cuando me dicen las cosas muy claro. ¡Pero eso de charadas, humm...!

VETERANO II: ¡Lo mismo digo! Porque a ustedes no les entendí nada. (*Señala a la Negra y a la Gitana*) Hablaron en chino...

CANTINERA: Pues yo creo y no creo... Y eso del sueño me preocupa... En cuanto a lo que ellas dijeron (*señala a la Negra y a la Gitana*): No me meto... Aunque... ¡Humm! ¡He visto mucha gente fregada por obra de brujería!

GITANA: (*A la Negra*) ¿Oíste? ¡Nos confunde con brujas!

NEGRA: (*A la Cantinera con violencia*) Más requete bruja eres tú, ¡mantecosa!

CANTINERA: ¡Ah, caray! (*A la Negra*) No he querido ofenderte... Pero si quieres pelea... (*Pone los brazos en jarras*) ¡Son muchas a las que he desgrehado!

VETERANO III: (*A la Cantinera*) No les hagas caso. ¡No son ni brujas ni adivinas, son unas pendejas! ¡Para mí no saben nada! Lo de las estrellas y el tabaco es puro cuento para agarrar bobos. ¡Ahora me doy cuenta!

NEGRA: (Airada) ¡Cómo es la vaina!?

GITANA: (Alterada, mientras el mono, ya despierto, da saltos y chilla) ¿De manera que dudan de los astros, y de estas reliquias? (Se toca sus collares.) ¡Y de la sabiduría de los faraones... Y del número de oro y los siete sabios, y de la estrella matutina?

NEGRA: (A la Gitana) Eso nos sucede por querer darle ciencia y porvenir a unos rotosos.

GITANA: ¡Es verdad! ¡Porque sucios y muertos de hambre es lo que son! (Se tapa la nariz) ¡Y estúpidos además!

VETERANO III: ¡Se les alborotó la lengua a las brujas! ¡Adiós cará!

GITANA: (Rabiosa) ¡Más bruja será tu abuela y toda tu generación!

(El Veterano III alza el barrilito para tirárselo, pero el Veterano II lo contiene y calma.)

VETERANO II: ¡Déjate de eso... Te lo dije... Toda gitana es loca!

NEGRA: (Reticente) Para mí que estos no son ningunos soldados veteranos, sino unos merodeadores, ¡por estos páramos hay muchos, pues, con eso de la guerra se aprovechan!

GITANA: ¡Espero que no me falte nada en el bojote!

VETERANO I: (A la Negra y a la Gitana mientras les gesticula) ¡A callarse, cotorras! ¡Y se van de aquí, ya, brujas de mierda! ¡Brujas! ¡Brujas! ¡Brujas! (A los otros veteranos y a la Cantinera) ¡No le soportemos más sus insultos y charlatanerías!

VETERANO II: (A la Gitana) ¡Recoge tu mono pulgoso y te vas!

VETERANO III: (Ríe) ¡Y le echas el cuento a las estrellas! (A la Negra) ¡Tú, sal como un cohete! Y a fumar tu tabaco al monte, ahí sólo joderás a los mosquitos.

NEGRA: (Desafiante) ¡Con que esas tenemos! ¡Yo me voy, pero los voy a fregar bien fregados!

(Fuma rápido el tabaco y comienza a echarle humo en la cara a los veteranos y a la Cantinera, éstos tratan de huir mientras se sacuden y tosen. La Gitana aprovechando la confusión quita rápidamente el tapón del barrilito y echa dentro de él unos polvos, coloca de nuevo el tapón y se incorpora a los otros aliándose a la Negra.)

GITANA: *(A la Negra) ¡Haces bien! ¡Humo con esos muertos malagradecidos! ¡Yo también les voy a echar la maldición!* *(Mientras hace gestos con las manos les grita)* ¡Asum! ¡Batum! ¡Batum! ¡Asum! ¡Por las cruces del alma y las espinas de la tierra! ¡Que las siete plagas y el ejército del enemigo malo les penetre en el cuerpo, amén!

(La Gitana besa sus reliquias, agarra su mono y rápido se va. La Negra esgrimiendo siempre su tabaco y echando humo la sigue. Los veteranos y la Cantinera quedan algo turbados. Luego el Veterano I rompe a reír. Los otros lo imitan pero sin muchas ganas.)

VETERANO I: ¡Sandeces! ¿Quién va a creer en humo y palabras raras? *(Señalando hacia donde se han ido la Negra y la Gitana)* Si tuvieran poder de verdad, no anduvieran como andan...

VETERANO II: Pero eso del humo...

CANTINERA: Y la maldición de la otra...

VETERANO III: ¡Yo no creo, pero hay vainas de vainas...!

VETERANO I: ¡Ah, carajo! ¡Lo que venga se quita con un trago!

(Toma el barrilito y bebe de la espita, lo pasa a los otros. Cada uno bebe.)

CANTINERA: *(Mientras se limpia la boca con la manga del vestido)* ¡De todos modos voy a hacer cruces por varias partes de este patio y a rezarles la contra, por si acaso! ¡Barajo! ¡Humo de tabaco en trance y maldición de gitana es algo muy fuerte! *(Al Veterano III)* Ven detrás de mí, Jacinto, y te santiguas cada vez que yo haga una cruz. ¡Así la cosa es mejor! *(La Cantinera*

camina por varios sitios haciendo hacia el cielo señales de cruces. Jacinto, callado, la sigue y se santigua cada vez que ella hace un signo. El Veterano I y el II callados y algo impresionados también se santiguan desde sus sitios. Al concluir la Cantinera grita) ¡Amén!

(Todos la corean:)

CORO: ¡Amén!

VETERANO III: ¡Ya salimos de eso!

CANTINERA: Esto quedó bendito y sin mancha...

VETERANO I: Y limpio de males. (*Mira a lo alto*) La noche se fue. Está aclarando.

VETERANO II: Pues con día y todo voy a dormir, me ha caído un sueño de plomo... (*Se despereza, vuelve a tomar aguardiente y se va adentro.*)

VETERANO III: (*Tomando el barrilito y bebiendo*) No hay como el aguardiente para dormir sabroso, echaré un sueñito solamente, pues quiero ir al pueblo y empatar la fiesta por lo de Ayacucho.

(Se marcha detrás del Veterano II.)

VETERANO I: (*Al Veterano III. Bosteza*) También echo una cerradita de ojos y te acompañó. (*Se tiende sobre el banco.*)

CANTINERA: (*Bostezando fuerte*) ¡Adiós pues, esto se volvió epidemia! ¡Me pegó el sueño! Tendré que acostarme pero en el corral, esos roncan mucho.

(La Cantinera toma otro trago y se va. Lejos se oye la música de la diablada. Cesa y comienza a sonar una flauta dulce. Sobre ésta fluyen otras músicas: valses, contradanzas, joropos, bambucos, los ronquidos de los veteranos comienzan a oírse. Todo calla, sólo se escucha el ronquido del veterano dormido. Pasan unos segundos. Entra al patio el Soldado. Viste uniforme indefinido, sucio, raído, carga fusil. Camina sigilosamente. Al ver al Veterano I se extraña. Acércase a él y lo observa cuidadosamente. Revisa todo, se vuelve hacia afuera y llama con voz queda:)

SOLDADO: ¡Epa! ¡Vengan! ¡Éste debe ser el lugar! ¡Chiss! Ino hagan ruido, hay un hombre durmiendo! (*Entran el Joven y la Muchacha. Miran con extrañeza. El Soldado les pide mediante señas que guarden silencio y va adentro. Regresa pronto.*) Adentro hay dos más durmiendo y en el corral una vieja que ronca más que éste.

JOVEN: (*Tratando de no despertar al Veterano I, dice a la Muchacha*) ¿Cómo te dijeron los campesinos?

MUCHACHA: Que nos desviáramos de la carretera y buscáramos los restos del viejo camino; al andar unas cuantas varas íbamos a encontrar las ruinas. Éstas tienen que ser.

SOLDADO: Pero eso de que aquí no llega gente por temor a fantasmas y aparecidos es puro cuento.

MUCHACHA: Debemos buscar rápidamente por todas partes.

JOVEN: ¿Ese no sabrá? (*Señala al veterano dormido.*)

SOLDADO: Vamos a despertarlo.

(*Toca suavemente con la culata del fusil al veterano. Éste despierta medio turbado.*)

VETERANO I: ¡Ah, cará! ¡Otra vez! ¡Me despiertan! ¿Quiénes son ustedes? ¡Más disfraces?

JOVEN: (*Observando mucho al Veterano I*) Vamos de tránsito y nos desviamos para conocer este sitio... Nos dijeron que aquí hay enterradas unas armas viejas y varias tumbas...

VETERANO I: (*Desperezándose*) ¡Pues se equivocaron! Aquí no hay nada de eso. (*Comienza a observarlos.*)

MUCHACHA: ¿Podemos registrar?

VETERANO I: En eso no me meto... Si gustan... Pero, ¿por qué desean ver armas viejas y tumbas? ¡Parece cosa de chiflados!

MUCHACHA: Queremos ponerle flores a estos muertos y llevarnos un arma como símbolo...

VETERANO I: ¡Humm! ¿Llevarse un arma? ¿Para dónde?

JOVEN: Para Ayacucho...

VETERANO I: (*Sorprendido*) ¿A Ayacucho? ¿Vienen de allá?

SOLDADO: No... Vamos hacia allá a dar la batalla...

VETERANO I: (*Completamente confundido y extrañado*) ¡Qué! ¿Dar la batalla? Pero, ¿la batalla?

MUCHACHA: ¡Claro! ¡La batalla!

VETERANO I: (*Con disgusto*): No me jodan... Nada de burlas conmigo... Y no estoy rascado, es bueno que lo sepan!

SOLDADO: No nos burlamos... Hay que darla...

VETERANO I: ¿Darla? ¡Ah, vaina!... ¡La fiesta les trastornó las cabezas! (*Ríe con ganas.*) ¡Ya están turulatos de bola! Despabilense, muchachos, despabilense! Recuerden... La batalla se libró ayer y se ganó bien ganada... Diez mil godos... ¡Miiiii! (*Se pasa un dedo por el cuello.*)

MUCHACHA: ¿Ayer?

VETERANO I: Claro, ayer... ¿Lo dudan?

(*La Muchacha, el Joven y el Soldado se miran unos a otros como indicándose que el veterano lo que está es loco.*)

MUCHACHA: (*Al Veterano I con suspicacia*) ¿Sabes qué fecha es ahora?

VETERANO I: Ah, cará, en eso de fechas soy un lince... Estamos en 1824...

SOLDADO: ¿Cómo?

VETERANO I: Claro... Y ayer fue 9 de diciembre... Y para siempre será fiesta...

SOLDADO: ¡Estás bien loco, viejo...!

VETERANO I: Loco yo... Oye, carajito, respétame, mira que te doy tu buena trompada! (*Trata de darle un puñetazo al Soldado. El Muchacho interviene y lo contiene.*) Soy un veterano, para que lo sepas...

JOVEN: Calma, calma... (*El veterano I se serena algo.*) Escucha, viejo, corrige tu error... Estamos en 1978...

VETERANO I: ¿Qué? No me vengas con tamaña mentira.
Piensas que soy pendejo...

MUCHACHA: Es así, amigo, la batalla se dio hace ciento cincuenta y cuatro años...

VETERANO I: ¿Cómo? ¡Coño! Entonces... Yo... Yo... Los otros... ¡No! ¡No! (*Señala hacia dentro*) ¡No puede ser! ¡Se están burlando de mí!

MUCHACHA: No nos burlamos, viejo. Es así, ¡créenos!

JOVEN: Desde el día que dijiste hasta hoy, el mundo ha dado muchas vueltas. ¡Aclara tu cabeza!

VETERANO I: (*Asombrado*) Esto es vaina de hechizo entonces; y lo demás es cuento... (*Preocupado*) ¿De manera que he dormido esa cantidad de años? ¡Mierda! (*Ríe*) Con razón me siento fresquecito. (*Serio*) Pero bueno, a lo hecho pecho... Y si a ustedes no les preocupa ese detalle...

MUCHACHA: Bueno, tal vez parezca un poco raro, pero ya lo analizaremos... Ahora nos preocupa ir hacia Ayacucho...

VETERANO I: ¡Caracoles! No sean tercos... ¡Sucre ganó esa batalla y Bolívar tenía sus planes, y bien grandotes!

JOVEN: Pero después ocurrieron cosas...

VETERANO I: Cuenticos raros commigo, no. ¿Qué sucedió?

SOLDADO: Nos robaron la batalla.

VETERANO I: ¡Por las once mil p...! ¿Quién se robó esa batalla?

MUCHACHA: Eso es largo de contar.

VETERANO I: ¡Pazjuatos! ¡Dejarse quitar la flor de la Patria! (*Airado*) ¿Y quiénes tuvieron la culpa?

JOVEN: Muchos...

VETERANO I: Muchos no... ¡Estoy seguro de que la tuvieron todos!

SOLDADO: Por eso vamos a darla de nuevo.

MUCHACHA: ¿Por qué no nos acompañas?

JOVEN: Debes ir con nosotros.

SOLDADO: Y también los que duermen adentro... los necesitamos.

VETERANO I: (*Duda y se rasca la cabeza*) Déjenme hablar con ellos. (*Se mete dos dedos en la boca y silba. Luego grita*) ¡Jacinto, Magdaleno, Genarina... ! ¡Ehhh!... Vengan rápido. (*Al Soldado*) Grítelos también...

SOLDADO: (*Grita*) ¡Eh, los de adentro...!

(*Los llamados llegan medio dormidos y arrebujándose en sus ruanas.*)

CANTINERA: ¿Por qué nos despiertas? (*Ve a los recién llegados*) Ah, otros fiesteros... Ya el aguardiente se acabó...

VETERANO I: No son fiesteros... Son... (*se turba*) ...bueno... son unos ciudadanos que van para Ayacucho...

VETERANO II: (*Con disgusto*) ¿Y eso qué nos importa?

VETERANO I: Es que van para allá a dar la batalla...

CANTINERA: ¿La batalla? ¿Qué vaina dices? (*A los veteranos II y III*) Se volvió loco Braulio...

VETERANO I: Nada de loco... Aquí hay una guarandinga rara de hechicería, magia... Embrujan viento... ¡Qué sé yo! Pero después se los explico... Lo que ocurre es que estos van de verdad para Ayacucho a volver a dar la batalla... ¿Por qué? ...se van a sentar de culo... La otra se perdió...

VETERANO II: ¿Qué?...

VETERANO III: ¿Cómo? ¿Estás jugando?

CANTINERA: ¡No entiendo un bledo!

VETERANO I: Yo tampoco entiendo... Pero por lo pronto ellos quieren que los acompañemos a dar esa nueva pelea.

VETERANO III: Si es por pelear, para eso nos metimos al ejército de la Patria... ¡Pero esta vaina es bien rara!

CANTINERA: Repito que no entiendo ni esto (*se mide la punta de una uña*). Y hasta que no entienda no decido.

VETERANO II: Yo tampoco veo clara la cosa. La batalla se ganó e hicimos la fiesta. Ahora salen con que se perdió y hay que volverla a dar... Pues que la den quienes la dejaron perder... Ya nosotros hicimos lo nuestro...

VETERANO III: Catorce años combatimos... (*A la Cantinera*) Tienes razón, Genarina...

VETERANO I: Es verdad. (*Se vuelve a rascar la cabeza. Habla al Soldado*) ¡Ustedes son quienes tienen que arreglar ese patuco!

MUCHACHA: (*Con firmeza a los veteranos y a la Cantinera*) Ser veteranos de esa dura guerra es algo grande. ¿No?

VETERANO I: ¡Por supuesto!

SOLDADO: ¿Entonces, se van a desentender ahora?

MUCHACHA: ¿Serán capaces de dejarnos solos...?

CANTINERA: (*Luego de pensar y rascarse la barbilla y a los veteranos*) Ellos tienen razón. Somos una misma gente y si sólo se trata de que la batalla se perdió y hay que volver a darla, pues a darla...

VETERANO III: (*A la Cantinera*) Diste en el clavo, mujer.

VETERANO I: Esta Genarina siempre sabe decir las cosas. (*A los veteranos II y III*) Bueno, remendados, lo que nos sale es pelea y que avance la Patria.

VETERANO II: Voy por las armas. (*Va adentro.*)

VETERANO I: (*Al Joven, al Soldado y a la Muchacha*) Vayan adelante que nosotros los seguimos.

SOLDADO: (*Al Joven y a la Muchacha*) Corramos...

(*Se van. Llega el Veterano II con dos lanzas, dos choppes y dos cananas. Reparte dichos objetos. A lo lejos comienza a oírse un coro popular.*)

VETERANO II: (*Poniéndose una canana por la cintura, mien-*

tras el veterano I hace lo mismo). Eso sí... Esta otra no debemos dejarla perder...

VETERANO I: Ni de vaina... Sería el colmo...

CANTINERA: Vamos... (*Al Veterano I*) Por el camino tiene que explicarnos eso de la hechicería y el embrujamiento...

VETERANO I: ¡Se van a pasmar del susto!

(*Salen. El coro crece más. Un clarín suena alegre. Obscuro total. Se oye un trueno prolongado. Con su estampido comienza a iluminarse la escena. Sobre el banco ronca y se mueve inquieto el Veterano I. Murmura, gime, luego grita fuerte:*)

¡No! ¡No! ¡No! ¡Nooooo!

(*Legan corriendo y agitados la Cantinera y los veteranos II y III.*)

CANTINERA: Le dio un mal a Braulio.

VETERANO II: Lo agarró un pismo...

VETERANO III: (*Se adelanta y sacude al Veterano I. Éste se despierta medio atontado.*) ¡Fue una pesadilla!

VETERANO I: ¡Por la sayona...! ¡Mejor que me despertaron!

VETERANO II: (*Al Veterano I*) ¿Qué soñabas?

VETERANO I: ¡Una vaina bien fea! (*Se pone de pie aún ofuscado*) ¡Vamos al pueblo y luego a Ayacucho...!

VETERANO III: (*Extrañado*) ¿A qué?

VETERANO I: Quiero saber qué pasó con la batalla...

CANTINERA: ¿Ayacucho? Recuerda Braulio, se ganó, festejamos su triunfo...

VETERANO I: ¡Soñé que nos la quitaron...! ¡Carajo! ¡Y hay que volver a darla!

(*Obscuro.*)

FIN DE LA OBRA

Un tal Ezequiel Zamora

*Drama con un prólogo
en dos cuadros y tres actos*

Personajes del prólogo

DON ELISEO: Un distinguido señor hacendado.

MÉREZ: Brigadier, joven descendiente de las más distinguidas familias del país.

ANACARMEN: Madre del brigadier Luis Mérez. Dama de abolengo. Viuda de un gran hacendado, 45 años.

CRÍADA: 18 años, aparenta más, negra.

ORDENANZA DEL

BRIGADIER MÉREZ: 30 años.

Personajes de los actos

JUAN YARÍ: Padre. 60 años. Alto, flaco, enérgico.

GUADALUPE YARÍ: Madre. 60 años. Delgada, nerviosa.

CARLOS: Hijo mayor. 24 años.

JOSÉ ANTONIO: Hijo menor. 20 años.

**UNA MUJER CON
UN NIÑO DE MESES:** 30 años, aparenta más.

GEMA: La hija más pequeña de los Yarí.
17 años.

UN OFICIAL

CENTRALISTA: Duro, rechoncho. 40 años.

MAYORDOMO: Edad indefinida.

SOLDADO 1

SOLDADO 2

UNA MUCHACHA: 24 años.

EL ADIVINO: Alto, flaco. Edad indefinida.

FRANCISCA: 50 años, aparenta mucho más.

HERIDO: Brigadier Mérez herido.

**CABO
OTRO SOLDADO
CAMPESINOS GUERRILLEROS**

Acción

El prólogo en Caracas. Los otros actos en las sabanas de Barinas, cerca de El Real.

Época

1859

PRÓLOGO

Oscuridad en la escena. Segundos después se ilumina la escena en la habitación del joven brigadier Luis Mérez, situada en el piso alto de la mansión de la rancia familia Mérez, en Caracas. Hay una puerta a la derecha y una amplia ventana al fondo, cubierta con cortinas de damasco rojo, corredizas, en cuanto a muebles hay: un armario, una mesa, escritorio con libros, un reloj, mapas, lápices, compases y una lupa grande. Sobre una silla están un quipis, unas pistolas y una blusa militar. Hay cierto desorden en la estancia, por preparativos de viaje. El brigadier Mérez arregla en el pequeño baúl su equipaje de campaña. Está en camisa, lleva pantalón militar y botas altas, cuida de que nada se le quede mientras conversa con don Eliseo Rojas, quien ha ido a despedirle. Mérez esa misma tarde se incorpora al Estado Mayor del general Silva, quien comanda el Ejército gubernamental que ha de entrar en campaña para combatir el brote armado de los federales, surgido recientemente.



DON ELISEO: *(Con aire muy señorial)* ¡Lo vengo repitiendo por todas partes! ¡No podemos permitir que se impongan el desorden y la anarquía. Porque, mi joven amigo, anarquía y desorden es lo que quieren Zamora y esos otros aventureros que se le han unido.

MÉREZ: ¡Nadie lo duda!

DON ELISEO: ¡Qué sería de Venezuela si esa gente entra triunfante a esta ciudad! ¡Pobre Caracas! ¡Las hordas de Atila! ¡Las doncellas y las matronas de la aristocracia caerían víctimas de esos nuevos hunos!

MÉREZ: ¡No sucederá eso! ¡Son guerrilleros, no militares! ¡Se escurrirán al ser golpeados por la táctica profesional!

DON ELISEO: ¡Eso es lo que les hace falta! ¡Sables diestros que los fustiguen como es debido!

MÉREZ: (*Tomando el sable y mostrándoselo a don Eliseo*) ¡Una cosa es un machete y otra esto!

DON ELISEO: ¡Claro! ¡Claro! Por eso me parece muy bueno que vayas a formar parte del Estado Mayor del Ejército Centralista. A esos cuatreros hay que enfrentarles oficiales jóvenes, bien preparados, hijos de las mejores familias. Lo mismo que en la Roma antigua, lo mismo.

MÉREZ: (*Mirando el reloj y colocando algunos libros y mapas en el baúl*) A las seis en punto debe salir el primer cuerpo de caballería; atrás irá el Estado Mayor.

DON ELISEO: Como te dije cuando llegué, por la familia no debes preocuparte; sabes que fui como hermano de tu padre. Y en cuanto a tus haciendas, pierde cuidado, mantendré mi vigilancia sobre ellas.

MÉREZ: Le iba a pedir ese favor... Temo que los peones y los negros aprovechen todo este desorden de los federales para alzarse. ¡Aquellos se arruinaría!

DON ELISEO: Al concluir el beneficio del café será bueno sacarlos. ¡Que se vayan! ¡Y los conquisteros y pisatarios lo mismo! ¡Bastaría que cayera entre ellos un solo federal para que se contagiaran! Son, como dicen ustedes los militares matemáticos, enemigos en potencia...

MÉREZ: Y no podemos tener enemigos dentro de las propiedades.

DON ELISEO: Despreocúpate, al concluirse lo del café le

diré a los mayordomos que hagan una limpieza de gente. Después que pase todo esto se conseguirán más baratos.

MÉREZ: Será lo mejor... En cuanto a dinero, mamá y Julia Rosa tienen recursos en la casa. Creo que les alcanzará hasta que vuelva o se haga la entrega del café a los comerciantes ingleses.

DON ELISEO: Y si no puede venderse el café, en mi baúl hay morocotas...

MÉREZ: Gracias, no sabe cómo me conmueve su gesto...

DON ELISEO: Es mi deber. Ella es toda una señora de su clase. Y ha sabido dirigir su hogar...

MÉREZ: (*Sonriendo*) Y de qué manera. Desde la muerte de papá, hasta que regresé de Europa, ha administrado todo como un jefe...

DON ELISEO: ¿Qué dice de tu incorporación al ejército expedicionario?

MÉREZ: Se ha disgustado de tal manera, que no me habla desde que lo supo...

DON ELISEO: ¿Y por qué esa actitud?

MÉREZ: Considera que las abandono... Además, tiene un horror singular por las guerras civiles. (*Sonriendo*) No nació para vivir en este país.

DON ELISEO: ¡Es mujer!

MÉREZ: Se imagina todavía que estudié esta carrera únicamente para pasar mi tiempo en casa trazando planes...

DON ELISEO: Todas las madres son así. Pero cuando vuelvas victorioso y se percate de que con tu espada has contribuido a salvar la decencia y el orden, te sonreirá como a un héroe, ya verás...

MÉREZ: (*Muy preocupado*) Si usted supiera, la he oído hablar con Julia Rosa.. A veces creo que se ha dejado engatusar por las prédicas de esos liberales demagogos.

DON ELISEO: No creas. Es una santa mujer; la bondad le cubre los ojos...

(Muy a lo lejos suena un clarín y redoblan unos tambores. Mérez se acerca a la ventana descorre las cortinas y echa una mirada hacia afuera.)

MÉREZ: Llaman a formación de oficiales en el cuartel.

(Entra una criada.)

CRÍADA: Con el permiso del Don y del señorito, afuera solicitan a don Eliseo, dijeron que de parte del señor Ministro del Interior...

DON ELISEO: *(A la criada)* Dígales que ya salgo.

(La criada hace una inclinación respetuosa y se va.)

MÉREZ: Está usted bien solicitado.

DON ELISEO: El señor Ministro quiere que me encargue de algo administrativo relacionado con el ejército.

MÉREZ: Usted como administrador no tiene rival, y si no que lo vean en sus haciendas, siempre florecientes y productivas.

DON ELISEO: ¡Ya lo ves, también un puesto en la lucha por el orden! ¡En fin, me despido, siento no haber visto a tu señora madre, pero ya le darás mis saludos y mi recado!

MÉREZ: Así lo haré.

DON ELISEO: *(Abrazando a Mérez brevemente)* Mucha suerte y espero verte cuando regreses ascendido, algo debes sacar batiendo a esa chusma.

MÉREZ: *(Sonriente)* ¡Vamos a ver! ¡Ojalá sea así! ¡Creo que en un mes habremos aplastado a Zamora y estaré de regreso!...

DON ELISEO: Lo celebraremos en mi hacienda... Pero entre tanto cuídate, nada de exponerte inútilmente... ¡A menos que sea para traernos su pellejo! *(Sonriente abandona la estancia.)*

MÉREZ: *(Yendo tras él hacia la puerta y sonriente)* ¡Si no

consigo el pellejo le traigo el esqueleto, lo conocerá por las canillas torcidas, dicen que es cambeto! (*Regresa hacia la cama, se pone la guerrera, luego el correaje, se cuadra y cerciorase de que está impecable, óyese afuera trote de caballería y música militar. Entra doña Anacarmen. Mérez la saluda con gesto respetuoso*) ¡Mamá! ¡Sabía que vendrías!

ANACARMEN: ¿Pudiste pensar que no lo haría?

MÉREZ: Te he visto durante los últimos días tan disgustada...

ANACARMEN: ¿Cómo podía dejarte ir sin darte mi bendición? Me duele que lo hayas imaginado siquiera... Tardé en venir porque deseaba que estuvieras solo...

MÉREZ: Don Eliseo te dejó saludos. Desea que sepas que está a tu orden...

ANACARMEN: No estoy para atender a nadie en estos momentos, por eso esperé que se fuera... Sólo pienso en ese paso que das ahora...

MÉREZ: Lo sé, mamá...

ANACARMEN: Y sobre eso quiero hablarte, Luis... Unas pocas palabras nada más, pues ya en la calle de abajo se agrupa la tropa

MÉREZ: La he oído.

ANACARMEN: Tu ordenanza llegó; alista los caballos junto a la puerta cochera.

MÉREZ: (*Cerrando el baúl y tomando el sable*) Quizás deba salir ya...

ANACARMEN: (*Suave, tratando de dominar la impaciencia del hijo y su temor a una explicación*) Aguarda un minuto, Luis; no diré muchas cosas...

MÉREZ: (*Ciñéndose el sable*) Debo ser el único oficial del Estado Mayor que aún no se ha incorporado...

ANACARMEN: (*Suavemente energica*) ¡Óyeme, es necesario!

MÉREZ: (*Sentándose en la cama, preocupado e impaciente*) Está bien, habla, mamá.

ANACARMEN: Vas a esa guerra contra mi voluntad.

MÉREZ: Lo comprendo.

ANACARMEN: Crees que debes ir y te anima el entusiasmo del joven militar que desea probar sus armas y sus conocimientos, pero es triste que lo hagas en una guerra civil...

MÉREZ: ¡No habrá tal guerra civil! ¡Son bandas alzadas y las aplastaremos!

ANACARMEN: ¡Será una lucha larga y a muerte, Luis, lo presiento!

MÉREZ: No creas; cuestión de un mes solamente. (*Le muestra un mapa abierto sobre la cama*) Una operación sencilla, como barrer una casa. Para mayo estaré de nuevo con ustedes. (*Trata de sonreír*) Pondremos un baile en la casa de campo, bajo los apamates floreados.

ANACARMEN: ¿Puedes pensar en fiestas?

MÉREZ: ¡Por qué no! Para esa fecha Julia Rosa cumple sus quince años. Será su primer baile. Quiero que mi hermanita inicie su edad primaveral con toda la felicidad que merece...

ANACARMEN: ¡La pobrecita! ¿Sabes qué hace ahora? Llora en su cuarto, no quiere verte ir... Por coronada ha llegado a lo mismo que yo por experiencia... Esta no será una guerra de un mes, Luis; estamos al borde de una gran tragedia. ¡Sobre Venezuela van a comenzar a nacer muchas cruces!

MÉREZ: Prestas mucha atención a los rumores.

ANACARMEN: No son rumores. Por doquier no se oyen sino quejas, lamentos. ¡Todo el país es una ruina, comenzando por Caracas! ¡La gente está desesperada! Hasta en el aire se nota la rabia contenida. ¡Luis, un gran odio puede alzarse de toda esta miseria!

MÉREZ: ¿Quién tiene la culpa?

ANACARMEN: ¡No sé! Pero a veces creo que nosotros los ricos... Pienso así sobre todo cuando rezó...

MÉREZ: ¡Mamá! ¡Tú diciendo eso! Entonces, ¿debemos dar lo que tenemos?

ANACARMEN: No se trata de eso, pero creo que hemos dejado de ser cristianos y estamos encendiendo malas...

MÉREZ: ¿Nosotros? ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Cómo puedes imaginarte eso? ¡Es al contrario! ¡El populacho aspira mandar, eso es todo!

ANACARMEN: No sé nada de política, sólo siento dolorosamente todo cuanto sucede.

MÉREZ: ¿Sabes que Zamora quiere destruirnos a nosotros, a los mantuanos oligarcas, como nos llaman? Quiere repartir nuestras tierras entre sus secuaces... ¿Te agradaría eso?

ANACARMEN: ¡No me agradaría! Pero tampoco me agrada sentirme culpable. Y esa es la sensación que tengo por todo cuanto veo.

MÉREZ: ¡Sentimentalismos! ¡Olvidas que los señores de este país fuimos quienes hicimos la Independencia!

ANACARMEN: Cada vez advierto que, ¿cómo diré?... sí, eso es, que los grandes apellidos estamos poseídos por la soberbia...

MÉREZ: ¿Por qué dices eso?

ANACARMEN: Porque tú también olvidas, Luis, que quienes llevaron las lanzas y los chopos fueron los patas en el suelo...

MÉREZ: ¡Mamá! (*Muy sorprendido*) Te expresas como ellos...

ANACARMEN: ¡Sabes que le tengo grima al pueblo, no lo entiendo y nunca podría adaptarme a sus costumbres! Su vulgaridad, su desaseo, sus modales toscos me crispán los nervios... Pero eso no me ciega hasta el punto de no ver que es su miseria la que le da la razón ahora.

MÉREZ: ¿Razón para alzarse? ¿Razón para el pillaje? ¡Convéncete, mamá, voy a defender la decencia, el orden! ¡El derecho que tienes tú misma a una vida tranquila!

El que tiene Julia Rosa a vivir como señorita de alto rango...

ANACARMEN: Los que siguen a Zamora deben pensar que también defienden algo.

MÉREZ: Sí, defienden el derecho al bochinche... a la anarquía... Por eso voy a combatirlos... Y créeme, mamá, al hacerlo sólo pienso que son bandoleros armados... Un peligro social que debe ser aplastado...

ANACARMEN: No son bandoleros, Luis, tengo la impresión de que es todo el pueblo que se está yendo detrás de Zamora...

MÉREZ: El pueblo serio está en su casa y en su trabajo... Acatando las leyes y respetando a sus superiores...

ANACARMEN: Por dondequiera se oye que el pueblo no tiene pan ni trabajo... Y tú lo sabes...

MÉREZ: ¿Y crees que robando y matando conseguirá algo? Se arruinará más él mismo...

ANACARMEN: ¡Se arruinará todo el país, Luis! ¡Es lo que temo; lo que viene puede ser una gran matanza entre hermanos!

MÉREZ: ¿Hermanos? Yo no creo sino en mis iguales.

ANACARMEN: (*Afligida*) Quiera Dios que los otros no piensen así... ¿Te das cuenta? Sería una lucha de fieras contra fieras, y eso me espanta...

MÉREZ: No habrá tal... Debes abandonar esos temores...

ANACARMEN: Anoche soñé que me asomaba a una calle larga y oscura por donde pasaban muchas mujeres vestidas de luto... Me estremecí al verlas... Además dicen que son terribles esas sábanas de Barinas a donde vas...

MÉREZ: (*Tomándole una mano y besándosela*) Te has puesto impresionable, mamá.

(*Entra nuevamente la criada.*)

CRÍADA: Con el permiso de la doña, han llegado dos ofi-

ciales, dicen que ya se ha puesto en marcha toda la tropa.

ANACARMEN: (*A la criada*) Está bien, Justina, dígales que ya el Brigadier baja.

(*La criada sale. Mérez se cubre la cabeza con el quepis y se dispone a salir.*)

MÉREZ: (*Con acento duro*) Mandaré al ordenanza por el baúl.

(*A lo lejos se oye trote de caballería y los sones de la banda militar.*)

ANACARMEN: (*Sacando del corpiño un pequeño atado, y entregándoselo al hijo*) Toma, Luis, es una oración en un escapulario; llévala al cuello, te amparará. Anoche la copié yo misma y la puse allí...

MÉREZ: (*Tomando el atado y guardándolo*) Gracias, mamá. (*Abraza a la madre y la besa en el pelo.*)

ANACARMEN: ¡Todo esto es tan absurdo! ¡Tan incomprendible!

(*Mérez se le cuadra y esbozando una sonrisa da media vuelta y sale. Anacarmen permanece quieta.*)

(*Entra el ordenanza, saluda militarmente a Anacarmen y sin decir palabra carga el baúl y lo saca. Oscuridad.*)

Telón.

PRIMER ACTO

Escenario

Interior de un rancho de bahareque y paja, situado en las llanuras de Barinas; una puerta de entrada a la derecha da al camino. Al fondo una pared baja, con un pasadizo, separa la habitación principal donde se desarrolla la acción de la cocina y del corral del rancho. A la izquierda otra puerta conduce a un cuartucho que también sirve de dormitorio. En la estancia hay una pequeña mesa, dos taburetes, un catre muy bajo y un chinchorro enrollado

contra la pared del fondo, en un rincón está un tosco altar con una lamparita encendida, una cruz, un santo y un tarro de tierra con algunas flores silvestres. Hay algunas mazorcas de maíz colgadas en la pared del fondo.



La acción se inicia una noche oscura y nublada. Al descorrerse el telón, en escena, totalmente en penumbra, se encuentran el Padre y la Madre, ésta duerme profundamente en el catre mientras el padre con cierta premura, de pie, se ocupa de enrollar un chinchorro contra la pared. Afuera, muy lejanos, se oyen gritos confusos y detonaciones. El Padre abre la puerta que da al camino y con ciertas precauciones se asoma. Los gritos y disparos prosiguen, entre ligeras pausas de silencio.

PADRE: ¡Guadalupe! ¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

MADRE: ¿Qué ocurre? ¿Ya amaneció? (*Se despoja de la sábana que la cubría.*)

PADRE: No, deben ser apenas las doce de la noche... Pero, ¿no sientes? Oigo como tiros... algo sucede lejos...

MADRE: (*Sentándose en el catre*) ¡Sí... son descargas!

PADRE: Al principio creí que estaba soñando, o que eran truenos, como se acercan las lluvias.

MADRE: (*Se pone de pie, está vestida con un camisón largo, se calza unas alpargatas, va hacia la puerta y se asoma afuera brevemente*) Parece que están peleando hacia Corozal. ¡Será posible que se haya prendido otra vez por aquí la guerra!

PADRE: ¡Claro que es posible! ¡Ya te lo venía diciendo!

MADRE: ¿Cuándo podremos vivir con tranquilidad? Desde que nací no veo sino hambre y guerras.

PADRE: ¡Qué diré yo! Once años tenía cuando se inició la de Independencia... La hice completica... Y después, revueltas y más revueltas...

(A lo lejos se reanudan los disparos.)

MADRE: Mejor será que enciendas el farol. En el fogón quedaron brasas resguardadas bajo las cenizas. De Corozal acá no hay mucho trecho y puede extenderse hasta estos contornos la pelea. Si es pelea...

PADRE: ¡Qué otra cosa puede ser!

(Va hacia la cocina. La Madre dobla la sábana sobre el catre. El Padre regresa trayendo una vela de sebo encendida y da luz al farol que está sobre la mesa.)

MADRE: *(Vuelve a la puerta la abre y avizora hacia afuera)* ¡A lo lejos hay resplandores rojizos! ¿No crees que debemos despertar a los muchachos?

PADRE: ¿Para qué? ¡Déjalos dormir, es preferible! Por lo menos hasta saber con certeza qué es lo que ocurre... Además...

MADRE: ¿Qué?

PADRE: Se alborotarán... Ya conoces a José Antonio y a Carlos... Son capaces de querer salir.

MADRE: Y no les faltará razón... Debemos estar alertas... En medio de estas llanuras, aislados en este rancho, no hay seguridad alguna cuando se forman revueltas. Tú lo sabes. Cuántas penalidades pasamos hace dos años, en el 57, ¿las recuerdas?

PADRE: ¡Cómo voy a olvidarlas!

MADRE: Debimos irnos al pueblo, pero no me hiciste caso.

PADRE: En el pueblo no podía esconder a los muchachos, los hubieran reclutado para alguna de las partidas... Como a los otros... O se hubieran ido ellos, están por hacerlo desde hace tiempo...

MADRE: No es que quieran irse por querer... Yo comprendo lo que les sucede...

PADRE: ¡Siempre los defiendes!

MADRE: Quieren otra cosa. ¿Acaso yo misma no he deseado vivir en el pueblo para que ellos aprendan algo? Es triste pasar la vida en estas soledades... Porque no hay nada más solo que estos llanos de Barinas.

PADRE: Comemos del conuco, no podemos abandonarlo. Además, te lo he repetido muchas veces, en los pueblos con estas continuas guerras y asonadas, hay menos seguridad que en el campo. Cuando pasan las comisiones de reclutas los dejan limpios de hombres jóvenes... Por aquí siquiera hay lugares donde esconderse; están las cuevas del Pedregal... Nadie sino nosotros las conoce...

MADRE: Quizás tengas razón, aunque, desde lo ocurrido con Lino y Alberto, no sé qué pensar... Para los campesinos de esta tierra no hay seguridad en parte alguna.

PADRE: ¡Tan buenos que eran esos hijos! Ahora serían dos puntales más junto a nosotros.

MADRE: A veces pienso que no han muerto, que nunca pasó la recluta por estos contornos; que alguna tarde los veré llegar por la sabana trayendo algún pájaro para Gema.

PADRE: Tampoco me acostumbro a la idea... Pero así fue; hasta en las coplas que canta el tuerto José María se refiere la batalla donde los mataron.

(Se oyen los disparos más cerca.)

MADRE: ¿Oyes? No hay duda, es hacia Corozal. Me asomaré por la cerca del corral, desde allí quizás se divisa mejor...

PADRE: Ahora sí pienso que debemos despertar a los muchachos... Hay que estar preparados...

(Cuando va hacia la puerta de la izquierda tocan fuerte en la puerta de entrada. Ambos se turban y vacilan en abrir, pero el padre se decide y lo hace. Entra una mujer con un niño muy pequeño en los brazos, lo lleva envuelto en una cobija. Ella cubre su cabeza con un paño. Representa unos treinta años y se muestra muy fatigada y abatida.)

MUJER: Me he perdido en la sabana. Vi luz por las rendijas del rancho y decidí pedir amparo. Vengo de más allá de Corozal. ¡Hay guerra! ¡Por el caserío donde vivía pasó la pelea!...

MADRE: ¡Se pelea entonces?

MUJER: Sí, quemaron los ranchos; la tropa del Gobierno se llevó a los hombres... (*El Padre le acerca un taburete, la Mujer se sienta, cansada.*)

PADRE: ¡Qué calamidad esa!

MUJER: ¡Sacaron amarrados a mi marido y a mi hermano! Entre los tiros y los incendios mientras la gente gritaba y corría, tomé al niño, lo envolví y decidí huir, cerca de la quebrada El Zamuro vive una hermana mía, allá me refugiaré.

PADRE: En ese lugar viven los Pagüey...

MUJER: Son de mi familia.

MADRE: (*A la Mujer*) ¿Y quiénes hacen ahora la guerra?

MUJER: Dicen que entre el Gobierno y los liberales, pero también hablan de Federación y de un tal Ezequiel Zamora...

PADRE: He oído nombrarlo. Una vez el Gobierno lo cogió preso y lo iba a fusilar pero se escapó...

MADRE: Astuto debe ser, pues no es fácil írsele al Gobierno...

PADRE: ¡Así es! (*A la Mujer*) ¿Y por qué se habrá lanzado a pelear ahora?

MUJER: Yo qué sé... Pero, como les dije, hablan de Federación. (*Se coloca casi de espaldas y comienza a dar de mamar al niño.*)

PADRE: ¿Federación? ¿Qué querrá decir eso? (*De la otra habitación sale poniéndose una franela el hijo mayor, Carlos.*)

CARLOS: ¡Yo sé lo que es! ¡Quiere decir que por fin llegó la hora!

PADRE: ¿Qué hora ha llegado? ¿Por qué te levantaste?

CARLOS: Estaba despierto desde hace rato... Oí las voces de ustedes, las detonaciones lejanas y lo que refirió la señora... ¡Por fin le arreglaremos las cuentas a los

oligarcas!... ¡A los que hambrean y atropellan! ¡Ahora sabrán lo que es bueno! ¡Ya todo el país debe estar alzado!

MADRE: (*Enérgica*) ¡Vuelve al chinchorro!

CARLOS: ¡No! ¡Estaba deseando este momento! ¡Por fin llegó! ¡Confiaba en Zamora y cumplió, ahora me iré con él! ¡Arreglará a Venezuela, le hará justicia al pueblo!

PADRE: ¿De dónde sacas esas cosas? ¿Quién te ha dicho todo eso? Por algo no me han gustado tus frecuentes visitas al pueblo... ¡Quién sabe con qué revoltosos ha estado hablando! ¡Hay muchos por estos campo de Barinas!

CARLOS: (*Tomando un chinchorro y un machete y acomodándolos sobre la mesa mientras busca otros objetos*) ¡Ahora sí me iré! (*Al Padre*) Y no he hablado con revoltosos sino con gente igual a nosotros, hambreada, sufrida, a quien los oligarcas y usureros saquean, estrujan, roban... Gente que ya está cansada... Como estoy cansado yo mismo...

MADRE: Bien he oído decir que esos periódicos que reparten y leen algunos en el pueblo están turbando las cabezas de los jóvenes... Los escriben hombres locos...

PADRE: (*A la Madre*) ¡Ves como tengo sobrada razón!

CARLOS: Siempre he deseado otra vida, otra cosa... Estamos hundidos... Ustedes lo saben... Vivimos peor que los perros y los zorros de la sabana y todo por culpa de los ricos...

PADRE: Repites lo que has oído...

CARLOS: ¿No somos unos patas en el suelo? ¿No pasamos hambre? ¿No tenemos que pagarle con parte de la miseria que cosechamos al dueño de esta sabana? ¿No estamos casi en harapos?

MADRE: No somos nosotros solos, todo el mundo está así...

CARLOS: ¡Por eso mismo! ¡Hay que cambiar las cosas, guerrando!

PADRE: ¡No sabes lo que dices! ¡Te han llenado la cabeza de tonterías! ¡Las hablan a montones! Con guerrear nada se sacará...

CARLOS: ¡Quién sabe!

MADRE: Esta será una revuelta igual a las otras, ¡y los campesinos sólo sacaremos dolores y más miserias!

CARLOS: Con Zamora la lucha será distinta, ya verás. Y estoy decidido a unirme a ella...

MADRE: Hablas como si no tuvieras padres.

(De la habitación sale José Antonio...)

CARLOS: Con ustedes podrá quedarse José Antonio...

José ANTONIO: ¿Y por qué debo quedarme yo? ¿Acaso soy el más tonto? He oído todo; también estaba despertado y sin moverme dentro del chinchorro; escuché los tiros antes que papá y he estado pensando en mi oportunidad, creo que ha llegado.

MADRE: *(A José Antonio)* ¿También tienes esas ideas de Carlos en la cabeza?

José ANTONIO: ¡No tengo esas ideas, ni me interesan! Ni entiendo la cantidad de zoquetadas que hablan los llamados liberales que viven en el pueblo; ¡me parecen unos tontos parlanchines!...

MADRE: *(Extrañada)* ¡José Antonio!

José ANTONIO: Y si es el llamado Zamora me importa un comino; y ni siquiera comprendo el significado de eso que llaman Federación. ¡Ni falta que me hace!

PADRE: ¿Entonces? ¿Por qué hablas de tu oportunidad?

José ANTONIO: Porque me parece que se acerca en esos tiros...

MADRE: ¡Estás loco!

José ANTONIO: ¡Loco o no pero con esos tiros mi vida va

a coger otro rumbo! Y no será el rumbo de los zoqueteros... (*Señala a Carlos.*)

CARLOS: ¿Qué quieres decir?

JOSÉ ANTONIO: Eso que oíste.

CARLOS: Ya sé que no crees en liberales ni en nadie y que te importa poco el hambre que todos estamos pasando...

JOSÉ ANTONIO: ¡Te equivocas! Me importa mucho lo que soy: ¡Un nada! Pero no quiero seguir siendo un nada, y en la guerra, hágala quien la haga, o pelee en uno u otro bando, puedo surgir... Puedo llegar a algo con galones y mando... ¡Y eso es lo que quiero!

MADRE: ¡Lo más seguro que se encuentra es la muerte! Recuerda a Lino y a Alberto.

JOSÉ ANTONIO: ¡No tuvieron suerte!

CARLOS: (*A José Antonio*) Nos podríamos ir juntos y unirnos a Zamora... Ganará...

JOSÉ ANTONIO: ¡No me hagas reír! Podemos salir juntos, si quieres, pero me uniré al bando que mejores oportunidades ofrezca... No quiero ser redentor de nadie sino de mí mismo... Deseo galones, mando, dinero. (*Despectivo*) Y lo que es con ese Zamora ¡hum! ¡Me ensucio en su apellido!

CARLOS: (*Violento*) ¡No eres sino un!... ¡Adivina lo que quiero decirte!

JOSÉ ANTONIO: ¡Dilo!

MADRE: ¡Carlos! ¡José Antonio!

CARLOS: (*A José Antonio*) ¡Si no estuvieran aquí mamá y papá y esa señora te lo gritaba bien alto!

JOSÉ ANTONIO: ¡Y yo puedo darte una trompada ya! (*Va hacia Carlos.*)

PADRE: (*Agarrando por un brazo a Carlos y alejándolo de José Antonio*) ¡Cállense! ¡Cállense! ¡Ustedes no son sino unos groseros y están faltando el respeto! ¡Nin-

guno de los dos se irá! ¡La idea de la guerra los ha perturbado!

JOSÉ ANTONIO: ¡No estoy perturbado!

CARLOS: ¡Ni yo!

PADRE: ¡Parecen un par de tigres! ¡Olvidan que son hermanos!

JOSÉ ANTONIO: (*Señalando a Carlos*) ¡Lo olvida él que me insulta!

CARLOS: ¡Lo olvidas tú, que eres un egoísta!

JOSÉ ANTONIO: ¿Egoísta? ¡Si deseo irme a buscar fortuna en la guerra es para ayudar a papá, a mamá, a Gema, a ti mismo! ¡Para acabar con la miseria que nos consume! ¿Qué tenemos? ¿Acaso araÑar día a día el conuco es vivir? ¡Estoy cansado de pasar hambre! ¡De que vivamos como animales! ¡De cualquiera que tenga cuatro centavos y se ensucie en nosotros cuando le dé la gana! ¡Si querer mejorar es ser egoísta, lo soy!

MADRE: (*A José Antonio*) ¡No digas eso!

JOSÉ ANTONIO: (*Señalando a Carlos*) ¡El egoísta eres tú que te quieres ir tras ese Zamora por razón de gusto! ¡Porque te han leído algunos periodiquitos en el pueblo y te sientes liberal! ¿Crees que con palabritas van a tumbar al Gobierno? ¡En la sabana hay mucho bobo enterrado!

CARLOS: ¡Quién sabe si soy egoísta o no! Pero no pienso sólo en mi familia; ni en mí únicamente, pienso en toda la gente que está como nosotros. (*Al Padre*) ¡Tengo mis ideas y con ellas me iré!

PADRE: (*Grave*) ¡Cállense esas bocas! ¡Los dos son unos egoístas! ¿Crees tú, José Antonio, que se te dará lo que piensas? ¿Que de esta nueva revuelta podrás lograr fortuna? Aun peleando a favor de los que ganen... ¿Qué es lo más que puedes sacar? ¡Unos galones de sargento con paga de un peso diario! ¡Eso si no quedas tendido como tus hermanos en una ladera pelada! ¡Si lo sabré yo! ¿No fui soldado? Guerreé toda la Independencia como raso, de los de chopo, cobija

y alpargata... No recuerdo hasta dónde llegué... Creí también que muchas cosas iban a cambiar... Hasta soñé que se acabaría la pobreza; que los campesinos podríamos sembrar la tierra algún día con libertad... Que no habría más dones y señorones, ni desprecio por los negros y mestizos como nosotros...

MADRE: Todo fue también perdido.

PADRE: ¡No! ¡Algo hicimos! Creamos esta república, esta patria; pero los de arriba siguen fuñendo y se la han cogido para ellos solos... Y no para mejorarla... Y los patas en el suelo siempre igual, con el yugo sobre el lomo... y el hambre dentro del cuerpo... Con mis setenta años he llegado a creer que pobre es pobre hasta en el cielo...

MADRE: ¡No digas así, es malo!

PADRE: ¡Es la verdad! ¡Por eso evitaba que Alberto y Lino se metieran en las revueltas! Pero pasó lo que pasó. ¿Para qué murieron? ¿Quién se benefició con su sacrificio? Ustedes que estaban pequeñitos, su madre y yo fuimos quienes los sentimos...

MADRE: Así fue...

MUJER: (*Dejando de amamantar al niño*) Así ha ocurrido con infinidad de jóvenes por todas partes...

PADRE: ¡Y seguirá siendo por mucho tiempo! (*A los hijos*) ¡Ustedes se quieren ir! ¡Los matarán en cualquier lugar o se perderán por todos los caminos buscando qué comer, cómo vivir! ¡Se volverán como unos perros realengos! Y aquí en esta sabana quedaremos más que abandonados dos viejos; y la pobre Gema, más tonta cada vez, más sola siempre... ¿Y cuando muramos su madre y yo? ¿Qué irá a ser de ella? ¿No quedará a merced de todos los peligros?

CARLOS: No he pensado en abandonarlos para siempre...

JOSÉ ANTONIO: ¡Ni yo! ¡Sólo quiero que podamos vivir de otro modo...!

PADRE: Pueden irse... Yo tengo la muerte encima, su madre está tan gastada como yo... Cuidaremos a Gema

hasta que podamos, pero estoy seguro de que cuando ustedes regresen, si es que regresan, sólo encontrarán en la sabana tres cruces más y allá, en la capital, quedarán los señorones satisfechos y contentos...

CARLOS: ¡No será así!

PADRE: ¡Sí será así!

JOSÉ ANTONIO: ¡Tú no comprendes!

PADRE: ¡Es posible! ¡Ustedes son jóvenes y yo un viejo!, pero por eso mismo: ¡He visto tantas cosas! No entiendo estas guerras, comprendí algo de la Independencia, quise a Bolívar y lo seguí, me gustó la libertad... Pero, ¿la tiene el pobre?

CARLOS: De eso se trata.

PADRE: No sé qué es Federación ni si ese Zamora quiere de verdad al pueblo; muchos han dicho lo mismo y después, al llegar arriba, le dan la espalda...

CARLOS: ¡Zamora no hará eso!

PADRE: ¡Quién sabe! Somos una familia desamparada, para vivir no tenemos sino nuestros brazos... ¿Debemos, entonces, dejarnos devorar por una candela cuya causa no entendemos? Quizás algún día mejoremos...

JOSÉ ANTONIO: ¡No veo cómo! ¡Si me dejaran ir!

CARLOS: ¿Y por qué no a mí?

MADRE: Oigan a su padre, sabe lo que dice.

PADRE: (*Enérgico*) ¡Nadie se irá! ¡No los he criado como a los otros para que los maten por nada! A ti, José Antonio porque crees que la guerra ésta te dará galones y poder para embromar a otros... Y a ti, Carlos, porque imaginas que ella y ese Zamora podrán redimir esta tierra. Si hubiera alguna razón, si en verdad ésta fuera una guerra del pueblo, yo que la conozco bien, volvería a tomar mi cobija y mi lanza y otra vez caminaría adelante... Pero la experiencia me ha enseñado que siempre son los de arriba quienes ganan...

JOSÉ ANTONIO: No me resignaré a seguir viviendo así,

perdido en estos montes hasta que me pongan encima una cruz de palo...

PADRE: ¿Creen que estoy contento con la vida que llevamos? Pero, ¿es matándonos que podemos componerla?

MADRE: Tampoco yo me resignaré a que nos abandonen para siempre... Ya resistí un golpe, no sé cómo, pero seguí viviendo por ustedes y Gema, pero otro igual acabará conmigo...

CARLOS: ¿Podemos permanecer aquí mientras otros pelean?

PADRE: No dejaré que se queden en este rancho... Se esconderán mientras pasa esta ventolera y las cosas se aquietan.

JOSÉ ANTONIO: ¿Escondernos? ¿Somos acaso unas gallinas?

CARLOS: Si no me voy, continuaré aquí con ustedes, pero nunca me esconderé, no soy un cobarde...

PADRE: Harán lo que mando... Si se quedan aquí pasará cualquier día una comisión y los llevará reclutados como a los otros.

MUJER: (*Advirtiendo temerosa*) Desde hace tiempo andan comisiones por los caminos y caseríos, hasta muchachitos se han llevado para que toquen los tambores...

MADRE: Siempre es así...

PADRE: (*A la Mujer*) ¿De qué partido son las comisiones?

MUJER: ¡Sólo he visto las del Gobierno!...

PADRE: (*A Carlos y a José Antonio*) Ahora mismo los llevaré a las cuevas del Pedregal, se esconderán en ellas mientras pasa la guerra... (*A la Madre*) Prepara una camaza con agua y abastimientos en un porsiácaso... (*A los hijos*) Busquen sus cobijas y unos machetes...

CARLOS: ¡No me esconderé!

JOSÉ ANTONIO: ¡Ni yo!

PADRE: ¡Quien manda aquí soy yo! ¡Y el que no me respete como padre me respetará como hombre!

MADRE: (A los hijos) ¡Les pido que obedezcan, que se porten como hijos! (A lo lejos se oyen de nuevo muchos disparos y el toque de una corneta.)

PADRE: (A la Mujer) Prepara las cosas que te dije...

MADRE: (A los hijos) ¡Entiendan, y no lo hagan ni por mí ni por su padre, pero recuerden que tienen una hermanita a quien cuidar! (Va a la cocina.)

PADRE: (A los hijos, quienes han bajado la cabeza luego de las últimas palabras de la Madre) ¡Busquen lo que les dije!...

(Carlos y José Antonio, silenciosos pero tensos pasan al cuartucho de la izquierda.)

MUJER: Oyéndolos a ustedes ahora, pensaba que cuando éste crezca a lo mejor se me querrá ir a otra guerra o lo llevarán a la fuerza...

PADRE: Dios quiera que ésta sea la última.

(Del cuarto sale Gema, somnolienta, restregándose los ojos.)

GEMA: ¿Qué pasa? Carlos y José Antonio registrando el baúl grande me despertaron. ¿Por qué están todos levantados? (Mira a la Mujer) ¿Y ella quién es? Ah, tiene un niñito. (Se acerca a la Mujer, alza la cobija y mira al niño) ¡Está dormidito!

PADRE: Vuelve al chinchorro, no pasa nada... Esta señora es una conocida que vive por el Corozal...

(A lo lejos se oyen otra vez gritos y tiros.)

GEMA: ¿Oyen? ¿Son truenos o tiros? Debe ser que hay guerra... Las muchachas de Encarnación me dijeron la otra tarde en el río que muy lejos de aquí había guerra... Y que un hombre llamado Zamora andaba a caballo con una bandera amarilla...

PADRE: Son cuentos... Vuelve y acuéstate...

GEMA: Se me quitó el sueño. ¿Y mamá?

PADRE: Está en la cocina. (Gema va a la cocina.)

MUJER: ¿Es la única hembra?

PADRE: Sí, se llama Gema... Cuando estaba chiquita le dio una fiebre que por poco se la lleva, desde entonces quedó como atontada, a veces hasta desvaría.

MUJER: Las fiebres son algo malo...

(Llegan los hijos, cada uno trae al hombro una cobija y en la mano un machete. La Madre también entra portando una marusa llena, la sigue Gema con un bojote pequeño de ropa.)

MADRE: *(Dando los objetos a los hijos)* Su padre hace eso por el bien de todos... Pórtense bien y no vayan a salirse de las cuevas. Cada cuatro días les llevaremos comida...

GEMA: ¿A qué cuevas van? ¡Quiero irme con ellos! *(Da el bojote al Padre.)*

PADRE: *(A Gema)* Las muchachas como tú no salen de noche. Quédate a cuidar a tu madre y para atender a la señora y su niño... Vuelve a verlo...

(Gema va donde la Mujer y el niño y se entretiene mirando a éste.)

MADRE: *(A los hijos)* ¡Que Dios los cuide! ¡Ojalá las cosas se tranquilicen pronto!

PADRE: *(A los hijos)* ¡Vamos andando, pues los tiros se oyen cada vez más cerca!

(Los hijos salen, el Padre toma un sombrero de cogollo y un machete que le tiende la Madre y los sigue.)

MADRE: *(Cerrando la puerta)* Nunca podemos vivir tranquilos...

MUJER: ¡Así es, nunca!

(Se oye lejana una corneta.)

GEMA: *(Inquietándose)* ¡La corneta! ¡Quiero ver a los soldados! *(Intenta ir hacia la puerta, la Madre la detiene.)*

MADRE: Están lejos y la noche es muy oscura...

GEMA: ¿Serán los de Zamora?

MUJER: No, es la corneta de los del Gobierno, tocó todo el tiempo que se peleaba en mi caserío...

MADRE: ¿Y por qué se metieron con ese caserío?

MUJER: Parece que algunos allí habían dado vivas a Zamora y puesto banderas amarillas... ¡Esos no deben estar vivos! (*Pausa.*) Aunque, para lo que es la vida... Quizás sean más felices que nosotros...

MADRE: No hable así, una madre no debe hablar así...

MUJER: (*Con voz profundamente cansada*) ¡Estoy tan cansada de sufrir!

MADRE: ¡Los pobres estamos hechos para soportar!

MUJER: ¡Imáginese! ¿Qué sé lo que hicieron con mi hombre? Se llama Malquiades... Hace muchos meses no trabaja, pues como usted sabe las hatos por aquí están todos abandonados... Malquiades no le había dado vivas a Zamora... Él no es nada... Anteayer había sembrado unas yuquitas cerca del rancho... Pasamos mucha hambre... Y ahora se lo llevaron...

MADRE: Quizás regrese...

MUJER: Pero ya no tenemos rancho, ni ropitas para el chiquito, ni nada.

GEMA: No se ponga triste... Zamora cuando gane le devolverá todas sus cosas... Las muchachas que lavaban la otra tarde en el río me hablaron de él. Dijeron que tiene los ojos azules y que es un campesino como nosotros.

MADRE: (*A Gema*) ¿Acaso lo han visto?

GEMA: Ellas no, pero yo sí.

MADRE: ¿Tú? ¿Vas a volver con tus cosas? Ah, es que hace días no tomas el remedio... Te lo daré hoy, sin falta.

MUJER: (*A Gema*) ¡No diga eso ni en juego niña, es peligroso!

GEMA: ¡Sí lo he visto! ¡Hasta me ha dicho que vendrá por aquí!

MADRE: ¡No debes repetir eso, Gema!

GEMA: Lo he visto cuando amanece... Ustedes duermen y yo voy al corral, me siento al pie del araguaney a ver salir el sol y cuando todo se pone rojo, él pasa corriendo sobre un caballo alazán...

MADRE: ¡No debes salir a esa hora al corral!

GEMA: Quizás pronto comience el amanecer... Iré a ver dónde están las cabrillas... Cuando el sol despuente, Zamora puede pasar otra vez... (*Va corriendo al corral.*)

MADRE: Hace poco tuvo otra vez fiebre, cuando eso le ocurre habla cosas.

MUJER: Su esposo me lo dijo. Es una lástima.

MADRE: Va al río a lavar y con todo cuanto oye se da a inventar cosas; quién sabe qué oiría de ese tal Zamora.

MUJER: Para los jóvenes parece que ese nombre fuera mágico...

(*Regresa Gema.*)

GEMA: El cielo está encapotado, no pude adivinar si está cerca el amanecer.

MADRE: Debes volver al chinchorro y dormir.

GEMA: No tengo sueño... Ah, pero me acostaré... Nunca he soñado con Zamora, ahora lo haré... Le voy a decir muchas cosas... Dormiré enseguida... (*Va al cuarto.*)

MUJER: Es bueno que le quite esas cosas de la cabeza, puede repetirlas en otra parte...

MADRE: Haré que no vuelva al río. Allí todas las muchacha parlotean mucho... Hace algún tiempo hablaron de una santa que apareció no sé dónde y durante meses Gema no hizo sino asegurar que ella también la había visto... Hasta se creyó santa...

MUJER: Tuve un sobrinito así...

(*Llega el Padre.*)

MADRE: (Al Padre) ¿Quedaron tranquilos?

PADRE: (*Poniendo el sombrero y el machete sobre la mesa*)
Rezongaron un poco pero obedecieron... Caliéntame
un poco de café.

MADRE: Veré si hay... (*Va a la cocina.*)

PADRE: (*A la Mujer*). Usted debería recostarse un poco.

MUJER: Sólo deseo que despunte el sol para seguir mi ca-
mino... Quiero que mi gente cuide al niño mientras
regreso a Corozal.

PADRE: Hum, por allá sigue eso encendido.

MUJER: Necesito saber el paradero de mi hombre y de mi
hermano.

(*Entra la Madre con dos pocillos de cafe, da uno al
Padre y otro a la Mujer.*)

PADRE: (*A la Mujer*) Al aclarar la acompañó un trecho
para encaminarla.

(*Se oyen pasos afuera, luego tocan fuerte en la puerta.*)

MADRE: (*Inquieta*) Parece que es tropa.

(*Vuelven a tocar fuerte en la puerta y una voz grita.*)

Voz: (*Desde afuera*) ¡Abran la puerta! ¡Comisión del
Gobierno!

(*La Madre abre apresuradamente. Entran un oficial
centralista, dos soldados y un civil armado.*)

PADRE: ¿Qué desean?

OFICIAL: Andamos en comisión registrando todos estos
montes y ranchos. ¡Orden del Gobierno! (*Señalando
al civil armado*) El señor es el mayordomo de la finca
esta... Anda con nosotros por orden del dueño...

PADRE: (*Mirando al Mayordomo*) Ah, mucho gusto... ¿Es
nuevo como mayordomo?

MAYORDOMO: Sí... Don Manrique me empleó hace poco...
y también soy nuevo por estas regiones. Ando en co-
misión.

PADRE: Es bueno saberlo...

OFICIAL: (*A los soldados*) Busquen bien por todas partes y cojan los animales que encuentren...

MADRE: ¿Por qué esa medida? Sólo tenemos un burro y lo necesitamos.

OFICIAL: Las tropas del Gobierno también lo necesitan, les daré un vale, cuando aplastemos a los federales se lo pagarán...

PADRE: ¡Es un atropello!

MAYORDOMO: El oficial tiene órdenes estrictas.

OFICIAL: (*Con sorna*) Si fuésemos los forajidos de Zamora no dijieran nada; hasta regalaban el burro, pues por aquí parece que todo el mundo está con la Federación...

PADRE: ¡No somos federales!

OFICIAL: Eso está por verse. Anocheциendo nos tirotearon desde un matorral matándonos tres hombres; y cuando vivaqueábamos quemaron la sabana... ¡Y no fueron fantasmas!

PADRE: ¡Siempre la guerra trae esas calamidades!

OFICIAL: ¿Cuántos hombres hay en este rancho?

PADRE: Yo solo.

(Gema sale del cuartucho asustada y sorprendida por lo que ocurre, silenciosa y tímida busca protección cerca de la Madre.)

OFICIAL: (*Señalándola*) ¿Quién es ella?

PADRE: Nuestra única hija y la señora (*Señala a la Mujer*) es familia...

OFICIAL: ¿No tienen hijos varones?

PADRE: Tuvimos dos pero se murieron... ¿Acaso andan reclutando?

OFICIAL: La tropa necesita hombres.

(Regresan los soldados.)

SOLDADO 1: Por allá adentro no hay nada de particular.

OFICIAL: (*Señalando hacia el cuartucho*) Ahora vayan por ahí...

(*Los soldados penetran al cuarto.*)

MAYORDOMO: (*Al Padre*) Debo participarle que el amo está pensando en sacar a todo el mundo de sus propiedades... ¡No quiere más pisatarios!

PADRE: ¡No me diga!

MAYORDOMO: Por eso ando recorriéndolas... Además viendo a ver si los conuqueros atrasados pagan. ¿Cómo anda usted de eso?

PADRE: ¡Mal! Al otro mayordomo se lo dije hace meses, las pocas siembras que he hecho se han perdido... Apenas coseché un maicito para medio comer...

OFICIAL: Por lo visto todos los conuqueros de esta posesión no tienen sino deudas... je... je...

PADRE: Debo decir que así es... Hay mucha ruina por aquí...

MAYORDOMO: ¿No tiene plata, entonces?

PADRE: ¡No!

MAYORDOMO: Dentro de tres semanas volveré por acá... Mientras tanto piense qué va a hacer. La orden de desalojo puede llegarle de un momento a otro...

PADRE: ¡Siempre he vivido por aquí!

OFICIAL: ¡Pero esto no es suyo!

PADRE: ¡Es cierto! ¡Pero uno se acostumbra! Son muchos años sobre esta tierra.

(*Regresan los soldados.*)

SOLDADO 1: Allí adentro sólo hay chinchorros, un baúl y cachivaches.

OFICIAL: (*A los soldados*) Salgan y ayuden a los otros que andan en el monte... Que no quede un palmo de sabana sin escudriñar. Esos fantasmas que tiran desde el monte y quemán sabanas tienen que aparecer...

MADRE: (*Dejando a Gema con la Mujer y acercándose al Oficial*) ¿Y estarán por aquí?

OFICIAL: ¡Naturalmente! ¡Y a lo mejor nos preparan otra trampa! Si yo fuera jefe de los de arriba propondría un remedio. ¡Plomo y candela con todo eso!

PADRE: Ya han llevado bastante plomo y candela estas sabanas.

OFICIAL: Pues les daremos más. Y a propósito, ¿sabes tú si por aquí hay lugares que puedan servir de escondite?

PADRE: Esto es sabana limpia.

MADRE: Pura sabana.

OFICIAL: ¿Y por los cangilones del río?

PADRE: No sé, hace muchísimos años que no voy por esos lugares. Casi no salgo del rancho y del conuco.

MAYORDOMO: Todas estas regiones son verdaderos laberintos.

OFICIAL: Como mandadas a hacer para bandidos y cuatreros. Yo prefiero pelear contra cuerpos de tropas y no contra guerrillas. Es como coger agua con un tenedor. (*Se oyen bastante cerca algunos tiros.*) ¿Oyen? ¿Oyen? No nos dejan quietos. Son escopetazos de los Federales, atarugan sus armas con piedras...

PADRE: No debe ser gente de estos lugares, por aquí todo el mundo es pacífico.

OFICIAL: ¡No me hagas reír, viejo! Matachines y cuatreros es lo que hay por todo esto... No lo digo por usted que tiene cara de ser honrado, pero esta región es una madriguera de hombres y bastimentos para Zamora.

PADRE: Sin embargo, no habíamos oído peleas sino hasta hoy. Ignorábamos cuanto pasa en otros lugares...

(*Vuelven a oírse de nuevo los tiros, esta vez más nutritivos.*)

OFICIAL: ¡Plomo con esos bandidos! Esa sí es gente de la nuestra... Otra comisión que registra por el norte...

MAYORDOMO: *(Al oficial)* Deberíamos marcharnos... Saldré a decirle a los soldados si usted quiere...

OFICIAL: *(Al Mayordomo)* ¡Vaya!

(El Mayordomo sale rápidamente.)

MADRE: *(Al Oficial)* Quisiera hablarle sobre el burrito...

OFICIAL: *(Sacando un papel y un lápiz)* Le daré el vale...
(Escribe algo en el papel y lo tiende a la Madre ésta lo toma descuidadamente y lo pone bajo un santo en el altar. El Oficial se dirige al Padre) Y usted, tenga mucho cuidado. No se le ocurra darle albergue aquí a nadie que huela a Federal. Hay órdenes de proceder sin contemplaciones.

PADRE: ¡Pierda cuidado, soy hombre de paz y creo que al Gobierno debe obedecérsele!

OFICIAL: Así es... Ah, y otra cosa, ya que dice eso... Lo que vea y oiga nos lo comunica. Mandaré de vez en cuando por acá una patrulla.. Estoy acampando cerca...
(Hace movimientos para salir.)

MUJER: ¡Señor oficial!

OFICIAL: ¿Qué quieres?

MUJER: ¿Usted ha sabido algo de Corozal?

OFICIAL: No, me contaron que por allá se peleó duro... Hubo que proceder con energía... *(Al Padre)* ¡Figúrese, hasta los perros acosaron a nuestras tropas...! ¡Ah, pero sólo los horcones quedaron de ese caserío...!

MUJER: ¿De les hombres que sacaron de allá, sabe algo? ¿No ha visto uno llamado Malquiades Pagüey?

OFICIAL: ¡Qué voy a saber! Entre esta matachina no hay tiempo para nada...

MUJER: Era bajito y muy moreno...

OFICIAL: Oí decir que la gente sacada de Corozal, quedó tendida por el camino... Los hombres se negaron a unirse a las tropas centralistas. Y no se puede cargar con presos amarrados... Los Federales hacen lo mismo...

(A lo lejos suenan nuevamente descargas cerradas, el Oficial se aprieta la correa y sale rápido. La Mujer mira al Padre y a la Madre sin cobrar clara conciencia de lo que ha oído, de pronto cree comprender, se incorpora y va hacia el Padre.)

MUJER: Es mentira lo que dijo, ¿verdad? ¡Seguramente lo hizo por hablar y asustarme!

MADRE: Seguramente lo hizo por eso..

MUJER: *(Lastimera)* ¡Debe estar equivocado!... ¡Iré a ver! *(Trata de salir, la Madre la retiene con suavidad.)* ¡Debo ir al camino de Corozal! ¡No pueden haberlo matado!... ¡No pueden! Él era bueno, no se metía con nadie, sólo deseaba sembrar sus yuquitas. *(Al Padre)* Dígame usted, señor, ¿por qué tenían que matar a Malquiades Pagüey? ¡Por qué?

PADRE: *(Con gravedad)* Soy viejo y no tengo inteligencia, pero desde hace muchos años me estoy preguntando por qué suceden tantas cosas malas y no me lo explico...

MADRE: Ni yo tampoco.

MUJER: *(Desesperada)* ¡Quiero saber la verdad ¡Quiero ir hasta ese camino! ¡Les ruego que me dejen ir!

PADRE: Primero debe dejar al niño donde los tuyos, si quiere salimos ya... Yo la enrumbaré... Vamos...

MUJER: Haré eso, pues quiero regresar pronto a ese camino y saber qué fue de mi hombre...

(Envuelve muy bien al niño y sale apresuradamente, el Padre toma el sombrero de cogollo con rapidez y la sigue. Oscuridad.)

Telón

SEGUNDO ACTO

El mismo escenario anterior, días después, por la tarde. En escena está la Madre, prepara algunos bastimentos y los coloca en una pequeña marusa, segundos después entra el Padre lleva sombrero y un bastón rústico.

PADRE: ¿Has preparado todo?

MADRE: Sí, lo único que no puse son velas de sebo, pues la última se consumió anoche.

PADRE: No podemos estar sin alumbrarnos y menos ahora con las cosas como están; y los muchachos también necesitan velas... Veré cómo consigo algunas.

MADRE: Pero no será hoy. Las mujeres de Quebrada Amarilla, que bajaron hace rato, me dijeron que para el pueblo no se puede pasar, todo está lleno de tropas y avanzadas.

PADRE: No hablo de ir al pueblo. Desde anoche sé que todos los caminos y veredas están cundidos de gente armada... Pensaba que podíamos quitar algunas prestadas a los vecinos...

MADRE: ¿Estará libre el camino hasta Río Viejo? Quizás Francisca tenga, es muy precavida. (*Termina de empquetar.*)

PADRE: Por ahí regresé antier, cuando acompañé a la mujer con el niño, y no había nada de particular, pero como desde entonces a hoy se ha metido tanta tropa por aquí...

MADRE: ¿Del Gobierno será toda?

PADRE: No, también hay federales; seguramente se prepara otra batalla.

MADRE: ¿Y no será peligroso que vayas tú a llevar esto a los muchachos? Podría hacerlo yo.

PADRE: ¿Tú? Hace muchos años que no vas por esas cuevas, podrías perderte.

MADRE: También tengo memoria para los caminos...

PADRE: A los muchachos no les gustaría. Con los tiempos como están no debes alejarte de por aquí... Ni perder de vista a Gema. ¿Dónde está?

MADRE: En el corral, creo que le echa una agüita a las matas.

PADRE: Carlos y José Antonio se quedaron muy preocupados por ella. Cuando los dejé me recomendaron mucho que no la dejáramos salir del rancho.

MADRE: Eso costará trabajo, pero hay que hacerlo. (*Mira la marusa de nuevo y recuerda*) Ah, los tabaquitos, sabía que me faltaba algo. (*Va a la mesita que sirve de altar, toma un pequeño envoltorio y lo coloca en la marusa.*)

PADRE: Voy a observar por los alrededores, no vaya a haber gente escondida por ahí y descubrirse para dónde me dirijo.

MADRE: Es bueno que lo hagas...

PADRE: Dejaré la marusa, al volver la recojo.

MADRE: Te iba a decir eso. Ah, ¿y por qué no ves si puedes acercarte hasta donde Francisca y solicitas las velas? Con eso das un gran rodeo y observas mejor cómo está todo por ahí.

PADRE: Es una buena idea. Mientras tanto fijate si falta algo por llevar para que lo pongas. (*Sale.*)

(La Madre cierra la puerta. Luego toma la marusa y va con ella al cuarto. Por la puerta de la cocina entra Gema. Mira sigilosamente mientras saca de su corpiño un pedazo de papel donde está impreso un retrato de Zamora, lo mira detenidamente y luego lo coloca en el altar junto a los santos, poniéndole delante la lamparita. La Madre entra, Gema no se da cuenta absorta como está en la contemplación del retrato en el altar.)

MADRE: (*Sorprendida por lo que ve*) ¿Qué haces ahí, Gema?

(Gema con un gesto le muestra el retrato.)

MADRE: ¿Qué es eso? (*Se acerca y mira al retrato*) Ah, ¿y quién es? ¿Algún santo?

GEMA: ¡No! ¡Es Ezequiel Zamora!

MADRE: ¡Muchacha! ¿Cómo lo conseguiste?

GEMA: Luisa me lo dio, había ofrecido conseguírmelo.

MADRE: ¿Y ella cómo lo obtuvo?

GEMA: Lo repartieron los federales cuando pasaron por El Real.

MADRE: ¡No ha debido dártelo!

GEMA: Le ofrecí regalarle una cota.

MADRE: ¡Por ese papel! ¡Casi no tienes ropa! ¿Por qué haces eso?

GEMA: ¡Quería tenerlo!

MADRE: No entiendo para qué... ¡Y en el altar no puedes dejarlo ni un segundo más!

GEMA: ¿Por qué?

MADRE: Allí sólo se colocan los santos, y Zamora es un ser humano, además...

GEMA: ¿Qué?

MADRE: Es peligroso.

GEMA: (*Sonriendo*) ¿Peligroso? Si no tiene espada, ni pistola. Además los retratos no se mueven ni hacen nada... Si acaso hablan y eso de vez en cuando... Yo he oído a éste.

MADRE: ¡Qué! ¿Tú has oido hablar a ese retrato?

GEMA: Claro que sí, cuando he estado sola.

MADRE: ¡No digas mentiras, Gema!

GEMA: ¡Lo oigo con el corazón, por eso nadie más escucha!

MADRE: ¡Ah!

GEMA: Entonces cierro los ojos. ¿Nunca has oido hablar a un retrato? ¿Ni siquiera a un santo?

MADRE: Nunca, no tengo la cabeza... así... para esas cosas...

GEMA: Para que hablen hay que quererlos mucho, ¿no lo sabías?

MADRE: ¿Quieres a ese retrato?

GEMA: ¡Quiero a Zamora!

MADRE: ¡Gema, cómo dices eso! ¡No está bien!

GEMA: ¿Por qué?

MADRE: ¡A tu edad yo no decía esas cosas!

GEMA: ¿Es malo?

MADRE: ¡Qué pregunta esa! Debes querer mucho a tu papá, a tus hermanos, a mí, pero a ese tal Zamora no veo por qué...

GEMA: Por eso mismo, porque es Zamora... ¡Zamora! ¡Zamora! ¿No te dice nada ese nombre?

MADRE: No tiene nada de raro.

GEMA: ¡Es como un clarín, como una canción dulce!... ¡Me gusta oírlo!

MADRE: ¿Quién te ha dicho todo eso?

GEMA: ¡Luisa!

MADRE: Cuando pueda voy a decirle sus cosas a esa Luisa. Te está llenando la cabeza de cuentos... Ella sabe que tú... Bueno, ya le hablaré...

GEMA: Zamora no es un cuento, vive de verdad... (*Ve el retrato*) Yo me iría tras él...

MADRE: ¡Gema! ¡Si te oyera tu papá! (*Trata de sonreír*) Dame el retrato, ¿quieres? Lo guardaré, es peligroso tenerlo donde lo vean.

GEMA: Si no puedo dejarlo ahí lo pondré en mi baulito. No quiero perderlo; Luisa me dijo que era un tesoro. (*Recoge el retrato del altar y va hacia el cuarto.*)

MADRE: ¡Es mejor que lo esconda en otro sitio y recuérdame para darte el remedio!

(*La Madre arregla de nuevo el altar. Afuera se oyen voces y toques de corneta. Luego, voces en coro cantando. La Madre se asoma a la puerta. Gema sale del cuarto y rápida se acerca a la Madre.*)

MADRE: Deben ser federales pues llevan la bandera amarilla...

GEMA: (Entusiasmada) ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Viva Zamora! ¡Viva Zamora!

MADRE: ¡Niña! ¡Cállate! ¡Qué gritos son esos!

(Trata de retirar de la puerta a Gema, cuando llega una muchacha, usa sombrero pelo de guama, cruzada como una banda lleva una cartuchera, de la cintura le pende un machete en su vaina, viste falda a media pierna y calza alpargatas.)

GEMA: (Muy emocionada) ¿Es Zamora quien viene?

MUCHACHA: ¡No! ¡Somos de la partida de El Adivino! ¿Lo han oido nombrar?

MADRE: ¡No!

MUCHACHA: ¡Es como un profeta! ¡Habla con Dios y todo!

MADRE: (Admirada) ¡Con Dios! ¡Habrás visto!

MUCHACHA: ¡Sí! ¡No siempre! ¡Pero habla!

UNA VOZ: (Del grupo) ¡Hace milagros!

OTRA VOZ: (Del grupo) ¡Es un santo!

MUCHACHA: ¡Y sabe que Zamora triunfará! ¡Anda por aquí pidiendo a la gente que lo siga! ¡Va con las tropas y en cada pueblo que tomamos entra a la iglesia, sube al púlpito y dice un sermón!

MADRE: ¡Válgame Dios! ¡A lo mejor es un hombre oleado!

MUCHACHA: Ayer por la mañana habló en el pueblo de El Real. Hasta la voz le cambió... Entonces sí parecía un santo... Dijeron que por él hablaba San Juan Bautista...

MADRE: ¡San Juan Bautista, el padrino de Jesús!

MUCHACHA: ¿Me dan agua? Soy la cantinera de la tropa... Y si se consigue algún bastimento... En eso ando...

MADRE: Usted es muy joven.

(Gema corre hacia adentro en busca del agua.)

MUCHACHA: Pero ya estoy dura como un bejuco... Si su-

piera las cosas que he visto... Y las que me faltan por ver... Ah, pero ese sol de hoy nos ha tostado.

(Se quita el sombrero y se abanica con él. Llega Gema trayendo una pimpina con agua y una taza de barro.)

GEMA: *(A la Muchacha)* ¡Aquí está el agua, hay bastante! También traje dos totumitas... *(Tiende la taza a la Muchacha y las totumitas a dos del grupo, luego les sirve agua de la pimpina.)*

MADRE: Les daremos unas totumas llenas para que se las lleven y algo de tabaco y panela, más nada tenemos...

MUCHACHA: *(Interrumpiendo de beber)* Se lo agradecemos... Ah, pero debo llevarle de esta agua fresca al Adivino... *(Quita la pimpina a Gema y va hacia la puerta. Afuera se oyen gritos y voces aclamando al Adivino.)* Ah, pero no hace falta.. ¡Hacia acá viene! *(Dirigiéndose a los hombres del grupo)* ¡Abran campo, abran campo! ¡Ahí viene!

(El griterío aumenta, a la puerta llega un hombre cubierto con una túnica blanca. Es flaco, alto, barbudo. Tiene la cabeza descubierta y el pelo largo le cae sobre la espalda. Lleva siempre la cabeza en alto. Una vez que ha entrado a la estancia se detiene entre el grupo de los suyos y mira con serenidad a su alrededor. Gema sobrecogida mira al visitante con profundo asombro y temor.)

MUCHACHA: *(Tendiéndole al Adivino la pimpina y una de las totumas que ha quitado rápidamente de manos de uno del grupo)* ¡Tome, agua fresca, beba!

(El Adivino coge la totuma, la Muchacha se la llena y bebe despacio.)

MADRE: *(Al Adivino)* Si desea sentarse y descansar un poco...

ADIVINO: *(Como abstraído)* ¿Descansar? Sí, debería descansar, el reposo es bueno para las almas... Pero, ¡no! ¡La lucha aguarda! ¡Sólo deseaba pedir a los que viven en este rancho que ayuden a Zamora, que no lo dejen solo, su pelea es la pelea de todos!

(Afuera las voces gritan. La Madre va a la cocina y regresa trayendo un pequeño bojote y una totuma tapada, dándoselos a la Muchacha.)

VOCES: ¡Viva Ezequiel Zamora! ¡Viva el Adivino! ¡Mueran los oligarcas! ¡Pan y justicia con la Federación!

ADIVINO: *(Transfigurándose y volviéndose hacia afuera)* ¡Así es! ¡Grítenlo para que las voces suban al cielo! ¡Porque Dios en lo alto oye la voz del pueblo que clama y ha de mandar el fuego divino en ayuda de nuestras armas! ¡Todo será un gran incendio, pero de las cenizas nacerá la libertad, la justicia, la igualdad!

UNA VOZ: *(Afuera)* ¡Zamora es la igualdad!

OTRA VOZ: *(Afuera)* ¡Zamora es la justicia!

OTRA VOZ: *(Afuera)* ¡En la espada de Zamora brilla la libertad!

ADIVINO: *(Con voz terrible)* ¡Sí! ¡Con él marcha el fuego de nuestra hambre y sed de justicia! ¡Por eso no será perdida la sangre que reguemos!

VOCES: *(Afuera y adentro)* ¡Reguémosla!

ADIVINO: ¡Vayamos a Caracas a instaurar la libertad sobre la tumba de los oligarcas! ¡Porque el Mesías dijo: «Primero pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta del cielo»!...

MADRE: *(Impresionada)* ¡Eso mismo dijo!

ADIVINO: ¡Todos los humildes vamos tras la bandera de Zamora! ¡Mañana será la gran batalla! Y voces misteriosas me han dicho que el pueblo vencerá ¡Habrá fuego, humo y sangre, pero después viviremos sin grandes amos; sin dones!... *(A lo lejos suenan tiros, casi en descargas cerradas.)* ¡Ah, la batalla se anuncia, vamos hacia el enemigo, como tigres, como onzas, como panteras!...

MUCHACHA: *(Entusiasmada)* ¡Iremos a pelear cantando! ¡Vayamos!

ADIVINO: ¡Sí! ¡Vamos al combate! ¡Vamos con nuestro coro que anuncia tempestad!

(Sale seguido por la Muchacha y los otros hombres, muchas voces comienzan a cantar:)

«¡Aviva las candelas
el viento barinés!

¡Aviva las candelas
el viento barinés!

¡Y el sol de la victoria
se anuncia en Santa Inés!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!»

(Las voces se alejan, la Madre va hasta la puerta y despidé al grupo con la mano. Gema lentamente se le acerca.)

MADRE: ¡Hasta yo estoy entusiasmada; que Dios los acompaña!

GEMA: *(Saliendo de su estupor)* ¡Debo irme con ellos, también puedo ser cantinera! ¡Me gustó la voz de ese adivino, me parecía que oía a Dios!

(Intenta salir llevando la pimpina. La Madre la detiene agarrándola por un brazo.)

MADRE: ¿Adónde pretendes ir? ¡Quédate quieta aquí!

(A lo lejos las voces se extinguen.)

GEMA: ¡Me están llamando! ¿No oyés?

MADRE: *(Con energía)* ¡Nadie te llama!

GEMA: *(Gritando hacia afuera)* ¡Espérenme! ¡Espérenme!

MADRE: *(Tirándola fuerte por un brazo)* ¡Gema! ¿Me obligarás a que te regañe?

(Gema se inmoviliza presa de estupor pero luego rompe a llorar. La Madre cierra la puerta. Gema camina

lentamente y se deja caer sobre un taburete, está abatida. La Madre se le acerca y le pasa suavemente la mano por el pelo.)

GEMA: ¡Ahora voy a llorar mucho! ¡Algunas muchachas se han muerto llorando! Yo quería irme con ellos porque me llamaban, ¿no oías que me llamaban? ¡Adelante iba Zamora!

MADRE: No iba ningún Zamora...

GEMA: ¡Sí! ¡Ellos lo decían! ¿Y sabes? Su nombre es como una campana que repica y repica y todos debemos marchar tras él...

MADRE: Cálmate... Te daré tu remedio. (*Toma del altar un frasco y una cuchara y da un poco de líquido a Gema.*)

GEMA: (*Luego de tomar el remedio*) ¡Zamora no va a quererme más!

MADRE: ¡No pienses en eso! Ve al chinchorro y te recuestas; el remedio te hará dormir un poco.

(Gema silenciosamente se incorpora y va al cuarto. La Madre pone el remedio en el altar. Entra el Padre.)

PADRE: No pude llegar hasta El Real, aquello está lleno de gente armada; parece que ya están peleando las avanzadas. Sin embargo las picas hacia el Pedregal están solas. ¡Debo apresurarme! (*Toma las bolsas.*)

MADRE: Estoy llena de temores; hace poco pasó una partida de federales... ¿Estás seguro de que no te verá nadie?

PADRE: Me fijé con cuidado por todas partes. Además, iré por unas trochas que nadie sino yo conoce...

(Vuelven a oírse lejos, algunos tiros.)

MADRE: ¿Por qué no esperas la noche para ir?

PADRE: No, si hay batalla puede durar varios días y los muchachos están sin comida...

MADRE: Es verdad.

PADRE: Sería un pretexto para venirse...

MADRE: Tienes razón. Aunque, si las cosas siguen así, ¿dónde podremos conseguir más víveres? Apenas nos queda carne seca, papelón y casabe en la vasija que enterré.

PADRE: Ya pensaremos en eso. ¡Alcánzame el machete! ¡Iré rápido! (*La Madre le alcanza el machete que toma de un rincón, el Padre sale.*)

MADRE: (*Desde la puerta*) ¡Que Dios te cuide!

(*Gema sale del cuarto.*)

GEMA: ¡Oí la voz de papá! ¿Dónde está?

MADRE: Fue a buscar agua. ¿Por qué te levantaste del chinchorro?

GEMA: ¡Por las canciones! ¡Papá las oyó y se fue con ellos! ¿Le fue a llevar agua a Zamora? ¿Verdad? ¡Yo también quiero ir! (*Trata de ir hacia la puerta, la Madre la detiene.*)

MADRE: ¡No se puede salir! ¡Qué ocurrencia, hay tiros lejos!

(*En la puerta tocan fuerte, la Madre y Gema se alarman, los toques se repiten.*)

GEMA: (*Reponiéndose de la inquietud y con voz alegre*) ¡Es el Adivino que ha vuelto! ¡Estoy segura de que es él con su cara de santo!

MADRE: (*Hace señas a Gema para que ésta se calle*) ¿Quién es?

Voz: (*Desde afuera*) ¡Es Francisca! ¡Francisca la de Río Viejo!

MADRE: (*Abriendo la puerta con rapidez*) ¡Francisca! ¿Qué haces por aquí? Juan fue hace rato por allá y no pudo pasar...

FRANCISCA: Mejor fue así, pues lo andan buscando...

MADRE: (*Alarmada*) ¡A Juan? ¿Quién lo busca?

FRANCISCA: Una comisión del Gobierno. Un sargento me

estuvo interrogando para que le dijera dónde vivía...
¡Han preguntado por todas partes!

MADRE: ¿Y para qué lo buscarán? Juan en nada se ha metido...

FRANCISCA: ¡Para que les sirva de baqueano; se enteraron de que lo llamaban El Mapa de Barinas!...

MADRE: Era cuando la Independencia que le decían así a Juan...

FRANCISCA: ¡Los que iban en la comisión hablaban de que la falta de conocedores de estos lugares los está haciendo perder tiempo y gente en la persecución de Zamora...

MADRE: ¡Ay, Dios mío! ¡Juan anda por fuera!

FRANCISCA: Hay que avisarle... Quizás hasta por aquí no vengan ahora, pues hacia el norte comenzaron a tirotearse las avanzadas...

MADRE: Pero si lo necesitan como dicen, pueden haber destacado más comisiones en su busca...

GEMA: Yo iré a buscarlo y lo llevaré donde Zamora para que lo cuide... ¿Voy?

MADRE: ¡No! ¿Quién te ha dicho que puedes salir? Tu papá regresará pronto. Ve a la cocina y tráele rápido un cafecito a Francisca, anda. (*Gema obedece con prontitud y va a la cocina*) Todos estos líos de guerra y federales la han puesto peor. La que se va a volver loca ahora soy yo...

FRANCISCA: Hay que ser fuerte, también por allá tenemos muchas angustias. No pasa noche sin que velemos a alguno, o sepamos que en cualquier lugar mataron a fulano o a zutano...

MADRE: (*Santiguándose*) Bien dicen que esto es el fin del mundo...

FRANCISCA: Así es, por mi parte vivo pensando cómo vamos a comer mañana o qué nos irá a suceder...

MADRE: Esos pensamientos me atormentan a cada instante... Y no puedo desahogarme con nadie.

FRANCISCA: Te comprendo, tampoco hablo de mis angustias para no preocupar a los hombres viejos que aún quedan en la casa...

MADRE: Así es como tenemos que comportarnos...

FRANCISCA: Menos mal que todavía ustedes están juntos.

MADRE: Y debemos dar gracias a Dios que sea así...

GEMA: (*Entrando con un pocillo de café que ofrece a Francisca*) Era el último poquito de café que quedaba, pero cuando el santo vuelva a pasar por aquí hará que aparezca más en la olla... Beberemos café bendito...

MADRE: (*A Gema*) Ahora vuelve a la cocina y lava los coroticos, ¿quieres?

GEMA: (*A Francisca, mientras camina hacia la cocina*) ¡Voy a ser cantinera de los federales!

FRANCISCA: (*Después de tomar el café y poniendo el pocillo sobre la mesa*) ¡Pobrecita! ¿Y los muchachos por dónde andan?

MADRE: ¡Cogieron el monte, no queremos que los recluten!...

FRANCISCA: Jacinto y Eduviges, los mayores de mi hermana Encarnación hicieron lo mismo, pero Evaristo y José María están con los federales, y también los cinco de Natividad...

MADRE: ¡Esta guerra es como un incendio! (*Ha buscado un paño y se lo pone por la cabeza en actitud de salir.*)

FRANCISCA: Si piensas buscar a Juan yo puedo quedarme un rato para cuidarte a Gema...

MADRE: Te lo iba a pedir... No debe quedarse sola... (*To-can a la puerta.*) Ojalá sea Juan. (*Con premura abre, entra Carlos*) ¡Carlos! ¿Qué sucedió?

CARLOS: Oímos que se pelea por aquí y supusimos que corrían peligro...

MADRE: ¡No has debido venir, es una locura!

FRANCISCA: Muchacho, ¿por qué no te quedaste donde estabas?

CARLOS: José Antonio y yo sorteamos para ver quién vendría y gané yo.

MADRE: ¿Y tu padre?

CARLOS: ¿No está aquí?

MADRE: Fue hace rato a llevarles bastimentos, ¿no lo viste?

CARLOS: Cuando salí no había llegado. Quizás tomó por la parte alta mientras que yo venía por el fondo de los barrancos...

(Los tiros vuelven a oírse nutritos.)

MADRE: ¿Le habrá pasado algo?

CARLOS: ¡Regresaré a buscarlo!

MADRE: ¡No! ¡Cómo vas a hacer eso! ¡Iré yo!

CARLOS: ¡No permitiré que lo hagas!

FRANCISCA: Las viejas podemos andar por fuera sin muchos riesgos.

MADRE: ¡Tengo que hacerlo, corre peligro, lo buscan...! ¡Francisca vino a decírnoslo!

CARLOS: *(Alarmado)* ¿Quién lo busca?

FRANCISCA: Las tropas del Gobierno... Quieren utilizarlo como baqueano...

CARLOS: ¿Para perseguir a Zamora? ¡Están locos! Además, papá está muy viejo.

MADRE: ¡Qué les importa!

CARLOS: ¡Iré yo! *(Va a salir pero la Madre lo detiene por un brazo.)*

MADRE: ¡Recuerda que eres tú y tu hermano quienes deben de cuidar a Gema!...

(Llega el Padre.)

PADRE: (A Carlos) ¡Desobedeciste! ¡Creí que tendrías palabra!

CARLOS: ¡Estar escondido me humilla! ¡Ustedes aquí aislados corriendo peligros y nosotros allá encuevados!... ¡Debes comprenderme! ¡Oímos los tiros, las coronetas, supusimos muchas cosas!...

PADRE: Los tiempos han cambiado mucho, antes los hijos no violaban las promesas que habían hecho a sus padres...

CARLOS: No salí del escondite para irme sino para venir a acompañarlos, y tenía razón... ¡Corres peligro!

PADRE: ¡No tienes excusas! ¡Los únicos que corren peligro si los encuentran aquí, son tú y José Antonio, pero él ha obedecido...!

CARLOS: ¡Tú corres más peligros que todos! ¡Te buscan los centralistas!

PADRE: ¿A mí?

FRANCISCA: ¡Sí! ¿No le ha extrañado encontrarme aquí? ¡Vine a avisarle!

CARLOS: (Al Padre) ¿Te olvidaste que fuiste un baqueano famoso?, por eso te buscan...

MADRE: ¡Anda una comisión preguntando por ti!

CARLOS: Ya sabes cómo tratan a los baqueanos... Los amarran para que no se fuguen y si dan una pista equivocada los arreglan con cuatro tiros y listo...

PADRE: Vas a enseñarme ahora.

CARLOS: Es bueno que comprendas cuál es tu situación..

PADRE: (Sonriendo) ¡De manera que aún este carapacho puede ser útil! ¡Hasta risa me da!

MADRE: En vez de reírte piensa en esconderte...

PADRE: ¿Esconderme?

MADRE: ¡Sí! ¡Y rápido!

FRANCISCA: ¡No hay tiempo que perder!

PADRE: (*Señalando a la Madre*) Guadalupe no puede quedarse sola con Gema, cerca de las tropas merodean forajidos armados... Abusadores.

CARLOS: ¡Yo me quedaré a cuidarlas, si hay alguna novedad me esconde cerca y listo!

PADRE: ¡Hablas como un tonto, en los peligros es que no deben quedarse solas!

CARLOS: Me refería a comisiones de reclutas...

PADRE: ¿Y cómo se sabe a lo que vienen?

FRANCISCA: El remedio está en que se vayan todos de estos lugares...

PADRE: Sí, podría ser. Pero, ¿adónde ir? ¿No nos moriríamos de mengua por esos caminos? ¿Qué recursos tenemos para llevar y sostenernos?

MADRE: En casos como éste, desesperado...

PADRE: (*Tercero*) De estos lugares no me iré, tengo raíces en esta tierra... No me iré ni que el amo ni el Gobierno lo quieran... Soy como una palma de estas sabanas y quiero morir en ellas...

MADRE: Si te reclutan para baqueano quién sabe dónde morirás... Dios te ampare...

PADRE: Se me ocurre una cosa...

CARLOS: ¿Qué?

PADRE: ¿Y si me presento voluntariamente para que vean que ya estoy viejo y no sirvo para eso?

FRANCISCA: ¡No toman en cuenta nada! ¡Al viejo Lisandro nada más porque sabe la posición de muchos morichales se lo llevaron!

PADRE: ¿Y si me ofrezco para servirles?

CARLOS: ¿Tú sirviéndoles a ellos? ¡A los oligarcas! ¡A los godos! ¿Mi padre con la gente que persigue a Zamora?

PADRE: Ya te he dicho que no creo en Zamora... Ni en los oligarcas tampoco...

CARLOS: ¡Pero no puedes ayudar a quienes luchan contra Zamora!

PADRE: ¿Por qué?

CARLOS: ¡Porque Zamora somos nosotros! ¿No lo entiendes?

PADRE: ¡Nosotros somos únicamente la familia Yarí... ¡Padre, madre y tres hijos! No tenemos a más nadie sobre la tierra y debemos defendernos solos... Si el Gobierno me garantiza que sirviéndole de baqueano a sus tropas no se van a meter con Guadalupe, con Gema, con ustedes, yo estoy dispuesto a hacerlo...

CARLOS: ¡No me gusta oírte hablar así!

MADRE: (*Tratando de evitar que la discusión se agrie y dirigiéndose al Padre*) ¿Qué harás entonces?

PADRE: Necesito pensarlo. Todos no podemos ocultarnos en la mata del pedregal, nos moriríamos de hambre... Mañana caminaré un poco hacia el sur, donde cae la ruta de Apure para informarme si podemos vivir por allá, mientras pasa todo esto... Una vez tranquilas las cosas nos regresaremos, mi sabana me hace falta..

CARLOS: ¡Puedo acompañarte!

PADRE: No, volverás donde tu hermano...

(*Se oyen tiros cerca y algunos gritos.*)

FRANCISCA: ¿Qué ocurrirá? Parece que es cerca de aquí.

MADRE: Pueden estar peleando.

(*Los tiros cesan, los gritos se alejan hasta hacerse imperceptibles.*)

FRANCISCA: Es bueno averiguar, podría asomarme...

MADRE: Sí... Conviene saber qué ocurrió... Pero... (*Al Padre y a Carlos*) No deben asomarse ustedes, iremos Francisca y yo...

PADRE: Hace poco andaba por fuera... No voy a estar encerrado...

MADRE: (*Haciendo un gesto al Padre para que permanezca*

quieto) Puede ser la comisión que te busca... Ven, Francisca...

(Sale seguida por Francisca. El Padre y Carlos van a asomarse a la puerta pero la Madre regresa, la cierra y vuelve a irse. Carlos y el Padre se miran uno a otro inquietos y tensos. Entra Gema.)

GEMA: ¿Qué pasa en la sabana? Mientras fregaba oí tiros y gritos... Los federales dijeron que iban a pelear... Quiero ver si son ellos... *(Va hacia la puerta, el Padre, la detiene.)*

PADRE: Quédate aquí... Tu mamá ya viene...

(Gema trata de ver hacia afuera por las rendijas de la puerta.)

CARLOS: Hemos debidó ir nosotros... No me gusta eso de que seamos los hombres quienes tengamos que cuidarnos.

PADRE: ¡A qué hombre le gusta eso!

CARLOS: Una vez dijiste que cuando peleabas en la Independencia la vida no te importaba...

PADRE: Tenía otros pensamientos... Ustedes no habían nacido, ni los otros, pero peleaba imaginando que hacía algo para el porvenir...

CARLOS: ¿Y no crees que ahora algunos jóvenes podemos pensar lo mismo? ¡Fíjate en las zozobras que andamos! ¿Por culpa de quién? De los oligarcas... ¿Y vamos a seguir así?

PADRE: ¡No sé de política! ¡Creo que mi deber es cuidar a mi familia!

CARLOS: No se trata de política... tampoco sé qué es... Pero veo que mientras otros dan la cara a la situación para mejorar las cosas nosotros nos salvamos escondiéndonos... ¡Somos unos cobardes! ¡Nos enseñas a ser cobardes!

PADRE: *(Encarándose a Carlos)* ¡Nadie me dijo eso nunca! ¡Debería romperle la boca!

GEMA: (*Interviniendo y al Padre*) ¿Qué sucede? ¿Por qué le dices así a Carlos? (*A Carlos*) No te pongas bravo, sonríete... Cuando haga las tinajas y las venda te voy a regalar una guitarra... Romperé la totumita donde tengo los centavos...

CARLOS: (*A Gema*) No estoy bravo...

GEMA: (*Al Padre*) Y a ti te daré una franelas... ¿Viste la que te cosí?

PADRE: Sí, quedó muy bonita...

GEMA: Voy a buscarte otra que te estoy arreglando para que la veas... (*Va al cuarto.*)

PADRE: ¿Ves? ¿Cómo podemos dejarla sola?

(*Llegan la Madre y Francisca.*)

MADRE: Se tirotearon dos patrullas enemigas y en el cruce de los caminos hay un hombre herido... Se queja...

FRANCISCA: Es un oficial, parece que de las tropas centralistas...

MADRE: Quisimos recogerlo y traerlo hasta aquí para socorrerlo, pero pesaba mucho... Es joven y debe estar mal herido...

CARLOS: Si es un jefe oligarca, qué nos importa...

PADRE: ¡Cállate! Es un hombre herido, ven, vamos a buscarlo...

(*El Padre sale, Carlos lo sigue en silencio. Llega Gema con una franela vieja en las manos.*)

GEMA: ¿Qué pasó? ¿Para dónde fueron papá y Carlos?

FRANCISCA: A buscar un mozo que está herido allá lejos...

GEMA: ¿Lo traerán aquí?

MADRE: Sí, no podemos dejarlo allí a merced de las fieras...

GEMA: (*A Francisca*) ¡Qué bueno que lo traigan, yo lo cuidaré! Sé cuidar enfermos... (*A la Madre*) ¿Verdad que sí?

MADRE: Sí, pero curar heridas es distinto.

FRANCISCA: Las heridas que no se curan bien se gangrenan...
Muchos he visto morir así...

GEMA: ¿El herido es de los de Zamora?

MADRE: No se sabe...

GEMA: Si trae la camisa rota se la coseré... Papá me dijo que yo coso muy bien...

MADRE: Sí, podrás hacerlo... Pero, ve a la cocina y pones a calentar un poco de agua, seguramente se necesitará...

GEMA: Lo haré rápido... (*Va a la cocina.*)

MADRE: (*Yendo hacia el altar*) Veré qué remedios tenemos aquí...

(*Entran el Padre y Carlos trayendo al Herido; es el brigadier Mérez. Con cuidado lo colocan en el catre; Mérez no trae chaqueta y está sin sentido.*)

FRANCISCA: ¿Será grave la herida?

PADRE: Parece que es grave, tiene destrozada la cadera izquierda además de ese tajo sobre la frente...

CARLOS: El sol de la sabana también lo ha perjudicado...
Venía delirando...

PADRE: En los bolsillos del pantalón tenía estos papeles.
(*Saca unos papeles y los muestra a la Madre*) Es un oficial de los del Gobierno, se llama el brigadier Luis Mérez... La chaqueta deben habérsela robado junto con el quepis y la espada...

CARLOS: Si la gente de Zamora sabe que tenemos aquí a un oligarca centralista van a creer que somos enemigos o espías...

MADRE: No pueden creer eso. Es un herido y debemos atenderlo... Hoy por ti y mañana por mí...

PADRE: Además, no habrá necesidad de que descubran a qué bando pertenece. (*Rompe los papeles y los tiende a la Madre*) Quémalo, sabemos que se llama Luis Mé-

rez y eso nos basta.. (*La Madre toma los papeles y los lleva a la cocina*) Ahora le quitaremos las botas para esconderlas... (*Quita las botas al Herido.*)

CARLOS: Se morirá aquí...

(*Regresa la Madre.*)

PADRE: Pero no morirá de mengua, tu madre lo atenderá...

MADRE: Ya hay agua caliente, le eché unas ramas de romero y llantén... curan y desinflaman...

(*Suenan a lo lejos tiros y toques de corneta.*)

PADRE: ¿Oyen? Siguen tocando posiciones. Todo eso no son sino los preliminares... La gran batalla a lo mejor ocurre lejos...

FRANCISCA: Debo irme. El trecho por caminar es largo y mi gente debe estar preocupada... (*Se pone el paño por la cabeza.*)

MADRE: No sé cómo agradecerte la información que nos trajiste...

FRANCISCA: Lo mismo hubieras hecho tú por alguno de los míos... Bueno, andaré rápido. (*Sale.*)

MADRE: (*Despidiéndola desde la puerta*) ¡Que Dios te cuide!... (*Cierra la puerta y se dirige a Carlos y al Padre*) Deben ir a esconderse sin perder más tiempo...

CARLOS: (*Mostrando al Herido*) ¿Quién lo cuidará de día y de noche?

MADRE: Yo, me siento con fuerzas para hacerlo.

PADRE: (*A Carlos*) Te acompañaré hasta el escondite, allí permanecerás hasta que yo regrese...

MADRE: (*Al Padre*) ¿Qué piensas hacer?

PADRE: Caminaré hacia el sur para averiguar si podemos vivir por allá, y de paso buscaré al curandero Matías que vive por esos lados. (*Señala al Herido.*)

MADRE: Quién sabe de dónde será este joven.

PADRE: ¡Pobre! (A Carlos) Vamos, no hay tiempo que perder; pueden volver a tirotearse...

(*El Padre sale seguido de Carlos. La Madre cierra la puerta. Gema regresa con una olla de barro cocido llena de agua caliente y unos trapos. Ambas se ponen a atender al Herido; éste vuelve a delirar.*)

MÉREZ: ¡Corneta, toque paso de ataque! (*Trata de incorporarse*) ¡Debemos avanzar con fuego cerrado!... ¡Avanzar! ¡Avanzar!

(*Gema lo mira asombrada.*)

MADRE: Le daremos ahora agua de saúco para que duerma...

(*Va a la cocina. Gema pone la mano sobre la cabeza del Herido y lo acaricia... Oscuridad.*)

Telón.

TERCER ACTO

El mismo escenario anterior,
días después en horas de la noche.



En escena se encuentran el Herido y Gema. Ésta le pone paños húmedos en la frente. El Herido está enfermado y delirante. Entra la Madre.

MADRE: Ya el cocimiento va a estar, ojalá tenga fuerza para beberlo.

GEMA: La cabeza le arde, ni estos paños húmedos se la enfrián.

MADRE: El curandero Matías dijo que si se salvaba era por un milagro. (*Le palpa una mano al Herido*) De anteayer a hoy se ha puesto más amarillo. La fiebre lo consume.

GEMA: Dios quiera que no vuelva a gritar como antes.

MADRE: Dicen que los enfermos cuando se van a morir ven cosas y por eso hablan solos y gritan.

GEMA: Me da miedo.

MADRE: Si han sido buenos, las cosas que ven no son feas.

GEMA: ¿Él sería bueno?

MADRE: Tal vez sí; es muy mozo; se parece a tus hermanos, ellos tienen buen corazón...

GEMA: ¿Él estaba con Zamora, verdad? No me has querido decir de qué bando es.

MADRE: ¡No lo sé! Nada importa de qué bando sea. Es un joven que puede estar próximo a la muerte.

GEMA: Estoy segura de que es de los de Zamora.

MADRE: Quién sabe.

GEMA: Ayer cuando abrió los ojos le pregunté si le gustaba la bandera amarilla y me sonrió.

MADRE: No debes molestarlo, puede perturbársele más el cerebro. (*Va al cuarto y regresa con una bolsa.*)

GEMA: ¿Para qué es la bolsa?

MADRE: Esta noche debe venir tu padre para saber cómo estamos y llevarse algo de comer... Además, teme que el herido muera de un momento a otro... Habrá que enterrarlo...

GEMA: No quiero que muera. Llamaré al Adivino para que lo cure... Hace milagros...

MADRE: Mejor es que le reces a otros santos. Yo también lo hago. (*Con la bolsa va a la cocina.*)

HERIDO: ¡Tengo sed! ¡Aqua!

GEMA: (*Dulcemente*) Matías dijo que si usted bebe agua se muere... Y él sabe mucho...

HERIDO: (*Quiere incorporarse. Gema lo contiene y acuesta con suavidad*) ¡Qué hay por la sabana! ¡Ah, sí! ¡Están saliendo de la tierra caballos de fuego!

GEMA: (*Poniéndole otro paño húmedo sobre la frente*) No, eso es mentira... Los caballos de fuego están en el infierno...

HERIDO: (Gritando) ¡Al ataque! ¿Dónde está el corneta?
¡Mataron al corneta!

GEMA: ¡Me asusta! No grite así... Me voy a ir...

HERIDO: ¡Hay que acabar con Zamora! ¡A la bayoneta! ¡A la bayoneta!

GEMA: ¿Por qué dice eso?

HERIDO: ¡Plomo con ellos! ¡Que no quede un solo federal!

GEMA: ¿Usted es de los otros?

HERIDO: (Jadea fuerte con respiración fatigada) ¡Queman-
ron la sabana! ¡Me ahogo!

GEMA: (Dándole la espalda) Usted es malo...

HERIDO: (Semincorporándose) ¡Qué sed! ¡Qué sed!
Zamora tiene sed de sangre... ¡La sabana hierve con
la sangre!

GEMA: ¡Mamá dijo que usted había botado mucha san-
gre!

HERIDO: ¡Quítenle ese sol a Zamora! Todos vamos a ar-
der. ¡Somos un pajonal reseco!

GEMA: (Interesándose otra vez por el Herido) Después que
se quemé la sabana la sembraremos... Así hacemos
siempre...

HERIDO: ¡Abajo la Federación! (Se semiincorpora) ¡Gri-
ten abajo!

GEMA: ¿Cómo es eso? (Mirando hacia un lado como si
hubiera otras personas en la estancia) ¡Nadie grite!
¡Luisa y yo nos pondremos bravas si alguien grita!
(Sonriendo) ¡Queremos mucho a Zamora y a la Fede-
ración! (Al Herido) Usted habla así porque está enfer-
mo... Pero yo lo curaré y no dirá más esas cosas...
Zamora es bueno... Y los hermanos de las muchachas
que lavan en el río están con los federales...

HERIDO: ¡Sangre! ¡Venezuela es un río de sangre! ¡Cabo,
deme agua, que ya la candela me llegó a la garganta!

GEMA: (*Dirigiéndose a alguien imaginario*) ¡No le dé agua; cabo, le hará daño!

HERIDO: El potro de Zamora deja llamaradas sobre la sábana...

GEMA: (*Al Herido*) ¡Usted inventa cosas! ¡El potro de Zamora no es de fuego! Yo lo he visto... A veces hay lirios bajo sus cascós...

(*A lo lejos se oyen cornetas y tambores y luego gritos y cantos y Gema se inquieta, alegre, y mira hacia la puerta.*)

HERIDO: ¡Son una chusma de bandidos! ¡Bandidos!

GEMA: ¿Cómo bandidos? ¡Usted está loco, es Zamora que viene hacia acá... es Zamora! (*Abre la puerta y se asoma al dintel; las cornetas vuelven a oírse lejos.*) ¡Allí viene! (*Al Herido*) ¿No oye las cornetas y los tambores? (*Vuelve la vista hacia afuera*) ¡Ya está cerca y baja de su caballo!

HERIDO: ¡Al ataque! ¡Al ataque! ¡Ya Zamora retrocede!

GEMA: ¿Cómo que retrocede? ¿Está usted sordo? ¡Ya viene hacia acá!... ¡Es Zamora que viene! ¡Oiga sus pasos sobre el camino! (*Gema abre totalmente la puerta*) ¡Ya está llegando! (*Dando paso a alguien imaginario*) ¡Pase usted, General! ¡Pase! ¡Qué alegría tengo de verlo! ¡Ah, está fatigado y suda! ¡Pero Luisa me ha dicho que usted es fuerte como una lanza! ¿Sus hombres quedarán afuera? Es mejor... Tome, siéntese... (*Acerca un taburete*) Ah, es cierto que sus ojos son azules. Yo he deseado irme con sus tropas... De cantinera... (*El Herido gime. Gema va hasta él y le acaricia el pelo hablándole*) Es Zamora que nos visita... (*Hacia el taburete*) General, es un herido que recogieron papá y Carlos... (*Acercándose al taburete*) Se lo diré a usted sólo. (*Habla quedo*) Es de los otros, pero yo haré que se vuelva bueno... Mamá dijo que tiene buen corazón...

HERIDO: El enemigo está cantando... Es un insulto... ¡Abajo Zamora! ¡Abajo! (*Respira fatigosamente.*)

GEMA: (*Hacia el taburete*) ¡No le haga caso! ¡Mira visiones porque es malo! Ah, General, Luisa me contó que usted quiere a los campesinos... Una vez un muchacho en el pueblo me dijo que yo era una campesina bonita... Usted también es buen mozo y ya sé que adorna las crines de su caballo con flores de chiquichique... Todo para usted debe ser amarillo como el sol cuando amanece... Yo sé por qué pelea usted... Me lo dijeron las muchachas... Los ricos han sido malos... Una me contó que en Río Viejo abusaron de la esposa de un bodeguero que se llamaba Espinoza... Él se volvió loco... ¿Loco? A mí una vez me dijeron loca... ¿Cuándo fue? Yo rezó para que no me digan así...

HERIDO: ¿Por qué rezan tanto esas mujeres? ¡Van por una calle larga! ¡Cuántas cruces! Está bajando un río de cruces...

GEMA: (*Hacia el taburete*) Cuando dice esas cosas me da miedo... (*A lo lejos se oye nuevamente una corneta.*) ¿Oye? ¡Son los suyos, yo les conozco el toque de su cornetas! Pero, no se ponga de pie... ¿Se va a ir? Un momento, le mostraré su retrato... Se lo cambié a Luisa por una cota... (*Va adentro.*)

HERIDO: (*Gimiendo*) ¡Agua! ¡Han incendiado el agua! ¡No quiero esa agua de fuego!

GEMA: (*Saliendo de la habitación con un retrato de Zamora en la mano*) Ah... (*Se sorprende viendo el taburete*) No está... Se ha ido... (*Va hacia la puerta mostrando el papel*) ¡General! ¡General! ¡Mire! ¡Es su retrato! (*Se detiene en el dintel y habla hacia afuera*) ¡Es usted! ¡Luisa me dijo que era un tesoro! ¡Se ha ido! (*Regresa y se sienta en el taburete*) Lo llama la guerra... (*Vuelve ansiosa a la puerta y grita hacia afuera*) ¡¡Viva Ezequiel Zamora!! (*Vuelve adentro.*)

HERIDO: Zamora debe morir... Se lo he dicho a todos...

GEMA: (*Al Herido*) ¿Por qué dice usted eso? ¡Me da dolor!

HERIDO: ¡Démolas morocotas a ese hombre! ¡Él lo matará!

GEMA: ¿Quién es ese hombre?

HERIDO: Camina... Camina sobre las cruces... anda... anda...

GEMA: ¿Por dónde va?

HERIDO: ¡Busca a Zamora, síguelo!

GEMA: (*Presas de angustia*) ¿Por qué va a seguirlo?... ¿Por qué? ¡Yo avisaré a Zamora! (*Toma el paño de la Madre y se lo pone por la cabeza.*)

HERIDO: ¡Zamora! ¡Va a morir... y de su calavera quedará una llama!

GEMA: ¡No va a morir! ¡Le diré que un hombre lo sigue!

(*Coloca el retrato de Zamora bajo la almohada del Herido y sale rápidamente afuera.*)

HERIDO: ¡Zamora! ¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

(*Entra la Madre.*)

MADRE: (*Acercándose al Herido y tocándole la cabeza*) ¡Vuelve a delirar, está peor!

HERIDO: ¡Agua! ¡Julia Rosa, hermanita! ¡Agua!

MADRE: ¡Pobre! Le daré el agua... Matías lo prohibió, pero (*Mueve la cabeza con desaliento*) si la toma o no la toma será lo mismo... (*Camina hacia el cuarto*) ¡Gema! ¡Gema! ¡Ven acá! (*Se extraña de que no responda Gema y penetra al cuarto*) ¿Qué haces? (*Sale extrañada de no encontrarla en él*) ¡Qué se haría! (*Vuelve a llamar*) ¡Gema! ¡Gema! ¡Esa niña es capaz de haber salido! ¿A dónde iría? La noche está muy oscura. (*Busca su paño y como no lo encuentra va al cuarto y saca otro. Luego recuerda el agua del herido y pasa a la cocina regresando con un pocillo. Da agua al Herido muy lentamente, sujetándole la cabeza con una mano*) Pobrecito... Está ardiendo en fiebre.

(*La Madre se incorpora, deja el pocillo sobre la mesa, busca un trozo de papel viejo, lo prende en la lámpara del altar y con él enciende el farol, lo toma y poniéndose el paño por la cabeza sale afuera rápidamente dejando la puerta abierta. El Herido jadea de nuevo cansadamente y trata de incorporarse pero cae pesadamente sobre el catre. Por la puerta se asoma un sol-*

dado centralista armado de chopo y machete. Mira escrutadoramente al interior y penetra con sumo cuidado tratando de no hacer ruido. Mira al Herido y se inquieta. Retrocede hacia la puerta y llama.)

SOLDADO: ¡Cabo! ¡Cabo! ¡Aquí está un herido! (*Hacia adentro.*) ¿No hay más nadie en la casa? ¡A ver! ¡Salgan!

(Llega el Cabo.)

CABO: (*Viendo al Herido con cuidado*) ¡Ah! ¿Quién más hay en el rancho?

SOLDADO: Parece que más nadie... De todos modos es bueno registrar... (*Avanza hacia la cocina con el chopo montado. El Cabo lo detiene por un brazo.*)

CABO: ¡Con cuidado! ¡Todos estos ranchos son nidos de enemigos! (*Grita hacia adentro fuerte*) Alerta los de la casa. ¡Patrulla del Gobierno! (*Pausa.*) ¡No hay nadie! Quizás estén escondidos... Veamos al herido... (*Se acerca al Herido y lo palpa.*)

SOLDADO: Ya huele a tumba... ¿Quién será?

HERIDO: ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡No veo sino tumbas!

CABO: (*Al Soldado*) Vamos a ver... (*Registra los bolsillos del pantalón del Herido*) No tiene papeles... Y por aquí, veamos... (*Mete las manos por debajo de la almohada*) Ah, un papel... (*Saca el papel con el retrato de Zamora*) Mira raso, mira... ¡Un retrato de Zamora! Sí, porque éste es Zamora ¡Lo reparten los federales! ¡En el rancho hay enemigos! ¡Debemos cuidarnos! (*El Soldado monta el chopo y da vueltas con sumo temor*) Ya presumía yo que nos habíamos alejado mucho del resto de la patrulla. Quizás estamos tras las avanzadas enemigas... En algún refugio de jefes... (*Rápidamente se asoma a la puerta de la cocina y mira hacia adentro*) Ah, ahí veo una bolsa... (*Penetra y sale rápido con la bolsa de provisiones.*)

SOLDADO: ¿Qué habrá allí?

CABO: Parece que son provisiones... vamos a ver... (*Pone*

el saco sobre la mesa y lo registra) Sí, mire... Carne seca... Panela, casabe... Bastimentos para el enemigo...

SOLDADO: En buena hemos caído...

CABO: Buscaremos al resto de la patrulla... Hay que hacer una limpieza por aquí...

HERIDO: ¡Cabo, debemos avanzar... avanzar!...

(El Cabo se inquieta.)

SOLDADO: ¡Habla solo, se está muriendo!

CABO: ¡No me gusta! *(Saca las provisiones y las vuelve a meter en el saco)* Te fijas, es desde todos estos ranchos que amparan a los de Zamora... Cuidado para sus heridos... Bastimentos, armas... por eso, cuando el Sargento me mandó hacia acá, se lo dije... Nada de contemplaciones con esos campesinos... ¡Plomo y filo de machete!

SOLDADO: ¡Así es, mi cabo! Pero... Necesito coger brío con otro traguito... *(Saca de un morral un frasco, toma un trago y ofrece al Cabo. Éste bebe también y devuelve el frasco al Soldado quien lo guarda.)*

CABO: No hay como el aguardiente con pólvora para entonarlo a uno... Lástima que ya se nos va a acabar...

SOLDADO: Quizás por estos ranchos encontremos más...

(Entra la Madre, el Soldado la apunta con el chopo.)

MADRE: ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

CABO: ¡Gente del Gobierno! ¿Cuántos vienen contigo?

MADRE: Ando sola...

CABO: ¿Todos aquí son federales, verdad? Ése... *(Señala al Herido)* Tú y quién sabe cuántos más... Los cuidan, les llevan provisiones...

HERIDO: ¡No hay sino banderas amarillas! ¡Por todas partes banderas amarillas!

MADRE: *(Enérgica)* ¡Quiero saber qué buscan en este rancho!

CABO: Poco a poco, vieja, no gruñas ni peles los dientes...

Estamos patrullando. Y para que lo sepas (*Alzando la voz*) ¡y lo oiga alguien si está escondido por ahí! ¡Ando con treinta hombres armados y todos están cerca y si creen que nos pueden dejar fríos se equivocan! ¡Al sonar un solo disparo o pegar yo un leco estarán aquí y de esto no queda ni cenizas!

MADRE: ¡No somos federales! (*Al Soldado*) ¡Y puede bajar esa arma, no me va a asustar!

SOLDADO: Eso quisieras tú... Yo he visto a muchas iguales a ti echándonos plomo con la gente de Zamora... Al tuerto Margarito, que en paz descanse, lo dejó frito una parecida a ti... Cualquiera cree en estas viejitas entecas...

MADRE: ¡Respéteme, puedo ser su mamá! ¡Y él (*señala al Herido*) no es federal! Peleaba con las tropas centralistas y cayó herido cerca, yo lo traje hasta aquí...

CABO: (*Acercándose un dedo a la cara de la Madre*) ¡Abre la boca a ver si muerdes, vieja bruja! ¡Me vas a hacer creer que tú solita lo trajiste en peso hasta aquí! ¡Ni que yo fuera un pazuato! ¿Tengo yo cara de pazuato?

MADRE: ¡Pregúnteselo a un hombre!

HERIDO: ¡Hombres! ¡Necesito más hombres para el ataque!

SOLDADO: (*Al Cabo*) No le digo... Estas eran las viejitas que en la batalla de El Palito peleaban contra nosotros con lanzas y guayucos... Cada vez que veo a alguna me acuerdo del finado Margarito... Le encantaban las mujeres... Y ya ve, le mandaron un beso en una bala...

CABO: (*A la Madre*) ¿Cuántos federales viven aquí? ¿Quiénes trajeron a ese? (*Señala al Herido*) ¡No puedes vivir sola, ningún campesino vive solo!

MADRE: ¡No somos federales, ya se lo he dicho! Al contrario... ese joven herido es del Gobierno...

CABO: (*Mostrándole el papel con el retrato de Zamora que tenía oculto en una mano*) ¡Y esto! ¡Es una prueba que no puedes negar! ¡Un retrato de ese bandido

con un pedazo de proclama! ¿Y sabes dónde estaba?
¡Bajo la almohada de ése! (*Muestra al Herido*) Y los
bastimentos esos. (*Muestra el saco*) ¿Para quiénes eran?
¡Di!

SOLDADO: ¡Contesta, bruja!

(*La Madre permanece silenciosa.*)

CABO: ¿Ves? ¡Estás descubierta! ¡Debes tener armas escondidas, las buscarás conmigo! ¡Vamos!

(*Empuja a la Madre hacia el cuarto y va tras ella, el Soldado queda apuntando con su chopo al Herido. Éste jadea levemente.*)

HERIDO: ¡Mamá! ¡Bailaremos bajo los apamates!

SOLDADO: ¡Lo que eres tú no comes arepa mañana! Y es mejor, pues si pudieras andar el cabo te sacaba a la sabana y aunque tiene buena puntería le gusta practicar... Es vengativo, allá por su pueblo los federales le bajaron un hermano... El único que tenía...

(*Por la puerta asoma la cabeza el Padre. Ve al Soldado y se esconde hacia afuera. Regresan del cuarto la Madre y el Cabo. Éste la amenaza con el sable.*)

CABO: (Al Soldado) ¡No hay nada! Chinchorros, trapos y un baúl con chucherías... de mujer... debe haber aquí una muchacha buena moza... Dame otro trago... El olorcito de esas ropas de mujer me puso incómodo...

(*El Soldado le tiende el frasco, el Cabo bebe y se lo devuelve; el Soldado también bebe y luego lo guarda.*)

SOLDADO: ¡Ojalá sean dos! ¡Aunque en Barrancas conseguí una y me echó una gran broma! (A la Madre) ¿Dónde se esconde la muchacha? ¡Anda, vieja, di! ¿En la cocina? ¿En el corral? ¿Afuera? ¡Vamos a buscarla, muévete!

(*El Cabo empuja a la Madre hacia la cocina y la sigue, el Soldado también va tras ellos.*)

SOLDADO: (Desde adentro fuerte) ¡Esa paloma voló, Cabo, quizás saltó por la tapia del corral! ¡Déjeme asomarme para ver!

(El Padre vuelve a asomar la cabeza por la puerta y al ver la habitación sola entra y avanza rápido hacia el cuartucho.)

CABO: *(Desde adentro)* ¡¡Soldado Trías, véngase...!! ¡¡Esto está más limpio que talón de lavandera y podemos estar en una trampa!!

(Regresa a escena con la Madre por delante, luego llega el Soldado rápido.)

SOLDADO: *(Al Cabo)* ¡Desde lo alto de la tapia se ven a lo lejos candelas muy altas! ¡Esto por aquí va a arder!

CABO: *(Al Soldado)* ¡Cójase las provisiones! ¡En la cocina no hay más nada! ¡Ni aguardiente tienen estos hijos de poncha! *(A la Madre)* ¿Entonces? ¡¿No hay manera de que hables?! ¡Tu hija o tus hijas se escondieron! ¿Y los machos? ¿Con Zamora, verdad? *(El Soldado se tercia la bolsa con las provisiones.)* ¡Debería darte un tiro para no dejar enemigos por detrás!

HERIDO: ¡Viene el enemigo! ¡El enemigo!

CABO: ¡Te llevaremos con nosotros! ¡Lo siento por ése! *(Muestra al Herido)* ¡El comandante sí te hará desembuchar, él sabe cómo hacerlo!

(Afuera, lejos, se oyen gritos, tiros y canciones.)

SOLDADO: *(Asomándose a la puerta con inquietud)* ¡Federales! ¡Parece que vienen hacia acá!

(Los tiros y las voces aumentan.)

CABO: ¡¡Nos pescaron, vieja maldita!! *(Da un empellón a la Madre y la lanza contra la pared. Luego se dirige al Soldado)* ¡¡¡Vamos, raso, no hay tiempo que perder!!! ¡¡Estamos en la trampa, corramos!! *(Desde la puerta a la Madre)* ¡¡Ya volveremos con una patrulla y van a saber lo que es bueno!! Sobre los horcones de este rancho volarán los zamuros... Pero no se comerán a la muchacha... Ese manjar será para mí... ¡No faltaba más!

(Los tiros se reanudan. El Cabo y el Soldado huyen. El Padre sale del cuartucho.)

MADRE: (*Dirigiéndose hacia la puerta y amenazándolos con el puño*) ¡Bandidos! (*Al volverse ve al Padre y se sorprende*) Ah, ¿dónde estabas metido? Pueden matarte...

PADRE: ¡Llevan mucho miedo!! ¿Y Gema? ¿Dónde está?

MADRE: La dejé aquí cuidándolo, (*señala al Herido*) mientras preparaba los bastimentos en la cocina y cuando regresé no estaba... Fue mucho antes de llegar esos bandidos. Salí a la sabana y ni rastro de ella... Cuando volví a ver si habías llegado estaban ellos en el rancho...

PADRE: ¡Qué calamidad esa! (*Se acerca a la Madre y la palpa*) ¡Oí cómo te vejaron y golpearon! ¡No tienen derecho!

MADRE: ¡Estaba con el alma en un hilo no fueras a llegar tú o Gema estando ellos aquí! ¡Dijeron tantas cosas feas!

PADRE: ¡Hay que buscarla sin perder ni un segundo! (*A lo lejos se reanudan los tiros y los gritos.*) ¡Ya están peleando en firme! Si no la encuentro pronto, iré por los muchachos, entre los tres daremos rápido con ella. ¿Para dónde iría?

MADRE: ¡Mi angustia nace de pensar que con su locura se le haya ocurrido irse para donde cree que está Zamora! ¡Todo ese monte es un solo peligro!

PADRE: Ella conoce los caminos y sabrá resguardarse. Cálmate... La traeré rápido... (*Va a salir.*)

MADRE: ¡Iré contigo!

PADRE: Debes quedarte... Puede volver de un momento a otro... Además (*muestra al Herido*), él se está muriendo... Ya que lo trajimos aquí que muera aun cuando sea con un rezó.

MADRE: Tienes razón.

(El Herido jadea y se queja sordamente.)

PADRE: Lo enterraremos en la sabana y nos iremos lejos. Lo más lejos posible. No podemos seguir viviendo

entre zozobras, hambres y escondites (*Se asoma afuera*) ¡Esos deben ir lejos! Ya traeré a Gema. (*Sale rápidamente.*)

MADRE: ¡La Virgen Santísima lo quiera así!

HERIDO: (*Con un murmullo*) Tengo frío.

MADRE: (*Arropándolo mejor con la cobija*) ¡Ni una vela hay para encendérsela! Ah, pero está la luz del farol, la mecha es de sebo. (*Acerca el farol junto al Herido.*)

HERIDO: (*Quedamente*) ¡Mamá! ¡Mamá!

MADRE: ¡Cálmate! ¡Tu madre vendrá luego!

HERIDO: (*Jadeante*) No siento las piernas... ¡Mamá!

MADRE: (*Yendo hacia la puerta*) ¡Dios mío, que no le ocurra nada malo a Gema! (*Vuelve donde el herido*) ¡Pobre muchacho! Rezaré para que los santos le traigan el alivio...

(*Se arrodilla y reza; a lo lejos se oyen descargas cerradas y el estampido de un cañón. El Herido se mueve nervioso, la Madre se incorpora y lo mira inquieta.*)

HERIDO: (*Muy levemente*) ¡Mamá... la mano... dame la mano!

(*La Madre le toma la mano y se la acaricia. El Herido muere. La Madre se santigua. Luego le cruza las manos sobre el pecho, lo cubre todo con la cobija, y se queda inmóvil contemplándolo.*)

MADRE: Ya descansaste y tu madre no sabrá nunca lo que te ha ocurrido. Creerá que vives y te esperará siempre, como yo esperé a los míos. ¡Pobrecita! ¿Dónde estará ahora? Cuántas cosas no desearía para su hijo... Las madres sólo deseamos lo bueno para ellos. Pero alguien inventa las guerras y es nuestra carne la que muere en ellas.

(*La Madre va al cuarto y trae un rosario. Llega Francisca, agitada, con un saco de viaje en las manos y un sombrero de cogollo en la cabeza con un paño negro.*)

MADRE: ¡Francisca! ¿Qué pasa?

FRANCISCA: *(Inquieta)* ¡Por mi caserío están guerreando desde esta tarde! ¡Aquellos es horroroso! ¡Todas las casas arden, y hay montones de muertos, ruinas!

MADRE: ¿Y los tuyos?

FRANCISCA: ¡Todos se fueron con los federales! ¡A los muchachitos los llevó Benigna hacia abajo! ¡Voy a unirme con ellos! ¡Qué de angustias he pasado! *(Ve al Herido)* ¡Ah! ¿cuándo murió?

MADRE: ¡Hace poco! *(Francisca se santigua.)* Y además, Gema está desaparecida... Salió hace rato y no se sabe adónde fue, Juan la busca.

FRANCISCA: ¿Juan?

MADRE: ¡Sí! Venía por bastimentos cuando se encontró con esa novedad.. También nos registró el rancho una patrulla centralista...

FRANCISCA: ¡Deben irse pronto!

MADRE: Eso haremos después de sepultar a este pobre muchacho.

(Se repiten nutridas las detonaciones y el tronar del cañón.)

FRANCISCA: ¡Tengo que seguir, Benigna y los niños deben ir lejos, me angustia que pueda pasarles algo! Dile a Juan que estamos por el sur, en el Algarrobo, que nos busque si ustedes bajan... ¡No se queden por aquí! *(Sale y grita desde afuera)* ¡No se queden!

MADRE: ¡No te preocupes, Francisca, nos iremos! *(Al muer-
to)* ¡Estoy tan afligida que sólo me provoca llorar!
¿Por qué todo esto? ¿Quién mueve tantos males para
que el pobre perezca? Ah, mejor es rezar...

*(La Madre se vuelve a arrodillar junto al catre y co-
mienza a rezar en silencio. Llegan el Padre, Carlos y
José Antonio, éste trae un brazo herido y medio ven-
dado con un trapo sanguinolento.)*

PADRE: ¿Nada de Gema?

MADRE: Nada. (*Ve el brazo de José Antonio*) ¿Qué le pasó a José Antonio?

JOSÉ ANTONIO: Una bala perdida me alcanzó, creo que no es gran cosa...

PADRE: (*A la Madre*) ¡Cúralo rápido mientras Carlos y yo escudriñamos palmo a palmo la sabana a ver si damos con nuestra muchacha! Quiera Dios que la encontremos pronto... Estoy con el alma en un hilo... Hace años que no me asustaba... (*Mira el cadáver*) ¿Cuándo murió?

MADRE: ¡Hace poco!

PADRE: Lo enterraremos cuando volvamos con Gema.

CARLOS: Quizás no se halle lejos, el tiroteo pudo haberla sorprendido en algún chaparral y aguarda escondida a que todo pase...

MADRE: ¡Las ánimas benditas la protejan! (*Descubre la herida de José Antonio.*)

PADRE: (*A la Madre y señalando el cadáver*) ¡Amárralo en la cobija! (*A Carlos*) ¡Vamos rápido! (*Sale seguido de Carlos.*)

JOSÉ ANTONIO: (*Mientras la madre lo cura*) Un cabo y un soldado centralista te vejaron, ¿verdad?

MADRE: (*Indiferente mientras busca un trapo y el pocillo con agua*) ¡Registraron el rancho! (*Limpia la herida de José Antonio*) La bala entró y salió, por poco te da en el hueso...

JOSÉ ANTONIO: ¡Te vejaron porque estabas sola!

MADRE: (*Tranquila*) ¡No fue gran cosa lo que me hicieron!

JOSÉ ANTONIO: ¡Te golpearon! ¡Papá nos lo dijo!

MADRE: ¿Para qué les contó eso? No fue nada... (*Busca otro trapo y comienza a vendar la herida*) ¡No hay ningún remedio qué ponerte, ojalá no se encone!

JOSÉ ANTONIO: (*Con rabia*) ¿Les viste bien la cara?

MADRE: ¿Para qué? No quisiera encontrarlos más nunca en mi camino...

JOSÉ ANTONIO: ¡Yo sí! ¡Y los encontraré, estoy seguro!

MADRE: ¡No valen la pena! ¡Únicamente debemos pensar en irnos lejos de todo esto! ¡Ya me da miedo seguir aquí! ¡A Francisca y su gente les quemaron los ranchos y andan huyendo! ¡Le pediré a Juan que también nos marchemos ahora mismo!

JOSÉ ANTONIO: Cuando aparezca Gema les diré si los acompañ...

MADRE: ¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

JOSÉ ANTONIO: Al sentirme herido cuando me estoy escondiendo como un conejo, me dio rabia... ¡Bonita herida de guerra! Dime una cosa, ¿los muchachos de donde Francisca también han huido?

MADRE: No sé, tal vez sí... Son apacibles, nunca se meten en nada...

JOSÉ ANTONIO: ¡Pero los otros se han metido con ellos! ¡Seguro que ya están peleando! ¡Y yo con una herida en un brazo por esconderme, mientras unos forajidos abusaban de ti y mi hermanita anda perdida!

MADRE: Lo hacías por la familia... Eres mi hijo y te quiero vivo... (*Señala hacia el camastro*) Fíjate en él... ¿Qué ganó? ¿Para qué lo criaron sus padres? Otro hombre lo mató en una sabana que él quizás nunca había oído nombrar...

JOSÉ ANTONIO: ¡Tú has sido una mujer conforme, mamá!

MADRE: ¿Qué más me queda por hacer? ¡El país no se compondrá por más muertos que haya! (*Deja vendado el brazo de José Antonio.*)

JOSÉ ANTONIO: Carlos me ha dicho que estos muertos serán los últimos, luego habrá prosperidad...

(*La Madre amarra la cobija en los pies y la cabeza del muerto.*)

MADRE: Carlos tiene sus ideas, pero no creo eso... Aunque a veces...

JOSÉ ANTONIO: ¿Qué?

MADRE: Viendo las tropelías que se cometan contra los pobres; cuando sé de tantas maldades regadas por los fuertes, pienso que es preferible seguir a esos que buscan la justicia... Pero, ino! ¡Vayámonos bien lejos! ¡Me aterra pensar que a ustedes pueda ocurrirles eso! (*Señala hacia el catre.*)

JOSÉ ANTONIO: ¡Las guerras y las cárceles se han hecho para los hombres!

MADRE: ¡Para las bestias diría yo!

(*Afuera se oye la voz del Padre gritando.*)

PADRE: (*Desde afuera, lejos*) ¡¡José Antonio, ven acá!!

JOSÉ ANTONIO: (*Gritando mientras sale hacia afuera rápidamente*) ¡¡Allá voy!! ¡¡Allá voy!!

MADRE: (*Inquieta al ver salir a José Antonio*). ¡Dios mío, tenemos que irnos de todo esto, ya! (*Rápidamente toma el farol y va hacia la puerta tratando de escrutar la oscuridad, pero no alcanza a ver nada. Preocupada deja el farol sobre la mesa y va al cuarto de donde saca una sábana, la extiende sobre el piso y luego va colocando sobre ella algunos objetos, con ánimo de envolverlos. Siéntense voces y pasos fuera; toma de nuevo el farol y va a la puerta. Llegan el Padre, Carlos y José Antonio, traen el cuerpo de Gema en una parihuela improvisada con palos y ramas.*) ¡Ah! ¿Qué le ocurrió a nuestra muchacha? ¡Díganmelo pronto! ¡Díganmelo!

JOSÉ ANTONIO: ¡Mamá, pobre mamá!

MADRE: (*Viendo a Gema*) ¡Hijita! ¡Hijita!

PADRE: (*Con voz ronca*) ¡Guadalupe! ¡Gema está muerta! ¡La encontramos cerca del río!

MADRE: (*Inclinándose y palpando a Gema*) ¡Está herida nada más, Juan, está herida! ¡Tiene aún las manos calientes!

PADRE: (Grave) ¡Nos la mataron, Guadalupe!

MADRE: (Mientras el Padre y Carlos depositan la parihuela en el suelo) ¡Tiene la ropa destrozada, la cara golpeada! ¡Pobre mi hijita!

PADRE: (Con profunda amargura) ¡La ultrajaron! ¡Creyeron que era de las mujeres que están con los federales! ¡Una cantinera! ¡Qué sé yo!

CARLOS: (Mostrando un pedazo de papel) Junto a ella encontré este papel, dice: «vagabunda federalista...»

MADRE: ¡Gema era buena y pura! ¿Por qué le hicieron eso? (Besa y acaricia a Gema.)

PADRE: (De pie y conteniendo todo su dolor) ¡Cortaron mi lirio! (Hay una pausa densa, pesada; el Padre mira como si fuera por primera vez toda la estancia; luego habla a José Antonio). ¡Busca yesca! ¡Rápido!

(José Antonio va hacia la cocina.)

CARLOS: (Lloroso) ¡Tengo la culpa de lo que ha sucedido! ¡No he debido esconderme! ¡Soy un cobarde!

PADRE: (A Carlos) ¡Cállate y ayúdame!

(Toma el cuerpo del brigadier y ayudado por Carlos lo coloca en el suelo junto a Gema, desamarra la cobija, la saca y con ella cubre los dos cuerpos. La Madre se arrodilla junto a ellos y reza y llora en silencio.)

CARLOS: (Al Padre) ¿Qué piensas hacer?

PADRE: (Mientras toma un machete y camina hacia la sábana) ¡Aguárdenme!

(Carlos va y se arrodilla junto a su Madre.)

MADRE: ¡El corazón se me ha ido!

(Entra José Antonio con la yesca.)

JOSÉ ANTONIO: (Tocando levemente en el hombro a Carlos) ¿Y papá?

CARLOS: Salió con el machete, dijo que lo esperásemos aquí...

JOSÉ ANTONIO: (*Viendo el cuerpo de Gema*) ¡Todo esto ha pasado por habernos escondido! Uno de los dos ha debido quedarse aquí, aunque ocurriera lo que ocurrería!

MADRE: (*Lastimera*) ¡Nadie tuvo la culpa! ¡No me hagan sufrir más! ¡Es esta guerra la que tiene la culpa!

JOSÉ ANTONIO: (*Sentándose en un taburete y tomándose los cabellos con las manos*) ¡Los cobardes como yo deben morirse! ¡Sí! ¡Morirse!

MADRE: (*Incorporándose y acercándose a él*) ¡Piensa en mí, en tu padre! ¡Ahora que estamos más solos debes portarte mejor!

JOSÉ ANTONIO: ¡Nunca podré olvidar que soy el culpable de lo que le ocurrió a mi hermanita!

CARLOS: (*Poniéndose de pie, violento*) ¡Tú solo no! ¡Yo también! (*Cerrando los puños*) ¡Pero mataré a quienes lo hicieron! ¡Así sean cien... mil... muchos miles!

MADRE: ¡Nadie hará nada! ¿Hasta cuándo tantos males? Abriremos dos fosas en la sabana, pondremos dos cruces y algunas piedras y luego nos marcharemos hacia donde Juan diga. (*Lastimera*) Si pudiéramos llevarnos su cuerpo...

CARLOS: ¡No me iré huyendo nunca!

MADRE: ¡Cállate, Carlos! ¡Soy tu madre y te ruego que te calles! Ya perdimos a Gema y no quiero quedarme más sola; el corazón se me está encogiendo y si alguno de ustedes nos abandona creo que cesará de latirme... Y entonces, ¿qué hará tu padre?

CARLOS: ¡Mamá, no sabes cómo tengo la sangre, son brasas las que me andan por ella! ¡Sólo quiero matar a muchos!... ¡Matar!

MADRE: ¡Yo pediré a Dios que aplaque tu ánimo!

(*Entra el Padre, trae tres palos recién cortados, largos, lisos, los recuesta de la pared.*)

PADRE: (*A José Antonio*) ¿Trajiste la yesca?

JOSÉ ANTONIO: ¡Sí, aquí está! (*Le muestra la yesca.*)

PADRE: (*Cortante*) ¡Recoge bastante paja seca, la colocas cerca del rancho y le pegas candela! (*A la Madre, señalándole la sábana donde ella había comenzado, antes, a envolver algunos corotos*) ¡Envuelve bien eso y trae un chinchorro! (*A Carlos*) ¡Tú Carlos, consigue en el corral una camaza y la llenas de agua! (*La Madre, Carlos y José Antonio miran indecisos al Padre, éste los contempla sereno pero con energía y les dice:*) ¡Anden! ¡Hagan lo que les he ordenado!

(*La Madre va al cuarto, Carlos hacia la cocina y José Antonio afuera; el Padre aparta el catre y los taburetes, coloca la mesa cerca de los cuerpos y sobre ella el farol, luego los mira detenidamente y se santigua. Entra José Antonio.*)

JOSÉ ANTONIO: ¡Ya le di candela a la paja!

PADRE: ¡Está bien!

(*Entra la Madre con un chinchorro y algunas prendas de vestir, coloca todo sobre la sábana y comienza a envolverla hasta hacer un bojote pequeño, llora en silencio.*)

JOSÉ ANTONIO: (*Asomándose otra vez a la puerta*) ¡Ya el viento barinés aviva la candela! (*Se advierte por la puerta un resplandor rojizo.*)

MADRE: (*Cobrando conciencia de lo que José Antonio ha hecho*) ¡Qué han hecho! ¡Se quemará el rancho! ¡Es nuestro rancho!

PADRE: (*Con dura gravedad*) No lo necesitaremos... Además, no es nuestro, como no es nuestra la tierra que pisamos, ni la papa, ni el aire, ni nada...

(*Entra Carlos, trae una camaza con agua, provista de su cuerda, y un porsiácaso lleno de comestibles.*)

MADRE: (*Acercándose a la puerta y mirando hacia afuera inquieta*) ¡Hay llamas altas, qué locura haber hecho ese fuego! ¡Arderá hasta el conuco!

PADRE: (*Seco*) ¡Mejor! (*A los hijos*) ¡No se muevan de aquí,

ya vuelvo! (*Con el machete va hacia la cocina y el corral.*)

JOSÉ ANTONIO: (*Iracundo*) ¡Quisiera que toda la tierra de los ricos se quemara!

CARLOS: ¡Tendría que arder el mundo!

MADRE: ¡Me voy a morir de angustia!

(*Entra de nuevo el Padre trae en las manos tres lanzas de hierro mohosas; toma los palos que antes había recostado contra una de las paredes y en sus puntos va colocándolas con fuerza. Una vez puestas todas da un palo con su lanza a Carlos, otro a José Antonio y deja uno para sí.*)

CARLOS: ¿Qué significa esto?

JOSÉ ANTONIO: ¿De dónde sacaste estas lanzas?

PADRE: (*Grave*) Las enterré en el solar hace muchos años... Son de cuando la Independencia. Ni a los dos hijos mayores les dije nunca que las tenía... No deseaba que se volvieran a usar...

MADRE: ¿Se te ha extraviado la razón, Juan?

PADRE: (*Grave, y conteniendo su pena*) ¡Creí que podíamos ser ajenos a esta guerra, pero también nos ha herido a nosotros! ¿Por qué? ¡No hay sino una razón: porque somos pueblo! ¡Quise ser bueno, Dios y ustedes lo saben...!

MADRE: ¡Y has sido bueno, Juan!

PADRE: ¡Con nadie me he metido, ni aun para defendarme! ¡He respetado las leyes y he sido sumiso hasta a los atropellos!

CARLOS: ¡Todos hemos sido sumisos! ¡Demasiado sumisos!

PADRE: ¡Cuando nos han golpeado he bajado la cabeza! Pero... ¡Hay que tomar otro camino! ¡Todos los campesinos y hambrientos como nosotros están en pie! ¡Por dondequiera luchan los pobres!... ¿Y qué somos nosotros? Ya no hay otra alternativa sino con-

seguir la justicia o morirnos, y para morir nacimos...
(*A la Madre*). ¡Tú, Guadalupe, irás hacia abajo, allá en El Algarrobo te recibirán, aunque sea un plato de comida tendrán para ti!

MADRE: (*Turbada*) ¿Y ella, y él?... (*Muestra los cuerpos de Mérez y Gema.*)

PADRE: ¡No hay necesidad de enterrarlos! ¡El rancho los cubrirá con sus cenizas!

CARLOS: (*Al Padre, con los ojos llenos de ansiedad*) ¿Y nosotros?

PADRE: ¡Qué pregunta la tuya! Buscaremos la tropa del pueblo. ¡Nos iremos con ese Ezequiel Zamora! Tras su caballo se aclarará nuestro destino.

(*Carlos y José Antonio aprietan tensos las lanzas. La Madre mira a Gema, luego toma el bojote que ha hecho y se lo coloca sobre su espalda.*)

JOSÉ ANTONIO: (*Afuera se oyen tiros, José Antonio se mueve hacia la puerta curioso*) ¡Las llamas rodean al rancho, ya el techo cogió candela!

(*Comienza a entrar por la puerta un humo denso.*)

PADRE: (*Enérgico*) ¡Entraremos en el incendio! ¡Vamos!!

(*Carlos se tercia el porsiaco y da la camaza a José Antonio, quien se la cuelga en un hombro.*)

MADRE: (*Cubriéndose la cabeza con el paño y dirigiéndose a los tres hombres con palabra voluntaria*) ¡No iré hacia El Algarrobo!

JOSÉ ANTONIO: ¿Por qué?

CARLOS: (*A la Madre*) ¿Qué harás entonces?

MADRE: (*Dura, fría*) ¡Marcharé con ustedes, eso haré! ¡Una madre no puede abandonar nunca a los suyos, pase lo que pase! Si hay que arder en esa inmensa hoguera, arderemos juntos.

(*El humo sigue invadiendo el rancho, esta vez hasta por detrás. Los tres hombres con las lanzas empuñadas y tensos miran sorprendidos a la Madre.*)

CARLOS: (*Vacilante*) ¡Mamá!

MADRE: (*Seca*) ¡Compréndanme! ¡¡Vamos!! (*Camina hacia afuera.*)

PADRE: (*Mirando con asombro a los hijos*) ¡Vamos!

(*Siguen en fila india a la Madre que sale. A lo lejos vuelven a oírse tiros y la canción de los federales acercándose como un torrente. El humo y las llamas invaden el rancho mientras afuera se oye cantar.*)

«¡El cielo encapotado
anuncia tempestad!

¡El cielo encapotado
anuncia tempestad!

¡Y el sol tras de las nubes
pierde su claridad!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!

¡Oligarcas, temblad!
¡Viva la libertad!»

El telón va cerrándose lentamente.

FIN DE LA OBRA

Lo que dejó la tempestad

Un epílogo dramático de la Guerra Federal

Un prólogo y tres actos

Personajes

TERESA:	Viuda. Aparenta 38 años.
BEGOÑA:	Amiga de Teresa. 40 años.
ROSALÍA:	Amiga de las anteriores. Edad indefinida.
BRUSCA:	Vieja ex guerrillera federal. 60 años.
EL PERRO:	Un ex guerrillero que canta por los caminos.
UN VIEJO	
COMANDANTE FEDERAL:	Aparenta 60 años.
ALTO OFICIAL FEDERAL:	Lleva un quepis amarillo.
ALTO OFICIAL OLIGARCA:	Lleva un quepis azul.
FUNCIONARIO INGLÉS:	Viste a usanza de la época.
DESCONOCIDO	
OLEGARIO / FRANCISCO	
Y VICENTE:	Jóvenes vagabundos. Exguerrilleros.
COMISARIO	
SOLDADO I	
SOLDADO II	
OTRO OFICIAL FEDERAL	
ZAMORA	

Época

1865.

Prólogo

Una leve campana suena a lo lejos. Al fondo, en torno a una tumba reciente, con una cruz amarilla, se encuentran de pie, Teresa, Rosalía, Begoña, El Perro. A pocos metros un muchacho de diez años con un farol encendido mira la escena. Sobre ellos, localizada, luz gris-azul de atardecer.



BEGOÑA: (*Hacia la tumba*) ¡Ya eres Brusca Martínez en la tierra que retiene tu paz y tu violencia!

TERESA: ¡Nunca sabré que fue de Guadalupe el hijo cuya ausencia me ensombrece!

PERRO: ¡Ni yo de ese disparo que me lleva sobre la incertidumbre y el espanto!

ROSALÍA: ¡Ahora el pueblo tendrá que hacer de nuevo duros caminos para su esperanza!

(*Lejos se oye la voz de Brusca gritando.*)

BRUSCA: (*Lejana como un eco*) ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel Zamora!

BEGOÑA: (*A la cruz*) ¡Pero tu amarga voz sigue clamando por calles y trincheras y caminos!

TERESA: (*A Begoña*) ¡Yo la escucho, Begoña, yo la escucho! ¡Y ha de escucharse mientras lleve el pobre una llaga de angustia en el costado!

BRUSCA: (*Gritando lejos*) ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel Zamora!

(*Todos vuelven el rostro hacia la voz como si desde ella llegara una grave anunciación.*)

(*Obscuro.*)

PRIMER ACTO CUADRO I

Escenario

Pueblo de Ospino. El escenario para los actos I y II mostrará: a la derecha del espectador un cobertizo de paredes derruidas haciendo un triángulo con base hacia el proscenio. En la pared izquierda, a la altura de un metro, hay una tronera donde debió existir una ventana. En la pared derecha cortando con la prevista hay una tronera oblicua que hace de puerta. Las paredes con su encalado en su mayor parte caído, muestran huellas de humo, balas y metralla. El sitio es albergue de Brusca y los jóvenes.

Al centro, al fondo, la vivienda de Teresa, significada por una pequeña puerta, cerca de la puerta un mecedor. A la izquierda la esquina de una calle, el frente da al proscenio y su lateral se pierde hacia el foro, cortándose con un árbol seco inclinado. En el frente hay un portón y una pequeña ventana. Las paredes, ventana, portón, etc., muestran las huellas de la guerra civil que sobre el pueblo pasó como una tempestad.



Al iniciarse la acción una luz difusa de atardecer ilumina la escena. Teresa, vistiendo un humilde traje negro y su cabeza cubierta con un paño también negro, golpea con ambos puños el portón completamente cerrado. Desde el fondo llega con premura Begoña, también vestida de negro. Se acerca a Teresa y la toca por un hombro.

BEGOÑA: *(Reclamando con bondadosa energía)* ¡Teresa! ¿Por qué te viniste sola y sin avisar? *(Teresa no le hace caso y sigue golpeando el portón.)* ¡En esa casa no hay nadie!

TERESA: ¡Oí que había regresado! ¡Anoche pasó por la calle de abajo como una sombra! ¡Unos arrieros lo vieron!

BEGOÑA: ¿A quién le escuchaste eso, mujer?

TERESA: ¡Al Sacristán!

BEGOÑA: ¡A ése!

TERESA: Sí. Hace poco en la calle se lo decía a unos muchachos, y yo que estaba detrás del postigo de la casa lo oí. *(Vuelve a tocar con fuerza.)*

BEGOÑA: *(Tratando de detenerla)* Ese vive inventando. *(Pausa.)* Te vas a romper las manos inútilmente, la casa está vacía y en ruinas. Los cinco años que duró la guerra permaneció cerrada y así ha seguido...

TERESA: Lo único que sé es que debo ver a ese hombre. *(Tratando de escudriñar por las rendijas del portón y por los intersticios de la ventana.)*

BEGOÑA: Si es que está vivo.

TERESA: ¡Sí lo está! A cuantos soldados o guerrilleros que han pasado por aquí, después que toda esa matazón se acabó, les he preguntado por él y muchos lo han visto.

BEGOÑA: ¿Quién te asegura que es verdad? Cuando se regresa con vida de algo tan espantoso se hablan muchas cosas, y para evitar molestias se asegura que todo el mundo está vivo...

TERESA: ¡Déjame con mi esperanza, Begoña, no me la quites...! Ese es el único hombre que puede decir lo que fue de mi hijo... De aquí, desde este pueblo salieron juntos tras de Zamora aquella mañana del 1858, juntos guerrearon y juntos desaparecieron el mismo día que mataron a Zamora. El alpargatero vive, lo sé... Lo han visto... Y yo lo creo... Y a su casa debe volver... Pero, ¿y mi hijo? Si la historia que me refirieron es cierta, debe estar vivo en algún sitio.

BEGOÑA: Malhaya sea quien te ha contado esas historias.

TERESA: No ha sido uno, sino muchos los que me la han contado... Cuando esa bala que nadie sabe quién la disparó derribó al jefe de la Revolución, los dos altos oficiales que estaban solos con él, llamaron a unos soldados para que lo enterraran, fueron escogidos mi hijo y el alpargatero... Les hicieron jurar que a nadie dirían el sitio de la tumba, luego les pagaron y los licenciaron... Nadie los volvió a ver. Después de dos años dicen que apareció el alpargatero... Pero, ¿y mi hijo? ¿Qué ha sido de mi hijo?

BEGOÑA: Ya vendrá, ten paciencia; aún están regresando a sus hogares muchos de los que se daban por perdidos... Fueron cinco años de matanzas, de incendios, de hambre... Todos fuimos aventados por muchos sitios. Como en esas grandes crecidas, ahora es cuando comienzan a recogerse las aguas...

TERESA: Es que hay otra historia...

BEGOÑA: No creas ninguna y aguarda...

TERESA: El zambo Lucrecio, el domingo, cuando estaba borracho, dijo que a mi hijo Guadalupe lo habían fusilado... Que el alpargatero lo sabía.

BEGOÑA: No se fusilan hombres así nomás...

TERESA: En guerras como esa, sí; lo hemos visto hasta la saciedad...

(Se oyen gritos lejos, llega apresurada Rosalía, también vestida de luto.)

ROSALÍA: ¡Gracias a Dios que las encuentro! ¡Esa mujer me persigue!

TERESA: ¿Quién?

ROSALÍA: ¿Quién va a ser? La loca, Brusca...

BRUSCA: *(Lejos)* ¡Salgan para afuera...! ¡No se escondan nalgas sucias...! ¡Vengan a pelear...!

BEGOÑA: *(Habla a Teresa)* Debemos irnos...

TERESA: No, este portón debe abrirse. *(A Rosalía)* ¿Por dónde anda?

ROSALÍA: Subía por la calle cuando me vio... Comenzó a gritarme y a decir improperios. Tuve que correr, vengo sin aliento...

BEGOÑA: Antes escandalizaba solamente de noche... La pobre...

ROSALÍA: Con ella suelta por el pueblo, nadie puede vivir tranquilo ni de día ni de noche, por eso no salgo... Aún no puedo respirar bien. Es como si aún sufriéramos la guerra...

TERESA: Si me hubiera ocurrido lo que a ella, también andaría así... Ver muertos a sus cuatro hijos y a su marido en una sola trinchera es como para enloquecer a cualquiera...

ROSALÍA: Quién los mandó a irse a todos a la guerra... Ella de cantinera y los tres de guerrilleros... ¡Muy bueno!

BEGOÑA: Creyeron en la Federación...

(Se oyen gritos de mujer cerca.)

BRUSCA: (A gritos) ¡Ya en este pueblo nadie pelea! ¡No quedan sino beatas y maricones!

BEGOÑA: Ah, pero allí viene, mejor nos vamos...

ROSALÍA: ¡Corramos!

(Cuando van a caminar llega Brusca la Rompe Fuegos. Al verlas se les cruza y comienza a moverse para no dejarlas seguir.)

BEGOÑA: ¡Déjanos pasar, Brusca! ¡Somos tus amigas! (Sigue) Te queremos y nos quieres...

BRUSCA: ¡Ja, ja, ja... Miren quienes están aquí...! ¡Las dos señoritas y la viuda... (Burlona) ¡Las dos señoritas...! (Se encara con Begoña y Rosalía) ¿Por qué no han tenido hijos? ¿Le han tenido miedo a parir o le han tenido miedo a los hombres? ¡Los hombres son sábrosos y para parir nacieron las mujeres! (A Begoña) ¡Ja, ja, ja, ya se están poniendo como flores de onoto...! ¡Vayan por ahí y súbanse las faldas en vez de andar rezada que te rezas todo el día! ¡Hace falta que las mujeres paran hombres, muchos hombres! (Íntima) ¡Chiss...! ¡El ejército de Zamora necesita guerreros valientes...! ¡En esas batallas contra los oligarcas han muerto muchos, muchísimos...! Sólo quedamos en las filas federales mis hijos y yo...

ROSALÍA: (Con rabia) Deja que tus hijos descansen en paz... Los tres murieron...

BRUSCA: ¡Puta embustera! Allá abajo están y me cuidan y me miman como a una gran dama...

ROSALÍA: ¡No son tus hijos! ¡Sino haraganes huérfanos que roban y te dan de lo que roban!

BRUSCA: (Ríe fuerte) ¡Son tres machos y tú sólo necesitas uno para gozar! ¡Hablaré con José, es el mayor y aprieta duro...!

ROSALÍA: ¡Calla esa boca...!

BEGOÑA: ¡Déjala, Rosalía! ¡La vas a enfurecer!

ROSALÍA: ¡Estoy llena de rabia... No hace sino asustarnos a todos...!

TERESA: Quizás hablándole entre en razón... (*A Brusca, suave*) Déjanos pasar.

BRUSCA: ¿Pasar, a dónde? Ah, ya sé quienes son ustedes...

Quieren llevarles informes a los oligarcas... ¡Tres putas espías! (*Se rasca la cabeza*) ¡Aquí como que va a haber fusilamiento! (*Acercándose a las mujeres e intentando alzarles las faldas*) ¿Qué llevan bajo las faldas? (*Las mira muy bien*) Fondo, túnicas, refajos, pantaletas y entre las pantaletas papeles escritos para los oligarcas. (*Cambia la voz*) Los federales tienen tantos hombres, tantos fusiles... Se mueven así y asao y Zamora piensa atacar por Acarigua... ¡Miren a las tres bellezas! (*A Teresa*) Tú te pareces a Teresa. (*Despreciativa*) ¡Viuda lloricona! ¿Qué edad tienes? ¿Veinte? Entonces puedes tener hijos... Yo te buscaré a un hombre completo... ¡Conozco un raso que ni pinto...! En un dos por tres estarás así... (*Hace gestos de mujer embarazada.*)

TERESA: (*A Brusca*) Déjanos pasar... Estamos apuradas...

ROSALÍA: Deja en paz al pueblo, deja en paz a todo el mundo y vete a otro lugar...

BRUSCA: Si me dan bastimento las dejo pasar... Soy cintinera, debo repartirle comida y agua a la tropa... (*Usando las manos como cornetas*) ¡Tararí... Tararíii... Ya toca el rancho... Sólo hay tasajo y aguardiente...!

ROSALÍA: (*Enérgica y resuelta*) ¡Apártate ya! Hay un señor que espera a Teresa...

TERESA: (*Inquieta*) ¿Que un señor me espera? ¿Quién es? ¿Será el alpargatero? ¿Por qué no me lo dijiste antes...?

ROSALÍA: No tuve tiempo... Por eso venía a buscarlas... No sé quién es... Nunca lo he visto...

TERESA: (*A Begoña*) ¡Es el alpargatero! ... ¡Seguro que es él! ¡Quiso ir a mi casa antes de venir a la suya...! ¡Sábré de mi hijo...! (*Decidida*) ¡Debo ir allá!

(Burla a Brusca y corre, Rosalía la sigue asustada. Brusca agarra por la falda a Begoña y le impide que siga tras las otras.)

BRUSCA: Tú no te me irás con los cuentos al enemigo.

(Begoña se le suelta, pero Brusca la acorrala contra la pared sin tocarla y le impide seguir a Rosalía y Teresa.)

BEGOÑA: Brusca, déjame ir, yo soy Begoña. ¡Begoña! ¡Begoña! ¿No me reconoces? Jugamos pequeñas...

BRUSCA: *(Mirándola fijamente)* ¡¿Begoña?! !¿Begoña?!
(Mirando a su alrededor) Este pueblo no era así... feo... Tuvo sus casas blancas, sin manchas de pólvora y sangre... Begoña... Begoña...

(Obscuridad sobre Begoña. Cenital sobre Brusca.)

BRUSCA: Begoña, Begoña, ven para que conozcas a mi novio... Ganó cinco cintas en la feria... Es tan fuerte como un potro... Begoña... Este es mi cuarto hijo, fresco como el pan... Se llama José...

(Luz de nuevo sobre las mujeres.)

BRUSCA: Ja, ja... No puedes irte... Oyes esos tiros, esas cornetas y esos gritos... ¡Están peleando en Santa Inés! ¡Batalla igual no se ha visto!... ¡Los oligarcas comerán tierra y gusanos y para el pobre será una nueva vida...!

BEGOÑA: *(Persuasiva)* Todo pasó Brusca... La Guerra Federal ha terminado, las cosas están tranquilas...

BRUSCA: ¿Tranquilas? ¡Hay miles de tumbas con huesos y hormigas! Y en las trincheras hombres muertos... *(Se le acerca evocativa)* Yo los vi... Eran mis cuatro hombres... Jacinto tenía el chopo apretado contra el pecho y sonreía... Carmelo estiraba los brazos hacia adelante y su penacho amarillo estaba tinto de sangre... Juancito cayó boca abajo abrazando la tierra... ¡Cómo quería la tierra! ...Bonifacio en las empalizadas trataba de buscarse las piernas que la metralla le había llevado... Yo los vi... Y arriba volaban los zamuros... ja, ja, ja... *(Corta la voz)* ¡Quién dijo que eran los míos...! *(Con ira)* ¡Quién lo dijo! ¡Ninguno de ellos era nada mío!

BEGOÑA: *(Temerosa)* ¡Cálmate Brusca...!

BRUSCA: ¡No soy Brusca! ¡Soy la Rompe Fuegos y con el grado de Comandante de las guerrillas del centro!

BEGOÑA: Ilumina tu cerebro... Eres Brusca Martínez...
Todas esas cosas pasaron... Ya no hay guerra... Zamora
murió en San Carlos...

BRUSCA: (*Violenta*) ¿Quién murió? ¿Zamora? (*Estupor. Pausa.*) ¡Ja, ja, ja, eso quisieran los oligarcas para gozar y poner un baile...! Yo acabo de verlo en la trinchera ordenando con voz de bronce: ¡Fuego cerrado, fuego cerrado!

BEGOÑA: Una bala lo derribó para siempre...

BRUSCA: ¡Puta embustera! ¡No hay tirador que lo acierte!
¿Oyes? (*Sacude por los hombros a Begoña.*)

BEGOÑA: El hijo de Teresa y el alpargatero lo enterraron...

BRUSCA: ¡¡No!! ¡¡Nadie lo ha enterrado!! ¡¡Ya corro a buscarlo para que lo veas!! ¡¡Ya voy a buscarlo a la sabana!! (*Corre hacia la oscuridad llamando a gritos*) ¡Zamora! ¡Zamora!

(*Obscuro.*)

CUADRO II

Luz difusa en la casa de Teresa. Sentado en un mecedor de cuero está un hombre. Porta una guitarra pequeña, un bastón y un rosario. Lleva anteojos oscuros.

PERRO

(*Entran Teresa y Rosalía.*)

TERESA: (*Mirando con recelo y atención*) ¡No es el alpargatero...! (*Al hombre*) ¿Me buscabas?

PERRO: ¿Es usted Teresa Casique? (*Se da vuelta.*)

TERESA: Sí, y usted, ¿para qué me quiere? ¿Quién es?

PERRO: No me conoce... Mi nombre no le diría nada tampoco... Vengo de muy lejos... Pero si algo le recuerda eso, puedo informarle que me decían El Perro...

TERESA: ¿Aquí en el pueblo?

PERRO: ¡No! Entre los federales... Peleé junto a ellos.

TERESA: (*Haciendo memoria*) ¡El Perro? (*Mueve la cabeza.*)

Rosalía: ¡Ah! Yo sí recuerdo... (*Al hombre*) He oído que ustedes eran doce que acompañaban al indio Espinoza. (*A Teresa*) Les decían las fieras... (*Recordando*) El Tigre... La Mapanare... El Chacal... La Pantera... Se portaron tan mal e hicieron tantas insubordinaciones, que Zamora los fusiló.

PERRO: ¡Sí! ¡Los fusiló, pero menos a uno...!

TERESA: ¿A usted?

PERRO: Sí, a mí, al Perro... las balas sólo me rasguñaron... (*Se palpa la herida del rostro*) ¡Quedé vivo y lleno de odio contra Zamora!

TERESA: (*Turbada*) ¿Y para qué me busca?

PERRO: Ahora lo sabrá: la Guerra Federal después de la Batalla de Santa Inés estaba ganada... Y todos lo sabían. Al fin los pobres irían a levantar cabezas. No habría más hambre ni injusticias. Sólo faltaba tomar San Carlos, luego Valencia y después Caracas... ¡Pero la cosa se torció!... ¡Ah, esa es otra historia! Por mi parte, después de escaparme del montón de los fusilados me refugié en una montaña. Una noche, no sé cómo, llegó hasta mi escondite un hombre...

(*Obscuridad. Segundos después cenital sobre El Perro quien se mueve, hacia el fondo, de pronto cerca de él, aparece un hombre que lleva sombrero de anchas alas y se cubre con una capa. Su aspecto es marcial y habla con arrogancia.*)

DESCONOCIDO: ¡Por fin encuentro tu guarida, Perro!

PERRO: (*Moviéndose ágil y esgrimiendo su bastón*) ¡Un momento! ¿Quiénes usted?

DESCONOCIDO: (*Convinciente*) ¡Un enemigo de Zamora y un amigo tuyo!

PERRO: (*Desconfiado*) ¡Yo no tengo amigo!

DESCONOCIDO: (*Amistosamente*) ¡Déjate de tonterías y vamos al grano! ¡Tú creías en Zamora como en un gran jefe! ¡Como el caudillo que quitaría la plata a los ri-

cos para dársela a los patas en el suelo! ¡Pero te fusiló junto con tus amigos! ¡Lo de que ustedes eran unos saqueadores y asesinos insubordinados fue un pretexto... Sólo deseaba mandar él, y les tenía miedo... Eso es...!

PERRO: ¡Zamora no le tiene miedo a nadie!

DESCONOCIDO: ¡A ustedes sí! ¡Por eso los envió donde los zamuros! Pero, vamos, muchos saben que estás vivo y esperan que te vengues! ¡Tu fama de perro bravo se irá al suelo si nada haces...! (*Ríe con sorna mientras se mueve en torno al Perro. Este sigue sus gestos como una fiera en acecho.*) ¡Ja, ja, Zamora se comió a las doce fieras y ni se atragantó... Y ahora El Perro ni ladra!

PERRO: (*Con furia sorda, sombría*) ¿Quién dice eso?

DESCONOCIDO: (*Burlón*) ¡En la tropa federal! ¡En tu pueblo! Hasta lo cantan en corridos y coplas, hace poco oí una...

(*De lejos llega la canción. Ambos quedan quietos.*)

UNA VOZ: (*Canta acompañada de cuatro y maracas.*)

«¡A las fieras de Espinoza
Zamora las fusiló!
¡Y el Perro temblor y aullidos
en el monte se escondió!»

PERRO: ¡Nadie ha peleado en esta guerra como yo! ¡Ni la cuenta llevo de los muertos que tengo! ¿Acaso he temblado alguna vez?

DESCONOCIDO: ¡Pero después que resucitaste aquella mañana tienes miedo!

PERRO: (*Con rabia y odio*) ¡No soy un cobarde! ¡Quien diga eso lo dirá una sola vez!

DESCONOCIDO: (*Nuevamente burlón*) ¡Zamora lo dice...!

PERRO: ¿Cómo lo sabe usted?

DESCONOCIDO: Se lo he oído. Y no una sino muchas veces... ¡Cuídese del Perro, le decimos, y él se ríe!

PERRO: Entonces, ¿usted es de los de él?

DESCONOCIDO: Sí, pero no me fusilará como a ti y a los otros.

PERRO: Terminemos... ¿Por qué vino hasta aquí? ¿Qué desea de mí?

DESCONOCIDO: Eso es razonable... ¿Cuánto quieres... por... bueno, por enviar a Zamora al mismo lugar donde él envió a tus amigos?

PERRO: ¡Nada! ¡No mato hombres por dinero!

DESCONOCIDO: ¡Zamora tiene razón! ¡Sabe lo que dice cuando afirma que eres cobarde!

PERRO: (*Con ira*) ¿Dónde está Zamora?

DESCONOCIDO: Sitia a San Carlos, luego irá a Valencia y Caracas.

PERRO: ¡Váyase! ¡Váyase! ¡Y diga a los suyos que El Perro está vivo, y que ladra y muerde!

DESCONOCIDO: ¡Ahora sí hablas como el hombre que eres!

PERRO: Asegúrele a quienes lo han enviado, que Zamora no irá a Valencia, ni a Caracas... Quedará en San Carlos... ¡Se lo jura El Perro, que nunca juró en vano!

DESCONOCIDO: (*Con sonrisa irónica*) ¡Sé que eres hombre de palabra!

(*Obscuro.*)



(*Desaparece el Desconocido, luz sobre las mujeres y El Perro.*)

TERESA: (*Aterrada*) Entonces, ¿usted... usted... fue quien ultimó a Zamora?

PERRO: ¡Sí! ¡Yo y el diablo! (*Mira por todas partes con inquietud.*) ¡El diablo que me ronda por todas partes! (*Se santigua.*)

ROSALÍA: (*Santiguándose también*) ¡Ave María Santísima!

PERRO: Fui a San Carlos... Allí se peleaba... Dos oficiales estaban en un solar... Desde una mata los vi... Luego

llegó Zamora de blusa azul y quepis amarillo... Le hicieron señas hacia la mata donde yo estaba... Lo miré bien apuntándolo; luego apreté el gatillo del chopo...

TERESA: ¡Qué horror!

PERRO: Y fue entonces cuando intervino el diablo. ¡Sí, el diablo, pues mi chopo no disparó! Sin embargo, vi como Zamora caía de espaldas, muerto, muerto... ¡Muerto para siempre! Y es eso precisamente lo misterioso. (*Inquietud.*) Les juro que la bala estaba intacta en el chopo... completamente intacta. (*Pausa.*) El diablo ha debido estar detrás de mí, dicen que acompaña siempre a las doce fieras... Por eso quizás sentí un escalofrío cuando apreté el gatillo... Aquello me produjo espanto. ¡Entonces huí! ¡Huí tanto que ni yo mismo me encontraba! ¡Fui a las iglesias de todos los pueblos! ¡Recé!... ¡Hice promesas!... La guerra concluyó... Muerto Zamora, los ricos se entendieron. Un viejo soldado federal me explicó luego... Con el pueblo triunfante todo habría cambiado... Y óigame bien, yo era el asesino de Zamora... Pero mi chopo no disparó... La Federación fracasó y yo era el asesino... La miseria quedó sobre el pueblo y yo era el culpable... La injusticia siguió por el campo y yo la había ayudado... ¿Cuántos hombres han muerto sobre esta tierra con la bala que mató a Zamora? Por eso rezó, y por eso canto canciones tristes sobre esa guerra que el pueblo perdió...

TERESA: Aún no comprendo, ¿por qué me busca a mí?

PERRO: Usted tiene un hijo... Guadalupe, fue soldado federal de los buenos...

TERESA: (*Ansiosa*) ¡Sí! ¡Guadalupe es mi hijo...!

PERRO: Cuando cayó Zamora, lo buscaron a él y a otro soldado para que enterraran el cadáver en un sitio secreto. Hecha la operación, nadie los vio más... Supe que Guadalupe es de este pueblo... Y he venido para que me diga algo... Algo que sólo él puede decirme...

TERESA: ¿Qué? ¿Qué es eso que sólo mi hijo puede decirle?

PERRO: Si el balazo que derribó a Zamora fue por delante de su cabeza o por detrás... Sólo los dos jefes que estaban con él y quienes lo enterraron, vieron el cadáver...

TERESA: Entonces, ¿usted nunca ha visto a Guadalupe después de aquello?

PERRO: No... Sólo por casualidad supe quiénes fueron los que hicieron de sepultureros.

TERESA: (*Con desconsuelo*) Creí que usted me traería buenas noticias... (*Afligida*) Tampoco yo lo he visto desde el día en que se incorporó a las tropas federales... Todo el tiempo que llevamos de paz ando buscándolo.

PERRO: Pero, ¿está vivo?

TERESA: ¡Eso quisiera saber...!

PERRO: ¡Si no está él, buscaré al otro, también es de este pueblo!

ROSALÍA: ¡Tampoco ha vuelto!

PERRO: ¡Tampoco? ¡Ah! Llevo leguas y leguas andadas... Toda la ruina de Venezuela la traigo en el alma... Y aquí, en Ospino, esperaba liberarme de mi angustia... Y ahora tendré que seguir buscando... ¡Volver a peregrinar! Tocaré de nuevo y cantaré por los caminos hasta encontrarlos... Debo liberarme de mi angustia. (*Sale.*)

TERESA: También yo seguiré buscando... Ojalá estén vivos...

ROSALÍA: (*A Teresa*) Vivos deben estar, pero escondidos, saben muchos secretos...

TERESA: Pero, ¿por qué Guadalupe no me dice a mí, su madre, dónde está?

ROSALÍA: No habrá tenido oportunidad de hacerlo... O estará aguardando que pase más tiempo y todo se olvide.

(*Entra Begoña agitada.*)

BEGOÑA: Por fin pude liberarme de la Rompe Fuegos... (*A*

Teresa) Teresa, una buena noticia... Al caserío de La Corteza, han llegado unos soldados que estuvieron en la tropa de Guadalupe, dicen que a la hacienda de El Palotal regresó enfermo el viejo comandante que los mandaba y que él debe saber del alpargatero y de tu hijo...

TERESA: ¿Es cierto eso?

BEGOÑA: ¡Ciento! Yo vi uno de los recién llegados...

TERESA: Entonces, vamos allá... Ahora mismo...

BEGOÑA: ¡Queda lejos...!

TERESA: No importa...

(Afuera a lo lejos, se oye una canción acompañada de guitarra pequeña.)

Voz: *(Cantando)*

¡En San Carlos de Cojedes
cayó mi Ezequiel Zamora
y el pueblo por quien luchó
en la sabana lo llora!
¡En la sabana lo llora!

(Pausa.)

BEGOÑA: ¿Quién cantará?

TERESA: Un hombre... Estuvo aquí ... También desea saber de Guadalupe... Le diremos la llegada de ese Comandante para que nos acompañe... Vamos...

(Pausa. Sale. La siguen Begoña y Rosalía. El escenario se oscurece lentamente mientras continúa oyéndose afuera la canción.)

Voz: Hay quienes ven en las noches
que lo llevan a enterrar
cuatro sombras y una hamaca
muy cerca de un platanal,
muy cerca de un platanal...

Ay Ezequiel, tu caballo
va solo por los esteros
y sola va por el viento

la voz de tus guerrilleros...
La voz de tus guerrilleros...

(Oscuro.)

SEGUNDO ACTO

La misma noche. Luz en el cobertizo que es albergue de Brusca y los jóvenes. Hay unas esteras, un improvisado fogón, algunos haces de paja, unas cobijas viejas, un taburete y algunos trastos de cocina muy viejos y ahumados. Sobre un anafre hay una olla de barro donde se cuece algo.



En escena, Olegario se ocupa de cortar con un cuchillo grande unos palos y luego los mete bajo el anafre. Llega Vicente con un porsiacaso donde trae algunos comestibles.

OLEGARIO: ¿Conseguiste algo para los dientes?

VICENTE: Arepas viejas, pescado seco y un pedazo de queso que debe tener la edad de la vieja Brusca...

OLEGARIO: Ella no ha venido hoy por aquí ni una sola vez... Y ya es bastante de noche...

VICENTE: (*Mientras pone en el suelo lo que ha traído*) Cuando bajaba la última calle del pueblo oí sus gritos. La pobre está más loca que nunca... Unos muchachos y varios perros la perseguían.

OLEGARIO: Es que hay luna... (*Soplando el anafre*) Bueno, con eso que trajiste nos llenamos las barrigas, a menos que Francisco haya conseguido algo más... (*Toma de lo que ha traído Vicente y comienza a comer.*) Ya voy a empezar, desde esta mañana no me echo nada en el buche...

VICENTE: Yo tuve suerte; le limpié el solar al dueño del ventorrillo que queda en el Camino Real y su mujer me dio una buena sopa de arroz y hasta café con leche... La leche ha debido ser de chiva... Después me

envolvió esas cosas... Pero de ofrecer trabajo fijo, nadie habla...

OLEGARIO: Yo en cambio caminé como un condenado sin conseguir nada... No sé si es que tengo mala facha o qué... Pero apenas soltaba una palabra cuando me decían que no... Nadie quiere sembrar, nadie quiere dar trabajo, nadie tiene un centavo... ¡Una verdadera ruina es lo que hay!

VICENTE: Y así es por todas partes en el país. Con cuanta gente he hablado, no hacen sino quejarse, parece que por donde quiera sólo hay pajonales secos, lutos y hambre... Es lo que quedó después de echar plomo cinco años con sus días y sus noches...

OLEGARIO: Cuando andaba por ahí husmeando como un pordiosero, se me ocurrió pensar que si me hubiera agarrado una bala en esa guerra habría sido mejor... Pues ahora, ¿no soy peor que un perro?... Cuando uno se muere pequeño sufre menos... Yo tenía trece años entonces...

VICENTE: Hay que esperar, puede que suceda algo y las cosas mejoren... Aún no está arreglado todo.

OLEGARIO: Si no hubieran matado a Zamora, quizás otro gallo cantaría...

VICENTE: Es lo que me digo; cuando menos tendríamos tierra y comida...

OLEGARIO: Por conseguir eso me fui tras su gente con mis hermanos y el viejo... Sólo yo quedé vivo para echar el cuento...

VICENTE: Por mi parte no podía ni con un machete, pero también me le uní con otros muchachos del caserío... No sabía nada de nada, pero luego comprendí por qué todos los campesinos peleaban... Y entonces sí eché plomo sabroso.

OLEGARIO: Todo en vano... Cuando pienso en esa cantidad de muertos me da escalofrío...

VICENTE: A mí me mandaban los jefes a llevar paja seca en

los grupos que iban a quemarlos... Eso era preferible a que se los comieran los zamuros...

(*Entra Francisco. Trae un bojote grande en el hombro.*)

VICENTE: Buena carga... ¿es comida?

FRANCISCO: (*Poniendo el bojote en el suelo con cierto cuidado*) Pareces zoquete, el día que consiga un bojote de comida de este tamaño pongo una pulperia y adiós hambre y padecimientos... Ya van a ver lo que es... (*Desamarra el bojote y de un poco de paja saca tres fusiles algo oxidados y los muestra a Olegario y Vicente con cierto orgullo*) Aquí ya tenemos tres.

OLEGARIO: (*Con suma curiosidad e incorporándose*) ¡Cónfiro! ¿Están buenos?

FRANCISCO: Un poco oxidados únicamente...

OLEGARIO: ¿Cómo los conseguiste?

FRANCISCO: ¡Con Facundo, el herrero! Fue federal de los que peleaban a pecho desnudo... ¡Ahora no piensa sino en volver a empezar!

VICENTE: (*A Olegario*) ¿Te fijas? ¡Son muchos los que de sean eso!

FRANCISCO: ¡Me dijo que puede fabricar lanzas!

OLEGARIO: ¡Es un palo de hombre ese herrero!

VICENTE: ¿Hay balas?

FRANCISCO: Sí. (*Saca un pequeño bolso de lona con balas*) Un poco, por ahora.

VICENTE: (*Tomando un Máuser y cargándolo*) Ya voy a estar probando uno...

FRANCISCO: (*Deteniéndolo*) ¿Estás loco? Nadie debe saber que los tenemos... Hay que esconderlos hasta que decidamos la cosa...

VICENTE: (*Alegre*) ¿Entonces hay posibilidades de guerrear otra vez contra los oligarcas? ¿Te viste con el indio Macanilla?

FRANCISCO: Sí... Está dispuesto a echarse al monte y volver a gritar las consignas federales... Y pronto.

OLEGARIO: ¿Nos iremos con él?

FRANCISCO: Claro, ¿qué otra cosa nos queda?... Hay que buscar algún camino para no morirnos de hambre... Y quién quita que aparezca otro jefe como el muerto.

(Francisco carga los otros fusiles con las balas. Vicente sirve el café en pocillos y da a Olegario y a Francisco. A lo lejos se oyen los gritos de Brusca.)

BRUSCA: *(A lo lejos)* ¡Ja, ja, ja! ¡Vengan para que vean cómo es que pelean los federales, pedazos de maricas...! ¡Vamos corneta! ¡Zafarrancho de combate y adentro!

(Cantando)

«Cuando la perica quiere
que el perico vaya a misa
se levanta bien temprano
y le plancha la camisa.

Ay, mi perico
alza la pata
para ponerte
las alpargatas...»

VICENTE: Esta noche no dormimos... Cuando llegue, seguro que le coge por cantar como la vez pasada...

OLEGARIO: ¡Pobre vieja! A estas horas quizás ni ha comido...

VICENTE: Le he guardado arepas y café, algo es algo, aunque creo que ya no tiene estómago...

FRANCISCO: *(Envolviendo de nuevo los chopos en la paja y la cobija)* Vamos a guardar esto, hay que conseguir manteca para engrasarlos bien y tenerlos listos.

VICENTE: *(Preparando debajo de los haces de paja un escondite para las armas)* Con estos tres chopos solamente no vamos a hacer nada...

FRANCISCO: Mañana tempranito traeré otros, me los ofreció la negra Rosa, la que vive por la quebrada de arriba... Los enterró cuando supo que los peces gordos se habían entendido a espaldas de los patas en el suelo.

OLEGARIO: Y debe tener muchos, pues por esos lados se peleó bastante...

FRANCISCO: Con los que ya tenemos, los otros fusiles que nos dé Rosa y las lanzas que haga el herrero, hay para armar unas cuantas guerrillas... Después el Gobierno mismo será quien nos proporcionará más armas... (A Vicente) Si quieres me acompañan mañana, pues tal vez hay que abrir un hueco grande donde la negra...

VICENTE: Habrá que llevarse un pico y una pala...

FRANCISCO: Los pediremos prestados al sacristán, es amigo mío...

(Al fondo, cerca del árbol se oye de nuevo la voz de Brusca.)

BRUSCA: (Con palabras violentas) ¡Qué hombres van a ser ustedes, deberían usar fustanes y pantalones...! Hombre con cuatro riñones es Zamora...

VOZ DE HOMBRE II: ¡Ahora vas a saber lengua sucia lo que es estar metiéndote con la autoridad! Diez días de calabozo te vamos a echar para que te limpies esa boca. ¡Anda, camina para la jefatura, vieja cochina!

OLEGARIO: Parece que se ha metido con gente del Gobierno.

FRANCISCO: (A Vicente) ¡Cubre bien las armas!

(Vicente amontona leña sobre las cobijas debajo de las cuales se encuentran las armas.)

BRUSCA: ¡Ja, ja, ja! ¡No me hagan reír! ¡Qué autoridad van a ser ustedes! ¡Un par de zánganos sí son! ¡Yo los conozco bien! ¡Oligarcas hijos de perra!

VOZ DE HOMBRE I: ¡Camina vieja loca! ¡En la jefatura hay agua bastante para bañarte! ¡Es lo que necesitas, agua fría y palos!

BRUSCA: ¡No me toques Serafín con moquillo! ¡No me toques porque te capo! ¡Suéltame hijo de la grandísima Sayona! ¡Suéltame porque sino te voy a arañar en el cielo de la boca! ¡Ay! ¡Ay!

(Se oye como si golpearan a Brusca.)

OLEGARIO: ¡Parece que golpean a la vieja! (*Se asoma por el boquete de la izquierda*) ¡Ah! ¡Son el Comisario y su compinche! ¡Ahora van a saber lo que es bueno!

(*Toma un leño y sale rápido por el boquete de la derecha que hace de puerta.*)

VICENTE: (A Olegario) ¡Voy contigo! (*Busca con qué amarrarse y toma otro leño*) ¡Hace tiempo que tengo ganas de arrancarle la cabeza a ese guapetón! ¡No hace sino provocar a la pobre loca!

(*Sale detrás de Olegario. Francisco trata de que las armas estén bien escondidas y luego se asoma a la tronera de la izquierda.*)

OLEGARIO: (Afuera y acercándose al árbol y el muro detrás del cual están Brusca, el Comisario y el Policía) ¡Dejen a la vieja, pedazos de sinvergüenzas!

COMISARIO: ¡La autoridad se respeta!

VICENTE: ¡Qué autoridad de mierda! ¡Dale duro Olegario que ese es de los que les gusta golpear a los presos!

(*Se oye ruido de pelea. Brusca aparece retrocediendo. Queda en el centro escénico.*)

BRUSCA: ¡Por las nalgas para que se le pongan flojas es que debes darle! ¡Ja, ja, ja! ¡Oligarcas nalgas flojas! ¡Y que capturarme a mí! ¡Yo soy Brusca, la Rompe Fuegos! ¡El clarín de la tropa federal y aquí tienen a mis hijos, formando la mejor guerrilla del llano! ¡Háganlos comer tierra! ¡Ja, ja, ja!

FRANCISCO: (Desde el boquete) ¡Pártanle el alma a esos atropella mujeres!

(*Brusca va a ir a la pelea pero Vicente quien llega junto a ella la detiene.*)

BRUSCA: ¡Ya corren! ¡Ja, ja, ja! ¡No son ningunos pene pen...!

(*Vicente toma con suavidad a Brusca y la hace caminar hacia la derecha. Olegario los alcanza. Oscuro sobre ellos.*)

FRANCISCO: (Volviendo cerca del fogón) ¡Esos no volverán a poner sus pies por aquí!

(Por la tronera de la derecha llegan Vicente, Brusca y Olegario. Brusca camina con dificultad y se soba una cadera. Olegario trae el machete del Comisario.)

OLEGARIO: ¡Las autoridades tocaron retirada! ¡El Comisario dejó esto! (Muestra la peinilla) ¡Guapo el hombre, ni se volteó para saber quiénes le pegaban!

FRANCISCO: (A Olegario y señalando la peinilla) ¡No dije que el Gobierno nos proporcionaría más armas! No voy a devolverla, la esconderemos con los chopos...

(Quita la peinilla a Olegario y la esconde bajo la cobija. Brusca ve la operación.)

BRUSCA: Hay que llevarle a Zamora el parte de esta batalla... El enemigo en fuga y su armamento en poder de nuestras guerrillas... ¡Ay! (Sobándose la cadera) Creo que me rompieron un hueso... Pero ¡la victoria nos alumbrará! (Alucinada parece mirar, silenciosa, la batalla. A lo lejos se oye una canción semejante a un Himno. Entre tanto los muchachos se mueven en silencio. Canta:)

¡Campesinos! Corramos, volemos
a la Patria sacar de la tumba
y que el fiero oligarca sucumba
bajo el peso de amargo penar...

VICENTE: (Extinguida la canción y sentando a Brusca con cuidado en el taburete) Así le hacía a mi mamá cuando tenía dolores por tanto trabajar en el conuco... (Calienta junto al anafre la botellita.)

OLEGARIO: (A Brusca) Ésos no volverán a pegarte nunca en su vida. Anda, come algo... (Ofrece a Brusca una arepa y café.)

BRUSCA: (Enérgica y rechazando lo que se le ofrece) Cuando hay guerra no se puede pensar en comer... A ustedes no les gusta sino hartarse... ¿Quién ha dicho que se pelea bien con la barriga llena y eructando? ¿Ustedes son mis hijos o los señoritos esos que se las echan de federales?

OLEGARIO: ¡Hay que comer, vieja, para tener fuerzas!

BRUSCA: Lo que deben hacer es curarme para regresar a la trinchera, el ataque grande va a comenzar ahora mismo... ¿No oyen los clarines tocando a formación de combate?

VICENTE: (A Brusca) Déjame abrirte el vestido por detrás para darte la soba... aún hay algo en la botella.

(Brusca se queda quieta. Vicente le desabotona algo el vestido por detrás y comienza a sobarla con el menjurje de la botellita.)

OLEGARIO: (A Francisco) ¿Y si cogemos el monte, qué hacemos con ella?

VICENTE: ¡Yo opino llevarla!

FRANCISCO: Yo también, en el pueblo nadie la cuidaría. Y más con lo que pasó ahora con el Comisario y ese policía... La vieja se moriría de hambre...

OLEGARIO: (Haciendo que Brusca coma) No hay que dejarla sola...

VICENTE: (A Brusca) Oye, vieja, ¿te irías con nosotros bien lejos de aquí?

BRUSCA: (Colérica) ¡Irme de aquí? ¿Quién quiere irse? ¡Ahora es cuando comienza la gran batalla y el que se vaya no es sino un desertor! (Se pone de pie con violencia) ¿Tengo yo hijos desertores? Óiganme bien, al de ustedes que deserte lo hago fusilar... Y su padre me dará la razón, porque él tampoco quiere hijos correlones...

VICENTE: (Tratando de sentarla de nuevo) Quédate tranquila, vieja... Siéntate.

BRUSCA: (Más colérica aún) ¡Yo sé quienes desean desertar! A Zamora se lo he dicho...

(Oscuro sobre los jóvenes. Cenital sobre Brusca.)

BRUSCA: Son los camelones de siempre, los que se fingen liberales para aprovecharse de la sangre del pobre y luego traicionarlo... Yo sé lo que preparan... Y Zamora

lo sabrá... Comprenden que si esta batalla de Santa Inés se gana, los ricos están perdidos. Vendrá el gobierno del pueblo y los que ahora están arriba tendrán que bajar los lomos.

(Oscurecimiento lento.)

(Se oye un redoble de tambor, mientras se ilumina un rincón del campamento federal. Dos oficiales junto a una fogata semiapagada conversan con cierto sigilo.)

OFICIAL I: Eso debemos tenerlo claro, si Zamora vence con su plebe de campesinos a ese gran ejército gubernamental que nos sigue podrá hacer lo que quiera... Aplastará a la oligarquía, tomará el gobierno... Pero también a nosotros nos tendrá en sus manos...

(Tras de ellos, silenciosa, aparece Brusca. Se detiene y escucha.)

OFICIAL I: Y en vez de utilizarlo a él, él nos habrá utilizando a nosotros para elevar a su populacho... ¡¿Y entonces?!

OFICIAL II: ¡Eso hace suponer que será más peligroso para nosotros ganar la batalla que perderla!

OFICIAL I: ¡Por supuesto! ¡Zamora no admitirá términos medios!

OFICIAL II: ¡Quizás no se gane! ¡Machetes y chopos viejos no hacen milagros! ¡Además somos pocos los oficiales técnicos con que cuenta Zamora. Los campesinos son buenos para guerrillas y escaramuzas, pero no para enfrentarse a cuerpos organizados de tropas bien armadas...!

OFICIAL I: ¡Eso es una gran verdad! (*Brusca se acerca a ellos moviendo una vieja cantimplora de estaño. El Oficial I la advierte. Pide a su acompañante que guarde silencio*) ¡Chiss! ¡Chisss!

BRUSCA: ¡Aquí está la cantinera con agua y ron! ¡El agua da sapos en la barriga mientras que el ron infunde bríos! ¿Qué prefieren los oficiales...? ¡Ah, son ustedes los señores ricos que nos acompañan!... ¡Bravo! ¿Qué toman?

OFICIAL I: ¡Agua!

OFICIAL II: ¡Yo lo mismo!

BRUSCA: ¡Humm! ¡Militar que no beba ron, fume tabaco y le gusten las faldas y el joropo, está mal...! ¡Tendrán que acostumbrarse! (*Les sirve*) ¡Lo que viene mañana es gordo...! ¿Cuántos hombres del gobierno nos siguen?

OFICIAL I: ¡Muchos miles!

BRUSCA: ¡Ay mi madre! ¿Y creen que ganaremos?

OFICIAL II: ¡No hay que confiarse! ¡Traen muchos cañones y jefes duchos que han estudiado en el exterior...!

BRUSCA: ¡La Virgen del Carmen nos ampare!

OFICIAL I: ¡Yo en el pellejo de Zamora, no daba batalla en este lugar, puede ser un sacrificio inútil!

OFICIAL II: (*A Brusca directamente*) ¡Es bueno que eso se sepa entre las guerrillas y los rasos, pues los únicos contentos si peleamos serán los zamuros...! Por mi parte tendré mis caballos listos...

BRUSCA: ¡Me está dando miedo ir...! ¿Hay peligro entonces de que esos oligarcas nos... (*Hace gestos de que le cortan el cuello.*)

OFICIAL I: ¡Es posible! ¡Por lo menos a los que agarren!

BRUSCA: ¡El gran poder de Dios me salve! ¡Yo no quiero transformarme en cadáver todavía...! ¡Lo mejor es avisar eso!

OFICIAL I: ¡Debes hacerlo rápido! ¡Para dar batallas ya habrá tiempo! ¡Corre a la tropa!

BRUSCA: ¡Eso haré!

(*Se va. Oscuro. Segundos después una luz difusa gris violeta se enciende en un ángulo del Cuartel General de Zamora. Este se halla de pie sobre unos escalones, hace silueta contra el fondo. Brusca sale de la oscuridad y avanza hacia él, deteniéndose al pie de los escalones.*)

BRUSCA: Estos ricos con trajes de mendigos que nos acompañan se entenderán con los jefes enemigos y con todos los potentados que están por detrás. Mis guerrilleros han sorprendido conversaciones. Yo misma los he oído esparciendo rumores de que esa gran fuerza que nos sigue nos derrotará... Algunos hasta preparan caballos y mulas para desertar... Yo en su lugar, general Zamora, les formaría consejo revolucionario y los fusilaría... No se puede triunfar con enemigos ocultos en nuestras propias filas.

ZAMORA: (*Sonriendo*) Por algo te llaman la Rompe Fuego... (*Señalando el mapa que tiene sobre la mesa*) La oligarquía está perdida... Su único y gran ejército ha caído en la trampa que le he puesto. Mañana, después de la batalla no habrá sobre esta tierra sino un sólo y gran ejército, el de los campesinos... Luego nos uniremos con la gente humilde y pobre de las ciudades y comenzará el gobierno del pueblo.... ¡Los que sueñan con traiciones quedarán burlados!

BRUSCA: Eso lo piensa usted con su cabeza... pero esa cabeza pueden hacerla caer...

ZAMORA: ¡No se atreverán! ¡Además ese gran fuego que se ha encendido no podrán apagarlo tan fácilmente...!

BRUSCA: Es cierto, pero muchos sabemos que no hay más caudillo que piense en el pueblo como piensa usted. No hay quien tenga su capacidad militar... No hay quien odie la oligarquía y ansíe la justicia con tanta fuerza como usted... No hay sino los campesinos y usted y esa es la desgracia.

ZAMORA: ¿Por qué?

BRUSCA: Porque este fuego de justicia que marcha por campos y caminos pueden detenerlo con una bala... con una sola bala...

Voz de Zamora: No la dispararán...

Voz de Brusca: Quién sabe... No se confíe... la culebra sabe usar su oculto veneno...

(Oscuro.)

(La luz se enciende lentamente en la escena anterior.)

BRUSCA: *(Hacia los jóvenes)* La oligarquía es una serpiente enroscada en torno del pueblo... Y Zamora lo sabe... Y le aplastará la cabeza... Todos lo ayudaremos a hacer eso. ¿Quién es el que no va a ayudar? ¿Hay algún cobarde aquí que quiera irse para no pelear? *(Los mira uno a uno)* El que tenga la barriga floja de miedo que lo diga...

FRANCISCO: Nadie piensa en irse, vieja.

BRUSCA: ¡Así me gusta!

OLEGARIO: *(Suavemente)* Ahora vamos a dormir todos para estar mañana bien dispuestos...

BRUSCA: Eso es... Y en lo que suene la diana todo el mundo con sus armas para las trincheras... Ja, ja, ja... el enemigo no sabe lo que le espera... *(Vicente la toma con cuidado y la lleva hasta un haz de paja haciendo que se acueste, Olegario y Francisco también se acuestan.)* Zamora ha dicho que esta será la batalla definitiva, la definitiva... *(Alzando la cabeza)* Chisss. Están tocando silencio en el campamento. Hay que cerrar los ojos... Ah, pero no los dos, sino uno solo... Uno solo...

(La luz comienza a extinguirse mientras Vicente también se acuesta en el suelo.)

TERCER ACTO

A la derecha el mismo cobertizo que sirve de albergue a los jóvenes y Brusca. Al fondo la vivienda del viejo comandante significada por una ventana de rejas y junto a ella colgada una espada. Hay un taburete de cuero en el cual está sentado, grave, pensativo, el viejo comandante. A la derecha, diagonal, una pared en ruinas con un boquete que permite ver a alguien que se asoma por detrás. Tras la pared un árbol seco.

○FF64

Al iniciarse la acción hay luz nocturna. Al fondo, el viejo comandante medita. Llegan Teresa, Begoña, Rosalía y El Perro. Teresa se adelanta unos pasos mientras los otros se detienen y miran al Comandante con admiración y respeto.

COMANDANTE: (*Quien hasta ese momento ha estado abs-traido en sus pensamientos*) ¡Qué buscan? ¿Por qué han entrado hasta aquí? ¡Ya ni perros que vigilen quedan en esta casa!

TERESA: ¡Deseamos que nos dé un informe!

COMANDANTE: (*Turbado y con desconfianza*) ¿Informar yo? ¿Acerca de qué?

TERESA: ¡De esa guerra donde estuvo!

COMANDANTE: (*Con ira y mirando a cada uno de los que han llegado*) ¡No quiero que se hable de ella! ¡Nadie en esta casa debe mencionarme esa guerra! ¡Lo he prohibido!

BEGOÑA: (*Señalando a Teresa*) Ella sólo desea saber...

COMANDANTE: (*Interrumpiéndola*) ¡Nada sabrá de mí! ¡Yo sólo he venido a morir bajo estos viejos aleros! ¡Óiganlo bien! ¡A morir! (*Se incorpora con dificultad*) ¡Aun cuando respiro soy un ser muerto! ¡Por eso crucé de noche el pueblo, para que nadie me viera! ¡Háganse el cargo que no estoy aquí! ¡Que no me han visto! ¡Además, estoy seguro de que no soy el que ustedes buscan!

BEGOÑA: ¡Dos de sus viejos soldados lo reconocieron cuando dobló la última calle!

COMANDANTE: (*Con ira contenida*) ¡Nunca mandé soldados sino campesinos...! ¡Esta chaqueta...!

ROSALÍA: (*Interrumpiéndolo*) ¡Yo sé que usted es Cisneros! ¡Aún recuerdo cuando se marchó del pueblo a unirse con la gente de Zamora! Iban muchos; tocaban tambores y cantaban. Usted marchaba al frente con una gran bandera; en todos los sombreros brillaban al sol las flores de cañafístola, amarillas como si fueran de oro... Lloré de alegría mientras pensaba que muchos

no volverían a ver nunca aquellas calles que cruzaban con tanto entusiasmo... (*Grave*) ¡Así fue!

COMANDANTE: ¡Cállese! ¿Por qué recordar a esos que no regresaron? Hoy sólo llegan a las orillas de Ospino largas hileras de cruces... ¡Yo las he recorrido!

TERESA: (*Suplicante*) ¡Escúcheme! ¡Déjeme explicarle...!

COMANDANTE: ¡No quiero! ¡Únicamente deseo cerrar los ojos y borrarme la memoria!

BEGOÑA: ¡Es un ruego!

COMANDANTE: ¡No! ¡Y deben irse! ¡He venido hasta aquí a esconderme de mí mismo y ustedes han llegado a herirme y mortificarme!

PERRO: (*Avanzando hacia el Comandante*) ¡También yo ando huyendo de mí mismo y tras la sombras de dos hombres!

COMANDANTE: (*Retrocediendo impresionado*) ¡No será detrás de mí!

PERRO: ¡No! ¡He hablado de dos hombres!

TERESA: (*Insinuante y con dolor*) ¡Comandante! ¿Nunca oyó hablar de mí? ¿De Teresa, la viuda? ¡Nací y me crié en este pueblo...! ¡Tenía un hijo que debió ser todo mi apoyo...!

COMANDANTE: ¡No siga! ¡Nada quiero oír de madres y de hijos! ¡Sé que bajo el río de sangre vertida hay otro río de soledades y de lágrimas!

BEGOÑA: ¡Y no sólo de lágrimas y soledades de madre! Yo me he quedado y me quedaré soltera... Un hombre me quiso y yo lo quise... Se fue también queriendo tomar entre sus manos callosas la justicia... No sé en qué matorral quedó tendido. Un día me trajeron únicamente su franela tinta en sangre... (*Doliente*) ¡Ahora me llaman la niña Begoña! (*Alto y con ira*) ¡Pero yo no quiero ese nombre! ¡Deseaba estar algún día en la cama con Joaquín y darle hijos que se le parecieran! ¡Pero he de dormir sola siempre y mirando cómo las

casas del pueblo se deshacen en ruinas y a mí me van brotando arrugas y achaques!

COMANDANTE: (*Violento*) ¡No hable más!

BEGOÑA: (*Con rencor*) ¡Tengo muchas cosas por dentro y a alguien tenía que decírselas!

ROSALÍA: (*Desde el fondo y temerosa*) ¿Por qué no nos vamos? Será mejor...

TERESA: (*Porfiada*) ¡No! ¡Yo quiero saber la verdad! ¡Obtener la respuesta que me alivie! ¡Y este hombre debe decírmela!

BEGOÑA: (*Contagiada por la ira de Teresa*) ¡Es cierto! (*Al Comandante*) ¡Los jefes, los que ordenaban! ¡Los que condujeron tantos hombres a las batallas y llevaban las listas de los muertos deben dar cuenta!

COMANDANTE: (*Furioso a Begoña*) ¿Qué quiere decir?

BEGOÑA: ¡Aunque le duela, le repito que alguien debe responder por los grandes males que nos han ocurrido!

COMANDANTE: ¡Fui tras de una idea! ¡Cuando mis hombres avanzaban hacia la victoria o la muerte, creía que de nuestros sufrimientos brotaría la paz y la justicia para todos...! ¡Nunca me consideré jefe sino una rama del pueblo agitándose dentro de su propia tempestad!

BEGOÑA: (*Enérgica*) ¿Y qué nos dejó esa tempestad?

TERESA: ¡Eso debe preguntarse a gritos!

COMANDANTE: (*A Teresa y caminando luego hacia el foro*) ¡Así lo pregunté yo a quienes nos burlaron, a quienes supieron aprovecharse de los huesos y la sangre de miles y miles de hambrientos!

(*Obscuro sobre el grupo formado por Teresa, Begoña, Rosalía y El Perro. Cenital solo sobre el Comandante que camina hacia el fondo. Una luz blanca, dura, ilumina de pronto a un alto oficial federal que cubre su cabeza con un quepis amarillo. El Comandante se detiene, lo mira de arriba a abajo y cruza los brazos sobre el pecho.*)

OFICIAL OLIGARCA: ¡Su actitud es extraña, Comandante Cisneros!

COMANDANTE: ¡Le repito que no entiendo! ¡Oiga! ¡A pesar de las montañas de cadáveres! ¡A pesar de toda la sangre derramada! ¡A pesar de la muerte de Zamora, a pesar de la incapacidad de muchos jefes que tomaron los mandos después, los campesinos en armas sabíamos que el triunfo estaba en nuestras manos! ¿Por qué entonces ustedes, sus más altos generales, se han entendido con los oligarcas?

OFICIAL FEDERAL: ¡Razones políticas, Comandante!

COMANDANTE: ¡Por eso en nuestras fuerzas cunde el desaliento!

OFICIAL FEDERAL: ¡Espero que no haya llegado hasta usted!

COMANDANTE: ¡Por el momento sólo pido explicaciones!

OFICIAL FEDERAL: ¿Cree usted que la chusma puede mandar, administrar, dirigir, en fin, a un país en ruinas?

COMANDANTE: ¿Y pueden hacerlo quienes lo llevaron a esa ruina?

OFICIAL FEDERAL: ¡No es esa la cuestión! ¡Cinco años de guerra como nunca se había visto han devastado a Venezuela! ¡Era necesario detenerla, poner calma, sosiego...! ¡Y usted que es inteligente debe comprenderlo bien. Se precisaba además evitar a toda costa que la porción más inculta y menos capaz se impusiera como gobierno! ¡Nos hemos entendido en aras de la concordia, del bienestar común y para cerrarle el paso a los desmanes de la chusma!

COMANDANTE: ¿Por qué luchó entonces junto a esas chusmas haciendo creer que estaba del todo con ella?

OFICIAL FEDERAL: ¡Por la armonía! ¡Era necesario debilitar a la oligarquía rancia...! Y los golpes que le dio la chusma la han debilitado, ahora tendrá que compartir, con quienes somos... digámoslo de una vez... hombres más liberales, su poder... ¿No es un progreso?

COMANDANTE: ¿Y la justicia? ¿Y el pan? ¿Y la tierra? ¡Fue

por todo eso que se alzaron banderas y se derramó el incendio! ¡Por alcanzar esos deseos se han soportado llagas y espantos!

OFICIAL FEDERAL: ¡Cálmese y entienda! ¡Sería la ruina para el país quitar la tierra a sus dueños legales!

(El Oficial Federal extiende la mano. Se le ilumina cerca un círculo de luz. A él llega el Oficial Oligarca. Se cubre la cabeza con un quepis azul.)

OFICIAL OLIGARCA: ¡La tierra es nuestro poder y el convenio no tocarla!

OFICIAL FEDERAL: ¡Pierda cuidado! ¡Somos hombres de honor!

OFICIAL OLIGARCA: ¡Eso somos! ¿Entonces? ¿Por qué luchó usted contra mí?

OFICIAL FEDERAL: ¡Equivocaciones! ¡Me arrastró el ímpetu de Zamora!

COMANDANTE: (A ambos) ¿Qué será del país tostado por la muerte?

OFICIAL FEDERAL: Le daremos un orden civilizado.

OFICIAL OLIGARCA: ¡Y volverán a florecer las haciendas!

OFICIAL FEDERAL: ¡Y con el orden prosperarán los negocios!

COMANDANTE: ¡No entiendo! ¡Los muertos! ¡Las cruces! ¡Mi conciencia!

OFICIAL FEDERAL: ¡Comandante Cisneros, oiga un consejo, no se llega lejos poniéndose frente a uno la conciencia! ¡El país requiere nuestros sacrificios para hallar la tranquilidad...!

COMANDANTE: ¡La tranquilidad sola no se levantará!

OFICIAL OLIGARCA: Cuando los extranjeros recobren la confianza nos ayudarán. ¡Que lo atestigüe el distinguido súbdito de su Majestad Británica!

(Se ilumina al fondo el Inglés. Viste a la usanza inglesa de la época.)

INGLÉS: ¡¡Yes!!

COMANDANTE: ¡¡Eso huele a traición!! (*Mirando por todas partes*) ¡Habrá que encender los fuegos nuevamente! ¡Volverá a rugir el huracán de los pobres! (*A las tres figuras iluminadas*) ¡Se los juro!! (*Comienza a retroceder hacia la oscuridad.*)

OFICIAL OLIGARCA: (*Al Oficial Federal*) ¿Existe ese peligro?

OFICIAL FEDERAL: No! ¡Su clarín! ¡Su potro! ¡Su centella! ¡Zamora, en fin ha sido muerto! ¡Yo lo vi!

(*El Inglés y el Oficial Oligarca ríen recio.*)

(*Oscuro. Segundos después luz sobre el grupo formado por Begoña, Teresa, Rosalía y El Perro. El Comandante llega junto a ellos.*)

COMANDANTE: (*Hacia el grupo*) ¡Sabían lo que hacían y el momento cuando lo hacían! ¡Ya no se podían levantar nunca más los millares de muertos! ¡Zamora no se pondría de pie jamás! ¡Tendrán que pasar cien años para recuperar la sangre y la violencia que se han ido por el caño de la muerte y la traición!

BEGOÑA: ¿Quién verá eso? ¡Ni siquiera tengo un hijo, ni un nieto...!

COMANDANTE: ¡Nadie tiene hijos! (*Con ira*) ¡Nadie tiene hijos en esta tierra! ¡Sólo hay ruinas y cruces!

TERESA: ¿Mi hijo está bajo una cruz? ¡Dígamelos!

ROSALÍA: (*Como un quejido*) ¡Es preferible que no le diga nada!

COMANDANTE: (*Mirándola como por primera vez y regresando de algo muy lejano*) ¡Ah! ¿Quién era su hijo?

TERESA: ¡Guadalupe! De niño sonreía cuando se le hablaba y le gustaba cantar.

COMANDANTE: ¡Guadalupe? ¡Son muchos hombres...! ¡No recuerdo! ¡Cayeron tantos!

TERESA: ¡Él no cayó! ¡Lo buscaron para que enterrara a Zamora! ¡Eso me han dicho!

COMANDANTE: (*Impresionado*) ¡Ah! ¡Entonces él fue uno de los que abrió la fosa...! ¡Oí hablar de eso! ¡Dos hombres con una pala y un pico bajo la tarde turbia...! Una vez ellos anduvieron en mi tropa...

TERESA: ¿Sabe usted qué se hizo Guadalupe luego de cavrar aquella tumba?

BEGOÑA: ¡Haga el favor y dígalo!

COMANDANTE: (*Sombrío*) ¡Aquel aciago día no peleaba yo en San Carlos, me habían mandado a la retaguardia a buscar caballería! ¡No supe cuando llamaron a esos hombres ni los vi después...!

TERESA: ¿Qué oyó decir? ¡Quiero una pista! ¡Démela! ¡Usted es mi esperanza!

COMANDANTE: (*Sonriendo amargamente*) ¡Soy otra cruz y estoy enterrado!

ROSALÍA: (*A Teresa*) ¡Debemos irnos!

TERESA: ¡No! ¡Él debe saber algo! ¡Mi corazón me lo dice!

PERRO: Si usted quería a Zamora debía indagar sobre su muerte... ¿Qué supo?

COMANDANTE: ¡Nada! ¡Me envolvieron en mentiras!

PERRO: (*Amargo*) ¡Yo sólo deseó saber el sitio de la herida; aquí tengo una bala que no disparó! (*Se palpa el bolsillo.*)

TERESA: ¿Quién vio a mi hijo después de hacer eso?

COMANDANTE: (*Violento*) ¡Yo no lo vi! ¡Ah! ¡Sí! ¡Mi correta decía que cuando regresaron de hacer aquello los encerraron en un rancho, incomunicados!

TERESA: ¡Siga! ¡Siga!

COMANDANTE: A medianoche sólo una mujer pudo darles agua a través de un hueco.

TERESA: ¿Y esa mujer vive? ¿Está en algún sitio? ¿Habló con ellos?

COMANDANTE: ¡¡No sé!! ¡¡Le digo que no sé!! ¡Desapare-

ció al enterarse de la muerte de Zamora! ¡Ah! ¡Esa bala oscura! ¿Quién la disparó?

PERRO: (*Impresionado*) ¡Fue el diablo! ¡Le digo que fue el diablo!

TERESA: (*Al Comandante*) ¡Hable de esa mujer!

COMANDANTE: ¡No la conocía! Solía dar agua a la tropa en la línea de combate y la llamaban la Rompe Fuego...

TERESA: ¡¡Brusca!! ¡¡Era Brusca!! (*Agarrando al Comandante por los hombros*) ¡¡Vive en este pueblo!! ¡Los conocía, por eso les llevó agua!

COMANDANTE: (*Desprendiéndose de Teresa*) ¡Quería morir sin recuerdos, pero ahora volverán las imágenes! ¡Cornetas! ¡Descargas! ¡Gritos en los hospitales de sangre! ¡Muertos podridos y zamuros...! (*Se deja caer en el taburete.*)

PERRO: (*Acercándose al Comandante*) ¡Y yo quiero morir sin esa incertidumbre! (*A las mujeres*) ¡Hay que pillar a esa guerrillera! ¡Hallarla ya, rápido!

TERESA: (*Jubilosa al Perro*) ¡Fue amiga mía! ¡Conoció chiquito a Guadalupe! ¡Le hablaré! ¡Le rogaré!

BEGOÑA: (*Con desaliento*) ¡Será en vano, tiene el cerebro trastornado!

PERRO: ¡¡No importa!! ¡Vamos donde ella!

TERESA: ¡Sí! ¡Vamos! ¡Dios me ayudará a iluminar su razón! (*Sale.*)

(*El Comandante queda solo como abrumado; en la oscuridad del fondo se oyen risas, furioso se pone de pie, saca una pistola y dispara hacia el fondo.*)

(*Oscuridad total. Instantes después, luz en el cobertizo ruinoso. Brusca y los jóvenes duermen, a lo lejos canta un gallo. Brusca se despierta e incorpora con sumo cuidado, constata que los jóvenes están dormidos y luego se mueve y registra bajo la paja, saca un fusil, lo mira, sonríe pícaramente y lo vuelve a su sitio. Después se hace la dormida. Vuelven a cantar ga-*

llos a lo lejos. Vicente se despierta, ve a Brusca y procede a llamar a Olegario.)

VICENTE: (Tocando a Olegario y en voz baja) ¡Ya es la hora, levántate! (Le muestra a Brusca y hace señas de que guarde silencio.)

OLEGARIO: (Incorporándose) ¡Será bueno calentar café!

VICENTE: ¡No podemos retardarnos, hay que salir del pueblo antes de que aclare! (Despierta a Rafael) ¡Rafael, alza arriba, nos vamos! (Rafael se incorpora. Vicente toma una cobija y la envuelve) ¡Esto para traer bien envueltos los fusiles!

(Olegario recoge otra y hace lo mismo. Rafael toma un porsiaco y se lo tercia. Vicente vuelve a ver a Brusca. Sin hacer ruido los tres salen por la izquierda. Brusca muy lentamente se va incorporando, sonríe pícaramente y luego se asoma con cuidado por el boquete que hace de puerta. Después vuelve a acostarse. La luz decae hasta una semipenumbra. Se ilumina un círculo en el fondo. Llegan el Comisario y un Soldado. El Comisario carga un machete envainado y el soldado un fusil.)

COMISARIO: (A su acompañante) ¿Estás seguro de que es aquí donde lo metió?

(Brusca oye, se medio incorpora, pero rápidamente se acuesta, fingiéndose dormida.)

SOLDADO: ¡Vi cuando traía el bulto; y que me caiga muerto si no eran machetes!

COMISARIO: ¡Habrá que hacer un registro y detenerlos junto con la vieja! ¡Acerquémonos!

(Se acercan a las ruinas. Asomándose por el boquete miran hacia dentro. Brusca parece que está dormida.)

SOLDADO: ¡La vieja está sola!

COMISARIO: Es bueno buscar más gente por si acaso. Ve a la jefatura y te traes al sargento... Escóndanse tras el árbol y la pared... Yo haré que la vieja salga para detenerla... Después registramos...

(Brusca ha abierto los ojos pero disimula. El Soldado se va. El Comisario asoma la cabeza a través del boquete. Brusca lo mira, se incorpora y da un grito.)

BRUSCA: ¡Ah! ¡Los oligarcas! ¡Hay que despertarse! *(Busca a los muchachos con la vista. El Comisario se esconde rápido.)* ¡Ah! Ellos se fueron a buscar municiones, pero yo pelearé sola... Ya verán...

(El Comisario vuelve a asomar la cabeza.)

COMISARIO: *(A Brusca)* ¡Vieja loca! ¡Ya vas a estar amarrada y llevando agua!

BRUSCA: ¡Oligarcas, culos sucios! ¡Ahora van a saber quién es la Rompe Fuegos! *(Rápida saca un fusil. El Comisario al ver el fusil en las manos de Brusca se alarma y huye. Ésta monta el arma y va a la tronera)* ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Miren cómo corren a esconderse detrás de los árboles! Pero desde aquí los cazaré como conejos. *(Apunta y dispara.)*

COMISARIO: *(En semipenumbra y hacia el árbol junto al cual aparecen el soldado y otros hombres también armados de fusil)* ¡Hay que tener cuidado, la vieja tiene un fusil, disparen sobre seguro!

(El Comisario se esconde tras el árbol y la pared ruinosa. Desde allí, sin dejarse ver, dispara. Brusca se medio esconde cerca de la tronera, monta el fusil y vuelve a disparar.)

BRUSCA: ¡Déjense ver, ratas podridas, para enviarlos al mismo Mandinga! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí está Brusca la Rompe Fuegos! *(Mirando hacia la estancia)* ¡Vamos a pelear muchachos, que nuestra guerrilla es invencible! *(Monta de nuevo el arma)* ¡Arriba las cabezas y cantemos!

(Canta:)

¡Contra los oligarcas
que son ladrones
vamos los federales
con dos cañones!

(Gritando hacia afuera) ¡Hay que incendiar la sabana y que la caballería los alcance por detrás! ¡Plomo y

candela con ellos! (*Dispara de nuevo. Luego retrocede. Baja el fusil y ríe*) ¡Ja, ja, ja! (*Se oyen tiros afuera contra las ruinas.*) ¡Ya los voy a ver corriendo por esas sabanas y buscando para disfrazarse pantaletas y fustanes de mujer! ¡Ja, ja, ja! ¡A los oligarcas no les entra plomo sino en las nalgas!

(*Vuelve a acercarse a la tronera con precaución y acomoda el fusil. Por la entrada del cobertizo llegan los muchachos apresurados e inquietos. Se detienen al ver a Brusca.*)

OLEGARIO: ¡Lo que pensé al oír los tiros! (*Se asoma con cuidado por la tronera, Brusca lo ve y sonríe pero sigue apuntando*) ¡Son pocos los que disparan para acá! ¡Están detrás de los árboles, podemos sorprenderlos entrándoles por un lado...! ¡Vamos!

(*Vicente y Francisco entre tanto han sacado los otros tres fusiles y la peinilla. Dan un fusil a Olegario. Éste lo agarra y los tres salen rápido por donde habían entrado. Brusca los ve irse con la cara iluminada de gozo.*)

BRUSCA: (*Gritando hacia ellos*) ¡Ahí van mis hijos! ¡La flor de las guerrillas de Ospino! ¡Ésos son los que pelean cantando y con los pechos desnudos! ¡Adelante muchachos que el enemigo huye!

(*A lo lejos oyense disparos entre gritos del Comisario y el soldado. Hay una luz difusa sobre el árbol y la pared en ruinas, detrás de los cuales están escondidos los atacantes.*)

BRUSCA: (*Brusca se asoma por la tronera gritando*)
¡Que suenen los tambores
y los clarines!
¡Que ya los oligarcas
huelen a orines!

(*Lejos oyense los gritos de Olegario y Vicente entre ruidos y disparos. Brusca trata de disparar de nuevo. Una bala la hiere lanzándola hacia atrás con violencia. Se tambalea y va cayendo lentamente. Afuera hay más tiros y gritos. Vicente aparece cerca del árbol, con el fusil montado.*)

VICENTE: (Gritando) ¡Ya huyen! ¡Tira hacia el camino!

(Junto a él llega Olegario. Ambos desaparecen tras el árbol y la pared. Entretanto Brusca reacciona y trata de incorporarse. Se oye lejos una música coral confusa de un canto federal.)

(Como un rumor:)

¡¡Avivan las candelas
el viento barinés!!

¡Avivan las candelas
el viento barinés!

¡Y el sol de la victoria
alumbra en Santa Inés!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva la libertad!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva la libertad!

(Llega por la entrada Francisco. Mira a Brusca herida y corre a auxiliarla. Ésta apenas lo mira y le sonríe. Rafael corre hacia la tronera.)

FRANCISCO: (Gritando hacia afuera) ¡Olegario! ¡Vicente! (Vuelve donde Brusca y la semincorpora) ¡Brusca! ¡Brusca! ¡No es nada! ¡Ya te curaremos! (Busca un trapo para hacer una venda.)

BRUSCA: ¡Hay que seguir peleando!

FRANCISCO: ¡Seguiremos, vieja!

(Llegan Olegario y Vicente. Se acercan solícitos a Brusca.)

BRUSCA: ¡La batalla es infernal! ¡Cuántos muertos! ¡Pero venceremos! (Inquietándose de pronto) ¿Quién me dijo que mataron a Zamora? ¿Quién me lo dijo? (A los muchachos con un resto de energía) ¡Vayan al combate para que lo miren y oigan su voz! ¡Ninguno ha visto su penacho amarillo y su potro? ¡Ah, todo huele a pólvora y candela! (Turbada por un pensamiento obsesionante) ¡Nadie lo ha enterrado! ¡¡Nadie!! (Ron-

ca) ¡No hay ningún cadáver, él sólo descansa un momento! ¡Mírenlo! ¡Mírenlo! ¡Mírenlo! (Muere. Los muchachos se santiguan.)

(Luz sobre las ruinas de la izquierda. Bajo ellas sobre unas piedras yace el cadáver de Ezequiel Zamora. Llegan el Oficial Federal, el Oficial Oligarca y el Inglés.)

OFICIAL FEDERAL: *(Señalando el cadáver y con odio)* ¡Es Zamora muerto, lo conozco!

OFICIAL OLIGARCA: *(Grave y resentido)* ¡Una vez ardío como una llama! ¡Y a todos los de arriba nos quemaba!

OFICIAL FEDERAL: ¡Pretendía la tierra para darla a quienes con violencia la buscaban!

OFICIAL OLIGARCA: ¡Y quiso arrebatarlos con la tierra, títulos, honores, posiciones!

OFICIAL FEDERAL: ¡Pero una providencia lo detuvo; y ahora su caballo es una sombra y su rudo clarín cobre aterido; y su cuerpo una brasa ya apagada!

OFICIAL OLIGARCA: ¡Nunca más volverá a encender el alba con la centella gris de su mirada!

OFICIAL FEDERAL: ¿Todo está quieto ya?

OFICIAL OLIGARCA: ¡Sí!

(Lejos se oye la voz de Brusca gritando.)

VOZ DE BRUSCA: ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel Zamora!

OFICIAL FEDERAL: *(Inquieto y molesto)* ¿Quién grita?

OFICIAL OLIGARCA: ¡Los pobres... quizás quieren de nuevo volver a recobrar su llamarada...!

OFICIAL FEDERAL: ¡No hay que dejarlos! ¡No! ¡No hay que dejarlos!

LOS TRES A CORO: ¡¡No!!

(Oscuro. Desaparecen los oficiales y el Inglés. Luz penumbrosa nuevamente sobre el mismo escenario. Por el boquete aparece la cabeza de Brusca, mira hacia dentro. Un rayo de claridad cae sobre el rostro de Zamora. Los tres jóvenes llegan cerca de ella.)

BRUSCA: ¡Sabía que estaba aquí!

OLEGARIO: ¡Nunca pensé verlo muerto!

BRUSCA: ¿Muerto? (*Da vuelta y entra a las ruinas seguida por los jóvenes*) Han dicho que una bala lo derribó para desconcertarnos, para que nos declaráramos en derrota... Chiss... Chiss... Hay que dejar que crean eso; deben ignorar que él sólo descansa en estas piedras...

OLEGARIO: ¡Hay sangre bajo sus cabellos!

BRUSCA: ¡El cielo que está rojo lo ilumina!

VICENTE: ¡Quizás hay una herida!

BRUSCA: ¡Él es fuego y tormenta! ¿Qué bala puede herirlo?

RAFAEL: ¡El cuerpo es ya de piedra!

BRUSCA: ¡Yo les digo que sólo está dormido! ¡Lo digo y lo diré porque es lo cierto! ¿Lo oyen? ¡Bastará que lo pongan en su potro y resuene un clarín alto y violento para que toda su pasión despierte y sobre la llanura vuelva el fuego! ¡Hay que cargarlo! ¡Arriba! ¡Vamos!

(*Los muchachos toman a Zamora en peso. Y lo cargan sobre sus hombros.*)

BRUSCA: ¡Mucho les pesará, porque es un árbol con pájaros, raíces, tempestades...! ¡Yo los ayudaré con mi esqueleto! ¡A la sabana! ¡Vamos! ¡Donde miles de brazos nos esperan! (*Gritando hacia afuera mientras los jóvenes caminan con Zamora en peso*) ¡Oigan! ¡Oigan todos! ¡Alcen en alto las banderas! ¡Que redoble un tambor y traigan por la brida un potro de pólvora y tormenta, porque Ezequiel Zamora ya despierta...! (*Grita afuera*) ¡Y que venga el coro de los vientos! ¡Y el de la madrugada enrojecida! ¡Porque ya mi Ezequiel va con el pueblo y hay una tempestad por los caminos!

(*Brusca y los jóvenes salen fuera de escena. Lejos oyese en crescendo el rumor de la canción coral:*)

¡Avivan las candelas
el viento barinés!

¡Avivan las candelas
el viento barinés!

(Toda la luz va declinando. En el fondo se ilumina el grupo del prólogo en torno a la tumba de Brusca con su cruz amarilla. Todos se santiguan en silencio. Lejos, como un eco, óyese la voz de Brusca.)

Voz de Brusca: *(Lejos) ¡Zamora! ¡Ezequiel Zamora! ¡Ya en mis manos está tu llamarada!*

(Todos los del grupo vuelven los rostros hacia la voz mientras cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

Índice general de la obra

Tomo I: Teatro

<i>Presentación</i>	11
POR ELÍAS JAUA, PRESIDENTE DEL FIDES	
Oscéneba	13
Curayú o el vencedor	83
Apacuana y Cuaricurián	129
Soga de niebla	173
Joaquina Sánchez	213
Manuelote	271
María Rosario Nava	293
Esa espiga sembrada en Carabobo	309
¿Quién se robó esa batalla?	339
Un tal Ezequiel Zamora	373
Lo que dejó la tempestad	449

Tomo II: Teatro

Los hombres de los cantos amargos	11
Las mariposas de la oscuridad	69
El vendaval amarillo	123
El Raudal de los Muertos Cansados	165
Las torres y el viento	203
Por qué canta el pueblo	259
Muros en la madrugada	313

Uma medalla para las conejitas	337
Volcanes sobre el Mapocho	367
Harapos de esta noche	393
La sonata del alba	417
Buenaventura Chatarra	441

Tomo III: Teatro

Estrellas sobre el crepúsculo	11
La fiesta de los moribundos	39
La esquina del miedo	99
El insólito viaje de los inocentes	125
El caso de Beltrán Santos	171
La trampa de los demonios	191
Un fausto anda por la avenida	209
Yuma o Cuando la tierra esté verde	263
Hojas del tiempo	325
El otro pasajero	337
Los canarios	359
Armaduras de humo	375
Las alegres cantáridas	411
Vivir en paz	461
Los peregrinos de El Camino Encantado	471

Tomo IV: Ensayística y Poesía

ENSAYÍSTICA

La vida social venezolana y el arte	15
Valor y sentido de un arte nacional	35
Lo nacional en el arte	43
El arte y el estilo	59
El realismo, base de integración para una nueva cultura	75
Verdades y mentiras del abstraccionismo	85

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

La cuestión agraria y nuestro proceso cultural	91
La desconcertante realidad cultural venezolana	101
Los medios alienantes y las influencias deformantes de las culturas nacionales	115
Los Caribes	123
Arte, teatro y política	135
Teatro y sociedad	155
El teatro como expresión de fe en los valores nacionales: ¿es posible? ¿cómo?	165
La dramaturgia y la crítica como testimonio histórico y reflexión estética	171
El teatro en Venezuela: su trayectoria	177
Notas a una preocupación por nuestro pasado teatral	183
El actor y su responsabilidad artística y social	193
Presencia de Ibsen	197
Literatura dramática de Aquiles Nazoa	203
Un actor llamado Rafael Briceño	217
La caricatura, su función social	219
Anotaciones acerca del concepto del espacio en las artes plásticas	229
Apuntes sobre las artes plásticas en Venezuela	237
Dibujo, grabado y la tradición plástica venezolana	257
Vigencia dramática de Cristóbal Rojas	265
Rafael Monasterios	275
José Clemente Orozco, pintor terrenal	279
Eisenstein y su <i>Iván El Terrible</i>	287
Luis Carlos Prestes: el Caballero de la Esperanza	291
El ejemplar Pío Tamayo	301
El infortunio de don Francisco de Miranda	303
Don Andrés Bello y la formación de una conciencia americana	319
Ni Carujo ni el gendarme necesario...	331
José Félix Ribas y la juventud venezolana	335
Humanidad y trascendencia poética de Antonio Spinetti Dini	343
Mario Briceño Iragorry o la pasión venezolana	355

Itinerario de un hombre y un luchador: Carlos Marx	371
El pensamiento y la acción antiimperialista de Bolívar y Martí y el porvenir de América Latina	389
Sobre Carmen Clemente Travieso	405
El camino del Che	409
Recado breve a Federico Brito Figueroa	415
Palabras de fraternidad para un libro fraterno	421
Viaje sentimental con el barón de Humboldt	425

POESÍA

Primera parte

Alba y alba	445
Voces al compañero	445
I	445
II	446
III	449
IV	450
Espacio del sueño	452
VII	452
XII	453
Voces	454
3	454
Llamas sobre el llanto	455
Inicial	455
Y dijo la voz	456
I	456
II	456
Miedo y deseo	457
De la soledad vine a tu encuentro	459
Nido	461
Ahora	462
Cálamo, décimas y glosas	465
<i>Capa de largas querencias...</i>	465
<i>La tarde sola y sin ecos...</i>	466
<i>Nostalgia de breve raso...</i>	467
<i>Agrio reloj silencioso...</i>	468
<i>Creyendo que con favores...</i>	469
<i>Pájaros, lluvia, maleza,...</i>	470
Música y tiempo	471
Meridiano del canto	471
Tu forma musical	474
III	475

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

IV	476
V	477
El sendero apasionado	479
V	479
VII	480
<i>Segunda parte</i>	
Circulo hacia el alba	483
<i>Y por mi voz irás niño de niebla...</i>	485
<i>Y retorno en el arco de mi perenne vida,...</i>	486
Poemas (1968-1978)	487
IX	487
<i>Pongo al frente mi corazón...</i>	489
Colores	490
Desnuda en otra forma	492
La primera presencia	493
Vital unidad	495
Muerta ciudad nocturna	496
Una herida	498
Música de un amor / sustancia del recuerdo	499
Enigma de tu nombre	500
La extraña lluvia	502
El alba, ese ir hacia el alba	503
Mi ciudad	505

